El CAMINO del CORAZÓN

FERNANDO SÁNCHEZ DRAGÓ



Año 1969. Un hombre de 32 años decide emprender un largo viaje a Oriente para buscar allí la sabiduría, la embriaguez, la espiritualidad y la felicidad que Occidente le niega. Deja a sus espaldas, esperándole en la penumbra de una ciudad de provincias, a la mujer con la que ha compartido todos los sueños y las desilusiones de la década de los 60.

El viajero recorre Turquía, Irán, Pakistán, la India, Nepal, Indonesia, Vietnam en plena guerra y Afganistán. Poco a poco —de lance en lance, de aventura en aventura, de encuentro en encontronazo— su personalidad se transforma. Le ayudan a ello, entre otros, curiosos personajes como el canciller de Estambul, el caminador manchego, el comerciante sufí, el tigre de Bengala, el motorista de Delhi, la kumari de Katmandú, el dúo latino, el pandit de Bombay, el barón siciliano, el periodista argentino, el espontáneo de Saigón y el faquir de Konark.

Al mismo tiempo, como falsilla, envoltorio y columna vertebral de este viaje al fondo de lo desconocido para encontrar lo nuevo, Cristina (o Penélope) teje y desteje su incesante trama de amor y desamor con Dionisio (o Ulises). Pero es, como de costumbre, el Destino quien decide la última palabra en esta odisea.

Fernando Sánchez Dragó

El camino del corazón

ePub r1.0
Titivillus 08.10.2022

Título original: *El camino del corazón*
Fernando Sánchez Dragó, 1990
Ilustración sobrecubierta: thangka de Namgyalma, este thangka pertenece al Monasterio de Namgyal, en los Himalayas indios

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

A Caterina, en memoria y a cambio del libro que la muerte le impidió escribir.
A Alejandro, para que camine.
Y a Ayanta, porque antes de nacer estuvo en Kandahar.

Finalista Premio Planeta 1990

Cuando tengas que elegir entre dos caminos,
pregúntate cuál de ellos tiene corazón.
Quien elige el camino del corazón,
no se equivoca nunca.

Popol-Vuh

Nel mezzo del cammin di nostra vita
mi ritrovai per una selva scura
che la diritta via era smarrita.

Dante Alighieri, *La Divina Comedia*

—¿Querría usted indicarme qué camino debo tomar para salir de aquí?
—Eso depende en gran medida del lugar a donde quiera ir —respondió el gato.
—No me preocupa mayormente el lugar… —dijo Alicia.
—En ese caso poco importa el camino —declaró el gato.
—… con tal de llegar a alguna parte —añadió Alicia a modo de explicación.
—¡Oh! —dijo el gato—. Puede usted estar segura de llegar si camina durante un tiempo lo suficientemente largo.

Lewis Carroll,
Alicia en el país de las maravillas

Sigo viéndole. No se va de mis pupilas. Está sentado, casi a ras del suelo, en la cama turca del cuartucho que él mismo ha bautizado con el nombre de salón de música. *Son, apenas, diez metros cuadrados y dignificados por los cachivaches recogidos en el curso de nuestras andanzas. Pinturas, vasijas, fotos, botellas de licores extraños, máscaras, monedas, ídolos de rostro desencajado, talismanes, cojines, espejos, carteles taurinos, revistas de otras épocas: todo el ajuar, la cacharrería y la quincalla de los restos de un naufragio.*

Y, naturalmente, discos y libros.

Una puerta acristalada de doble hoja se abre al comedor. En él, por los balcones que dan al paseo de la ciudad provinciana, se cuelan la luz del mediodía, las voces de la calle y a veces, como un latigazo, la estela del vuelo rasante de los vencejos.

Lleva camisa y tejanos. Está descalzo. Juguetea con un bolígrafo. Me mira. No sabe por dónde empezar. Anoche estaba inquieto, se revolvía entre las sábanas, no atinaba a dormirse. Hoy, después del desayuno, se ha encerrado en el salón de música y ha puesto un disco de Joan Baez. Yo, mientras tanto, me duchaba, me vestía, hojeaba el periódico, acarreaba objetos, devolvía el orden a la casa.

Por fin, al dar las doce en el reloj de péndulo del comedor, me ha llamado. Sabía que iba a hacerlo.

Las campanadas, probablemente, lo han sacado de su ensimismamiento.

Estoy frente a él. Tiene un libro entre las manos. Lo abre, me observa y dice:

—Mira lo que encontré ayer…

Siempre regresa a la lectura de Antonio Machado en esta ciudad: una costumbre, supongo, que empezó en su infancia.

—Llevo más de veinte años dándole vueltas a este libro y nunca había leído lo que voy a leerte.

No puedo evitar una sonrisa burlona. Amistosa, pero burlona. Aunque se pique.

—Soy toda oídos.

Inclina la cabeza y recita:

—No me pidáis presencia. / Las almas huyen para dar canciones. / Alma es distancia y horizonte: ausencia.

—Un poco cursi, ¿no?

—Quizá… Pero viene como anillo al dedo.

Sé lo que está pensando: una advertencia, una llamada, una premonición, un signo de las alturas. Siempre le ha gustado jugar a ser san Agustín.

Oigo voces de niños y murmullos de adultos. La gente pasea, y pasea, y pasea. Pero Dionisio no quiere pasear. Quiere viajar. Siente que ha llegado la hora de echarse al camino y cree, por añadidura, que no nos queda otra salida. Mi corazón y mi sangre entienden y admiten sus razones, pero mi cabeza y mi instinto las rechazan.

Cruzo el Rubicón, pongo las cartas boca arriba:

—Entonces, ¿vas a marcharte?

Es una pregunta idiota, pero necesaria. Claro que va a marcharse. Casi todos nuestros amigos lo han hecho ya o aseguran que están a punto de hacerlo. Es la llamada de la selva. Hay una especie de sigilosa cita universal en Kathmandú, en Goa, en Bangkok, en Bali. Los tantanes empezaron a sonar en junio. A rey muerto, rey puesto. La batalla de París —lo que los periódicos del mundo entero llamaban estúpidamente el mayo francés*— se había perdido y tras ella, y por su cauce, todos nuestros sueños flotaban a la deriva, pero aún teníamos la posibilidad de huir de la chamusquina por la escalera de incendios: los jipis —la otra cara de la Gran Moneda— andaban ya por Oriente, nos enviaban desde allí su mensaje de sosiego y poco a poco se convertían en carne de leyenda. Lo más sensato era, efectivamente, salir en su busca para encontrar otro centro de gravedad que nos sacara del desbarajuste reinante. Las vacaciones, además, se acercaban y en algo había que ocupar el tiempo —decíamos todos sin esconder el desánimo ni el escepticismo— hasta que la universidad volviese a abrir sus puertas, y las puertas del pasado, en el mes de octubre. ¿Por qué no librarnos de las agujetas de la revolución frustrada poniéndonos a rastrear las huellas del paraíso —de* otro *paraíso— en los territorios vírgenes eternamente olvidados por Europa y tradicionalmente situados por la Biblia al oscuro este del Edén? Cuentan que allí se sobrevive sin necesidad de dinero, que las gentes son dulces y hospitalarias, que los templos acogen a los peregrinos, que los dioses andan entre los cacharros, que las leyes no existen o no se aplican y que libremente circulan sustancias misteriosas y sutiles capaces de transportar el espíritu hasta las regiones del éter.*

Sí, sí, de acuerdo… De acuerdo en todo, hermanitos de apuestas locas y de inútiles insurrecciones, pero sucede que ya no estamos en junio, sino en diciembre, y sucede que otra vez —erre que erre— he vuelto a matricularme en Letras, y sucede que estoy harta de utopías, harta de galopes sin rumbo, harta de vivir a la intemperie, harta de jergones piojosos, harta de postergar el comienzo de mi novela, y de llevarme sustos, y de esconder a anarquistas fugitivos, y de alimentar a gorrones de izquierdas, y de permanecer a disposición de lo imprevisto, y de quemar las noches con alcohol de polvos y garrafa, y de buscar inexistentes puntos de fuga hacia ninguna parte, y de fingir que no soy una mujer celosa, y de hacer el amor sin amor y a troche y moche solo para estar a la altura de lo que por esnobismo predicamos, y de pasarme la vida enredada sin convicción ni voluntad de diversión en todos los juegos prohibidos *que mi pareja me propone.*

Harta, en resumen, de moverme siempre al son del pandero que Dionisio toca.

Y Dionisio —tan audaz y tan sagaz, tan simpático, tan ingenioso, tan convincente, tan arrollador, pero también tan cándido como todos los niños que se niegan a crecer— todavía ignora que en esta ocasión no voy a obedecerle ni a seguirle. Que me planto. Que es hora de decir basta*. Que soy una mujer a punto de germinar y voy a concederme una tregua, a mirarme en el espejo y a pensar en mí.*

Sé, mientras le escucho, lo que hará al enterarse (y va a enterarse ahora*. Llegó el momento). Sonreirá con un deje de amargura, estudiada e irónica, y se dirá:* toque de retreta. Su turno, señorita. Los hombres pueden ser nómadas, aunque a la hora de

la verdad rara vez lo sean, pero las mujeres siempre son sedentarias. Algunas fingen lo contrario en su adolescencia y primera juventud, pero todas echan definitivamente el ancla alrededor de los treinta años y ya solo vuelven al camino en vacaciones y con billete de regreso.

Es su estilo. Lo conozco muy bien. Demasiado bien. Y quizá lleve razón. Faltan solo unos meses para que me alcance la fecha fatal y el cuerpo —lo reconozco— me pide calma, me pide arraigo, me pide rutinas consoladoras y amuralladas, me pide hogar y, sobre todo, me pide un libro y un hijo. O una hija.

¡Ay, Dioni!… Sigo viéndote. No te vas de mis pupilas. Estás sentado, casi a ras del suelo, en la cama turca del salón de música, y me miras contrito, y respondes a mi pregunta que aún rasga el aire, y me dices que sí, que es lo mejor, que tú también acabas de doblar el cabo de las Tormentas de tu trigesimosegundo cumpleaños, y que las dos novelas provisionalmente varadas en dique seco —la tuya y la mía— necesitan el caldo de cultivo de la aventura, y que nos vamos, y entonces te interrumpo sin acrimonia, y te recuerdo que mi pregunta solo se refería a ti, y te explico que no nos *vamos, que eres tú, únicamente tú, quien te vas, si es que así lo deseas, y al oírme te caes de un guindo, y desenfundas la cachiporra casi invencible de tu dialéctica, y protestas, y arguyes, y rabias, y porfías, y después sonríes, y me besas, y te deshaces en carantoñas, y crees que con ellas me seduces, que me tienes en el bote, que otra vez me has llevado al huerto de tus querencias, que ya estoy prácticamente convencida, y yo te desengaño, te digo que no sueñes, que no insistas, pero que tampoco te preocupes, que no pasa nada, que puedes irte en paz, que soy tu compañera, que te quiero, que voy a esperarte, que nos conviene abrir un pequeño paréntesis de respiro y desagüe en la brega de la convivencia y que para llegar a ser Ulises se necesita una Penélope.*

Y Dionisio, a contrapelo, acepta. Su brusco cambio de talante no me sorprende. Aunque está acostumbrado a ganar, siempre ha sabido perder. Se apea de las nubes y pasa inmediatamente de lo abstracto a lo concreto, de lo teórico a lo práctico.

—Vale —dice—. Ni una palabra más. Obras son amores.

—¿Cuándo te marchas?

—El uno de enero.

—¿Con toda la resaca de la Nochevieja a cuestas?

—Bueno… Pongamos el dos.

—Será duro.

—Sí, lo será. Pero sobreviviremos.

—Sobreviviremos si tú sobrevives, Dionisio. Recuérdalo. Mételo bien en la cabeza. No lo olvides en ningún momento.

Y ya todo se hace huracán de preparativos, borrasca de proyectos, vórtice de caricias y promesas.

—¿Cuándo volverás?

—No lo sé. Dentro de quince días o de un año. Pero te juro que en el peor de los casos llegaré a tiempo de pasar aquí, contigo, la noche del veinticuatro de diciembre de mil novecientos sesenta y nueve.

—¿Es un compromiso?

—Es un compromiso. Y tú, mientras tanto, ¿qué harás?

Sonrisa por ambas partes.

—Haré lo del ratoncito del cuento, Dioni: dormir y callar, dormir y callar… Y también, a veces, coser y cantar.

—¿Y escribir?

—Sí, claro. De eso se trata, ¿no? Pero solo escribiré si tú también escribes.

—¿Cartas para ti?

—Cartas para mí.

—¿Una al mes?

—Bueno. Una al mes. Pero que sea larguísima, minuciosa, detallada, contándome todo.

—Hecho. Y contigo, ratita, me he de casar.

—¿Es otra promesa?

—Solo si tú quieres que lo sea.

—¿Aunque eso signifique aburguesarnos?

—No lo significa. O, por lo menos, no lo significa forzosamente. Lo sabes de sobra. Siempre hemos dicho que el matrimonio es un envase. Todo depende de lo que se ponga dentro.

—¿Punto de partida?

—Estambul. Es el sitio más indicado. Allí termina Europa y empieza Asia.

—Según se mire. Al volver ya no lo verás desde esa perspectiva. Tendrás que invertir los polos.

—Seguramente… Pero no me agües la fiesta antes de que lleguen los invitados. De momento, y mientras tu implacable lógica femenina no me demuestre lo contrario, estoy huyendo de Europa para descubrir Asia. O, si prefieres que te lo explique de forma más castiza, cambio la seda de Occidente por el percal de Oriente. ¿No es esa la consigna?

—Pase lo de descubrir, Dioni, pero no lo de huir. Huir es buscar refugio.

—Mi refugio está aquí, Cristina. También lo sabes de sobra.

—¿Dónde? ¿En esta ciudad de veinte mil almas?

—No.

—¿En este piso de ciento treinta metros cuadrados?

—Tampoco.

—¿Conmigo?

—¡Premio! Eres una pitonisa: contigo.

—Eso se lo dirá usted a todas.

—A todas, no… Se lo he dicho a algunas, pero hace ya tiempo.

—¿Cuánto tiempo? ¿Alrededor de cinco años?

—Exactamente cuatro años, once meses, dos días y una hora. ¡Segundo premio! Estás de suerte.

¿De suerte? ¿De suerte en un día como el de hoy? ¿De suerte cuando por fin mi compañero de amores, de desamores, de armas y de fatigas me confiesa que le bullen los pies y que vivir conmigo no le basta para expresar, saborear y apurar la propia vida?

Dejémoslo… Lo que dice, una vez más, parece cierto y es, por añadidura, agradable de oír. Se ve que ha echado bien las cuentas antes de coger el toro por los cuernos. ¡Cinco años ya! La culpa fue de París, de un amigo común, de un café de artistas, de una tertulia ácrata, de un semisótano, de una quimera compartida, de un arrebato de complicidad ideológica y fisiológica. A los quince días, contra viento y marea, ya estábamos viviendo juntos.

Sexus, Plexus, Nexus.

Le miro con un nudo en la garganta, con un cepo en el corazón, con una nube en los ojos.

—Cuando vuelvas, si vuelves, habrás olvidado muchas cosas de mí.

—Si nunca me olvidase de nada de lo que hay en ti, Cristina, nunca encontraría nada nuevo en ti.

Me besa suavemente en los labios, se levanta y se va. ¿O debería decir, como en las acotaciones de los dramaturgos, que hace mutis? Porque su última frase ha sido un golpe de escena perfecto.

—Tocada —digo cuando ya no puede oírme.

Pero yo, sentada casi a ras del suelo sobre la cama turca, sigo viéndole. No lo borran mis pupilas. No se desdibuja su imagen. No se despinta su silueta. No se

desvanece su sombra. Joan Baez, desde los altavoces del tocadiscos, me envía los últimos compases del estribillo de una canción que hasta hace seis meses fue nuestro grito de guerra: We shall overcome*… Pero los* sioux *se han retirado a los campamentos de invierno y las* hazañas bélicas *son ahora un nebuloso bulto en cuarto menguante que se aleja de nosotros espoleado por la nostalgia.*

Espero a que termine la canción, contengo las lágrimas, miro hacia atrás sin ira (pero con escozor), me levanto yo también y dejo a mis espaldas el salón de música mientras deliberadamente canturreo No nos moverán*.*

El pulso con las lágrimas se resuelve en una sonrisa a mi favor. No nos moverán, ronroneo. Ni Franco ni Carrillo / no nos moverán.

Igual que el pino en la ladera.

—Pero lo cierto es —añado sardónicamente— que nos han movido.

Y en ese instante renuncio en secreto al aborto y tomo la decisión de no volver a entrar en el sanctasanctórum de Dionisio —su célebre y celebrado salón de música *— hasta que el punto final de su viaje nos una de nuevo.*

*(*Fragmento de las memorias de Cristina.
Jornada del 12 de diciembre de 1968*).*

I. Enero

Y ve el capitán pirata, sentado alegre en la popa,
Asia a un lado, al otro Europa, y allá a su frente Estambul.

José de Espronceda,
Canción del pirata

SALIR COMO MARCO POLO una mañana. Sentir el viento en las venas. Llevar en la mochila el *Quijote*. Volver la cabeza una sola vez antes de doblar la esquina. Sonreír. Decir adiós con la mano. Dejar tras él, asomada al balcón, una mujer encinta. Bajar con alas en los talones desde la plaza del Chupete hasta la humilde estación de ferrocarril en la que un pintoresco grupo de cineastas rodó años atrás una de las más febriles escenas de la película *El doctor Zhivago*. Saludar con un gesto de la cabeza a los pocos transeúntes conocidos. Pasar de largo con alegría ante los desconocidos. Silbar una canción de moda. Pedir en la taquilla un billete de segunda. Comprar por última vez en mucho tiempo un periódico español. Subir al tren. Mirar por la ventanilla los retales verdes, amarillos y ocres de los campos de pan llevar. Acordarse del Cid, de Unamuno y de Castilla. Apearse en Pamplona. Comprar un mapa, dos bocadillos y una bota de vino. Llenarla. Beber un sorbo a la salud de los que se quedan. Beber otro sorbo pensando en quienes, sin saberlo, le aguardan. Beber para congelar el recuerdo de Cristina, pero no para olvidarla. Buscar la carretera de Roncesvalles. Dejar la mochila a la sombra de un chopo y levantar animosamente la mano derecha con el pulgar extendido hacia Francia.

Esconder la bota para que los automovilistas no piensen que está haciendo autostop un borrachín. Presenciar desde el borde de la cuneta el espectáculo de los vehículos que aparecen por el horizonte, llegan, pasan y se van. Insistir. No perder el humor. Silbar otra canción de moda. Comprobar que lleva allí casi hora y media. Rascarse la cabeza. Pensar intensamente que la fe mueve montañas. Encauzar su energía interior hacia el morro de un coche que despunta a lo lejos. Conseguir que su dueño reduzca la velocidad, se desvíe,

frene y se detenga ruidosamente sobre la gravilla del arcén. Cerciorarse de que va, por lo menos, hasta la frontera. Contener el júbilo. Instalarse en el asiento contiguo al del conductor. Reparar en que otra vez, como siempre, se ha salido con la suya. Ser simpático. Dar palique. Contemplar con regodeo narcisista la secuencia del paisaje fugitivo. Comprender que la suerte está echada. Alegrarse por ello. Sentir en las células, en los glóbulos, en los nervios y en las articulaciones del alma el pulso de la aventura. Reclinar la cabeza. Entornar los ojos. Amodorrarse. Soñar.

Permanecer en el balcón durante varios minutos y con la sangre en vilo después del último beso. Aceptar que Dionisio juega a ser Marco Polo esa mañana. Sospechar que el viento corre por las venas del viajero. Sonreír. Decir adiós con la mano. Verle doblar la esquina. Sentir frío en las células, en los glóbulos, en los nervios y en las articulaciones del alma. Refugiarse en el comedor. Encender un cigarrillo. Exhalar un chorro de humo y contemplar cómo sus volutas suben, deformándose, hacia el techo. Recordar que está embarazada y que Dionisio desconoce su brusca decisión de no recurrir por tercera vez en cinco años al aborto de costumbre en Perpignan. Reclinar la cabeza en el respaldo de la mecedora. Entornar los ojos. Aturdirse sin amodorrarse. Soñar despierta con el hijo que va a tener y con el libro que va a escribir. Mirar el calendario. Esperar, esperar, esperar.

Dionisio tardó tres días en llegar a Zurich, se detuvo allí tan solo unas horas —el tiempo justo para comprar a buen precio divisas turcas, persas, paquistaníes e indias en una de las numerosas casas de cambio de esa ciudad de usureros—, y a eso de las cinco en sombra de la tarde, con los plúmbeos restos de una *fondue* mal digerida atascados en la boca del estómago, se instaló en el inhabitable suelo metálico de una camioneta cargada hasta los topes de inmigrantes clandestinos, y así, a trancas y barrancas, acumulando casi la misma cantidad de indulgencias que en su día consiguiese el santo Job, aturullado por el forzoso ayuno —el vehículo solo se detenía cada seis horas y en descampado para que sus ocupantes hicieran aguas mayores y menores— y por la imposibilidad de dormir más de cinco minutos seguidos, avistó por fin las soberbias cúpulas de Estambul iluminadas y pintadas en aquel preciso (y, para Dionisio, irrepetible) instante por los últimos arreboles del sol poniente. La segunda etapa de su viaje había durado treinta y siete implacables horas de reloj suizo. Atrás, definitivamente atrás, quedaban las noches de París, la embriaguez de la utopía, Franco, Carrillo, la derrota, el *salón de música* y Cristina. Allí, solo allí, al bajar de la camioneta y despedirse de sus lóbregos

ocupantes, empezaba la aventura: una incógnita que Dionisio tenía el deber de despejar.

E inmediatamente, después de satisfacer el pantagruélico apetito en un tascucio de mala muerte y de dormir once horas de un tirón al abrigo de una casa de huéspedes para masoquistas y en compañía de un belicoso regimiento de cucarachas, el recién llegado puso manos a la obra.

Dionisio necesitaba un visado para Irán y un salvoconducto para salir de Turquía por el puesto fronterizo del monte Ararat. Pensó que lo más sensato sería recabar consejos e información al respecto en el consulado de España. Lo buscó, lo encontró y allí se dio de bruces con el primer fogonazo de su viaje.

El episodio se produjo a media mañana. Dionisio estaba entonces en el minúsculo despacho del canciller, que era un exmisionero andaluz expulsado del Congo diez años antes, cuando alguien tabaleó en la puerta, la entreabrió y preguntó tímidamente si podía pasar.

—Para eso estamos —dijo desde su sillón el titular de la covachuela—. Adelante.

Rechinaron los goznes y entró en la habitación un individuo de media edad, mal encarado, con barba de varios días y aspecto de cesante. Llevaba un gabán de color marrón y bordes raídos, unas sandalias de monje franciscano, unos pantalones grises de venta posbalance y una camisa blanca de cuello sucio con muchos más ojales que botones. Eso era todo. Ni calcetines ni chaqueta ni corbata ni perendengues ni tan siquiera un triste jersey acrílico, a pesar de que en Estambul había nevado a fondo por la noche y soplaba aún una cellisca de bufanda hasta las cejas y paso atrás.

El canciller, atónito y carente del desparpajo necesario para disfrazar o disimular con la voz la sorpresa que sus ojos manifestaban, saludó con cautela al intruso y le invitó a sentarse.

—Usted dirá.

—Perdone que le moleste por una tontería, pero necesito que me extiendan un certificado de buena conducta. Es para la embajada de Afganistán. Voy camino de Kabul y dicen que no me dan el visado si antes no les demuestro que soy un buen chico…

Insinuó una sonrisa.

—… y claro: no se lo puedo demostrar de ninguna forma. Aquí no me conoce nadie.

—Tampoco nosotros le conocemos.

—Ya… Supongo que le estoy pidiendo un imposible y que, legalmente, no está usted autorizado a entregarme el documento que necesito, pero a veces se producen milagros. Me consta. Lo he podido comprobar en bastantes ocasiones a lo largo de los dos últimos años.

El canciller y Dionisio se miraron de reojo. La observación, salida de la boca de un personaje tan estrafalario e inusual como el que en aquel momento tenían delante, resultaba —como mínimo— turbadora.

El vagabundo añadió:

—También he tenido la suerte de comprobar que, a veces, los seres humanos ayudan a sus semejantes.

Segundo cruce de miradas entre el excombatiente del mayo francés y el misionero comboniano en la reserva. Este, que era —como Dionisio verificaría a su debido momento— lo que se dice un hombre de bien, seguía sin esconder su creciente perplejidad.

—¿Me permite que le formule unas cuantas preguntas? —dijo con circunspección, como si tanteara el terreno—. No se lo tome a mal. No lo hago por entrometerme en su vida, sino porque aquí, como puede usted imaginar, no tenemos sus antecedentes policiales ni tampoco los penales, y pedirlos a Madrid… Bueno, eso es prácticamente imposible. Tardarían meses en llegar. Le supongo enterado de cómo funciona la burocracia en nuestro país.

—La burocracia funciona igual en todas partes —cortó en seco el desconocido—. Pero pregunte, pregunte… Nunca en mi vida he tenido nada que ocultar.

—Voy a ir tomando nota… ¿De acuerdo?

—Usted manda.

—¿Nombre?

—Teodoro… Teodoro Torres Berzosa, para servirle.

—¿Edad?

—Tenía cuarenta y dos años cuando salí de España.

—¿Y ahora?

—Ahora, francamente, no lo sé… Quiero decir que no estoy muy seguro de cuánto tiempo ha pasado desde entonces. ¿Podría usted decirme en qué mes estamos?

—En el mes de enero, señor mío. Y a día veintiuno. ¿No celebra usted las navidades? Son un buen punto de referencia.

—¿Las navidades?

Se rascó la cabeza y frunció los labios.

—Pues no, la verdad es que no las celebro. Antes sí que lo hacía, pero desde que me entró el hormiguillo en la planta de los pies no he vuelto a acordarme de esas cosas. Además, ¿a qué tipo de navidades se refiere? Porque no sé si está usted al tanto de que hay navidades de muchas clases y para todos los gustos.

—Sí, sí, por supuesto. Me hago cargo —el canciller, a juzgar por la expresión de desconcierto e ironía que se pintaba en su rostro, había decidido seguir el curso de la corriente sin meterse en berenjenales inútiles—, pero… Antes habló usted de *los dos últimos años*. ¿Aludía al tiempo transcurrido desde que le sucedió *eso* en la planta de los pies?

Se había puesto colorado.

—¿El hormiguillo?

—Exactamente.

—¿Quiere usted decir que si llevo dos años de viaje?

—Por ejemplo.

—Pues sí. Más o menos, claro… No soy un reloj ni me preocupo de echar esas cuentas. ¿Para qué cojones, con perdón, sirven? Pero sí, puede poner en sus notas que lie los bártulos y me fui del pueblo hace aproximadamente dos años.

—¿De modo que ahora tiene cuarenta y cuatro?

—No. Si estamos en enero, como usted ha dicho, me faltan aún dos meses para esa edad. Pero permítame que le repita que se trata de un detalle sin excesiva importancia.

—¿Lugar de nacimiento?

—Frescales de la Sierra.

—¿Dónde queda eso?

—En la Mancha, provincia de Albacete.

—¿Lugar de residencia?

—No resido en ninguna parte.

—¿Cómo que no reside en ninguna parte?

—Como lo oye.

Dionisio se dirigió al canciller, con el que ya había entablado relaciones cordiales —y hasta amistosas— antes de que el desconocido irrumpiera con suave ímpetu quijotesco en la oficina, y le dijo con retintín:

—Hay, Horacio, cosas en la tierra y bajo el cielo que ni siquiera el excelentísimo señor cónsul de las Españas conoce… Imagínate su canciller.

Este gruñó algo entre dientes a propósito de la conveniencia de que los treintañeros con ínfulas de aventuras dejasen descansar a Shakespeare y a los

príncipes de Dinamarca en la quietud de sus tumbas y siguió con el interrogatorio:

—Todo el mundo vive en alguna parte, señor Torres —dijo—. De forma que…

—Se equivoca. Hay muchísima gente que no tiene residencia fija.

—Póngame algún ejemplo.

Dionisio, con inequívoca expresión de guasa, volvió a terciar en el diálogo:

—Tengo oído, señor canciller, y corríjame usted si no estoy en lo cierto, que los nómadas no tienen casa. ¿No me dijo antes que se había pasado media vida enseñando el catecismo en el Congo? Pues allí deben de saber bastante del asunto, ¿no?

El funcionario clavó los ojos en quien así le interpelaba, decidió pasar por alto la impertinencia y preguntó a don Quijote:

—¿Es usted nómada? ¿Puedo poner eso en el certificado de buena conducta?

Y luego, para sus adentros, barbotó:

—Si es que decido extendérselo, claro…

El teórico titular del futuro documento dijo:

—¿Nómada? ¿Quién? ¿Yo? Pues lo mismo sí. Explíqueme, por favor, con qué se come eso, y ya veremos.

—Un nómada viene a ser, si este caballero no tiene nada en contrario…

Miró con sorna a Dionisio. Luego siguió:

—… una especie de vagabundo. ¿Lo es usted?

El aludido se escandalizó:

—No, no, de ningún modo. ¿Cómo voy a ser un vagabundo? ¿Por quién me toma? Si lo fuese, no estaría ahora aquí pidiéndole un certificado de buena conducta.

—¿Por qué no?

—Porque los vagabundos son gente de mala entraña y yo en mi vida he roto un plato.

Dionisio se echó a reír. El canciller empezaba a sudar tinta, pero no se dio por vencido.

—Si yo le preguntara —se atrevió a insinuar con gesto simultáneamente astuto, cauteloso y conciliador— cuál es su profesión, ¿qué me diría usted?

—¿Ahora o cuando me entró el hormiguillo en la planta de los pies?

—¡Y dale! Olvídese durante un rato del hormiguillo y dígame lo que hacía usted en España.

—Trabajar. Nunca he robado a nadie.

—¿Trabajar en qué?

—En el campo.

—¿En el campo de Frescales de la Sierra?

—No. Allí solo hay riscos. Mis padres se mudaron a la llanura, cerca de Quintanar de la Orden, cuando terminó la guerra, y yo no volví a mover el culo, con perdón, hasta que me pasó lo del hormiguillo.

—Entiendo… ¿Viven aún sus padres?

—¿Mis padres? ¡Quia! Los aplastó un camión de Palencia cuando yo estaba a punto de cumplir quince años y entonces heredé el huertecillo que tenían.

Pasó, sin venir a cuento, un ángel. Don Quijote de la Sierra y de la Llanura tenía el ceño fruncido y estaba ensimismado. El canciller le citó con el pico de la muleta:

—¿Y…?

—Y así me tiré veintisiete años.

—¿Hasta lo del hormiguillo?

—Exactamente. Ni un minuto más ni un minuto menos.

—¿Destripando terrones?

—Destripando terrones.

—¿Solo?

—Más que la una.

—¿No tiene hermanos?

—Soy hijo único.

—¿Está usted casado?

—¿Casado yo? ¡Qué disparate! Las mujeres no se llevan bien con los hombres y solo traen complicaciones. ¡Quite, quite!

—¿Tiene algún hijo?

—¿Cómo se atreve a preguntarme eso? ¿No se ha convencido aún de que soy una persona decente? Si tuviese hijos sin haber pasado por la parroquia, señor canciller, no me atrevería a pedirle lo que le estoy pidiendo. Ya se lo dije antes.

—Muy bien. Dejémoslo. Entonces, ¿pongo labriego, hortelano o algo así en la casilla de la profesión?

—Sería una falsedad. Cuando me entró el hormiguillo, y ya sabe usted que el arrechucho me vino hace aproximadamente un par de años, cambié de oficio.

—¿Así, de repente, por las buenas, de la noche a la mañana?

—Usted lo ha dicho: de la noche a la mañana. Un tijeretazo, y a otra cosa.

Dionisio parpadeó. Aquel pelanas iba derecho al grano, tiraba a dar, ponía el dedo en la llaga, parecía —a veces— un sabio chino.

El canciller no soltó la presa:

—Y ahora, amigo Teodoro, si puede saberse, ¿qué hace? ¿A qué se dedica? ¿Cómo se gana el pan?

—Soy caminador.

Pasó, de nuevo, un ángel. Esta vez sí que venía a cuento. El corazón de Dionisio se puso a latir más de prisa. Hubo un minuto de silencio. De silencio reconcentrado, pastoso, grasiento. Fue el canciller quien lo dio por terminado:

—¿Qué significa eso? ¿Que es usted peón caminero?

—Peón caminero, no. Lo he dicho bien claro: soy caminador.

—¿Caminador?

—Sí, caminador. ¿Es un delito?

—No, no, por supuesto que no… Pero, sin que la pregunta le sirva de molestia, ¿podría explicarme en qué consiste el oficio de caminador?

—La propia palabra lo dice: los caminadores son personas que se dedican a caminar.

Dionisio, sintiéndose repentinamente implicado en el asunto, metió baza:

—Oiga, ¿y eso da dinero? Lo digo por la parte que me toca.

El interpelado, por primera vez, aflojó los músculos de la cara y permitió que se dibujara en ella algo bastante parecido a una sonrisa.

—Pues no. No da una perra —dijo—, pero maldita la falta que hace el parné cuando uno se dedica a dar tumbos por los caminos.

El canciller aprovechó el momentáneo relevo en el trajín de la conversación para llevarse la mano al bolsillo derecho de la americana, sacar de ella una cajetilla de *ducados* y…

No pudo terminar la maniobra. Al caminador se le abrieron los ojos como platos soperos.

—¿Tiene usted *ducados*?

Y subrayó tanto la pregunta que esta se convirtió en una especie de hachazo o de proyectil teledirigido.

El canciller acusó el impacto de la inesperada y, además de intempestiva, desproporcionada vehemencia de su interlocutor, pero se mantuvo en sus trece de imperturbable cortesía diplomática.

—Pues sí, tengo *ducados* —dijo—. ¿Quiere uno?

—¡Hombre! La verdad es que sí. No puedo negarme a su invitación.

Cogió un cigarrillo, lo encendió con el mechero que le tendía el canciller, exhaló con voluptuosidad la primera bocanada de humo y añadió:

—¡Uf! No puede imaginarse cuánto se lo agradezco. Llevaba siglos sin fumar un ducados…

Lo decía así, en plural, como lo dice inapelablemente el pueblo, y Dionisio —escritor siempre a la espera del milagro de enfrentarse a un montón de cuartillas en blanco para romper aguas— escuchó en algún lugar íntimo de su pecho, y desde la ultramontana línea divisoria de dos continentes opuestos, la llamada (y la llamarada) divina del idioma.

—… y le aseguro —seguía diciendo el Caminador— que en determinados momentos, y quien habla es un hombre profundamente religioso, hubiese sido capaz de vender mi alma al diablo a cambio de un cigarrillo negro español.

El canciller hizo entonces lo que cualquiera hubiese hecho en su lugar: ofrecer al Caminador la cajetilla.

—Llévesela, por favor —dijo mientras se la tendía—. Aquí tenemos muchas. Todas las que necesitamos. Nos las envían por valija. E incluso, si quiere unos cuantos cartones, puedo conseguírselos.

—No, no, de ninguna manera. No he venido aquí para causar molestias ni para ocasionarles gastos. Le quedo muy agradecido, pero no insista, no voy a aceptar su ofrecimiento.

—Venga, hombre… No se haga de rogar. Está usted en suelo español. No nos causa ninguna molestia. Al contrario. Nos brinda la posibilidad de que cumplamos con nuestro deber. No siempre podemos hacerlo. Créame: son muy pocos los españoles que llegan a este culo del mundo y, si alguno llega, no suele aparecer por aquí.

Mientras hablaba, el canciller sacó una llave del cajón de su mesa, se levantó y se dirigió hacia un armario que, presumiblemente, desempeñaba las funciones de almacén.

El Caminador, al ver el gesto decidido y la expresión bonachona del titular del despacho, se incorporó a medias en la silla y dijo con autoridad:

—Es inútil. No abra ese armario. No voy a llevarme ni un cartón ni una cajetilla ni tan siquiera otro cigarrillo. Con este que ha tenido usted la bondad de regalarme tengo de sobra.

Marcó una pausa, respiró hondo, templó la dureza de su voz y remachó suavemente el discurso:

—Además…

Titubeaba.

—Mire —siguió—. No es solo por lo que le he dicho… Ya sabe: lo de no causar molestias y todo eso, sino también porque los cigarrillos pesan, y todo lo que pesa, sobra. O sobra, por lo menos, en mi vida. Allá cada cual con la suya.

Dionisio y el canciller se quedaron de un aire. Luego, en seguida, reaccionaron y exclamaron a la vez:

—¿Cómo? ¿Qué ha dicho? ¿Que *pesan*?

El Caminador sonrió, por fin, abiertamente. La alegría y la certidumbre de pisar terreno firme le llegaban de oreja a oreja. Saltaba a la vista.

—Sí, he dicho que el tabaco pesa y me estaba refiriendo a otra de las lecciones importantes que he aprendido en los dos últimos años.

Dionisio y el canciller guardaron silencio, pero era un silencio aprensivo y encajonado entre puntos de interrogación.

Teodoro Torres Berzosa, que poco a poco estaba demostrando ser un verdadero hombre de mundo, no decepcionó a quienes —anhelantes— le escuchaban.

—La lección —dijo con moderado énfasis— de que en la vida conviene ir siempre ligero de equipaje.

Golpe de tos provocado por el cigarrillo, breve pausa y, alrededor de ella, zafarrancho de estupefacción generalizada.

—¿Por qué no nos cuenta todo, pasito a pasito, desde el comienzo?

Era Dionisio quien lo proponía.

El Caminador asintió.

—Muy bien —dijo—. Pero ¿a qué llama usted el comienzo? ¿Al primer síntoma del ataque de hormiguillo?

—Si se empeña en llamarlo así. Le confieso que no conozco esa enfermedad. ¿Se coge en el campo?

—No, no se coge en ninguna parte: ni en el campo ni en la ciudad… El que la tiene, la tiene, y punto. Se lleva dentro y un buen día, por la razón que sea, asoma la gaita.

—¿Y entonces?

—Entonces no hay tu tía. Nada que hacer. Uno agacha la cabeza, lía su hatillo, corta con todo y se va con la música a otra parte.

—¿Dejando plantada a la familia?

—A la familia y al lucero del alba. Es un impulso irresistible. Algo que viene de muy arriba y que te envuelve de sopetón. Cuando quieres darte cuenta, el hormiguillo está ya en la planta de los pies. Y entonces, adiós… Lo dicho: metes cuatro cosas en una maleta, cortas la luz y el agua por si acaso,

cierras bien la puerta detrás de ti, tiras la llave a una acequia, te calas la boina, te atas los machos y ¡hale!, al camino. A partir de ese momento, el mundo es tuyo.

Se concedió otra pausa y rezongó:

—Aunque yo, por suerte, no tenía ni familia, ni perro, ni gato, ni canario. Por eso resultó todo tan fácil. Con decir que el ahogo me entró un domingo por la tarde, mientras veía la tele, y que a las seis de la mañana del lunes ya estaba moviendo los zapatos por el borde de la cuneta en dirección a Albacete…

Dionisio, mientras escuchaba —absorto— el relato del Caminador, fue sumiéndose poco a poco, e inadvertidamente al principio, en una especie de estado de trance. Por algo le llamaban de niño, en el colegio, *Lunilla*: porque estaba siempre, según los profesores, en la luna… Y en la luna, o en cualquier otro sitio similar, andaban ahora sus pensamientos, sus sentimientos, sus conjeturas, sus recuerdos.

Había apoyado los codos en la mesa del canciller y las mejillas en las palmas de las manos. Sentía —*sabía*— que la historia del Caminador era, en cierto modo, su propia historia. Y también sabía, y sentía, que las *lecciones importantes* recibidas y, al parecer, aprendidas por aquel trotamundos manchego le implicaban —a él, a Dionisio, a *Lunilla*— y podían serle de utilidad en el futuro.

Sí. Había apoyado los codos en la mesa y las mejillas en las manos mientras escuchaba al Caminador con los ojos perdidos en el mundo del ensueño, y poco a poco se había ido deslizando por el tobogán del ensimismamiento hacia una especie de estado de hipnosis. Ya no estaba allí, en Estambul, en la primera semana de su largo viaje, en la minúscula oficina de un canciller español que había sido misionero comboniano en el Congo, sino en un lugar de la Mancha de cuyo nombre sí podía y quería acordarse, bajo un sol de apocalipsis ibérico, a la hora de la siesta, en tarde de domingo, cerca de Quintanar de la Orden, entre los surcos y los repollos de un humilde huertecillo franciscano, asomándose subrepticiamente por la ventana al interior de una chabola de adobe, recorriendo con la mirada el exiguo y exangüe mobiliario de formica y escay, deteniendo los ojos en las cortinas de plástico con camelias estampadas, y en la cocina de dos hornillos con el esmalte desconchado, y en la sartén sin mango con abundantes restos de fritanga, y en la cupletista con el pelo cardado que lanzaba gorgoritos y ajujúes desde la pantalla del televisor, y en la enorme cama de níquel con colchón de borra y almohada sin funda, y en el mugriento retrete de pozo

negro plantado en un rincón y separado del resto del mundo por una frágil puertecilla de fuelle entreabierta y permanentemente atascada en su raíl, y en los aperos de labranza con pegotes de barro adheridos al metal, y en…

El Caminador seguía por su vereda.

—¿Iba a pasar el resto de mi vida así? —dijo—. Eso es lo que de pronto me pregunté aquella tarde, cuando espachurré la colilla en el cenicero y miré alrededor.

—Y solo había una respuesta posible —insinuó el canciller.

—Pues sí: solo una… Largarse sin avisar. Y es lo que hice. Cogí todos los ahorrillos (algo menos de cincuenta mil pesetas) que desde la muerte de mis padres había ido metiendo en una caja de zapatos y me fui hacia Albacete con el carné de identidad en el bolsillo para pedir el pasaporte. Tenía unas ganas locas de darme un garbeo por el mundo.

—¿En qué medio de transporte? ¿En autobús? ¿En tren? ¿A dedo?

—No, no… Siempre he viajado a pie y nunca se me pasó por la cabeza la posibilidad de hacerlo de otra forma. Los trenes y los autobuses cuestan dinero, y yo no nadaba precisamente en la abundancia. Además, en el momento de pegar el portazo y echarme a la carretera, aún no sabía que se puede dar la vuelta al mundo sin gastarse un céntimo.

—¿Y el autostop? ¿Nunca pensó en recurrir a él?

—No soy un jipi ni un quinqui. No me gusta pedir limosna. Admito que se haga autostop, pero solo en casos de apuro y urgencia. Yo no tenía ni rumbo ni prisa. No iba a ninguna parte. ¿Por qué molestar sin motivo a la gente?

—Y entonces se puso a caminar.

—Me puse a caminar. Es lo único que he hecho durante los dos últimos años.

—¿Hacia dónde?

—Bueno… Al principio, después de que me dieran el pasaporte en Albacete, tiré hacia Madrid. Y luego, tran tran, por la carretera de Burgos hasta Irún.

—¿En cuántos días?

—No tengo ni idea. Ahora, normalmente, saco (si me empeño) una media de cuarenta o cincuenta kilómetros al día, pero entonces iba mucho más despacio por culpa de la maleta. Créame: no es lo mismo caminar con veinte kilos a cuestas que con las manos en los bolsillos. Pero, con suerte, me di cuenta en seguida de lo que pasaba y…

—¿Se dio cuenta de *qué*? Perdóneme la vehemencia y la insistencia —el canciller volvió a ponerse como un tomate—, pero la verdad es que no acabo de entenderle.

—Me di cuenta de lo que les expliqué antes.

—Explíquelo otra vez, si no tiene inconveniente…

—No lo tengo. Comprendí, señor canciller, dos cosas fundamentales para la felicidad. Una: que casi nada, por no decir *nada*, de lo que consideramos necesario lo es verdaderamente. Y dos: que todo pesa, que todo es un lastre para el camino… Para el camino del viajero y para el camino de la vida.

—¿Y qué hizo al comprender eso? ¿Dejar la maleta en un descampado?

—No. Las cosas no suelen ir tan de prisa. Lo del peso fue fácil. A los diez minutos de salir de Quintanar ya me había dado cuenta de mi error. Pero aún tardé varios meses en entender que los hombres no necesitan prácticamente nada para sobrevivir.

—¿Nada?

—Bueno, dejémoslo, como ya les dije antes, en casi nada. Para el caso viene a ser lo mismo.

—Y empezó a tirar cosas.

—Empecé a tirar cosas. A tirarlas o, a veces, a regalarlas.

—Hasta que se quedó con lo puesto.

—Pues sí… Con lo que llevo ahora.

Dionisio y el canciller repasaron con la mirada, de pies a cabeza, la figura del Caminador. Este, al percatarse de ello, sonrió y dijo en tono de excusa:

—En realidad, aún me sobra algo: el abrigo. En cuanto llegue a Paquistán o a la India, me libraré de él. Dicen que en esos países, y en los que están más allá, hace un calor de órdago. ¿Es cierto?

Dionisio seguía en el nirvana de su torre de marfil. Era el canciller quien corría con el gasto de la conversación.

—Según, según —dijo—. Si se va usted al Himalaya… Pero, en líneas generales, sí, lo que le han contado es cierto.

—Pues no sabe usted el peso que me quita de encima.

—Nunca mejor dicho.

Se rieron.

El canciller volvió a la carga:

—Estábamos en…

—Estábamos en el momento en que empecé a tirar por la borda el equipaje. Me dio un patatús y…

—¿Otro ataque de hormiguillo?

—En cierto modo. Total: que decidí prescindir de la maleta, que era un armatoste incomodísimo de llevar, y meter en una bolsa de lona únicamente lo imprescindible. Fue entonces, al coger y sopesar una por una todas mis pertenencias, cuando comprobé que solo necesitaba los pantalones, los zapatos, una camisa, un par de calzoncillos y el abrigo.

—¿No se quedó ni siquiera con una muda?

—No. ¿Para qué? Antes de acostarme lavo lo que está sucio, por la mañana lo encuentro seco, y a otra cosa.

—Pero…

—No hay pero que valga. La vida es así. ¡Con decirle que llegué al extremo de tirar las gafas!

—¿Es usted miope?

—Hipermétrope, gracias a Dios.

—¿Muchas dioptrías?

—Pocas, pocas… Pero eso daba lo mismo. No era cuestión de dioptrías, sino de engorro. ¿Sabe usted cuánto pesan unas gafas?

—Supongo que menos de cien gramos.

—Y acierta. Pero cien gramos aquí, otros cien allá, y todo eso durante días y días de caminata… Créame: se nota. Se nota y, cuando uno dice basta, se agradece.

—¿Nadie salió corriendo detrás de usted para devolverle las gafas? La gente suele preocuparse por esos despistes.

—Tiene usted razón. Me las devolvieron en dos ocasiones. ¡Qué pelmazos! Pero a la tercera fue la vencida. Cogí las puñeteras gafas y las tiré a un río. Asunto zanjado. No he vuelto a verlas.

—¿Dónde fue eso?

—En Bulgaria.

—Perdone la indiscreción, pero… ¿Le queda algo de las cincuenta mil pesetas que tenía al salir de Quintanar?

—Ni lata.

—¿Ni lata?

—Ni lata. Diez mil duros, en estos tiempos, no dan ni para resistir un año. Aunque, en realidad, me quedé sin blanca a los dos meses de empezar el viaje.

—Se dedicaría usted a vivir por todo lo alto —dijo con una miaja de socarronería el canciller.

Pero daba en hueso. El Caminador ni siquiera acusó el golpe. Por sus venas corría sangre de Sancho Panza.

—Todo lo contrario —dijo—. Durante esos dos meses no gasté más de tres mil pesetas.

—¿Y el resto?

—El resto me lo robaron unos desaprensivos mientras echaba unas cabezaditas tumbado debajo de un árbol de un parque de París.

—¿Y no dio por terminada la aventura?

—¿Por qué iba a hacerlo? Al revés. Fue precisamente a partir de ese momento cuando las cosas empezaron a ir sobre ruedas. Quien dijo aquello de que la guita no da la felicidad era un genio de tomo y lomo. Por cierto: ¿me autoriza usted a fumarme otro pitillito?

—Ahí tiene el paquete. Coja todos los que quiera sin pedir permiso.

—Cosa fina los ducados, ¿eh?

Paladeó a conciencia el primer buche de humo y siguió hablando:

—Lo del robo resultó ser, a la larga, un verdadero golpe de suerte… Bueno: a la larga y a la corta. ¿Conoce usted el refrán ese que dice que no hay mal que por bien no venga? Por lo pronto (y no es paja, amigo), al verme sin un ochavo, cogí el portante y me largué de París.

—¿No le gusta París?

—¿París? París es un montón de mierda, señor mío, y perdóneme usted la grosería.

Dionisio seguía en estado de semicatalepsia, pero el oído del subconsciente le traicionó obligándole a asentir maquinalmente y a sonreír. No en balde llevaba en el zurrón y sobre las costillas casi tres duros años de peleona experiencia parisiense.

Es lo bueno que tienen los montones de mierda, pensó entre nubes, musarañas y espejismos. *Unifican los criterios de la gente, siembran la concordia, consiguen que las derechas y las izquierdas se pongan de acuerdo*.

Y volvió a zambullirse en las cristalinas aguas del portentoso viaje del Caminador.

—Para colmo —explicaba este— fue también entonces, al quedarme sin un real, cuando comprobé que el maldito dinero solo sirve para crear problemas.

—Sí —convino melancólicamente el canciller, que tres meses antes había perdido todos sus ahorros en una desafortunada operación bursátil—. Pero a veces los resuelve.

—No crea. Yo, por lo menos, ya no he vuelto a tener problemas de ningún tipo. Desde que me convertí en un pobre de solemnidad vivo como un

marqués.

—Como un marqués arruinado, supongo.

—Sí, arruinado, pero sin preocupaciones. Mejor así, se lo aseguro, que con piso en la avenida del Generalísimo y picadero en las afueras.

—No sé si cometo una indiscreción, pero me gustaría saber cómo se las apaña para viajar en la forma en que lo hace.

—Le va a parecer una sosería, porque la verdad es que no hay ningún secreto. Son cosas tan viejas como el mundo.

—Yo no sé hacerlas.

—Aprendería a escape… Mire: cuando la noche me pilla en descampado, duermo al aire libre, a condición, naturalmente, de que el tiempo lo permita. Y si hace frío o llueve, pues nada: a buscar un refugio, un aprisco, una casa en ruinas o lo que buenamente se tercie. Nuestro Señor está al quite y nunca falta un techo para el hombre que de verdad lo necesita. Ni un techo ni tampoco fruta en los árboles para ir matando el gusanillo.

—Al fin y al cabo ese es el mensaje de Jesús en el sermón de la montaña —dijo no tanto el canciller del consulado español en Estambul cuanto el exmisionero de la orden comboniana en el Congo.

—Sí, me lo leyó una vez el párroco de Frescales cuando yo era niño y me estaba preparando para hacer la primera comunión. ¡Lástima haberlo tenido olvidado durante tantísimo tiempo! Seguro que me entró el hormiguillo porque así lo decidió la santa Providencia.

—Es probable.

—Comer y dormir: no hay que rascarse la cabeza pensando en otras cosas. Y día a día, ¿eh? Cuando oigo que alguien habla de hacerse un futuro, o de cualquier bobada por el estilo, me entra la risa floja. Para disfrutar de la vida basta con estar vivo.

—Da gusto oírle. Aquí solo vienen a contarnos miserias. Usted, en cambio, todo lo tiene resuelto, ¿no? Por lo menos cuando se encuentra lejos de las ciudades… Y a propósito: ¿cómo se las arregla para comer y dormir cuando la noche no le pilla en descampado?

—Igual de fácil. Llego a un pueblo, me pongo a callejear, miro los escaparates, me siento en la acera o en un banco del paseo, procuro que se me note que soy caminador y que no tengo prisa ni nada que hacer, y no falla, al ratito se me acerca alguien y pega la hebra. La gente es muy curiosa, ¿sabe?, sobre todo con los forasteros.

—Y entonces le invitan a comer y a pasar la noche en su casa.

—Pues sí, la verdad es que sí. No siempre me salgo con la mía a la primera, pero más tarde o más temprano termina por aparecer una persona de buen corazón y…

El Caminador salió del despacho del canciller cinco minutos antes de que este cerrara la oficina para irse a almorzar con Dionisio en una freiduría de pescado situada en la boca del Cuerno de Oro. Llevaba el certificado de buena conducta en el bolsillo interior del gabán y había depositado en el pliegue superior de la oreja derecha, en un castizo gesto de albañil ibérico que le brotó del alma, el cigarrillo que en el último momento, a regañadientes y cediendo más por cortesía que por convicción a las presiones del canciller, había consentido en recibir de manos de este.

—Bueno, vale —dijo con un gesto de resignación—. Me llevaré uno para el viaje… Pero uno solo, ¿eh? No quiero ir de la Ceca a La Meca cargado como un mulo.

Y la puerta se cerró tras sus espaldas.

Lo primero que hizo Dionisio aquella noche, al volver con los ojos centelleantes —pero momentáneamente saciados— a la habitación que compartía con un animoso regimiento de cucarachas turcas en la casa de huéspedes para masoquistas, fue vaciar todo el pintoresco contenido de su mochila sobre la escuálida colchoneta llena de lobanillos y promontorios, rascarse la coronilla y proceder a un minucioso recuento de sus pertenencias para tirar a la basura o regalar a los mendigos de las inmediaciones los objetos que no fuesen estrictamente necesarios o que, aun siéndolo, pesaran más de lo admitido por el riguroso código de conducta del Caminador.

Cuando se tiene la suerte de encontrar a un maestro, pensaba Dionisio al hurgar entre sus enseres comprobando que la mayor parte de ellos era pura gollería, pero sin decidirse a prescindir de ninguno, *no queda más remedio que ser humilde, aceptar las propias limitaciones, apechugar con el papel de segundón, abrir las orejas y los ojos a las enseñanzas que puedan venir por ellos, imitar y obedecer*.

El donoso escrutinio duró, entre nostalgias, autorrecriminaciones, fantasías y titubeos, aproximadamente dos horas. Tiempo excesivo, sin duda, para manosear, sopesar y analizar las interioridades de un raquítico macuto de aficionado al montañismo dominical de tren de cercanías, pero quien con tanto escrúpulo y atención se entregaba a ello era un nativo de Libra y, en consecuencia, un eterno e impenitente irresoluto al que la vida aún no había presentado al cobro la factura de sus indecisiones.

De modo que, tras dar cientos de vueltas tirando de las bridas de la noria de su perplejidad, Dionisio llegó a la conclusión de que, sin violentarse a sí mismo, solo podía y debía desprenderse de un objeto de su equipaje: el ejemplar del *Quijote*.

Lo hojeó con melancolía, leyó por última vez su comienzo, lo desencuadernó con rabia y lo abandonó sobre la roñosa superficie metálica de la tambaleante mesilla de noche.

Probablemente, pensó, *alguien arramblará con él mañana por la mañana para utilizarlo como papel higiénico*.

¿No era, por otra parte, eso lo que mandaban las consignas —aún vigentes entre muchos de sus amigos y conmilitones— de la salvaje *revolución cultural* proclamada año y medio antes por los guardias rojos de Mao Tse Tung en la lejanísima capital del Celeste Imperio?

Dionisio sonrió sin ganas, pensó en los bárbaros, se desnudó, apagó la cadavérica luz del techo, extendió el saco de dormir sobre la colchoneta después de desbaratar de un manotazo varios destacamentos de cucarachas madrugadoras, pasó revista a las enseñanzas del Caminador, se sintió triste, se sintió solo, evocó a Cristina, deseó su inmediata presencia, respiró hondo, engalló el espíritu, salió del bache y volvió a sonreír —esta vez con ganas— al recordar que llevaba en el bolsillo del pantalón un rutilante billete de autobús con asiento de hule reservado hasta Ankara, la de las mil torres.

Y en ese preciso instante, como si estuviera reclinado en el diván moruno de su salón de música, detuvo el oleaje del cerebro, se durmió y soñó con las antípodas.

II. Febrero

Todo esto —no digáis que no lo aviso— ya tan perdido está como la Atlántida.

Rudyard Kipling,
Rewards and fairies

—EN ERZURUM —dijo rotundamente el gigante asturiano de ojos azules que conducía el *jeep*— hace un frío que corta los cojones.

Ninguno de los pasajeros le llevó la contra. Todos habían salido alegremente aquella mañana, cuando más calentaba el sol y menos soplaba el viento, para echar un vistazo al mercadillo local, que tenía fama de parecer una ilustración directamente salida de las páginas de *Las mil y una noches*, y todos habían regresado a escape sin doblar la primera esquina y con el rabo entre piernas al único salón provisto de estufa en el bullicioso hotelucho que por la asombrosamente módica cantidad de dos dólares al día les suministraba techo, cama, ducha, copioso yantar, partidas de ajedrez e inolvidables encuentros con jipis, trotamundos, huérfanos ideológicos del mayo francés, espías de tercera clase necesitados de rehabilitación y arqueólogos visionarios que venían a buscar los restos del arca de Noé en las laderas del Ararat.

A Dionisio, durante la brevísima y frustrada excursión al zoco, se le habían transformado los lóbulos de las orejas en carámbanos cartilaginosos tan quebradizos como el cristal.

—Pues si esto sucede a mediodía —comentó sarcásticamente el rudo insurrecto de la segunda revolución francesa—, habrá que ver hasta dónde baja el termómetro por las noches.

—Ayer estuvimos a quince bajo cero —dijo el gigante asturiano.

—No fastidies.

—Fastidio, fastidio, jovenzuelo. Erzurum, según los meteorólogos, es uno de los dos puntos más fríos del continente asiático.

—¿Y el otro?

—El otro anda por Siberia.

Y sin embargo, a pesar de los rigores de la temperatura y de la experiencia sufrida unas horas antes, arrebujados —eso sí— en sus pasamontañas como las mujerucas de la zona lo hacían en el capirote del *chador*, todos habían vuelto a salir alegremente después de la comida con el propósito de visitar un campamento nómada —jaimas, caravanas, pastores, mercaderes, camellos bactrianos de la altiplanicie irania, reatas de mulas herederas de la tradición de Marco Polo— plantado a diez o doce kilómetros de la ciudad.

La tropilla estaba compuesta por Dionisio, una holandesa pelirroja que se le había pegado en el albergue de la juventud de Ankara, un desgreñado jipi suizo, una pareja de dandis franceses —chico y chica— disfrazados de Lawrence de Arabia en la película del mismo nombre y, naturalmente, el gigante asturiano de ojos azules, que se llamaba Justo, era de Luarca y había ahorrado lo suficiente para comprar aquel cochambroso Land Rover de quinta mano pescando sardinas en Islandia durante once frígidos meses.

El *jeep* patinaba continuamente en las angostas curvas de aquella pista de alta montaña cubierta de hielo y todos sus tripulantes, pasada y congelada ya la euforia del primer momento (y también el optimismo que unas oportunas copas de *arak* habían inyectado en el cotorreo de la sobremesa), guardaban un significativo silencio, se miraban entre sí enarcando las cejas y esperaban lo peor con la impasibilidad, la mansedumbre y la paciencia que solo se adquieren durante los viajes encaminados, sin billete de vuelta ni límites de tiempo, al fondo de lo desconocido.

Y así estaban las cosas y los ánimos, con Justo musculosamente aferrado al volante del catarroso Land Rover para evitar en la medida de lo posible que sus ruedas sin dibujo descarrilaran y desencadenaran una catástrofe tan absurda como inútil, cuando una nubecilla de humo de hogar procedente de un bosquecillo plantado en lo más hondo de un valle informó a los contritos aventureros de que la pesadilla había terminado.

Eran las tres menos cinco de la tarde, faltaban dos horas y media para que la oscuridad los envolviese y atenazase, y todos menos Justo pensaron con una sonrisilla de conejo y un deje de indignidad que al volver sería el reír.

Pero ninguno lo dijo. Las reglas del juego y de lo que ya empezaban a llamar algunos la *década prodigiosa* prohibían terminantemente poner en tela de juicio la viabilidad y la disponibilidad del futuro.

El comerciante sufí traficaba en pieles, llevaba alrededor de treinta años yendo y viniendo a paso de hombre entre su minúscula aldea natal —situada casi en la orilla iraní del mar Caspio, muy cerca de la frontera rusa— y el campamento anónimo levantado por la laboriosidad y el trasiego de las gentes

sin domicilio fijo en las cercanías de Erzurum, se demoraba en él al abrigo de su espaciosa y suntuosa jaima, que parecía un palacio rústico y portátil en miniatura, todo el tiempo necesario para despachar su mercancía y luego, calmosamente, con la bolsa llena de sonantes y palpitantes libras turcas, volvía al lugar en el que había nacido y vivido libre hasta que su padre —deformado y medio paralizado por las garras del reumatismo— le conminó a contraer matrimonio y le entregó bruscamente las riendas no solo del negocio familiar, sino también —y sobre todo— de la pequeña caravana de doce mulas, tres borricos y siete camellos que lo alimentaba. Tenía entonces veintidós años de briosa felicidad a cuestas y el resto de su vida, a juzgar por su porte, por su talante, por su mirada, por su forma de arrimar los labios a la boquilla del narguile y por el contenido de su conversación, no había transcurrido en vano.

Sus huéspedes, sentados frente a él y en torno al samovar de bronce antiguo con las piernas cruzadas sobre las gruesas y mullidas alfombras de colores tenues, inciertos y erráticos, le escuchaban con intensa y emocionada atención. El comerciante sufí, cuyo nombre desconocían, se expresaba con relativa soltura en inglés y gustaba de apuntalar o, simplemente, de exponer sus opiniones —envueltas en la sentenciosa inapelabilidad de la sabiduría— recurriendo a apólogos e historietas contadas en un tono vagamente similar al utilizado por Jesús en el evangelio.

Y de Jesús, precisamente, hablaba en aquel momento, aunque no se refería a él llamándole por su nombre occidental y cristiano, sino por el que le habían puesto en árabe los musulmanes.

—Cierto día —dijo atusándose la barba canosa con un gesto simultáneamente irónico, soñador y malicioso— caminaba Isa, hijo de Miriam, por un desierto cercano a Jerusalén. Iban con él varias personas en cuyo pecho aún no anidaba la codicia. Uno de aquellos hombres, hablando en representación de los demás, pidió al profeta que les revelara el Nombre capaz de resucitar a los muertos. Isa respondió: *si os lo enseño, sé que abusaréis de él*. Sus acompañantes rebatieron: *estamos preparados para recibir ese conocimiento que reforzará nuestra fe*. El hijo de Miriam comentó: *jugáis con fuego*. Y les dio la Palabra.

El comerciante hizo una pausa, aspiró una bocanada de humo del narguile, miró con detenimiento a Dionisio y remató la fábula.

—Horas después —dijo— recorría aquella gente una llanura solitaria. Tropezaron por casualidad con un montón de huesos calcinados y alguien sugirió: *pongamos el Nombre a prueba*. Lo hicieron, formularon la Palabra e

instantáneamente los despojos se cubrieron de arena y asumieron la forma de una feroz alimaña que se abalanzó sobre los curiosos y los devoró.

Dionisio y Justo intercambiaron una mirada admirativa y cómplice.

—Fiu —silbó el primero—. Este vendedor de pieles chotunas acaba de cepillarse en un periquete, como quien se quita de encima una mosca, todos los gloriosos principios del movimiento democrático, que en paz descanse.

—¿Por ejemplo?

Hablaban en español acelerado para evitar las intromisiones de los restantes miembros del grupo.

—Pues ya sabes: el igualitarismo, los derechos humanos, la escolarización obligatoria, la divulgación cultural y todas esas pamplinas que los yanquis y los organismos internacionales están imponiendo en el mundo.

—¿Pamplinas? —preguntó con retintín el coloso de Luarca mientras los ojos intensamente azules se le ponían de vivo color burlón—. Pues por pamplinas así te tiraste tú, y algunos de los pájaros de cuenta que en estos momentos nos acompañan, a las calles de París para armar una marimorena de las de aquí te espero.

Dionisio se echó a reír.

—A mí que me registren —dijo.

Y luego, poniéndose serio, añadió:

—Mira, Justo, de verdad: si hay algo en lo que yo no he creído nunca es en el sacrosanto mandamiento de la igualdad de los hombres. Ni siquiera de niño la aceptaba. Por tus venas y por las de tu prójimo no corre la misma sangre. Es posible que el alma, si existe, sea única y común a todos, pero salta a la vista y al resto de los sentidos que se encarna de muchas maneras diferentes.

Bebió un sorbo de té, relajó los músculos de la cara y terminó el párrafo:

—Y en lo que respecta a la escolarización obligatoria, a la lucha contra el analfabetismo y a todas esas gaitas de predicador de púlpito barato, te diré para abrir boca y también para zanjar el asunto que casi todo lo que yo sé (poco, regular o mucho. No importa) lo he aprendido en la puta rúe o ahora y aquí, en Asia, de correcaminos, pero no en las bibliotecas ni en el colegio…

—… ni en la universidad ni en las tertulias de alto coturno de tus amiguitos de París.

—Exacto.

—Explícame entonces por qué extraña regla de tres te dedicaste con tanta energía, y con tanto riesgo, que también cuenta, a poner tu granito de adoquín en las barricadas del mes de mayo.

—¡Hombre! Como comprenderás, no iba a alquilar un uniforme de *flic* con tricornio de la Benemérita y a liarme a tiros, o a porrazos, o a pelotazos, o a botes de humo, con mis amigos del alma.

—Ni con Cristina.

—Ni con Cristina, claro… Proust decía que une más la consanguinidad de espíritu que la identidad de pensamiento.

—¿Con eso quieres decir que tu cabeza estaba al lado de la policía y tu corazón junto a los estudiantes?

—Con eso quiero decir, mi querido Justo, que me dediqué a poner mi granito de adoquín en las barricadas del mes de mayo por las mismas razones por las que tú te fuiste de Luarca para pescar pececillos de carne azul en una isla absurda y por las que yo estoy ahora aquí, en el culo del planeta, calentándome las manos con una estufa de carbón vegetal del año de maricastaña, sentadito a la vera de un troglodita asturiano con pupilas de vikingo, liado con una holandesa pecosa que no le llega a Cristina ni a la suela del zapato y dejándome embobar por las historias de este personaje bíblico que habla como uno de los siete sabios de Grecia.

—Amén. Y que los dioses te conserven el pico de oro.

—Con o sin pico de oro, Justo, nadie va a quitarme de la cabeza que tú y yo estamos hechos de la misma pasta ni que las revoluciones frustradas o sin frustrar, las sardinas islandesas, los comerciantes sufíes, los pastores nómadas, los precipicios de las estribaciones del monte Ararat y los vehículos decrépitos a punto de despampanarse como se despampanó el arca de Noé por estos andurriales no solo nos gustan y nos divierten, sino que además nos instruyen y nos aleccionan. ¿O no?

Justo asintió y comprendió que para Dionisio lo que contaba era sentirse siempre en el epicentro del ojo del tifón, pero no dijo nada. Había caído la noche. El samovar seguía humeando. El rescoldo de la estufa crepitaba aún bajo la ceniza. Los perros de los pastores ladraban al paso de las estrellas fugaces. Olía a madera húmeda, a excrementos de rumiantes, a *cumbres borrascosas* y a cordero asado. Pronto servirían la cena en bandejas de plata repujada. El comerciante sufí se había recostado sobre los barrocos cojines de pasamanería y fumaba su narguile en silencio y con los ojos entornados. Dionisio volaba. La holandesa se había sumido en la contemplación de los posos de su taza de té. El desgreñado jipi suizo hacía punto. Los dandis franceses…

Pasaron la noche allí, sobre las alfombras de tornasol —que hacían aguas como si fueran espejos de azogue antiguo— y amorosamente envueltos por

las mantas de lana de dromedario, mientras por encima del remate de la jaima rugía el firmamento. Poco antes de las seis de la mañana empezó el bullebulle de los trajines cotidianos. Voces y mugidos. Pisadas. Susurros en dialectos imposibles. Entrechocar de piezas de vajilla. Crepitación de hogueras incipientes. Pezuñas hundiéndose en el fango. *Vida, en una palabra,* pensó Dionisio al entreabrir los ojos, mirar alrededor y comprobar que sus compañeros de aventura —y, por el momento, también de ventura— estaban haciendo lo mismo que él: ronronear y remolonear en el cálido vientre de su yacija mientras poco a poco, tendón a tendón y *chakra* a *chakra* [Vórtice de energía astral y cósmica que, según el hinduismo y el budismo, se abre en el cuerpo sutil de los seres humanos. (*N. del e.*)] desentumecían los músculos, desenredaban los jirones del subversivo mundo de los sueños, anudaban los cables del sistema nervioso, reactivaban las funciones racionales del cerebro y se desperezaban.

Todo, pues, estaba en orden o, si acaso, en prudente desorden, porque el comerciante sufí había desaparecido y su ausencia era —rezongó Dionisio para sus adentros— como la del ojo del amo que engorda el caballo.

Pero ya alguien levantaba el cortinón de la puerta de la jaima, ya se colaban por ella el soplo de la primera luz del sol y el fuego frío y graneado de la cellisca, ya entraban —despojándose de sus botas y abandonándolas sobre la alfombrilla del minúsculo zaguán— los servidores del jefe de la caravana, y añadían leña nueva y carbón con polvo de siglos a las últimas ascuas de la estufa, y encendían el hornillo del samovar, y renovaban su contenido, y cuchicheaban entre sí, y esparcían bandejas cargadas de platillos con frutos secos, yogures, kéfires, cremas de calabacín y de garbanzos, purés de lentejas y otros mejunjes de exquisito y exótico sabor. E incluso, en el último momento, uno de los marmitones de la caravana trajo una jícara de delicado caviar gris enquistada en un bloque de hielo y la depositó junto a los montones de obleas de pan ácimo recién salido del horno y cubierto por un paño de tela de toalla que el ayudante del tahonero de la expedición había distribuido con desdeñosa elegancia alrededor de la estufa.

Y fue entonces, precisamente entonces, como si sus movimientos estuvieran uncidos por las misteriosas leyes de la armonía, de la analogía y de la sincronía al oleaje del cosmos y sus criaturas, cuando reapareció en el interior de la jaima el comerciante sufí vestido de blanco, con la barba bien peinada, un bonete de color violeta en la coronilla, borceguíes de lana de angora protegidos por chanclos de cuero impermeable en sus sigilosos y alados pies, un fajín de seda roja en la cintura y, entre los dedos de la mano izquierda, un libro forrado en piel e impreso en caracteres cúficos que,

naturalmente, era —Dionisio lo comprobó en seguida— ni más ni menos que el Corán.

—Alabado sea el Señor —dijo en árabe y en tono de saludo el recién llegado santiguándose a la manera mahometana y llevándose luego la mano al corazón.

Y fue —según afirmaría luego, durante el accidentado viaje de regreso a Erzurum, Dionisio— como si una vaharada de oxígeno puro hubiese entrado repentinamente en el recinto de la jaima y en los agarrotados pulmones de quienes en aquel momento pugnaban aún por despabilarse.

—El Señor sea alabado —respondieron al unísono, y también en árabe, la holandesa, Dionisio y Justo.

El anfitrión agradeció el gesto por lo que en él había de buena voluntad y, a renglón seguido, riéndose con ganas, comentó:

—Dicen los teólogos y los santurrones acuclillados en las mezquitas que los hombres temerosos de Alá no deben ingerir alimentos que provengan de peces desprovistos de escamas, pero algunos servidores del Espíritu y de las leyes de la naturaleza creemos que al justo todo le está permitido. No hay, por lo tanto, motivo alguno para que quienes de día y de noche procuramos servir al Creador nos privemos del mejor desayuno que en mi opinión existe sobre la faz de la tierra…

Se interrumpió, señaló con el Corán la jícara arropada en hielo y concluyó:

—Sobra, seguramente, añadir que me refiero al caviar. Y conste que este es, a juicio de los expertos, el mejor de cuantos existen en el mundo. Lo he traído yo, personalmente, desde la orilla del mar Caspio para disfrutar con su sabor cuando así se me antoje y para que también lo disfruten mis ocasionales huéspedes. Ataquémoslo.

Y ninguno de los expedicionarios —ni siquiera el jipi suizo, que detestaba (como casi todos los neuróticos) la carne cruda, los moluscos y el caviar— se atrevieron a desobedecer una orden tan imperiosa, tan generosa, tan afectuosa y tan majestuosa.

Pero solo Dionisio, el incorregible Dionisio, despegó los labios mientras miraba a Justo y exhumó para celebrar el lance en rotundo idioma castellano un no menos rotundo proverbio de origen andalusí.

—A tal señor, tal honor —dijo.

Y hundió impetuosamente su cuchara de oro macizo en el opulento corazón de la jícara de terracota.

El chispazo —o, mejor dicho, la llamarada que en la centésima parte de la décima de un segundo fundió en un solo haz de poderosa luz todos los chispazos anteriores— se produjo en el último momento, cuando la tropilla de rostros pálidos se disponía a ocupar con lógica aprensión ante la incierta travesía que se avecinaba, pero también con irrefrenable e irresponsable alborozo juvenil, sus respectivos asientos de babor o de estribor en la proa y en la toldilla del Land Rover pirata.

Faltaba casi una hora para la del mediodía. Justo, sentado ya ante el volante de aquella acémila oxidada y achacosa, había conseguido poner en marcha su motor tuberculoso después de infinitas intentonas y gracias al expeditivo truco de derramar un galón de agua caliente sobre las tuberías, el radiador, la bomba inyectora y el filtro de gasoil.

Y en ese instante, cuando nadie lo esperaba —y Dionisio, por razones que no vienen al caso, menos que nadie—, salió pausadamente de su jaima el Gran Señor Sufí de los Anillos, reclamó la atención de los viajeros hacia su persona y dijo con estudiada gravedad y solemnidad:

—Perdonadme la molestia, pero aún quiero preguntaros algo.

Calló, respiró hondo a través de las fosas nasales y añadió:

—¿Cómo es Erzurum?

Los expedicionarios, vueltos todos hacia él, se quedaron de un aire. Fue, por fin, Dionisio quien rasgó la tensa superficie del silencio que las palabras del comerciante sufí habían creado en torno a él.

—¿Cómo es posible —dijo— que tú, precisamente tú, nos preguntes eso? Llevas casi treinta años viniendo cada tres meses aquí, a este campamento, para vender en él las pieles que tu caravana transporta, conoces estos parajes como la palma de tu mano, tienes amigos, socios, y clientes en todos los puntos habitados de la serranía que nos rodea, y nos pides a nosotros, que acabamos de llegar, que venimos de fuera, que somos gente de paso, extranjeros, turistas, por así decir, que te expliquemos cómo es Erzurum… ¿Acaso no lo sabes infinitamente mejor que nosotros?

¿No deberías de ser tú, y no al revés, quien nos lo explicase?

—¿Yo? Imposible, amigo mío.

—¿Por qué?

—Porque nunca he entrado en Erzurum.

—¿Nunca has entrado en Erzurum?

La voz de Dionisio sonaba como la de una persona que está a punto de llevarse las manos a la cabeza.

El comerciante sufí sonrió con aérea y melancólica levedad y corroboró lo que acababa de decir:

—Como lo oyes: nunca he entrado en Erzurum.

—¿Y tus clientes, tus socios, tus amigos? ¿Tampoco ellos lo han hecho? ¿Por qué no les preguntas lo que nos estás preguntando a nosotros?

—Porque la primera mirada es la única que vale y lo demás es farfolla, Dionisio…

Nunca, hasta ese momento, había llamado a nadie por su nombre.

—Mis clientes, mis socios y mis amigos —siguió— conocen Erzurum desde la infancia o, por lo menos, desde hace tanto tiempo que ya no pueden recordar esa mirada, la primera, sin confundir su contenido con el contenido de las miradas posteriores, que lógicamente han sido muchas. Vosotros, en cambio, llegáis sin ideas preconcebidas y no tenéis telarañas en los ojos que emborronen la realidad. Vuestra visión de Erzurum es tan inocente y, por lo tanto, tan nítida como la del niño que todavía no se ha hecho adulto, no conoce la culpa, no está picardeado y ve las cosas tal como son…

El comerciante se interrumpió para carraspear ligeramente y empezó a contar, en apoyo de su argumentación, otra parábola sufí que los dos españoles del grupo —forzosos herederos de las tradiciones y del patrimonio cultural del califato de Córdoba y de los reinos de Taifa— habían leído o escuchado ya en infinidad de ocasiones.

—Existía cerca de Ghor —dijo— un populoso oasis habitado exclusivamente por ciegos…

Dionisio se acercó a la ventanilla del Land Rover y susurró en el oído de Justo:

—¿Te acuerdas de los versos de León Felipe que recitábamos el otro día, al salir de Konya?

—*Para enterrar a los muertos* / *cualquiera sirve, cualquiera, / menos un sepulturero* —dijo el gigante de ojos azules.

—Pues ese mismo mensaje es el que nos está transmitiendo el octavo sabio de Grecia.

Justo asintió y se llevó el dedo índice a la boca en muda demanda de silencio.

Dionisio dirigió otra vez la atención hacia las palabras del comerciante, que al parecer no había reparado —o no había querido reparar— en sus cuchicheos, y esperó tascando el freno de la impaciencia a que su interlocutor y exanfitrión —estaban ya material y espiritualmente fuera del territorio demarcado y dominado por la jaima— terminase su apólogo y su discurso

sobre cómo la rutina, ese contumaz enemigo del conocimiento y eficaz barrera levantada por los servidores del mal en el camino de Damasco, oscurece el perfil de la realidad y nubla la visión de los mortales.

—Cierto día —estaba diciendo con su peculiar estilo bíblico el comerciante— acampó en los alrededores del oasis un famoso rey acompañado por su corte y por su ejército, en cuyas filas figuraba y militaba un vigoroso elefante. La población estaba ansiosa por admirarlo y los más impacientes corrieron hacia él. Como no conocían la forma del animal, lo palparon a tientas. Cada ciego tocó una parte diferente. Cuando volvieron al oasis, todos sus habitantes se apiñaron alrededor de ellos y los interpelaron. El primer testigo, que solo conocía la oreja del paquidermo, dijo: *es rugoso, grande y grueso como un felpudo*. El segundo, que no había pasado de la trompa, se apresuró a rectificar. *Es una especie de tubo recto y hueco, horrible y pernicioso*, fue su comentario. A lo cual, el tercer ciego, que se había limitado a tocar las patas del elefante, exclamó con aspereza: *tan firme y poderoso es como una columna de granito*.

La holandesa, los franceses y el suizo —en cuyas respectivas sangres no pesaba el factor andalusí— parecían embobados. Dionisio, que no lo estaba, descubrió o recordó que aún seguía por cortar el nudo gordiano de aquel sorprendente episodio y aprovechó la pausa abierta tras el desenlace de la fábula para decir:

—Creo que nos estamos olvidando de lo más importante… ¿Por qué, amigo mío, te has negado a visitar la ciudad de Erzurum, teniéndola tan cerca, a lo largo y a lo ancho de un tercio de siglo?

—Porque mi padre —respondió al vuelo y sin pestañear el comerciante sufí— me dijo el día de mi séptimo cumpleaños, y volvió a decírmelo cuando me puso al frente de la caravana, que todas las ciudades son invenciones del demonio y que los buenos creyentes no deben entrar en ellas.

—¿Solo por eso? —preguntó, impresionado, Dionisio.

—Solo por eso —contestó el comerciante—. No se puede desobedecer lo que ordena el autor de tus días ni cabe poner en duda sus afirmaciones. Si la ciudad es mala, mejor pasar de largo ante ella. ¿No harías tú lo mismo si estuvieras en mi caso?

Silencio y alta tensión. Todos miraron hacia Dionisio, que en aquel momento, involuntariamente, pensaba en París. El temporal de aguanieve cedía. Cientos de pájaros revoloteaban por entre las banderolas de las jaimas, las espirales de humo de los fogones y las copas de los árboles de la vaguada. El motor del Land Rover había dejado de toser. Los mozos de mulas y de

camellos se afanaban entre los animales. Algunos gráciles efebos —no había mujeres en las caravanas ni en los campamentos de los nómadas— se pintaban los ojos con *khôl* ante minúsculos espejos y provocaban a los varones con dengues, visajes, cucamonas, golpes de cadera y desmayos de cintura. Bullía el mundo, hervía la existencia, ardía el sentimiento.

La pausa duró menos de lo que dura un instante, pero pesó sobre el ánimo de los viajeros como pesan los siglos sobre el curso de la historia.

Dionisio respondió por fin a la pregunta del comerciante, pero lo hizo de mala gana, aturdido, ofuscado y sintiéndose, sin saber por qué, culpable de un delito del corazón que su razón rechazaba.

—Sí, supongo que sí —barbotó—. Supongo que yo, en tu caso, también haría lo mismo.

Dio media vuelta, descargó sobre sus compañeros de viaje la responsabilidad, el compromiso y la cruz de explicar al comerciante sufí cómo era Erzurum, subió al Land Rover, se instaló en el asiento contiguo al de Justo, volvió a pensar (o siguió pensando) en París —*ese montón de mierda*, hubiese dicho el Caminador— y cerró de un portazo el vehículo.

Luego, mientras su novia de quita y pon, el suizo desgreñado y los desdeñosos dandis franceses hablaban con el comerciante, Dionisio respiró abdominalmente en ocho tiempos, se serenó, se trasladó con la imaginación empujada por la memoria, por la angustia, por el vértigo, por la soledad y por la nostalgia hasta el diván moruno de su salón de música, materializó ante sus ojos la plaza del Chupete y la humilde estación de ferrocarril de una pequeña ciudad española en la que un pintoresco grupo de cineastas había rodado años atrás muchas de las más febriles escenas de la película *El doctor Zhivago*, suspiró y clavó con fuerza la mirada llena de nubes oblicuas y plomizas en el arduo filo de la navaja de la línea del horizonte.

Ayer, por fin, llegó carta de Dioni con fecha del quince de febrero y matasellos de no sé qué aldea fronteriza de Paquistán. Hasta ahora solo me había enviado lacónicas postales, y aun eso con cuentagotas. No lo digo en son de queja. Por una parte, siempre ha sido así (y, además, si algo he aprendido en la vida es a no perder el tiempo intentando cambiar el modo de ser del prójimo. Lo tomas o lo dejas, y punto); por otra, ¿cómo no voy a entender lo que dice Dioni en su descargo? ¿Cómo negarme a admitir que, efectivamente, no es fácil sentarse a escribir cartas de amor a Penélope mientras te enfrentas «a Lestrigones y a Cíclopes y al airado Poseidón», para decirlo como lo dice Kavafis en ese poema a Ítaca, que tanto le gusta a Dioni, o mientras te acosan las pulgas y las tarántulas encaramado en el catre de un cuchitril de adobe perdido entre los montículos y rugosidades de pata de elefante de un absurdo desierto calcáreo, o mientras te ponen a la sombra y a pan y agua por espacio de un par de días en un fétido calabozo de la frontera iraní porque la filigrana del papel de tu pasaporte no es del agrado del bigotudo y barrigón aduanero de turno, o mientras tiritas de frío casi polar entre los bidones de

nauseabundas parafinas industriales apiladas a la buena de Alá sobre la plataforma trasera de un churretoso camión que cubre la ruta del nordeste —con todo el páramo de Marco Polo por delante— de los hidrocarburos kuwaitíes, o mientras discutes entre miradas torvas de torvos proxenetas el precio de una canita al aire acodado en el mostrador de la ajamonada cajera de un burdel clandestino de Teherán alicatado hasta el techo y famoso en toda la ciudad y en sus alrededores por el grosor de los michelines y la envergadura de las protuberancias de sus pupilas?

Pues así, a juzgar por lo que dice en su carta (a cuyo barroco, desgarrado y varonil estilo, por más que me esfuerzo en remedarlo, no consigo hacer honor), transcurre la vida de Dioni desde que hace más de mes y medio se bebió de un trago todo el contenido del Cuerno de Oro, cruzó el Bosforo y puso la suela de sus palurdas botas castellanas en el kilómetro cero de esos caminos asiáticos y cosmopolitas que, según él, no tienen, ni buscan, ni admiten retorno.

Y por cierto (ya que el asunto ha salido a relucir): que se equivoque, que Dios no le oiga, que encuentre pronto —si existe— el atajo de regreso a esta ciudad provinciana, a sus muchos manuscritos empezados y siempre por terminar, a sus cosas, a su salón de música (en el que, tal como prometí, no he vuelto a entrar desde el día de su fuga o, mejor dicho, desde el momento exacto en el que —asomada al balcón, sorbiéndome las lágrimas y convirtiéndolas en gélida sonrisa— le vi desaparecer por los soportales de la esquina de la plazuela de San Esteban), que vuelva, sí, a nuestra vida en común, a mi cuerpo y a mi alma, a esta península que aún conserva sus aromas y aceites esenciales, y que vuelva —sobre todo— a ese hijo cuya existencia desconoce, pero que afortunadamente sigue ahí, creciendo en mi vientre como una crisálida.

Perdí el hilo. Siempre lo pierdo cuando me pongo a pensar en Dioni. Decía que hoy, a punto de terminar febrero, he recibido su primera carta. Llega tarde, sí, pero mejor eso que nunca, y además hay que reconocer que se atiene a lo que me prometió al marcharse: es, en efecto, larguísima, minuciosa, detallada… Esos son los adjetivos que anoté en la jornada de mis memorias correspondientes al doce de diciembre.

Abro aquí un paréntesis: voy a cumplir treinta años… ¿A qué viene esta insistencia en llamar «memorias» a lo que solo es, por mucho que me empeñe, un vulgar diario de ama de casa con ínfulas de escritora? ¿No me traerá mala suerte esa palabra? Cierro el paréntesis.

Dioni, en su carta, al menos aparentemente, me lo cuenta todo, tal como dijo que haría cuando me confesó sus intenciones viajeras durante nuestra última charla a fondo entre los cacharros del salón de música.

*Me habla, como hablaría Mowgli, de seres y tierras vírgenes. Me habla de la camioneta cargada de inmigrantes clandestinos que lo llevó desde Zurich hasta Estambul, y de las arreboladas cúpulas y apasionados bazares de esa ciudad irrepetible, y de cómo conoció en ella al Canciller y al Caminador, y de su soledad en las glaciales habitaciones colectivas del albergue de la juventud de Ankara, la de las mil torres, y de su alucinógena (*sic*) travesía de la altiplanicie turca, y de la fraterna amistad trabada en un cafetín de las afueras de Sivas con un pintor y gigante de Luarca más feo que Picio a pesar de sus enormes ojos azules y de su extraordinaria bondad y fortaleza de cuerpo y de ánimo, y me habla también, sigue hablándome de cómo decidieron en un ziszás unir sus fantasías, sus proyectos, su incertidumbre y sus menguados recursos económicos, y compartir los peligros y las penas, y cortar y saborear al alimón en los mismos árboles los frutos agridulces de la aventura, y —en una palabra— viajar codo a codo hasta que sus caminos se bifurquen, puntualiza cuidadosamente Dioni, refugiados o quizá atrapados los dos (y quienes sobre la marcha se sumen) en la ratonera de un Land Rover del paleolítico*

que Justo —tal es el nombre de pila del gigante de Luarca— compró allá por setiembre en Nottingham con los ahorros conseguidos dejándose la piel a tiras mientras pescaba arenques, constipados, gonorreas y cogorzas en Islandia.

Me habla, sigue hablándome —como hablaría Kipling o, mejor aún, Sherezade— de una ciudad de hielo que se llama Erzurum, y del maestro sufí disfrazado de mercader de pieles que le zurró el alma en un campamento de traficantes, pastores y bandidos nómadas, y de una parejita de monicacos franchutes vestidos de Lawrence de Arabia, y de las estrambóticas locuras compartidas con arqueólogos zumbados y buscadores de tesoros en los taludes y morrenas de las estribaciones del Ararat, y de cómo por aquellos andurriales se le aparecieron de pronto mientras dormía el mismísimo Noé y todos los pobladores del arca, y del apabullante cúmulo de desventuras padecidas en lo que ya no es —dice Dioni— Persia, sino simplemente Irán, y de cómo él y Justo se extraviaron de modo idiota al salir de Persépolis en el Land Rover, embriagados quizá por lo que en esa catedral de espectros habían entrevisto, y de cómo, inadvertidamente, se fueron metiendo poco a poco, sin comida, sin agua, sin gasoil y sin herramientas, en la trampa infernal del más infernal de los desiertos, y de cómo los azarosos dioses del viaje en busca de lo desconocido los salvaron en el último momento encarnándose en pilotos y copilotos de relucientes camiones cisterna que también habían perdido el norte y el oremus, pero no la comida ni el agua ni el gasoil ni las herramientas, y de cómo en aquel zafarrancho de combate con la arena, la sed y la fatiga tuvieron que abandonar el Land Rover, y no les importó, y siguieron de duna en duna y contra viento y marea hasta llegar —convertidos casi en cuerpos gloriosos y sutiles— al enclave de Miryaveh, en la frontera de Paquistán, y de cómo allí…

Pero basta. No estoy escribiendo las memorias de Dioni, sino las mías, aunque a menudo me pregunte si las unas y las otras pueden existir por separado. Cinco años ya de aguda convivencia. ¿Dónde termina Dioni, donde comienzo yo? ¿Tenemos vida propia o somos como líquenes que vegetan en simbiosis? ¿Servirá el hijo aún sin sexo que se acerca para deslindarnos sin enfrentarnos o nos fundirá y confundirá todavía más de lo que lo estamos, y borrará nuestros respectivos límites, y nos empujará hacia una especie de fosa común?

He ahí el problema.

¿He ahí el problema? No sé, no sé… Las historias de amor —aunque empiezo a pensar que este, como dicen los viejos, no existe o es solo una bochornosa invención de los grandes almacenes para que los tontainas aflojen la mosca el día de San Valentín— siempre están llenas de nudos en la garganta y de cabos sueltos.

Y si eso es así en general, no digamos cuando una persona como Dioni —tan dubitativa, tan vehemente, tan atormentada, tan versátil y caprichosa— anda por medio.

A propósito: he escrito hace un rato, aquí, en estas memorias no sometidas al filtro del recuerdo, que «Dioni, en su carta, me lo cuenta todo»… ¿Todo? Seguramente, como de costumbre, vuelvo a pecar de ingenua. Nunca escarmentaré. Lo cierto es que el hombre de mi vida, siempre fiel a sí mismo —genio y figura— en eso y en casi todo, no menciona a ninguna mujer, putas aparte, a lo largo de los diecisiete folios de su carta. La cosa, viniendo de él, da que pensar. ¡Y, para colmo, a estas alturas, como si los dos hubiésemos nacido ayer! ¿Por qué son los hombres tan mentirosos?

*(*Fragmento de las memorias de Cristina.
Jornada del 27 de febrero de 1969*).*

Dionisio y Justo, después de haber estado a punto de morir —los buitres ya se cernían en espiral descendente sobre sus cuerpos exhaustos y caídos como

una bolsa de basura en la nada de la arena— mientras luchaban contra los elementos en la devastada y devastadora tierra de casi nadie que separa Persépolis de la frontera pakistaní, recuperaron parte de su maltrecha salud y unos cuantos kilos de peso bajo las palmeras y entre los regatos de un pequeño oasis de trescientas almas situado a muy pocos kilómetros de la laguna salada de Hamún-i-Machkel. Allí los cuidaron, los agasajaron, los instruyeron someramente sobre las pesadas bromas que gasta el desierto a los insensatos que se adentran en él sin tomar las debidas precauciones, los cosieron a preguntas sobre quiénes eran, a qué se dedicaban, de qué país venían y adónde se dirigían, y por fin, al cabo de dos semanas que los viajeros siempre añorarían y recordarían como unas vacaciones pagadas por sus ángeles custodios en el ámbito del paraíso, los instalaron con la cabeza protegida por un turbante cuyo extremo les tapaba la nariz y la boca en la descascarillada cabina de un camión cargado de dátiles que dos días después, tras cuarenta y ocho horas de marcha sin más interrupciones que las impuestas por la fisiología, los depositó ligeramente tundidos y aturdidos, pero sanos y salvos, ante el espectacular telón de fondo de un crepúsculo rojizo, amarillento, añil y cárdeno —que el pintor de Luarca intentaría luego, vanamente, reproducir con acuarelas— y junto al chiringuito más populoso, promiscuo y bullanguero entre cuantos rodeaban la no menos bullanguera, promiscua y populosa estación de autobuses de la ciudad de Karachi.

Y allí, tal como había insinuado Dionisio en la carta de diecisiete folios de letra menuda que envió a Cristina desde el puesto fronterizo de Miryaveh, la cañada real de la aventura se bifurcó y los dos amigos —que llevaban, entre bromas y veras, casi dos intensos meses viajando juntos por las trochas de Turquía, de Persia y de Paquistán— decidieron separarse. Justo quería subir hasta Lahore y llegar desde allí a Jammu, ya en la India y al sur de Cachemira, para reanudar sus tormentosos amores con una mozuela de atezado y afilado perfil, nacida y avecindada en la zona, a la que había conocido dos años antes en las aulas de una escuela de idiomas londinense. Dionisio, en cambio, optó por huir del frío que aún reinaba en todo el extremo septentrional de la India e invirtió contra pronóstico un puñado de dólares en comprar un billete de avión de segunda mano —existían, vaya si existían— en el restaurantillo que alimentaba y servía de punto de encuentro a los escasos jipis y tránsfugas de la revolución que, por masoquismo o despiste, llegaban en aquellos días a la insulsa y siniestra Karachi.

Nunca, con anterioridad, se había metido Dionisio en la asfixiante cabina de plástico de un avión de pasajeros, pero el billete era tan barato y el vuelo

tan corto que merecía la pena —pensó— perder la virginidad y añadir el peso y el poso de esa experiencia angélica a su *curriculum*.

Lo demás fue despedirse de Justo, darle la dirección de su domicilio en la pequeña ciudad provinciana, desearle suerte, contener el llanto y ver cómo su gigantesca y algo patizamba figura desaparecía por el sórdido horizonte de chabolas y descampados de las afueras de la ciudad.

Y así fue cómo Dionisio —bronceado por el soplo del desierto, cuidadosamente rapado y afeitado para no llamar la atención en las aduanas, y disfrazado de buen chico en viaje de vacaciones pagadas por papá— aterrizó un jueves del mes de marzo a las siete de la mañana en el caluroso y andrajoso aeropuerto de Bombay.

III. Marzo y abril

> Aquel que, liberado del orgullo, no desprecia ni a hombres ni a animales, podrá sentir el alma del Oriente y pasar ante ella en Kamakura.
>
> Rudyard Kipling,
> *Kim*

HAY CITAS CON EL DESTINO. NO se esconde en esta frase, tan manida y tan ajada, ningún tópico barato de novela de quiosco. Y es, quizá, precisamente en la India donde mejor lo saben los nativos y donde con más facilidad lo entienden y asimilan los viajeros.

Dionisio, que ya no era el mismo hombre que tres meses antes había confesado a Cristina en el diván moruno del salón de música su decidido propósito de soltar amarras y de echarse al camino, se dio cuenta de ello inmediatamente. *La primera mirada es la única que vale* —había dicho el comerciante sufí en el campamento nómada— *y lo demás es farfolla*. Llevaba, evidentemente, razón, tanta razón como la que suelen tener desde la atalaya de su infalible sabiduría biológica o teológica las madres, los sacerdotes, los ciegos y los ancianos.

Sí. Dionisio se dio cuenta —supo de aquella cita inminente e inevitable con el destino— desde el primer minuto, desde el primer hachazo en las pupilas, desde la primera imagen —vislumbrada y filtrada, o más bien transpirada, a duras penas por las angostas ventanillas del avión— del *caluroso y andrajoso* aeropuerto de Bombay. Lo supo desde que apoyó la suela casi virgen de sus sandalias nuevas sobre el asfalto humeante y pegajoso de la pista en la que tuvo que apearse. Lo supo desde que atisbo y olfateó el amasijo de cuerpos y de almas apiñados alrededor de la puerta de salida de los servicios aduaneros. Y lo supo, sobre todo, durante y después de la breve y ejemplar negociación entablada con el funcionario al que entregó el pasaporte para que se lo sellara.

Era un bigotudo agente de los servicios de inmigración enfundado en un vistoso uniforme de la época victoriana.

—No tiene usted sus papeles en regla —dijo mientras miraba con ferocidad al recién llegado.

—¿Por qué? El pasaporte no caduca hasta…

—Olvídese del pasaporte —cortó secamente el funcionario desde la altura de sus galones, plumeros, entorchados y lustrosas polainas—. El pasaporte está bien. Lo que está mal es el visado.

—¿El visado? —preguntó Dionisio—. Pero si no lo tengo…

—Exactamente. Y ese es el problema: usted, como ciudadano español, necesita un visado para entrar en la India.

—¿Está seguro?

Su interlocutor, visiblemente encolerizado por la pregunta, se contuvo, apretó las mandíbulas con firmeza de *bulldog* y dijo:

—Mire usted, amigo… Soy funcionario del Ministerio del Interior del gobierno de la India desde hace casi treinta años y, en lo que respecta a mi profesión, no tengo que recibir lecciones de nadie. Le repito que los españoles no pueden ser admitidos como turistas *bona fide* en el país que represento sin un visado extendido de acuerdo con lo que especifica la ley por cualquiera de nuestras legaciones en el exterior.

Este hombre, pensó Dionisio, *es la idea platónica del perfecto funcionario. Mal asunto. No va a ceder ni un milímetro. Me veo de patitas en la frontera*.

Pero también él se contuvo, reprimió su creciente irritación y su anarcoindignación, y dijo melifluamente:

—En el consulado indio de Karachi me aseguraron que podía llegar aquí, a Bombay, con este pasaporte y que no me pondrían ningún obstáculo para entrar en el país. Creí que la India era una nación hospitalaria para quienes, como yo, venimos desde muy lejos en busca de la sabiduría. De una sabiduría que, al parecer, solo se encuentra aquí.

Pensaba el viajero, y apasionado lector de las novelas de Kipling, que con esa frase de peregrino jacobeo se había ganado la voluntad del tigre de Bengala que tenía delante.

Pero se equivocaba.

—El consulado indio en Karachi —gruñó el agente de los servicios de inmigración— está cerrado desde hace cuatro meses, a raíz del incidente fronterizo que se produjo en Cachemira a mediados de noviembre. Lo cual,

entre otras cosas, significa caballero, que me está usted contando una inmunda patraña.

Dionisio parpadeó, palideció, enrojeció e intentó balbucear algo en estricta defensa propia, pero se había metido —era evidente— en un callejón sin salida y no lo consiguió.

El tigre de Bengala, que parecía cada vez más enfurecido, descargó otro zarpazo:

—Nunca, en treinta años de vida profesional, me había sucedido nada semejante. Nunca, caballero, me habían mentido con tanta desfachatez. Su situación en estos momentos es grave, muy grave… La verdad: no querría verme en sus zapatos.

—Ya —dijo Dionisio con la cabeza gacha—. Ni yo tampoco.

Aunque estaba acostumbrado a ganar, había escrito Cristina en sus memorias, *también sabía perder*.

Pero no tuvo que recurrir a esa habilidad. El tigre de Bengala se convirtió de pronto, inexplicablemente, en un cachorrillo de gato doméstico, cogió un enorme tampón, lo empapó en tinta azulenca con un rodillo pringoso, lo aplicó esmerada y enérgicamente sobre una de las páginas en blanco del pasaporte de Dionisio, aflojó los músculos de la cara, apagó el fuego de sus pupilas, cambió de tono y dijo:

—Voy a extenderle un visado de tres meses de duración. Solo soy un humilde funcionario del gobierno de mi país y procuro cumplir con mi deber, pero este no me autoriza a poner piedras en el camino de una persona que viene desde la otra parte del mundo movida únicamente por el afán de aprender y de perfeccionarse…

Se interrumpió, se inclinó sobre el pasaporte, garabateó a pluma algunos números y palabras en él, y se lo entregó a Dionisio mientras le decía:

—Soy mucho mayor que usted. Podría ser su padre y, si me lo permite, me gustaría darle un consejo: no se acostumbre a mentir. Las mentiras nunca sirven para nada. Al contrario… Se revuelven contra quien recurre a ellas. Y además —añadió con un gesto de simpatía cómplice—, créame: la verdad es el camino más corto hacia la sabiduría. Confío en que encuentre esta lo antes posible, tal como es su deseo, y estoy seguro de que nuestros dioses le ayudarán en la empresa.

No hubo más. El Tigre de Bengala, cuyo apodo ya se escribía con mayúscula —lo mismo que el del Canciller de Estambul, el del Caminador Manchego, el del Troglodita de Luarca y el del Comerciante Sufí— en el corazón de Dionisio, desvió la mirada y atendió a otro viajero.

Hacía calor, mucho calor, a pesar de la hora y de los ventiladores blancos de enormes aspas que giraban lentamente suspendidos del techo.

Dionisio recuperó la mochila, se la echó al hombro y recorrió silenciosamente la ruidosa distancia —apenas quince metros— que le separaban de la puerta de salida. Al otro lado de ella, como un animal antediluviano, Bombay se desperezaba.

Andar sin rumbo fijo por las calles, comprender que allí —sin él saberlo— estaban esperándole y que las cosas serán diferentes a partir de ese momento, secarse el sudor y permitir que un limpiabotas le cepille las sandalias, apagar la sed con un vaso de zumo de caña de azúcar exprimida en una prensa del año del catapún, visitar los templos, adorar a Kali, beber té hervido en leche con aroma de clavo, picotear frutos secos, tumbarse en el césped con calvas de los jardines públicos para contemplar el movimiento perpetuo de las aves carroñeras, merodear con el alma en vilo por entre las torres de los *parsis*, almorzar en restaurantes vegetarianos, codearse con las vacas en los zocos y con los *intocables* en las esquinas reservadas a los pedigüeños, aprender a dar limosna y a escuchar verdades olvidadas, pegar la hebra en cualquier sitio y con cualquier persona, buscar a los jipis y a los vapuleados héroes de la revolución frustrada en el vestíbulo de la estación central y en las inmediaciones de las oficinas de la *American Express*, beber cocacola, volver a beber cocacola, conocer a una chica de túnica de lino y ojos espiritados, dejar que pase el día sin mirar el reloj ni preocuparse por nada, regatear en los mercadillos, echarse a la sombra y sobre el fresco mármol de la *Gateway of India* para abismarse en los colores del crepúsculo, pasear cogido de la mano de la desconocida por la playa inagotable, cenar langosta termidor con batidos de mango y de papaya en el restaurante del hotel Nataraj, pedir a un taxista que lo lleve al barrio de las luces rojas y tocar allí el fondo del infierno, arrimarse a un grupo de desharrapados y compartir con ellos la música de sus flautas y tambores, escuchar el roce de la suela de las sandalias en el silencio nocturno de la ciudad, perderse por sus calles, por sus rincones, por sus recodos, por las curvas del laberinto de la India y, sobre todo, embriagarse en ella, embriagarse, embriagarse, embriagarse, embriagarse…

Veinticinco días, siete horas y catorce minutos habían transcurrido desde su frutal aterrizaje en el aeropuerto de Bombay cuando Dionisio se instaló frente a una mesa coja de dos patas en el porche de un austero *bungalow* en la *Guest House* del conjunto monumental de Ajanta y Ellora, pidió una taza de té hervido en leche con aroma de clavo y cardamomo, mordisqueó la punta

del bolígrafo y empezó a escribir la segunda carta del viaje, dirigida no solo a la mujer que con una criatura de casi cinco meses en su vientre esperaba en el angosto ámbito de una ciudad española y provinciana el retorno del fugitivo, sino también a un centenar largo de amigos y compañeros de fatigas (que quizá, a partir del momento en que recibieran su mensaje, se convertirían en abiertos o encubiertos enemigos) desperdigados por el mundo.

Y así, de sol a sol, y a veces —recurriendo a un candil— también de noche, permaneció Dionisio cuatro días: los estrictamente necesarios para escribir a vuelapluma ciento diecisiete folios que luego, como pudo, porque esas cosas no son fáciles en la India, fotocopió y envió hacia todos los rumbos de la rosa de los vientos.

Su carta, efectivamente, movió a escándalo, corrió de buzón en buzón y de boca en boca, suscitó rencores y sorpresas, agitó las aguas de quienes aún seguían pensando en revoluciones justicieras e imposibles, entusiasmó a unos pocos e impresionó a Cristina, que incluyó algunos de sus párrafos en el tercer cuaderno de sus memorias…

> *Subo al avión alrededor de las cinco, sin haberme acostado. Media hora después amanece sobre el océano Indico. La sensación no puede ser más irreal. Tengo el cuerpo entumecido y veo por la ventanilla el mar pardusco con las serrezuelas blancas de las olas. Invento chillidos de pájaros y hago un rápido inventario de novelas de ciencia-ficción, un manojo desordenado de escenas donde solitarios astronautas se asoman a playas solitarias de inmaculados planetas. De repente cambia el ruido de los motores, las alas se quiebran en ángulo recto, las nubes ascienden veloces, las posaderas resbalan hacia el lugar de las rodillas: bajamos. No parece posible, pero así es. En un abrir y cerrar de ojos la pista se precipita contra el morro del avión. La frontera entre Bombay y el mar es neta, decisiva. Nunca he visto una linde tan certera, una costa que tan bruscamente separe el mar de la tierra. El aeropuerto es achaparrado, chato como un insecto, acogedor y se agarra con fragilidad al suelo. El avión, para posarse en él, lame las palmeras. Última imagen de las azafatas, que inclinan la frente sobre sus manos unidas, y zas: la bronca bofetada de calor en plena cara. Estoy, por fin, en la India, y todo este despliegue de efectos dramáticos —literaturizados, pero reales— es necesario, compañeritos, para empezar a entendernos. Estoy en la India, sí, y ojalá sea capaz de comunicaros, aunque sea en dosis mínimas, lo que eso ha significado, significa y va a significar en el futuro para mí. Quizá, también, para vosotros.*
>
> *[…] ¡Qué importa el humo de una buena pipa, con el perro de ancha cabeza y la amante rubia sentados a mis pies! La pipa, el mastín, la chimenea y la princesa veneciana fueron mis toscos ideales durante los años de la egolatría y de la utopía, el «lugar tranquilo y bien iluminado» que Hemingway me enseñara a buscar y a no alcanzar. ¡Qué importa el furor y el esplendor de Dostoievski cuando los ojos han visto el primer reflejo del sol en las terrazas de Benarés, cuando los pies han levantado sacro polvo siguiendo a las comitivas de peregrinos, cuando las narices han aspirado con fruición el perfume de los frágiles viejecitos incinerados y los dedos se han hundido en las aguas del Padre Río cuyo nombre no es menester pronunciar! Y ahora, después de esta confesión o efusión o rendición de espíritu,*

baleadme a placer con los rancios proyectiles del positivismo, del marxismo y del empirismo. Ecce homo.

[…] De cada cien europeos que pisan la India, noventa y nueve coma noventa y nueve, y me quedo corto, se van horrorizados. ¿Por qué tanta ceguera, tanta obstinada terquedad ante un pueblo que es seguramente el último gran pueblo de la especie humana? ¿Por qué tanta irritación, en personas convictas y confesas de cristianismo, al sentir la nítida formulación de la palabra «eternidad»?

Y ya me tiemblan las manos, ya las pongo por delante, ya me apresuro a pedir perdón a cuantos —entre mis amigos— siguen en sus posturas y aún profesan la fe materialista. Lo siento (es un decir), pero el primer y más evidente espectáculo ofrecido por la India es el de un grupo de personas que se atreve a vivir en olor de eternidad. Un grupo de personas numéricamente inabarcable. Los indios se aproximan a lo eterno, creen vivir cotidianamente rodeados por lo eterno sin un pestañeo, sin un gesto de imposible temor (¿temer sin dudar?), sin ni siquiera un inútil, pero comprensible sentimiento de veneración. Toda la filosofía occidental de tres siglos a esta parte nace vive y muere de la duda. Poco importa que el oráculo de tumo se llame Descartes, Einstein o Heidegger. Y después de tantos años —treinta y dos en lo que a mí respecta— pasados en una ininterrumpida masturbación de interrogantes no viene mal un baño purificador en las aguas de la certeza. Tres son los veneros del conocimiento —preguntar, negar y afirmar—, y nosotros hemos decapitado voluntariamente el último. ¿Es, entonces, una forma de fe *lo que los indios nos enseñan? Yo preferiría decir* entusiasmo. *Muchos de vosotros sabéis hasta qué punto detesto a los tibios de corazón… Pues bien: en la India no existen o, por lo menos, yo no he tenido la desgracia de encontrarlos. Todos los hindúes se juegan el resto sesenta veces por minuto. Hay más ardor en el gesto de embragar de un taxista de Nueva Delhi que en la obra entera de Nietzsche. Si la más alta forma de existencia —lo que aquí llaman* dharma*— estriba en esforzarse por hacer las cosas bien (las cosas nimias y las cosas importantes, el trabajo y el amor), entonces los indios son los únicos santos de nuestra época, porque todo lo hacen con los cinco sentidos y con la meticulosa atención que precederá al Apocalipsis. Recuerdo ahora al motorista de Nueva Delhi. Tenía los ojos febriles y el cuerpo anguloso, se movía con gestos repentinos y descoyuntados, y era mudable, imprevisible, obstinado, desprendido, ascético, amante de las curvas bruscas y de las pasiones marginales. Le paré con la intención de que en unas horas me enseñara la ciudad y durante toda la jornada sostuve con él una lucha desigual y titánica para imponerle mi itinerario, trazado con la lógica impecable e implacable de una guía Fodor, hasta que me di por vencido y dejé que me sumergiera en su geografía laberíntica e iluminada, en la que el lugar común era sustituido siempre por formas, seres y objetos mínimos, laterales y maravillosos. Se llamaba Nur y había uncido a su Lambretta un carricoche de tablas sin cepillar con el que se ganaba la vida acarreando turistas. Era todo un espectáculo. Imposible resumirlo aquí. En un determinado momento, olvidándome de otras proezas, Nur se empeñó en dar un rodeo de casi una hora de vertiginoso escape libre para llevarme a un chiringuito en el que la cocacola costaba algo así como tres céntimos de peseta menos que en otras partes y luego me tuvo media jadeante jornada dando vueltas por el jardín zoológico a la busca y captura (teórica) de un legendario tigre albino de Bengala que posteriormente, ya al caer el sol, supe encontrar yo solito en un abrir y cerrar de ojos. De vez en cuando, durante esta diabólica caminata, Nur se tiraba al suelo, me obligaba a imitarlo, agitaba en el aire las piernas y después se abalanzaba sobre las mías, propinándome fortísimos golpes con el canto de la mano. Trataba, según pude colegir, de reactivar la circulación de mi sangre para proseguir la búsqueda del tigre. Por fin, casi en el umbral de la noche, se despidió de mí junto a los torreones del antiguo fuerte inglés, me pidió en pago de sus servicios una cantidad verdaderamente ridícula, colocó su*

mano en mi hombro y me preguntó que si había sido feliz en su compañía. A lo cual —lo sé ahora— yo hubiera debido responderle depositando un beso en su tercer ojo para vender luego, a renglón seguido y evangélicamente, todas mis exiguas propiedades y seguirlo. Puesto que estoy aquí, junto a las cuevas de Ajanta y Ellora, y a dos mil kilómetros de Delhi, salta a la vista que no lo hice.

[…] ¿Por qué o de qué se asustan los europeos? Dicen que de la miseria, pero esta no presenta en la India aristas más afiladas que en otras partes y solo los tontos de corazón de sílex pueden preferir las chabolas del muelle de Palermo a la calle de los burdeles de Hamburgo. Y un momento, por favor: escuchadme antes de tiraros a mi yugular. Algún amigo de por aquí ya lo ha hecho. No es que me niegue a admitir ni la existencia ni la importancia de la miseria en este país, pero me gustaría matizarla sin confundir la cantidad con la calidad. ¿Cómo, en nombre de qué, voy a atreverme a negar que en las calles de Bombay, de Delhi, de Agrá, y no digamos de Calcuta, se ve mucha *miseria? Mi afán de originalidad no llega a tanto. Lo que pasa es que los golfillos flacos y guapísimos que se cuelgan del brazo de los turistas a la entrada del Taj Mahal son una simple prolongación o exageración de los mocosuelos convulsos y rapados que en Grecia no se atreven a pedir limosna o de los gitanillos que en el Sacromonte practican la mendicidad disfrazados de limpiabotas. A los dos días de mi llegada a la India tuve que saltar en pleno centro de Bombay por encima de un cadáver apergaminado que lucía un enorme bubón en el cuello y que nadie se molestaba en recoger. A orillas del Ganges, en la divina (y humana, demasiado humana) Benarés, leprosos y mutilados extienden sus muñones hacia los gentilhombres que acuden desde todos los rincones del país para bañarse en el río sagrado. He visto órbitas vacías, manos sin dedos, piernas que terminaban en el tobillo, narices reducidas a las fosas nasales. Todo ello atroz, sí, pero no nuevo para quien como yo (y como muchos de vosotros) ha nacido en la tierra de Francisco Delicado, de Goya, de Quevedo, de Valle-Inclán y de Buñuel. Los ciegos siguen pregonando los iguales en las esquinas de todos los pueblos de España. Hace cosa de cinco años, en Madrid y muy cerca de la Puerta del Sol, pedía limosna desde su carrito un adolescente hidrocéfalo y casi rectangular: solo la enorme cabeza descabalaba la regularidad geométrica de su cuerpo, desprovisto de brazos y de piernas; cuando su madre le llevaba la comida, el monstruo se balanceaba pesadamente hacia delante y, tras no pocos tanteos, introducía la cara en la perola, cuyo contenido engullía sin más ayuda ni cuchara que la lengua. La puta con más tablas y mejor* curriculum *de la cuesta de Moyano, siempre en Madrid (esa ciudad maldita), atornillaba su pata de palo en un hoyo de la acera, se alzaba las faldas con procaz descaro, y así, abriendo el compás de los muslos, hedionda, grenchuda, fétida, acechaba la visita de los clientes. Todos estos horrores —los de allá y los de acá— me horrorizan, sí, pero no me cogen desprevenido. Por encima o por debajo de ciertos límites, la miseria —como el frío— no admite diferencias cualitativas. Por eso, solo por eso, he dicho (y vuelvo a decir) que en la India no es la miseria lo que más agudamente reclama nuestra atención. Es decir: no nos deja —como otras cosas y hechos— estupefactos ni maravillados, sino simplemente indignados. Asusta y, desde luego, mueve a compasión, en el más superficial sentido de la palabra, pero no añade nada nuevo al laboratorio de la conciencia. Los extranjeros que hacen escala en Calcuta, bajan un momento a tierra y luego se refugian en sus camarotes como almas que lleva el diablo, no actúan en nombre de la piedad, sino de su egoísmo. ¡Señoritingos de tente mientras cobro que tienen miedo del contagio, de los reptiles, del fraterno calor, de la fragilidad de la raya de sus pantalones, de la paja en el ojo ajeno y no de las propias lacras!*

[…] Prueba de cuanto digo es lo poco que me duró el trauma de los muertos por la calle y de los muñones tendidos. A las dos horas escasas me bajó la tensión; a las seis dejé de sentir repugnancia; a las veinticuatro, comía ya a dos carrillos todas las

exquisiteces que me ofrecían por la calle. Y no me refiero solo a las pipas, frutos secos, altramuces, saladillos y arroces tostados, que están, sí, para chuparse los dedos, pero que no aportan novedades de mayor cuantía al paladar, sino de golosinas tan exóticas como el «betel», esa pasta de nuez de coca con nombre de novela de Salgari que se prepara sobre hojas recién traídas del árbol. Los vendedores se acuclillan en cualquiera de las numerosas hornacinas abiertas en las paredes y despliegan en el hueco de las piernas su instrumental: tarros dorados, pebeteros, espátulas, recipientes de agua cristalina y, entre ellos o alrededor de ellos, polvos, piedrecitas, granos, güitos, semillas, briznas, migas, virutas, lentejuelas, serrines, canicas, vilanos, cornezuelos, limaduras… Todo ello dibujado en netos colores fundamentales que el artesano distribuye, pero no confunde. Además, con el crepúsculo, las ciudades se llenan de tenderetes dedicados a la venta de ensaladas de frutas. ¡Y qué ensaladas! ¡Qué maestría en la disposición de los gajos, en la gradación de los colores —con sus zonas de penumbra y sus zonas de luz viva— y en la combinación de los olores! Un tomate, media mandarina, un mango abierto en canal, cuatro hierbas, un copete de piña y está hecho. Que nadie toque la rosa. Los indios fabrican estos milagros en cadena, a razón de tres por minuto, y luego te los tienden con una sonrisa radiante. ¿Cómo resistirse? Al día siguiente de mi llegada a Bombay, aún bastante aprensivo y panpringosillo, visité las cuevas de Elefanta, concebidas como homenaje a las grandes tetas. Hacía un calor de abrigo de astracán y los refrescos convencionales no bastaban para aplacar la sed. Al salir del antro me di de narices con un puesto de macedonias de fruta acribilladas por un enjambre de exóticos insectos. Para más inri, su dueño y timonel estaba devorado por la viruela. Momento de perplejidad y triunfo de los sanos instintos. Contra la tangibilidad de las glándulas nada pueden las sombras de los microbios. A partir de ese gesto volví a mezclarme estrechamente con la vida: pude escuchar de cerca los silbidos de las cobras, acariciar las cabezas de los niños, beber a gollete cualquier potingue y chapotear a discreción en los picantes comistrajos de los fogones callejeros. En el mercado de la vieja Delhi, unos días más tarde, chupeteé con fruición varios polos de colorines de esos que según nuestras santas madres se elaboran con agua de cloaca. En Gwalior compartí mesa y yantar con un leproso. En Calcuta dormí a pierna suelta entre las paredes de adobe de un chamizo infestado de cucarachas, salamanquesas, escorpiones y otras gentiles criaturas de san Francisco. En las escalinatas del Ganges, a su paso por Benarés, pude haber bebido agua del río como un santón más. Os lo juro. Os juro que estuve a punto de llevarme el agua milagrosa hasta los labios. Pensaréis: imposible… ¿Tú, Dionisio, el más hipocondríaco de los mortales, el revolucionario de pelo en pecho que corría al hospital para ponerse la antitetánica después de un simple arañazo de los gatos? Pues sí, yo… Y os aseguro que no lo hubiese hecho por morbosa atracción del abismo, sino por meditada, severa, pastoral reflexión. Parece demostrado que el agua del Ganges contiene más microbios por centímetro cúbico que cualquier otro lugar —líquido, sólido o gaseoso— de la madre tierra. Un vaso lleno de escupitajos de Margarita Gautier viene a ser una especie de reconstituyente cloroborosódico del doctor Bonnald comparado con lo que el gran río de Brahma acoge y transporta en su seno. Benarés pasa por ser la más antigua ciudad del mundo. Desde hace milenios, todo el espectacular detritus de la enfermedad, la carroña y la muerte afluye a sus ghat *(así se llaman las plataformas, terrazas y escalinatas distribuidas por espacio de cuatro millas en la ribera izquierda del Ganges). Los leprosos, los bonzos, los opulentos, los apestados, los brahmines, los gimnastas, los magos, los titiriteros, los encantadores de serpientes, las jovencitas de piel tersa, los virulentos, las suaves damiselas de las altas castas, los parias, los pedigüeños, los agonizantes: todos acuden a las aguas en confuso montón, y en ellas se desnudan, lavan sus ropas, exponen sus vergüenzas, liberan sus pechos, dejan que*

las febles túnicas se les adhieran al cuerpo, meditan, cruzan las manos sobre el ombligo, se quitan la pelusilla de los dedos de los pies, pliegan y dislocan los músculos y las articulaciones en inverosímiles posturas yóguicas, se afeitan, se cortan las uñas, se anudan el moño y echan su meadita, digo yo, como cualquier hijo de vecino. De vez en cuando asoma por el horizonte un cadáver flotante con dos o tres buitres excavándole las entrañas. Y por fin, más allá, casi en las fauces del campo desolado, se alza la Manikarnika Ghat, donde los hindúes incineran a sus difuntos. La escena puede verse, pero no fotografiarse. La familia del finado —por lo general un viejecito, un pajarito más bien, anémico y desguarnecido— lo transporta hasta el lugar de la cremación sobre unas angarillas. Antes ha envuelto cuidadosamente el cadáver en papeles, refajos y cintas de colores brillantes. El cortejo es grave, silencioso y desfila con lentitud verdaderamente mayestática. Por fin depositan el fardo y le aplican fuego en varios puntos con la ayuda de unas largas varillas. En la operación intervienen todos, incluso los niños. Es un ritual puntilloso, reflexivo, sereno y petrificado desde hace miles de generaciones. No asusta, no repele, no evoca la imagen de san Jerónimo y la calavera, no es en modo alguno un memento morís (los brahmines están hechos con la antimateria de los cartujos), pero tampoco un gorigori moral a la manera del paganismo senequista y petroniano. Ni siquiera el olor desagrada: no es acre, no es grasiento, no es agudo, no es imperceptible… Estamos, en cualquier caso, a millones de años luz de los abyectos entierros occidentales, con su dulzona necrofilia, su leucémica mortaja, sus mecánicos estribillos de pésame, sus velorios de comadres y sus chistes verdes.

Pues como lo oís (y a lo que iba): a punto estuve de servirme un vasito de esas aguas fecales con tropezones de miasmas en estado de efervescencia. Fue a la del alba de mi segundo día en Benarés. Durante el primero recorrí todas las tripas y mondongos de la ciudad, que es un laberinto indescifrable, gracias a la picardía y al talento de un nepalés listísimo que se pasó doce horas intentando dármela con queso y que al final se salió con la suya.

¡Benarés! A Aldous Huxley, orgulloso descendiente de una dinastía de científicos, le curó la ceguera un santón de las orillas del Ganges (pero esto, al fin y al cabo, no deja de ser un simple detalle positivista de signo contrario). Romain Rolland escribió allí el prólogo arrollador de su Vida de Ramakrishna, libro que leí —boquiabierto— a los dieciocho años en los jardines de la Facultad de Letras y que derribó en un auuum casi todas mis convicciones anteriores. ¡Benarés, las puertas de la percepción, una faena de Ordóñez en la Maestranza, el descenso suave de una loma cubierta de nieve, el aprendizaje amoroso de Dafnis y Cloe! A su sola mención me da vueltas la cabeza. Las piscinas de tranquilas aguas verdinegras, las vacas que te lamen las manos como perros, los templos poblados de monos, las pesadas campanas a ras del suelo, los pétalos primorosos y húmedos en el regazo de los dioses, los bonzos de macizas gafas (fueron los primeros intelectuales de la historia, anteriores a Homero, a Hammurabi, al escriba sentado), la roca desde la que Buda habló en público por primera vez, las mujeres cetrinas, de nariz afilada y perla en el entrecejo, que bajan en calesa al Ganges protegidas por el soplo inconsútil de sus saris…

Todo me lo mostró el buen Stavros, ese nepalés tan flaco como la telegrafía sin hilos —aunque de invencible resistencia física— al que me referí hace una página. Le puse el nombre pensando en la película América, América: era, de hecho, un calco de su protagonista… Listo, metomentodo, trepador, lisonjero, duro, decidido a cambiar de vida. En una palabra: el antihindú por excelencia, la quinta columna de Occidente, el traidor a los suyos, acaso el inevitable porvenir. Se colaba por todas partes, trataba a patadas a los galopines que me tendían la mano, me enseñaba los trucos más eficaces para burlar las severas disposiciones litúrgicas, vestía ropas de fabricación extranjera que los turistas le daban, andaba conchabado con mil y un

vendedores de souvenirs*, anotaba cuidadosamente en un cuaderno los nombres y direcciones de todos los visitantes que recurrían a sus servicios y brincaba como el oso de un gitano al husmear el perfil de un dólar en su radio de acción.*

Pues bien: Stavros me entregó una punta del hilo de Ariadna el primer día y al siguiente fui yo quien tiró de la madeja. Salté de la cama a las cuatro y media, me puse en marcha con el estómago vacío y recorrí como una centella los cinco kilómetros que separaban mi habitación en el Dak Bungalow —veinte duros pensión completa—, de la orilla del río.

Al llegar a ella empezaba a salir el sol, la hora cabal, porque la inmersión taumatúrgica debe practicarse al despuntar el día. Lo que allí se me vino encima —lo que allí volvió a venírseme encima— ya os lo he contado: un amasijo de muerte, de enfermedad, de entusiasmo, de elegancia y de carroña que inexplicablemente se transformaba en un paisaje con figuras *voluptuoso e idílico, en una oda de Horacio. Pero nada he dicho de la borrachera que se apoderó de mí, ni de cómo bajé trastabillando hasta el turbio borde del agua, ni de la emoción que me revolvió los menudillos, ni de las dos largas horas que pasé absorto, ni de cómo dejé de ser en parte el que había sido, ni del solemne compromiso de regresar que allí mismo firmé con los dedos en la arena.*

Y fue entonces cuando se apoderó de mí el vértigo del abismo —o, mejor, de las profundidades— y la tentación del agua, fue entonces cuando rocé la superficie de esta —cenagosa, tibia— con el dorso de la mano y cuando pude *haber bebido. ¿Me creéis?*

Y si no me creéis, que os zurzan.

[…] Ahora, después de aquella mañana, todo me parece más abarcable, más dócil al «cada cosa en su lugar» del sabio relativismo. En Benarés bebí directamente la vida de labios del sol naciente, toqué el venero del ser, me asomé al firmamento, reconstruí la definitiva pasión que no había vuelto a sentir desde ciertas noches de mi infancia, cuando tendido en la hierba de las dehesas de Covarrubias miraba el infinito y las estrellas.

[…] Antes hablé de comunión con la naturaleza. Los indios no se limitan a encantar cobras. Sus dueños, de vez en cuando, se apiadan de ellas y las devuelven a los bosques, quedándose sin fuente de sustento. Los cuervos y las urracas entran tranquilamente en las habitaciones de los hoteles y arramblan con los objetos brillantes o cascabeleantes, que luego esconden en sus nidos. Pero son, eso sí, ladronzuelos honrados, que invariablemente depositan su botín en los mismos lugares, por lo que basta con denunciar el robo en la recepción del hotel para que el botones de tumo trepe a determinados árboles, registre sus frondas y las horquillas de sus ramas y recupere lo robado. En la India, y en sus zonas de influencia, los animales y los seres humanos se reparten el hambre como buenos amigos. En general, y en particular, se reconoce el derecho de todo ser vivo a seguir vivo y se practica una equidad tan asombrosa como espontánea. En infinidad de ocasiones he visto a zarrapastrosos de solemnidad que esquilmaban sus paupérrimas escudillas para alimentar cuervos, palomas o mangostas. El agua no abunda, pero siempre se dedica una parte de ella —cuando la hay— a regar raquíticas florecidas plantadas en el umbral de la casa o en herrumbrosos botes de conservas. Y no hablemos de las vacas, que por sí solas merecerían un libro o, quizá, una enciclopedia. Da gusto verlas deambulando a su aire por entre los coches y la gente, recostadas en las farolas, cruzando las calles cuando el semáforo se pone verde —de envidia, supongo— o tumbadas a la bartola en las proximidades de los ventiladores. Son simpáticas, majestuosas, bondadosas, inteligentes y condenadamente sociables. ¿A santo de qué la tentativa de lavar el cerebro a sus amigos y propietarios para conseguir que las degüellen?

Sobre las ciudades vuelan incesantemente vertiginosos enjambres de cuervos y buitres. De inofensivos cuervos, de cordiales buitres, que en modo alguno responden a su leyenda negra, que no asustan, que no atacan y que, por añadidura, desempeñan una doble función social: la de servir de eficaces basureros y la de ayudar a los parsis *en su tránsito camal y espiritual al otro mundo. Los monos campan por sus respetos y, a menudo, viven agrupados en antiguos templos donde no les faltan diversión ni yacija ni techumbre ni pitanza. Por todas partes revolotean pájaros de plumaje fastuoso que acuden sin recelo a las manos de los desconocidos. Hasta los tigres de Bengala, cuyas enormes cabezas de toro de lidia impresionan al más pintado, parecen ronroneantes gatazos perezosos y caseros.*

La India es pobre y en sus ciudades faltan muchas cosas imprescindibles, pero abundan en cambio los parques públicos donde los humillados y los ofendidos se solazan, duermen, beben licor de bambú, discuten y se revuelcan sobre la hierba. Más que parques son inmensos prados con frondosos árboles de descomunal perímetro. Las jovencitas y las viejecitas tejen hermosas guirnaldas con flores para mí desconocidas y las venden a cambio de casi nada por las calles.

Sobran los ejemplos, que podrían ser innumerables, y basta por ahora con los mencionados. Los indios, a diferencia de nosotros, saben y admiten —no siempre viajan juntas las dos cosas— que los hombres forman parte indisoluble de la naturaleza y viven en armónico contacto con ella, prolongándola prudentemente sin correr jamás la incierta aventura de modificarla. Eso es todo: una existencia esencial, *viéndose las caras con lo que importa. Más que de la separación entre el trabajo y el producto del trabajo, más que de la aplicación de fórmulas abstractas para medir y pesar, la dichosa* alienación *que tanto nos preocupaba en las noches y luchas de París nace del divorcio de la naturaleza. Los indios son, por ello, hombres libres: no necesitan a Marx ni a Marcuse. Y arreglados van los comunistas si esperan engullir este bocado con las facilidades que encontraron en la laboriosa China. Allí les dieron todo hecho: eran carne de colectividad. El hueso cipayo será mucho más duro de roer.*

[…] Aunque la India es el país de más ilimitada libertad que me he llevado a la boca, algo de puritanismo ilustrado made in England *la envilece. Valga un solo ejemplo: en tres cuartas partes del territorio nacional está prohibido el alcohol —incluyendo la inocente cerveza— a los nativos, pero no a los turistas. Estos pueden encontrar árnica, refugio y discreción en ciertos escondrijos de los hoteles de lujo, donde entre moquetas y luces tenues un solícito barman de color tostado escancia güisquis y ginebras. El ambiente es puro Raymond Chandler, aunque faltan las rubias platino de zapatos gilda y revólver en la entrepierna. Bromas aparte, no tiene ni pizca de gracia eso de que te obliguen a esconderte para echar un trago (o, mejor dicho, que te confinen con hipócritos modales de guante blanco en una especie de nevera racista). Y ello aunque beber en el trópico sea como exponerse a un guantazo de Cassius Clay. Los que empiezan a empinar el codo ya no vuelven a bajarlo —la regla vale también para la cocacola y otros refrescos embotellados— y así, poco a poco, se hacen (y se ganan) oposiciones al derretimiento. Las mujeres de los europeos, además, se quejan de que sus maridos utilizan la noche solo para dormir. Parece ser que la mezcla del calor con el alcohol no es precisamente un afrodisíaco.*

[…] ¿Volvemos a Bombay? Volvamos. Fue allí donde por la brecha del candor se me colaron en los órganos de los cinco sentidos las calles de la India. El impacto —que no colisión— se produjo alrededor de la una de la tarde. Hacia las nueve de la mañana, ligeramente acojonado por lo sucedido en el aeropuerto (y también, confesémoslo, por la negra imagen de la India vigente fuera de ella), había tomado la cobarde decisión de pedir derecho de asilo por primera y última vez en un hotel de relativo lujo. Soy —de sobra lo sabéis— moderadamente tacaño y me gusta, por otra parte, aplicar al pie de la letra aquello de «a donde fueres, haz lo que vieres»,

pero estaba tan agotado y desconcertado que, a pesar de la constante y agobiante disminución de mis ahorros —me quedan en estos momentos ochocientos sesenta dólares y nueve meses de peregrinación por delante— decidí no reparar en gastos. Podía, por añadidura, permitírmelos: la habitación con baño, termo de agua helada y luz en la mesilla de noche que me ofrecieron en el hotel Nataraj costaba (y eso que era doble) menos de cuarenta duros del mercado negro. La cogí, entré en ella precedido y seguido por una corte de mayordomos, palafreneros y lacayos, distribuí generosas propinas de a peseta, me desplomé en cueros sobre la cama y me hundí ipso facto *en un sueño sudoroso, tenebroso y mucilaginoso. Cuatro horas después me despertó el aleteo de un pajarraco posado en el alféizar de la ventana. Me desperecé, me recompuse, bajé al vestíbulo, esquivé las zalemas de los botones y contrabandistas de divisas, disimulé al pasar junto al conserje (tengo siempre complejo de pelagatos y de no saber estar a la altura de las convenciones en los hoteles con porteros de librea y gorra de plato), me paré con fariseísmo ante la vitrina de las gilipolleces libres de impuestos, miré hacia la derecha y hacia la izquierda, y por fin, con un medroso salto de costadillo, me zafé del aire acondicionado y busqué refugio en el horno crematorio de las iluminadas y cegadoras tinieblas exteriores.*

Y allí, en ellas, durante los primeros minutos y al hilo de los primeros pasos, nada. El orondo, petulante y encorsetado hotel Nataraj se encuentra en pleno músculo cordial del paseo marítimo, que forma un suave arco de muchos kilómetros de longitud al que los ingleses quisieron convertir en puerta dorada de la península del Indostán y de todo su imperio asiático. En el remate de la caminata, de hecho, brota —como si fuera un oasis (y en cierto modo lo es)— la legendaria Gateway of India, *que los lectores de Kipling no habrán olvidado. Es la zona de los grandes hoteles, de las villas de color castaño, de los mustios y revenidos rascacielos, de algunos sórdidos solares destinados a acoger Dios sabe qué oscuros adefesios arquitectónicos y de los hombres de negocios extranjeros que saltan de Cadillac en Cadillac y jamás pisan el cemento en ebullición de las aceras. Solo un cañaveral huérfano y un minúsculo nódulo de chabolerío demuestran que aquello es la India (digo* demuestran, *y no* recuerdan, *porque el viajero, a pesar de todo, sabe dónde está, lo sabe siempre —hasta en el saloncito* kitsch *de las bebidas alcohólicas— por algo esotérico e impalpable que flota en el ambiente).*

Pero a pocas decenas de metros, a cinco minutos escasos de camino, están (o estallan) las calles… Simplemente las calles, las calles de la India, el agridulce corazón de Bombay con su diástole de vida y su sístole de muerte, con su mercado cascabelero, su centellear, su alegría, sus tenderetes, sus perros amarillentos como chacales vagabundos, sus pícaros, sus patios de Monipodio, sus bamboleantes casas de madera, sus tropillas de lustrosas cucarachas y de insectos xilófagos, sus franciscanos salones de té (una hornacina abierta en cualquier fachada, un servicial posadero, varias teteras de aluminio, diez o doce tazas sin lavar, dos filas de clientes acuclillados), sus majestuosos ventiladores, sus bungalows *roídos por la humedad, sus transeúntes de ojos de carbunclo, sus miles de restaurantes en los que todo —siempre— «está acabado», sus pozos y ciénagas milagreras donde el agua se sirve gratis en cubiletes de latón, sus vacas orejiquebradas en signo y olor de santidad, sus peatones convertidos en dueños absolutos de la calzada, las pamemas de sus magos y saltimbanquis, sus escuálidos santones todo codos y rodillas, sus cines de hediondas fauces, sus vehículos de tracción humana y animal, sus estaciones macilentas, sus amedrentados automovilistas, el sol lechoso, el contrabando en las barbas de la policía, los géiseres rojizos de la arquitectura colonial…*

Y punto. ¿Acaso no llevo miles de páginas hablando de todo esto?

[…] ¿Volvemos a Benarés? Volvamos. Nada hay allí que no sea estrictamente individual e intransferible. Nunca se ve a dos personas haciendo lo mismo. El

chapuzón en el Ganges es una eucaristía en la que confluyen varias religiones diferentes. Se trata de un verdadero rito nacional y popular, fruto de la fe, del amor desinteresado tal y como lo propone la Baghavad Gita*, y del respeto hacia el pasado. En Benarés no hay explotación del creyente, aunque sí de los escasísimos turistas. Los peregrinos duermen en el suelo, al raso, y se alimentan con lo que esconden sus alforjas o con lo que vende la tienda de ultramarinos más cercana. Nadie, fuera de los mendigos, se aprovecha de la ciudad sagrada. No existe un solo edificio moderno ni una disposición municipal que obligue al apuntalamiento de los templos en ruinas, ni un mecanismo de control sanitario, ni la sombra de la huella de un proceso de inútil transformación en las caras, en los trajes, en los gestos, en las costumbres, en el entorno rural o urbano. Progresar es conservar. ¿Qué sentido tiene la fatua tentativa —vuelvo a pensar en las luchas y en las noches de París— de modificar el mundo en vez de dedicarnos a profundizar en él sin ponerlo en tela de juicio? Severa y consoladora lección: la más importante, sin duda, entre cuantas la India me ha entregado.*

[…] Hablaba antes de las lecciones de la India y me gustaría añadir ahora que todas ellas se encierran en una y que esa solitaria lección lo es de religiosidad. Estamos en el país de Nietzsche, en el país donde no hace falta eterno retorno, porque los verbos han dejado de conjugarse. La religión es aquí una dimensión del espíritu que envuelve las demás sin anularlas y que se traduce en respeto de lo móvil y de lo inmóvil, del ser que repta y del que vuela, de la lluvia y del ritmo espontáneo de las cosechas, de los dioses y de las rocas… En respeto, sobre todo, del individuo. Si la religión se practica de verdad, sin hipocresía ni palabrería, como un gesto de amor hacia lo de abajo y hacia las alturas, como un estallido de fuerza vital, como un método de libre reflexión sobre lo que somos y lo que nos rodea, como un camino de fidelidad a las raíces, como «peregrinación a las fuentes», como afirmación personal, como tensión dionisíaca, como pulsión heterodoxa, como salto por encima de las bardas de nuestro corral, ¿por qué no aceptarla y practicarla? Mis orejeras ideológicas no me obligan a tanto. Yo soy desde ahora un hombre religioso. Acostumbraos a ello. La India me ha curado de una ausencia que empobrecía mi espíritu. O mejor dicho: me ha ayudado a entender y a desarrollar algo que intuí vagamente en una tarde mágica de la Filmoteca de París, hace dos o tres años, cuando vi en ella la película Ordet*. Me ha dado el fervor, la perspectiva, la afilada introspección, la viabilidad del recogimiento, la simiente de la lucidez. Las cuentas, en el fondo, cuadran, porque la India me ha confirmado lo que en su día aprendí leyendo a Hemingway y viendo las películas de Dreyer. Me ha enseñado a perseverar en la rebelión contra la muerte. Y el círculo se cierra aquí, puesto que la eternidad es solo eso: perenne rebeldía ante la muerte.*

[…] No sé si la sobrehumana resistencia de los indios será vencida. Los empréstitos internacionales, la propaganda del Vaticano, de la Onu, de la Unesco, de la Fao, y otras lindezas por el estilo pesan lo suyo. Es posible que los capitalistas y los comunistas, por separado o uniendo sus fuerzas y su maldad, se lleven el gato al agua y consigan meter en vereda a los últimos rebeldes. Es posible que el espejuelo idiota de los milagros económicos acabe por surtir efecto y que los herederos de Arjuna y de Ashoka se vendan por cuatro doblones al mejor postor, llámese este Mao Tse Tung o Departamento de Estado norteamericano. Es posible que los envíos de cereal y de transistores sieguen en flor tanta anarquía, tanto motín, tanta incierta lucha. Sí, es posible… Pero estoy seguro, salgan las cosas por donde salgan, que el choque será enconado y que la moneda, por extraño que mi optimismo suene, sigue en el aire. Los indios no han flaqueado hasta ahora. Entre ellos, hoy por hoy, no ha germinado ninguna semilla de ese ente de ficción al que llaman «progreso». Y me pregunto: ¿por qué? La tierra del Indostán no es más pobre que la de Turquía, no está sometida a una presión demográfica como la existente en el

archipiélago japones, no tiene un clima peor que el de otras naciones del sudeste asiático, no ha sufrido una devastadora guerra colonial como Camboya o Argelia, no ha pagado el pato de las represalias nazis como Grecia… ¿Por qué, entonces, todos los países citados —y los que no menciono— van saliendo de apuros poquito a poco mientras la India, solo la India, únicamente la India en la vasta superficie del globo, no consigue saltar por encima del listón de la más negra miseria?

Pintan oros: los indios no levantan cabeza, en lo que a la economía se refiere, porque no les da la real gana, porque obedecen a otro sistema de valores, porque se sienten visceralmente unidos al pasado, porque no viven solo de pan, porque son hombres libres, héroes de Dostoievski, sueños de Nietzsche, individuos secularmente acostumbrados a utilizar la cabeza sin por ello prescindir del corazón. Los ricachones occidentales y los señorones comunistas —que son ramas del mismo árbol— pueden llenarse la boca cuanto quieran hablando de «la necesidad y el deber de ayudar al pueblo indio». Pero que no se llamen a engaño cuando les den con la puerta en las narices, porque los teóricos beneficiarios de esa ayuda no van, de momento, a aceptarla. Y los cuchillos siguen en alto, por más que el mundo se niegue a escuchar el fragor de la batalla. Dos grandes caminos tiene la humanidad ante sí, que no son los convergentes del capitalismo y el comunismo: el camino del progreso *entre comillas y el camino del libre, anárquico, entusiasta, independiente y, a la vez, unitivo desarrollo individual. Los periódicos occidentales y los dementes que nos gobiernan pueden cantar misa: el punto crucial de la historia de nuestros días no se encuentra en los arenales del Oriente Medio ni en los tremedales vietnamitas. La línea Maginot de esta tercera guerra mundial, ya declarada, pasa por los muelles de Bombay, por las bocas del Ganges en Calcuta, por el aeropuerto de Delhi, por los lagos de Cachemira, por el ensayo general del leninismo en Kerala. Y a esos escenarios pienso acudir cuanto antes para convertir en toma y redoble de conciencia práctica mi caída del caballo a las puertas de la India. La lucha de los brahmines es mi lucha y de ahora en adelante me tendrán a su lado con armas y sin ellas. Desde aquí me atrevo a predicar entre todos vosotros, amigos de otras peleas, mi fantasmagórica cruzada. Y, de nuevo, me apresuro a curarme en salud: puede ser que el progresismo (o la coartada del demonio) se salga al final con la suya. Por mi parte, consideraré ese día como el del último adiós y la definitiva catástrofe, y correré con Cristina, con mis gatos, con diez libros y diez discos, con el borrador de mi primera novela y con los amigos que quieran acompañarme a la isla de Robinsón, a la torre de marfil, al arca de Noé, al castillo del Grial, a la cálida, luminosa, infinita y última playa.*

Y ahora, adelante… Podéis empezar a ponerme en salmuera.

*(*Fragmentos de la segunda carta de Dionisio incluidos en las memorias de Cristina. Jornada del 12 de abril de 1969*).*

La primera visita de Dionisio al país que iba a convertirse en su segunda patria duró bastante más de lo previsto. El viajero —hechizado, casi subyugado— peregrinó sin prisa y sin pausa a lo largo del Gran Tronco de las novelas de Kipling que recorre de oeste a este todo el norte de la India y al hilo de ese camino real fue encontrando las mil caras del amor, del horror, de la vida y de la muerte.

Y así, entre otras muchas cosas y poco a poco, a tientas, de oca en oca, de tropezón en tropezón, cayéndose, levantándose y volviendo a caer, descubrió algo cuya existencia no sospechaba. Algo que tampoco sus amigos conocían.

Algo que no le habían enseñado en el colegio ni en la universidad, ni en la escuela de las calles de su infancia, ni en los confesionarios, ni en los púlpitos de las iglesias, ni en las tertulias de las sobremesas familiares, ni en los veladores de los cafés madrileños, ni en las bibliotecas, ni en los conciliábulos progresistas, ni en las locas noches paganas de París, ni entre los brazos de las mujeres, ni —menos aún— en las trincheras y barricadas del frívolo *mayo francés*. Algo que nadie, ni siquiera Cristina, mencionaba. Algo que ya nunca podría olvidar y que siempre —en cualquier ocasión, en cualquier paraje a solas o acompañado— le serviría de alivio en la desventura, le empujaría hacia la cumbre del monte Carmelo y, sobre todo, le ayudaría a atravesar las noches oscuras del alma.

Descubrió que hay, como mínimo, dos clases de seres humanos en el mundo: los que pasan por este sin romperlo ni mancharlo, sin *despeinarse* (en el sentido taurino de la palabra), y los que buscan y a veces encuentran seres, hechos y cosas invisibles e impalpables detrás de las aspas de los molinos.

¿Don Quijote y Sancho Panza? Sí, hasta cierto punto, pero no era ese el verdadero hallazgo, porque para un viaje tan elemental servía cualquier alforja y bastaba con leer a Cervantes.

El verdadero hallazgo —el genuino *descubrimiento*— no se refería a la mera existencia de individuos dedicados en cuerpo y alma a la dura tarea de aprender, de hacer camino, de recorrer hasta sus últimas fronteras y consecuencias las rutas del *conocimiento*, sino al raro talante de esas personas y a la peculiarísima índole de las relaciones que se establecían entre ellas.

Dionisio, en una palabra, descubrió que los buscadores de tesoros, los aventureros de la *gnosis*, los bichos raros, los seres anticonvencionales —como lo eran el Canciller de Estambul, el Caminador Manchego, el Comerciante Sufí, el Tigre de Bengala y el Motorista de Delhi— formaban parte de una trama oculta, de una red invisible, de una especie de sociedad secreta, tan secreta que sus miembros no se conocían entre sí, pero se *reconocían* —ahí el descubrimiento y, también, el consuelo que de esa certidumbre se derivaba— al verse, al olfatearse, al estrecharse la mano, al escucharse recíprocamente, al coincidir en cualquier sitio.

En un consulado de España, por ejemplo, o entre las jaimas de un campamento nómada, o en el mostrador de la aduana de un aeropuerto, o en las proximidades de un hotel.

Y esas personas, esos *conjurados*, además de reconocerse, se ayudaban entre sí y, para ello, estaban siempre en el lugar estratégico o aparecían en el momento oportuno.

Dionisio, para llegar a esa conclusión, necesitó tres meses de pedregoso viaje a la intemperie y una notable cantidad de coscorrones; pero a partir del instante en que lo supo —en que fue capaz de percibir los sinuosos e indestructibles hilos (o, quizá, vasos capilares) que corrían entre esas personas, a las que ya consideraba sus congéneres— perdió por completo el miedo a lo desconocido, si es que lo tenía, y se transformó en un hombre dispuesto a todo. Absolutamente a todo, menos a lo que caso por caso pudiera reprocharle la conciencia.

Y fue entonces cuando su viaje le estalló en las manos y se convirtió durante algún tiempo —solo durante algún tiempo— en una tormenta de libertad, en un terremoto de felicidad y en una orgía de transrealidad.

Luego…

IV. Abril y mayo

¿En qué parte del mundo, entre qué gente
no alcanza estimación, manda y domina
un joven de alma enérgica y valiente, clara razón y fuerza adamantina?

José Espronceda

—VENGA, SOMETÁMOSLO A VOTACIÓN… Que levanten la mano quienes crean que Kathmandú es la ciudad más bonita del mundo.

Sonaron pitos y palmas. Era Dionisio quien llevaba la voz cantante. A su alrededor o en sus cercanías, desperdigados sobre la hierba húmeda del ribazo que les servía de atalaya para contemplar el sobrecogedor espectáculo del crepúsculo que en aquel momento pintaba de rosa y oro las abruptas crestas y picachos del padre Himalaya, una docena de jipis vistosamente disfrazados de sultanes, odaliscas, almuédanos, santones, brujas y mendigos alborotaba la tranquila superficie del silencio reinante en la colina. Tenían todos ellos edades comprendidas entre los veinte y los treinta años, eran en su mayor parte de origen europeo (aunque con algunas incrustaciones norteamericanas y australianas) y, naturalmente, se entendían —a la fuerza ahorcan— en inglés.

Ocho o nueve manos respondieron a la invitación de Dionisio entre las miradas burlonas de los escépticos. Eran mayoría. Kathmandú recibió oficialmente el título de ciudad más bonita de la tierra concedido por el gobierno títere de las diferentes comunidades de jipis en el exilio. Se trataba de una decisión justa, que ni siquiera los más ardientes defensores de las candidaturas de Venecia, Sana, Fez, Marrakech y Estambul se atrevieron a impugnar. El acalorado y disparatado debate —constantemente interrumpido por la irrefrenable tendencia a la anarquía de todos los participantes en él— había durado casi cuatro horas. Cuatro horas de grandes risas, de argumentos peregrinos, de fintas y de estocadas dialécticas, de músicas de flauta, de redobles de tambor y de canciones de los Beatles y otros grupos similares

grabadas en cintas magnetofónicas *made in Hongkong* y en Taiwán. Cosas y bromas del hachís, que desataba las lenguas, el ingenio, la fantasía, el humor y las ensoñaciones. Habían empezado a fumarlo —aquel día— antes de lo habitual, durante la animada tertulia de sobremesa que invariablemente servía de postre y de digestivo a los usuarios del pequeño restaurante del Traveller’s Hotel, y el tirón de los efectos de la droga los había arrastrado misteriosamente, de plaza en plaza, de templo en templo, de esquina en esquina y de prodigio en prodigio, hasta la cumbre de aquella colina o mirador natural que ni pintiparado para sorber con los ojos, de un solo golpe, la blancura de la cordillera del Himalaya, sus poderosos dientes, el azul centelleante del cielo nepalés —sin parangón posible con ningún otro cielo de la tierra— y todos los detalles, todas las casitas de pardo adobe, todos los postigos de madera calada, todos los retales de campo verdes y ocres, todas las terrazas de los encharcados cultivos de arroz, todas las piadosas comitivas de feligreses y todos los copetes escalonados y engalanados de los centenares de templos del valle de Kathmandú.

Dionisio había llegado trabajosamente allí —a aquel enclave irrepetible e indescriptible, a aquel punto de sutura y de cortocircuito entre el diablo mundo y el Reino de los Cielos, a aquel remolino de religiones vertiginosas y de pasiones tumultuosas— cinco días antes, después de cubrir un itinerario surrealista que arrancó a la hora de la siesta de la estación ferroviaria de Patna, a orillas del Ganges, atravesó sin que el viajero tuviese que enseñar el pasaporte la casi invisible frontera entre la India y Nepal, le condujo —gajes y magia del autostop— hasta la cabina de la camioneta de un sikh que se ganaba la vida transportando y cambalacheando de pueblo en pueblo mesas metálicas de segunda mano y otros antiestéticos muebles de oficina occidental fabricados en Calcuta, le obligó a dormir tan ricamente en la choza de piso de tierra rojiza de un tibetano que dieciocho años antes se había ido al exilio tras las huellas del dalai lama y, por fin, después de veintinueve horas largas dando tumbos por las curvas y bucles de la carretera más alta del continente asiático, lo depositó con todos los tornillos de las articulaciones sueltos frente a la puerta del patio del único burdel —clandestino, por supuesto— existente a la sazón en Kathmandú.

Y Dionisio, que seguía aplicando a rajatabla el aforismo —ya mencionado— de *adonde fueres, haz lo que vieres*, aprovechó la ocasión para pasar la noche allí en compañía de una rapaza con hechuras y modales de princesa que aún no había cumplido los catorce años y que no supo darle sexo, pero sí —y

en abundancia— amor, ternura, sentimiento, generosidad y, sobre todo, curiosidad, mucha curiosidad.

Dionisio pagó con la misma moneda a aquella criatura de estirpe divina y entregó a la comadre que la alquilaba el precio previamente acordado: un dólar de curso legal con la efigie del primer presidente de los Estados Unidos de América. Luego, aún con el olor silvestre y patricio de la muchacha impregnando su piel, se echó a las calles laberínticas de Kathmandú con la misma fe, esperanza y caridad que cinco semanas antes le habían incitado a salir del Dak Bungalow pisando la primera y dudosa luz del día para perderse, devorándolas, por las no menos laberínticas, pajareras y promiscuas calles de Benarés.

Tercera carta de Dioni, fechada y echada al buzón en Kathmandú. La verdad: pone los dientes largos. Lo que en ella cuenta parece una descripción del paraíso. ¿La India feliz? Seguramente. O, al menos, a esa conclusión he tenido que llegar no solo por lo que me dice Dioni, sino también oyendo y leyendo a Fernando, que gracias a Dios me llama a menudo por teléfono, está constantemente al quite de mis crónicos ataques de depresión e incluso, al enterarse de que su mejor amigo anda ya encantado de la vida por los riscos y tugurios de Nepal, ha tenido el detalle de remitirme una fotocopia de las páginas dedicadas a ese país en lo que él —Fernando— llama su «cuaderno de apuntes tomados en los cielos e infiernos que conozco».

Más adelante, quizá, incluiré algunos de esos apuntes en este triste diario, al que sigo tercamente empeñada en llamar «memorias», lo que constituye un síntoma evidente de megalomanía, de melancolía y de falta de seguridad en mi pluma y en mi persona.

Fernando y Dioni se parecen mucho física y espiritualmente, nacieron en la misma ciudad el mismo día del mismo año (no sé si he aludido ya a esa extraña coincidencia en mis memorias), los dos son o quieren ser escritores y sus vidas han transcurrido —desde que se matricularon en la universidad— por carriles paralelos.

Pero Fernando siempre hace las cosas y llega a los sitios un poco antes que Dioni. Y a Dioni, aunque no lo confiese y aunque la delantera que le toma su amigo del alma sea por lo general mínima, casi inapreciable, eso le molesta. Los hombres, por mucho afecto que se tengan, son siempre rivales entre si. Al parecer no pueden evitarlo. Peor para ellos.

Fernando, de hecho, llegó a Kathmandú por casualidad (y, como de costumbre, por un asunto de faldas. También en eso es el vivo retrato de Dioni) en abril de 1967, poco antes de que hicieran acto de presencia en la ciudad los primeros jipis, y luego volvió unos meses más tarde. Pero su visión y su versión de todo aquello coincide casi al cien por cien con la de Dioni.

¿Y si la escucháramos?

¡Vaya por Dios! Otra vez ha vuelto a traicionarme el subconsciente. Escucháramos: plural mayestático… Como si, en efecto, estuviese garabateando con letra de piojo estas memorias no para mi coleto, sino para que los demás las lean.

No soy una papisa, no soy una reina, no soy un jefe de gobierno.

Soy, solo, Cristina: una mujer que espera, una mujer embarazada, una mujer con tendencias depresivas, una mujer que dentro de nueve días cumplirá treinta años y que a pesar de ello todavía no ha escrito su novela.

Hondo suspiro de resignación. Vista al cielo raso. Punto y aparte.

Pero sí: escuchemos —en plural o en singular… Poco importa— lo que Fernando escribió (y no publicó. Nunca publica nada) a propósito de Kathmandú en octubre de 1968. O sea: hace menos de seis meses.

Y aprovecho la ocasión para reconocer que me gusta la forma de escribir de Fernando.

Chssss… ¿Me he vuelto loca? Dioni, si leyera esto, se picaría. Enfadarse, lo que se dice «enfadarse», no. Pero se picaría.

Ya lo comenté antes: los hombres —pobrecillos— son así. Siempre jugando a soldados de plomo con sombrero de ala ancha y revólver al cinto en películas de Peckinpah.

Y a todo esto, ¿no será que me gusta Fernando aún más que su forma de escribir?

*(*Fragmento de las memorias de Cristina.
Jornada del 18 de abril de 1969*).*

«Fue, de repente, como un huracán. No lo esperábamos. El mundo o, al menos, nuestro pequeño mundo de entonces: latino, europeo, occidental —e incluso ligeramente soviético— estaba como aletargado… Y lo estaba, con el breve e infeliz paréntesis del existencialismo, desde que en 1945 los señorones de las alturas habían decidido dar por terminada la segunda gran guerra: cuatro lustros de modorra provocada, seguramente, por el atragantón de estertores, sustos, vigilias y respingos que el entrechocar de las armas había desencadenado en Londres y en Tokio, en Washington y en París, en Trípoli y en Singapur.

»En eso aparecimos nosotros, los de entonces, *los tránsfugas del consumo, los nómadas del Milenio, los valedores de la última utopía, el anverso de la pereza que por todas partes nos rodeaba o, mejor aún, los santos inocentes que por culpa de su ingenuidad se van derechitos al infierno.*

»¡Qué época aquella! Los Beatles se pusieron a escarabajear en Liverpool y entre bromas y veras desencadenaron la mayor revolución musical de todos los tiempos. Alain Deion, mientras tanto, aprendía a congelar y perfilar su rostro de samurai *bajo la batuta de Melville. Jean Seberg emprendía su imparable carrera hacia el suicidio. Belmondo galopaba como un caballo cimarrón sobre los cien metros lisos de las pistas de celuloide. Françoise Hardy cimbreaba grácilmente la cintura al ritmo de su melena. Andy Warhol engañaba a propios y extraños con el camelo sin cafeína ni proteínas del* pop. *El agente 007, y me llevo tres, nos ponía los dientes largos a toda una generación de reprimidos sexuales. Los argelinos seguían dando guerra, e inclusive la ganaban, mientras el jesuitismo de Hó Chi Minh, el napalm de los norteamericanos y la rústica barbarie del Vietcong destruían palmera a palmera —y palmo a palmo— la mitológica Indochina de Malraux. El modisto Courréges enfundaba los cuerpos de las mujeres en estrambóticas armaduras de hojalata que nos lo ponían aún más difícil. Los fotógrafos tomaban el poder, acicateados por las idioteces del señor McLuhan, y se convertían en los nuevos inquisidores de la nueva Edad de Plata. Brigitte Bardot prefería la piel suave de las focas a los músculos viriles de Vadim. Y, sobre todo, el profesor Timothy Leary y la astuta Mary Quant descorrían respectivamente los telones de la realidad invisible y de los (por aquel entonces) no menos invisibles muslos femeninos mediante la puesta en órbita del ácido lisérgico o LSD y del aguardiente o droga dura de la minifalda.*

»Así que todo, para bien o para mal, nos invitaba —e invitaba a la Urbe y al Orbe— a cambiar de rumbo.

»Y es lo que hicimos. París, Nueva York, Londres y Roma perdieron bruscamente a nuestros ojos sus lentejuelas y su sex-appeal. *La búsqueda del nuevo Vellocino de Oro tenía que discurrir por entre geografías inéditas, mágicas, exóticas, complementarias y —caso de ser posible— también imaginarias. ¿Y dónde dar con ellas si no las encontrábamos en Oriente, en el eterno y cíclico Oriente de Marco Polo y de Vasco de Gama, de Aldous Huxley y de Christopher Isherwood, de Alexandra David-Neel y de Kipling?*

»En cuanto a mí, exiliado a la sazón en Roma, tuve un pálpito de futuro o, simplemente, una racha de buenos naipes y me anticipé por el canto de un duro de Alfonso XIII a lo que iba a ser nuestro porvenir inmediato. Hice las maletas, oteé el horizonte, olfateé los vientos, torcí hacia el este y llegué, jadeante, a Kathmandú cuando en Kathmandú solo había nepaleses y montañistas extranjeros. Y fue lo que se dice un flechazo de banderillas de fuego puestas en la cara del toro de poder a poder.

»Andábamos por las estribaciones de la primavera del año de gracia de 1967 y el baile estaba a punto de empezar.

»De hecho, unos meses más tarde, frisando ya en las incipientes barbas de lo que la historia ha decidido llamar mayo francés, *volví a la capital nepalesa y comprobé que todo había cambiado por arte de birlibirloque en su vientre, en sus intestinos, en su corazón y en su periferia. Los nepaleses, por supuesto, seguían allí, entre divertidos y sorprendidos, pero la ciudad se había transformado en un hervidero de jipis. El pueblo de las flores —antes de emigrar a Goa, a Creta y a Ibiza siguiendo una trayectoria circular de retorno a los orígenes— se había instalado con armas, bagajes, libros de Hermann Hesse y pipas de la paz en el regazo de uno de los países más hermosos, alegres, flexibles, acogedores y libertarios de la madre tierra. Aquello, de repente, fue como la Umbría italiana en tiempos de san Francisco de Asís, como las cuevas de los esenios en las orillas del mar Copto, como el califato de Sherezade en las historietas de* Las mil y una noches. *Los sueños se disolvían en humo y el humo pintaba instantáneamente otros sueños en el aire. Teníamos la cabeza inundada de pájaros. El mundo nos sabía a esperanza, a libre albedrío, a concordia, a amistad, a dedos entrelazados…*

»La primera vez llegué en avión, como los tontos, empujado por dos hélices y colándome a la remanguillé *por entre los torvos picachos de las estribaciones del Himalaya. Venía de Benarés y, a pesar de ello, me sentí en seguida abrumado y embobado por el juego de luces y de sombras chinescas que aquella cultura secularmente aislada y encerrada en sí misma hasta muy pocos años atrás desplegaba ante mis concupiscentes ojos de madrileñito descarado, fanfarrón y palurdo. El país estaba prácticamente intacto, tal y como Buda lo dejó. Su estructura respondía al esquema del tablero de ajedrez en el que cada casilla es un valle autónomo que forma palabras y frases con los demás.* Modus vivendi *simultáneamente campesino y religioso. Culto hinduista a las vacas, sí, pero con la posibilidad de comer carne de búfalo tras la forzosa dieta cuasivegetariana —que admiro y respeto— de la India. Abigarrada mezcla de cúpulas y torres, de mercadillos y cafetines, de diosas vivientes (y adolescentes) y prostitutas más o menos sagradas, de guindillas tiernas oreándose bajo el tibio sol de un microclima en el que las nieves eternas del Himalaya no impiden el crecimiento de los cítricos y*

de sombrías viviendas ocultas tras fachadas de color caqui, ventanucos silueteados con añil y celosías de madera bordada —que no simplemente tallada— con pulso y ornamentación corintia de encaje de bolillos extremeños.

»La segunda vez, en cambio, llegué a Kathmandú por carretera y me encontré —ya lo he contado— con una ciudad muy diferente. Los jipis habían descubierto aquel paraíso de fantásticos yogures, clima tonificante, libertad sin recortes y cannabis indica *a discreción, y se habían instalado quedamente en él con la suavidad de un molusco en su concha.*

»Bien recibidos, reconozcámoslo… Los funcionarios de la embajada yanqui —una de las pocas existentes en la ciudad— iban de guarida en guarida tratando de impedir que los avispados correveidiles locales vendiesen marihuana (o ganja*) y hachís (o* charas*) a los extranjeros, pero todas sus gestiones y presiones se iban al limbo o a la papelera por el escotillón de un* establishment *con triple túnica budista, lamaísta e hinduista que, espoleado por muchos siglos de tolerancia y respeto a la voluntad del prójimo, se negaba a utilizar raseros diferentes para medir a las personas.*

»¡0h, Kathmandú, territorio libre de Asia! Trabábamos nocturnas amistades en el Blue Tibetan, dejábamos que el amanecer nos sorprendiera y arrebujara entre conversaciones casi filosóficas y lentas volutas de humo de narguile, nos acostábamos cuando ya el sol iluminaba oblicuamente el Everest, nos levantábamos vencido el mediodía, buscábamos jovialmente un grifo en cualquier plazuela para lavar en su chorro los calzoncillos y las axilas, deambulábamos luego al tuntún por los zocos y las callejas distrayéndonos ante los escaparates llenos de cosas absurdas o sopesando con aire de expertos en la materia antiguos tankas budistas o sardónicas efigies del espeluznante santoral tibetano y, por último, nos las apañábamos para que la tarde se nos fuera en un soplo presenciando sin pestañear una cremación desde las escalinatas del templo de Pasupatinah o zambulléndonos en las tiñosas aguas de cualquier estanque sagrado para cumplir con las abluciones de ritual o apalancando las posaderas sobre el suelo de los porches del villorrio de Badghaón para contemplar distraídamente el trajín de los indígenas o deslizándonos con escalofríos en el buche del alma hacia los pintorescos cubiles sin luz eléctrica en cuyo interior urdíamos la liturgia colectiva del hachís».

(Fragmentos del *Cuaderno de apuntes tomados en los cielos e infiernos que conozco,* de Fernando Sánchez Dragó, incluidos en las memorias de Cristina. Jornada del 18 de abril de 1969).

El bautismo psicodélico de Dionisio —su primer encuentro (casi una noche de bodas) con un alucinógeno— se había producido al día siguiente de su llegada a Kathmandú en la camioneta del *sikh*.

El viajero se despidió a las seis de la mañana de la putita nepalesa de sangre aparentemente azul en el umbral del patio del burdel, acomodó sobre sus hombros las correas de la mochila, se dirigió al centro de la ciudad, se abrió paso a duras penas por entre la muchedumbre que a aquella hora

abarrotaba el mercado, devoró con apetito de adolescente una hamburguesa de búfalo y un enorme plato de yogur verdoso en un tascucio ambulante, interpeló a un grupo de chavales buscavidas sobre el precio y la ubicación de los hoteles para jipis más cercanos, se dejó conducir a uno de ellos —el Traveller's— por un espabilado golfillo que trotaba delante de él, apalabró por dos míseras rupias —alrededor de veinte pesetas— una minúscula habitación con paredes de madera y un ventano por el que se veía el Everest, abandonó sus pertenencias sobre la cama, se lavoteó como pudo —prestando especial atención a sus baqueteadas partes pudendas— en el grifo del patio del hotel, se echó nuevamente a las calles templadas ya por el calorcillo del sol de las nueve de la mañana, zascandileó a sus anchas por las vueltas y revueltas de lo que empezaba a parecerle —*la primera mirada es la única que vale*— nada menos que la ciudad más bonita de la tierra, se compró un sombrero tibetano y una bufanda de lanilla babosa en el chiringuito de un mercero, y de repente, al doblar una esquina desconchada, se topó con un callejón de mala muerte rematado por una especie de ensanche repleto de desperdicios, pajarracos y cascotes.

Y allí, sin saber por qué, se detuvo y venteó al aire como un tigre en busca de un venado. Su sexto sentido le avisaba de que había moros en la costa, de que algo estaba a punto de pasar o —mejor dicho— de *pasarle*.

Dionisio no era precisamente un cobardica, pero cierta inquietud muy parecida al miedo se le metió en el alma. No duró mucho. En seguida recurrió el viajero (y discípulo del Comerciante Sufí) a la respiración abdominal en ocho tiempos y el truco, que no fallaba, devolvió en el acto la tranquilidad a su espíritu e infundió en este los arrestos necesarios para que su titular se adentrara con firmeza en el territorio apache del callejón y desembocara ligeramente aturdido y deslumbrado en el corral o más bien pocilga que lo cerraba.

Y lo único que vio —aparte de las paredes descortezadas y enmohecidas por los achaques de la edad y las inclemencias meteorológicas— fue el portalón de acceso a un pequeño bar en cuyo dintel campeaba un mugriento rótulo de cinco letras: «Cabin».

Se trataba, evidentemente, de uno de los infinitos cubiles de jipis que desde año y medio antes salpicaban la ciudad.

Dionisio empujó la puerta y se dio de narices con una acre tufarada de denso humo. No se necesitaban muchas luces para llegar a la conclusión de que aquello, literalmente, apestaba a hachís.

El viajero, a pesar de sus andanzas cosmopolitas, de las noches de París y de su afición a lo estrambótico e hiperbólico, nunca lo había probado.

Y no por nada, sino —sencillamente— porque no se le había puesto a tiro.

En el interior del antro —a cuya tenebrosa penumbra se acostumbraron muy pronto las pupilas de Dionisio— había, como única pieza de mobiliario, una enorme mesa ovalada y rodeada por una ristra de taburetes. Y sobre ellos, con los ojos clavados en el más negro y remoto vacío, habían colocado sus huesudas posaderas diez o doce jipis macilentos y amarillentos que miraron al intruso sin despegar la boca.

Tampoco, a decir verdad, estaban en condiciones de hacerlo. Dionisio se percató inmediatamente de lo que allí se cocía, contempló con ínfulas de perro viejo la escena, siguió con la mirada el movimiento de la pipa vertical de barro —luego se enteraría de que aquello era un *chilón*— que corría pausadamente de mano en mano, y de boca en boca, y sin decir ni pío se sentó en uno de los taburetes, pidió al dueño del local una cocacola y esperó a que le tocase el turno.

Cuando le llegó este, mientras pensaba —Lunilla hasta el fin— que se había encontrado con los caballeros de la Tabla Redonda y que a lo mejor él era la reencarnación oriental del rey Arturo, se limitó a coger la pipa con el desparpajo de quien ha repetido miles de veces ese gesto, introdujo su boquilla entre el dedo del corazón y el anular, cerró el puño, tapó su resquicio inferior con la palma de la mano izquierda y aspiró con energía una bocanada de humo a través del hueco dejado por el pulgar y el índice.

Así lo hacían con sorprendente naturalidad los demacrados caballeros de la Tabla Redonda y así lo hizo quien en aquellos momentos se creía su rey.

Dionisio lo aprendía todo con facilidad. Siempre había sido un buen estudiante.

Contuvo la respiración, dejó que el humo de la hierba se incorporara a su riego sanguíneo a través de los alveolos y venillas de los pulmones, lo soltó por el doble canal de las fosas nasales, se concedió una brevísima pausa y repitió con brío la operación.

Luego pasó educadamente la pipa al jipi del taburete contiguo, dejó que transcurrieran dos o tres minutos de procesión interior, se sintió raro, pensó que estaba metido en el cuerpo de una medusa gelatinosa, se levantó tambaleándose pero sin perder la compostura, salió del lóbrego local en busca de aire fresco, lo encontró entre los escombros y detritus del patio, se sentó rodeado por ellos sobre un incómodo pedrusco y…

Abracadabra: de repente ya no estaba él, Dionisio, allí ni a su alrededor hervía un vertedero de chatarra, mondas, despojos y material de derribo, ni existía en los valles del Himalaya una ciudad hechicera que se llamaba Kathmandú, ni corría el año de 1969, ni estaba a punto de terminar la década a la que ya habían colgado algunos listillos de la prensa el sambenito de *prodigiosa*, ni muy lejos, en una pequeña capital de provincia de un país dudosamente europeo, una mujer morena al borde de su trigésimo aniversario aguardaba con los ojos tristes —mientras escribía sus memorias y daba clases de literatura en un instituto de segunda enseñanza— el problemático regreso al hogar del hombre de su vida.

No. Todo eso era solo una nube, una mentira de los sentidos, un trozo del velo de Isis, un rebaño del Quijote, un cristal de calidoscopio, un recuerdo volátil de máscaras, chiribitas, artificios y *apariencias*.

Porque, efectivamente, ya no estaba él, Dionisio, allí, en aquel estercolero, sino en un *cortile* encantado de la Florencia de los Médicis con una hermosa fuente de mármol de Carrara teñido por los chafarrinones verdes de la humedad y, en su centro, un surtidor de agua del Arno escupida por la boca de un amorcillo de Verrocchio.

Y de esa forma, y entre otros hallazgos, Dionisio volvió a descubrir —como paso a paso, y encuentro a encuentro, lo había hecho al hilo del Gran Tronco del norte de la India— que existen en este valle de lágrimas cosas, situaciones y seres teóricamente invisibles, pero agazapados, para quien pueda y quiera *percibirlos*, detrás de los borregos de los rebaños y de las aspas de los molinos.

El aprendiz de brujo permaneció allí y así —inmóvil, absorto, demudado, ajeno a la realidad palpable e inmediata— hasta que el sol empezó a ponerse por algún confuso punto del horizonte y bruscamente cayó el frío.

¿Fueron —minuto arriba, minuto abajo— seis horas de trance según las manecillas del reloj?

Sí, lo fueron, y así lo reconocería siempre Dionisio al evocar en público las quisicosas y entresijos de su primera incursión en el extraño mundo de las drogas y *tripis* alucinógenos.

Pero el viajero sabía que en realidad —o, mejor dicho, en *transrealidad*— había permanecido en éxtasis, acunado por el silencio y la soledad sonora de aquel *cortile* renacentista de la Florencia de los Médicis, por lo menos un siglo largo de antitiempo cósmico.

A pesar de lo cual, y de la borrachera de trascendencia y misticismo que le empapaba y le zurraba el alma, atinó a levantarse del pedrusco, a dar con la

boca de salida del callejón, a caer en la cuenta de que estaba en Kathmandú y de que corría el mes de abril del año de 1969, a recordar a Cristina sintiendo ganas de verla para contarle lo sucedido y a encontrar entre dos luces el camino de regreso hasta su habitación con paredes de madera y vistas al Himalaya en el Traveller's Hotel.

Y, una vez allí, se desnudó a tientas, refrescó el gaznate con un sorbo de cocacola tibia, se desplomó sesgadamente sobre la cama y se quedó dormido en el acto.

¿Dormido? Solo hasta cierto punto, porque aquella noche visitaron al viajero todas las deidades de las tres religiones nepalesas.

O, por lo menos, así interpretó su atribulado espíritu el dantesco zafarrancho de combate que hasta el amanecer invadió y animó sus sueños.

Al día siguiente, sin embargo, el guardián de un templo *bon* [Religión animista del Tibet anterior al budismo. (*N. del e.*)] perdido entre los desfiladeros de las montañas le bajaría las ilusiones y la fiebre explicándole que *en realidad* —fue esa la expresión que utilizó— no le habían visitado los dioses, sino los cuerpos sutiles y las proyecciones astrales de los bonzos y lamas todavía no reencarnados que vagaban por el éter de aquellos valles y tenían la cortés costumbre de allanar por las noches las moradas de los sueños de los huéspedes distinguidos, y recién llegados al país, para darles la bienvenida.

Dionisio aceptó de dientes afuera la explicación del vigilante, pero en su fuero interno masculló un *eppur si muove* y siguió convencido de que, si no todos, bastantes de los miles de dioses de la cosmogonía y mitología nepalesas habían celebrado un singular y vistoso cónclave alrededor de su cama.

El primero en llegar fue, naturalmente, Shiva.

Shiva el Bailarín, Shiva el Funámbulo, Shiva el Revoltoso y Todopoderoso, Shiva el de las Mil Mujeres.

Y Dionisio, sin despertarse, se arrodilló ante él, lo adoró y pensó o soñó: *¿Estás aquí? ¿De verdad eres Tú, Shiva, mi dios favorito, mi jefe, mi maestro, mi pauta, mi paño de la Verónica, mi acreedor, mi Excalibur, mi Jesús del Gran Poder? ¿Cómo ser digno de ti, cómo imitarte, cómo lograr que anides en mi pecho, cómo fundirme contigo, cómo seguir tus enseñanzas, tus pasos y tu ejemplo? Eres simultáneamente Creador y Destructor, principio y fin de cuanto existe, cuna y fosa de lo que no existe. ¡Oh, duende fugitivo, Pimpinela Escarlata de mis soledades y mis insomnios que aquí apareces y allí desapareces revelándote o escondiéndote a tu antojo bajo la apariencia tangible o la antimateria visible de tus infinitos y contradictorios avatares!*

Eres Bhairav el Cruel, y Buteshvara el Látigo de los Demonios, y Rudra el Cadáver, y Mahadeva el Dadivoso, e Ishwara el Opulento, y Pashupati el Domador de las Bestias, y eres —sobre todo aquí, en el Territorio de los Valles Sagrados que ahora me acoge, y en toda la luminosa y tenebrosa geografía del hinduismo— el dios Príapo, el Gran Señor del Falo, el Supremo Hacedor y Responsable de los cientos de miles de «tingas» que desenfundan su hercúleo y adamantino bálano de roca viva en cientos de miles de santuarios, de ermitas, de plazas, de soportales, de puertas, de surcos, de lagunas, de hornacinas, de cementerios, de edificios públicos y privados, de humildes mesillas de noche, de ostentosos y palatinos tálamos, de fétidos catres de lupanar barato y también, pues a tanto llega tu misericordia y tu capacidad de comprensión, de entrepiernas musculosas y peludas, pero exangües, flojas de remos y desprovistas de virilidad.

Así oró Dionisio en presencia del más dionisíaco de los dioses y Shiva premió su devoción, su pasión y su exageración enviándole, como segunda visita de aquella noche macbethiana, nada menos que a la *Kumari Bahal*, enésima reencarnación de la Virgen Kanya —que es a su vez una de las sesenta y dos manifestaciones de Parvati, la esposa de Shiva— y núbil deidad viviente que deja de serlo cuando la alcanza el don o la maldición de la pubertad.

Y es entonces, solo entonces, cuando los hierofantes, los videntes, los exorcistas y los astrólogos abandonan sus morabitos, sus talleres y sus torres de marfil, y se echan a los caminos, y van de pueblo en pueblo, de calle en calle y de casa en casa con sus linternas de Diógenes hasta que por fin localizan a la nueva *Kumari* —en la que confluyen treinta y dos sutiles requisitos, sin contar el de la perfección física— entre las muchachitas impúberes del clan de los Sakya, especializado desde la noche de los tiempos en el oficio y ejercicio de la orfebrería.

Y tallado en oro puro por Benvenuto Cellini —o, quizá, en *oricalco*, como las perdidas joyas de la Atlántida— se diría que está, en efecto, el rostro de la joven diosa tal y como a veces se muestra a las voraces miradas de los curiosos que llegan, guiados por el golfillo de turno, hasta el humilde patio del *kumari chowk* o gineceo de la deidad plantado en la yema del zoco de Kathmandú, y allí entregan pomposamente una rupia a su desharrapado introductor de embajadores para que parlamente con la Macarena nepalí y acceda esta a entreabrir la celosía de la ventana de su escondrijo y a asomarse por ella, desvelando así el misterio y la impenetrabilidad de su presencia, y de

su esencia, durante la milésima parte de la centésima parte de una décima de segundo.

¿Tan solo? Sí, tan solo, pero en Oriente no existe el tiempo.

Dionisio había atisbado ya las celestiales facciones de la diosa aquella misma mañana, poco antes del estoconazo del mediodía y del encontronazo en el *Cabin* con el humo eucarístico del grial de barro de los caballeros de la Tabla Redonda, y de ahí que la reconociera en el mismo instante en que —invocada, aleccionada y manejada por Shiva, su esposo y señor— apareció como una *primavera* de Botticelli o una *anunciación* de Fra Angélico junto a su cama y, después de desnudarse sin despegar la boca, se introdujo a duras penas en el ceñido hueco de su saco de dormir.

Y Dionisio, que era un buen entendedor de esos que no necesitan ni tan siquiera medias palabras, no mordió el anzuelo ni cayó en la ratonera, no repitió mecánicamente lo que había hecho al manifestársele Shiva, no se arrodilló ante la recién llegada ni la adoró, ni juntó las palmas y los dedos de las manos a la altura del entrecejo mientras inclinaba la cabeza, ni se dedicó a musitar letanías, salmodias y oraciones. No. No era eso —saltaba a la vista y a los demás sentidos— lo que la voluntad de los pobladores del Reino de los Cielos le pedía. No iban por ahí los tiros, pero cuidado: tampoco deseaban —y Dionisio lo sabía, lo sentía, lo intuía— que su cuerpo y el de la *Kumari* jugasen al amor en el sentido sexual y convencional de la palabra.

Lo que los dioses y el resto de los habitantes del más allá querían, lo que todo el macrocosmos ordenaba por unanimidad, lo que Shiva, y Bhairav, y Buteshvara, y Rudra, y Mahadeva, e Ishwara, y Pashupati, y los cien mil avatares de la segunda persona de la Santísima Trinidad del hinduismo imperativamente pretendían era que aquel huésped extranjero y *distinguido* (¿por qué, por quién?) practicase con la delicada, afiligranada e inmaculada *madonna* de Kathmandú —Dios te salve, *Kumari*, llena eres de gracia— el vértigo místico y la mística locura de la cópula tántrica, que no es (como muchos occidentales creen en su infinita depravación y presuntuoso despiste) suplicio de Tántalo, sino venturanza y complacencia casi absolutas, a pesar de que el rito obliga al Esposo y a la Esposa —noche tras noche, año tras año, lustro tras lustro— a yacer juntos y desvestidos amándose intensamente, sí, pero sin esperar nada a cambio ni permitir que el roce inevitable de los cuerpos y su no menos inevitable y recíproca atención desemboque en caricias, en retozos, en besos y efusiones, en lujuria y morbo, en penetración y fecundación.

Lo mismo, aproximadamente, mandaban los cánones de la poesía trovadoresca, y el código de amor del *dolce stil nuovo*, y las leyes de la andante caballería, y el tobogán de las bodas del Cielo y el Infierno, y fue seguramente por esas referencias culturales —genio y literatura hasta la sepultura— por lo que a Dionisio no le pilló de nuevas la despótica pretensión de los dioses nepaleses ni la desairada y difícil situación en la que estos le habían colocado.

Y cumplió, vaya si cumplió, que no era el viajero (y fugitivo de todo) hombre que se arredrara con facilidad ante los despropósitos o las circunstancias desprovistas de precedentes ni que escurriese el bulto o volviese la cara ante una mujer en el tálamo ni en ninguna otra parte. Se amaron, pues, sin cohabitar, sin que los sentidos ni las pasiones sirvieran de coartada las unas y de cauce los otros al flujo de ese amor, y la *Kumari* —entre silencio y silencio, entre vacío y vacío, entre arrobo y arrobo, entre cabezada y cabezada— materializó y escenificó por arte de birlibirloque ante las dilatadas pupilas y los espantados ojos de Dionisio todos y cada uno de los detalles de la ceremonia iniciática a la que tuvo que someterse en el atrio del minúsculo templo destinado a servirle de morada después de haber salido airosa de las treinta y dos pruebas anteriores y, por así decir, de ordinaria administración.

Y de este modo vio Dionisio, como en su momento los había visto la *Kumari*, horripilantes monstruos, carátulas terribles festoneadas de calaveras, hombres disfrazados de demonios, demonios disfrazados de hombres, belicosos arcángeles, diabólicas sacerdotisas ataviadas con túnicas de fuego, cegadoras explosiones, entrechocar de armas desconocidas, estruendosos carros de combate y, distribuidos por doquier, a la buena de Satán, sanguinolentos cráneos de búfalos, pestilentes tinajas repletas de visceras palpitantes y corrompidos cadáveres de alimañas sin los ojos en sus órbitas.

Dionisio sufría, jadeaba, procuraba respirar abdominalmente en ocho tiempos y en defensa propia, sudaba sangre como un hijo de Dios crucificado y pedía, silenciosamente, inmediata piedad a la *Kumari*.

Esta, cerúlea, observaba con un crispado rictus de ferocidad a su compañero de cama y de aquelarre hasta que de repente, sin aviso, volvió el color y el candor a su rostro, se dulcificaron sus purísimas facciones, dio a entender con los ojos que la representación había terminado, chasqueó los dedos, ahuyentó con ese gesto de chulapa a los fantoches del Maligno y tras la tempestad vino la calma.

Entonces dijo:

—Extranjero, olvida cuanto acabas de ver, porque no existe. Es solo el fruto de tu miedo, la evanescente proyección de tus terrores, la sombra de la sombra de tu angustia.

Y Dionisio no pudo evitar el recuerdo de tres líneas del poema dedicado por Kavafis a *Ítaca* y lo silabeó con alivio y en sordina:

—*A Lestrigones ni a Cíclopes / ni al airado Poseidón / hallarás nunca / si no los llevas dentro de tu pecho, / si no es tu alma quien ante ti los pone*.

—¿Has dicho algo? —preguntó la *Kumari*.

—No —contestó Dionisio—. Habrá sido el viento.

La doncella siguió:

—Ahora, tranquilizado ya tu espíritu y templado su acero por las imágenes que acabas de contemplar, me gustaría contarte lo mismo que me contó el sumo sacerdote del templo de Pasupatinah al desvanecerse las visiones de la ceremonia de mi iniciación.

—¿Solo vas a *contármelo*?

La *Kumari*, sorprendida, se rio y dijo:

—¿Quieres que, además, lo represente ante tus ojos? ¿No te conformas con lo que has visto? Eres muy fuerte, extranjero. Que los dioses de tu patria te ayuden a conservar la entereza de tu ánimo.

—No sé si soy fuerte, *Kumari*, pero me gusta llegar hasta el fondo de todo lo que empiezo.

—¿Aunque sea a través de los sentidos? Poco sabes, si no sabes que estos mienten.

—La mentira es una de las mil caras de la verdad.

—Mentira.

—Verdad.

Los dos —el chico y la chica, el buscador de tesoros y la monja de clausura que ya los había encontrado— rompieron a reír.

Rompieron, sí, entre lágrimas y a mandíbula batiente.

Luego, cuando de las carcajadas solo quedó una sonrisa, la *Kumari* dijo:

—De acuerdo. Pediré a Shiva que escenifique para ti lo que voy a contarte. Yo no tengo esos poderes.

Soy solo una diosa menor y mi tiempo, además, está contado. Pronto descenderá la sangre a mi *yoni* [Órgano sexual femenino. (*N. del e.*)] y me convertiré en una mujer como las demás.

—¿En un ama de casa?

—Sí, supongo que sí… Pero no nos distraigamos. Dentro de un par de horas amanecerá, veremos el Everest por ese ventano y yo desapareceré de tu

presencia.

¿Cómo sabía que la única abertura de la habitación daba a la Gran Cordillera y enmarcaba, precisamente, el más agudo y alto de sus picos?

Dionisio se encogió de hombros después de formularse la pregunta, pero no tardó en conocer la respuesta.

La *Kumari* estaba diciendo:

—De todas formas no te preocupes, extranjero. Lo que ahora vas a escuchar…

—Y a ver. ¿O no?

—Y a ver, siempre y cuando Shiva dé su consentimiento.

—Lo dará.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque *yo* soy Shiva, *Kumari*, del mismo modo que *tú* también lo eres.

—Tienes razón, extranjero. ¿Dónde has aprendido esas cosas? Aquí solo las conocen los lamas, los bonzos y los brahmines. ¿Hay brahmines en tu país?

—Los hay en el camino que recorro.

—Ojalá encuentres a lo largo de él felicidad, fortuna y sabiduría.

—*Kumari…*

—Sí.

—¿Qué ibas a contarme?

—El nacimiento de Nepal. Escucha y mira.

Dionisio cerró los ojos y colocó las manos sobre sus orejas. También *sabía* eso. Sabía que para *ver* no hay que mirar y para *oír* no hay que escuchar. Los sentidos distraen, en el mejor de los casos, y —en el peor— equivocan.

Al pensarlo, sonrió… Se lo había explicado precisamente un brahmín, varias semanas atrás, mientras tomaban frente al crepúsculo una taza de té hervido en leche con aroma de clavo y cardamomo en el porche de un *bungalow* de la austera Guest House de los desfiladeros de Ajanta y Ellora.

La voz de la *Kumari* se alejaba y enfoscaba a medida que su relato se iba haciendo cada vez más nítido, cercano y convincente. Formas, colores, perfiles y bultos aparecían poco a poco en la cara interna de los párpados de Dionisio.

—Todo nace del agua —dijo la diosa— y también Nepal surgió de un lago tan azul y luminoso como el cielo que está por encima del cielo. Su linfa colmaba el valle de Kathmandú en la aurora de los tiempos y sobre su superficie, antes de que Brahma inspirase los *Vedas*, flotaba una extraña flor

de loto con un halo de luz opalescente que ponía los pelos de punta, la piel al rojo y el corazón en vilo a quienes se atrevían a ensimismarse y a hundirse en su contemplación. Fue allí y entonces, según las sagradas escrituras de quienes siguen el camino señalado por un príncipe de estas tierras que se llamaba Sakyamuni, cuando se produjo la primera manifestación tangible y visible del *swayambhu* o buda primordial.

Dionisio veía el lago, el séptimo cielo, la flor de loto y su luz azulenca. Se tocó el pelo, y lo tenía de punta. Rozó con el dorso de la mano su piel, y ardía. Escuchó su corazón, y galopaba.

La *Kumari* seguía con su historia:

—Tan hermoso era el lago, tan cautivador su entorno y tan pujante y deslumbradora la llama que —inextinguible— se retorcía y tremolaba en su centro, que no tardó en acudir a su reclamo, cobijándose en las cuevas de los alrededores, una festiva, gesticulante y pintoresca muchedumbre de individuos con vocación de frailes, de ascetas, de místicos, de yoguines, de penitentes, de brujos, de pitonisas, de hetairas y mozas del partido y, naturalmente, de chulos, bribones, pillos y golfantes, que siempre la santidad y el trajín litúrgico han hecho buenas migas con las juntas de pícaros y la gramática parda. Y venían casi todos aquellos peregrinos con ofrendas de este mundo engañoso que nos rodea, tales como escudillas de arroz, cazuelas de yogur, cacharros de cobre, pétalos de orquídea, monedas de otros siglos y de otros valles, instrumentos de música, tableros de ajedrez, joyas, talismanes, pergaminos, calendarios, estatuillas y muñecos concebidos para ejercer las artes de la magia blanca, botellas de licores tornasolados, documentos escritos en hojas de palma y, sobre todo, polveras destinadas a amasar y contener la pasta de púrpura que simboliza y denota la presencia de la divinidad en la anatomía de las imágenes sagradas, en los altares, en los porches de los templos y en las personas. Otros peregrinos, en cambio, llegaban con las manos y las faltriqueras vacías por culpa de la inopia, que siempre ha sido moneda de curso legal en estos valles, o —simplemente— porque preferían rendir homenaje a sus dioses sacrificando entre los juncos y sobre la arena de las orillas del lago, o incluso dentro de sus aguas, pollos, palomas y búfalos en pos de un doble fin: el de recabar, por una parte, el visto bueno de los Inmortales en vísperas de un funeral, de una boda, de la firma de un acuerdo mercantil o de la colocación de la primera piedra de un edificio, y el de apañárselas —por otra— para romper el hilo de las cadenas y condenas kármicas del animal sacrificado, brindándole así la oportunidad de renacer o de volver a renacer en el cuerpo de un ser humano. Y fue allí, extranjero que

has venido para turbarme, donde por decisión divina brotaron una mañana miles de *stupas…*

Y, efectivamente, miles de *stupas* o de templetes cónicos con hechuras de campana hincados como una joroba en sólidos pedestales de piedra o de manipostería brotaron también en el calidoscopio de la cara interna de los párpados de Dionisio, que no pudo reprimir un pestañeo de sobresalto, y era este natural, más que natural, incluso un poco sobrenatural, habida cuenta de que cuatro pares de ojos indeleblemente pintados en el fuste cúbico de esos menhires budistas escrutan de día y de noche el mundo en todas las direcciones de la rosa de los vientos, y de que, en consecuencia, el viajero sentía como si sus propios ojos se hubieran multiplicado por dentro como una ameba, como una célula, como una metástasis cuyos tentáculos capaces de *ver*, aunque no de *mirar*, se extendieran hasta el occipucio y hasta las dos mejillas. Y eso le inquietaba y le aturdía.

—… y entre esos *stupas*, como una bandera de espiritualidad plantada en su centro, brotó también el de Swayambhunath, adornado (tal y como mandan las normas de la arquitectura sagrada en el tantrismo lamaísta) por trece espirales ascendentes, pues trece son también los escalones del conocimiento en el budismo, y rematado en su copa por una especie de sombrilla con faldellín, símbolo de la frescura y de la anchura del nirvana.

Y ya Dionisio se desperezaba y estiraba sus músculos con inacabable holgura en el regazo de tan portentoso lugar, mientras su laringe, su tráquea y sus pulmones aprovechaban la ocasión para dilatarse y embriagarse —inspirando y espirando abdominalmente en ocho tiempos— con la fragancia del aire inmóvil que allí reinaba, y ya la *Kumari*, sin rozar a Dionisio ni siquiera con el soplo de su divina respiración, se deslizaba hacia el punto final de la epopeya.

Dijo:

—Y ahora, extranjero, olvídate del lago, de la flor de loto, de las muchedumbres, de las ofrendas, de los sacrificios y de los *stupas*, y clava con energía tu tercer ojo en la Gran Cordillera que nos separa del Tibet, porque allí, en el borde superior de su alta dentadura (y recuerda, forastero, que todos los picachos de la cresta del Himalaya tienen forma de colmillo), fueron instalándose los dioses, cada uno en su respectiva cumbre, y siguen en ellas, y desde ellas nos vigilan y protegen, y hacia ellas nos llaman con gesto simultáneamente grave, firme y cordial, cuando nos llega el momento de la muerte para que el espíritu se desprenda sin demora de sus ataduras

corporales y de un salto, como una exhalación, suba desde la cima de este valle de lágrimas hasta el último peldaño del definitivo conocimiento.

La voz de la *Kumari* se había ido adelgazando, adelgazando, adelgazando, hasta quedar convertida en un susurro, en un hilo de plata, en una profecía del silencio.

Dionisio, mientras tanto, revoloteaba y planeaba por entre los cabezos y copetes de la Gran Cordillera.

—Y el primero en llegar —decía, ya casi inaudible, la voz de la *Kumari*— fue Chomolugna, que inmediatamente se percató de que todos los colmillos de la Celestial Dentadura estaban a su disposición y en el acto, como no tenía un pelo de tonto, decidió instalarse en la cúspide del monte Sagamartha, que en nepalés significa Ceja de los Océanos y al que los hombres de tu raza, extranjero, suelen llamar Everest.

Dionisio columbró en la cara interna de sus párpados, tal y como lo había visto dieciocho horas antes entre los tankas y grabados expuestos en la vitrina de un anticuario del zoco, al mismísimo dios Chomolugna cabalgando y guiando un león de crin y piel blancas por el caprichoso laberinto que forman las crestas, los ventisqueros, las nubes y los arreboles del Himalaya.

—Después vinieron Shiva y su consorte Parvati, a la que no tengo por rival, sino por amiga —añadió la *Kumari*—, y eligieron como morada, y como tálamo, y como escenario de sus trapisondas, y como cuerda floja para sus funambulismos, la cumbre del Gauri-Shankar…

El extranjero, metido hasta la cintura en el saco de dormir y recostado sobre la pared de madera sin desbastar, bostezaba.

—… mientras en el Ganesh-Himal (ya lo dice su nombre) se instaló el hijo de Parvati y de Shiva, cuya curiosa efigie con cuerpo de varón y cabeza de elefante habrás visto seguramente en muchos templos.

Dionisio —que ya no estaba hipócritamente recostado, sino abiertamente acostado— dio un respingo y bisbiseó:

—¿Por qué?

—¿Por qué? —repitió, lejanísima, la *Kumari*—. No entiendo tu pregunta, extranjero. Acláramela.

—¿Por qué Ganesh tenía…?

—Tiene —corrigió la diosa.

—¿… cuerpo de varón y cabeza de elefante?

Las dos últimas sílabas de la pregunta de Dionisio se prolongaron desmesuradamente, como si por su boca hablara un magnetófono con las pilas a punto de agotarse.

—¡Pero qué cotillas sois los de tu raza! —exclamó la *Kumari*.

Y luego, riéndose, añadió:

—Líos de faldas, extranjero, o (en este caso) más bien de pantalones… Shiva y su esposa siempre andan a la greña por culpa de los celos y de sus infidelidades. Mi dueño y señor llegó un mal día a casa con el ánimo torcido, vio a Ganesh en la penumbra, lo tomó por un amante de su madre, sacó la espada y de un solo tajo le rebanó la cabeza.

Dionisio tenía la suya escondida en el saco y roncaba suavemente o, mejor, resoplaba con tibieza como una cría de elefante en su lecho de hojarasca.

Cayó el silencio. Un silencio habitado por mil sonidos.

Crujía la madera de las paredes de la habitación. Volaban pájaros fuera de ella. Algún que otro transeúnte madrugador pisaba la gravilla del camino.

O quizá eran las primeras vacas del amanecer.

Dionisio abrió un ojo, encendió el mechero y echó un vistazo al reloj: las seis menos veinte de la mañana.

Tanteó el terreno. No había nadie dentro del saco de dormir ni fuera de él. La *Kumari* había desaparecido.

Miró entonces hacia el ventano —por el que ya clareaba el día— y vio, impecablemente enmarcada, la límpida silueta del Everest. Un halo de luz opalescente lo envolvía.

Dionisio se estremeció, volvió la espalda a la pared, cerró los ojos, regresó al mundo de los sueños, recuperó en su ámbito la cordura, y no hubo nada.

Jornadas de fuerza, de juventud, de ímpetu creador y de alegría. Mañanas, tardes y noches de maravillosos y maravillados descubrimientos. Inventiva. Silvestres y primaverales merodeos de Mowgli por el corazón de las montañas. Nuevas lecturas y amistades nuevas. Jipis y montañistas. *Mens sana in corpore sano*. Devoción y liturgia. Rendiciones de espíritu. Espadas como labios para rasgar el velo de Isis. Sombra del paraíso. Desigual, quijotesca y esperanzada lucha con las rutinas, con los molinos, con los seres, objetos y datos de la realidad inmediata. *Dolorido sentir* ante las oleadas del recuerdo de Cristina.

Era inevitable. Siempre, y no porque su voluntad lo buscara y deseara, había sucedido así. Dionisio se convirtió desde el primer momento en ojo del huracán y en cabecilla del *grupo latino* de Kathmandú, que no era en modo alguno —como ese campechano nombre pudiese dar a entender— un conjunto roquero del *flower's people* ni un brazo perdido de la guerrilla del Che Guevara, sino tan solo la juvenil y alborotadora caterva de rebeldes sin

causa formada por diez o doce italianos (e italianas) de origen o de elección que habían llegado a la ciudad en los días, semanas o meses anteriores, cada uno por su lado y a su aire, pero envueltos y atraídos todos por el irresistible magnetismo geológico —casi telúrico— del enclave y por la bien ganada aureola de capital del mundo libre, libertino y libertario que en aquellos momentos de movilización y zafarrancho general lo rodeaba.

Dionisio no intimó —como Cristina hubiera temido y pensado— con ninguna de las muchachas, aunque las había de buen ver y de mejor palpar, pero entabló relaciones de estrechísima amistad con dos de los miembros masculinos del grupo saltando limpiamente por encima de los doce años de edad que le separaban de ellos.

El viaje —solía decir Dionisio cuando le daba por filosofar— *es solo el arte del encuentro y, en última instancia, del encuentro con uno mismo*.

Y era sorprendente —y también vivificante— comprobar hasta qué punto escaseaban entre los seres humanos los auténticos viajeros, los viajeros puros y duros como el Caminador Manchego y el Troglodita de Luarca. Dionisio, tan exagerado como de costumbre, sostenía que no llegaban a mil en toda la superficie de la tierra.

Y también sorprendía —y reconfortaba— el elevadísimo índice de fidelidad a la propia y rotunda vocación de perpetuo nomadismo reinante entre quienes habían hecho del camino no solo una forma de vivir y de alcanzar aquí abajo la felicidad y la libertad, sino también una herramienta de perfeccionamiento para acercarse a la muerte con los ojos limpios, el corazón en paz y la frente levantada.

Esas personas —las gentes del camino— moraban permanentemente en él y era, a decir poco, *fantástico* (así lo definía Dionisio) conocer a una de ellas en cualquier sitio más o menos inaccesible y disparatado, compartir en él penas y alegrías, divertirse o aburrirse juntos y separarse un buen día, yéndose el uno hacia el norte y el otro hacia el sur, pero aliviados ambos en el desasosiego de ese adiós por la certidumbre de que más pronto o más tarde, fatalmente, empujados hacia esa cita secreta por la lógica interior de su inquebrantable nomadismo y por la inercia exterior de las antiguas leyes y del no menos antiguo código de conducta vigentes en el camino y entre los trotamundos, volverían a encontrarse en otro punto del globo más o menos inaccesible y disparatado —a un tiro de piedra o a veinte mil kilómetros de distancia— para reanudar allí la amistad, y divertirse o aburrirse juntos, y compartir penas y alegrías, y —de nuevo— volver a separarse para volver a

encontrarse después de quince días o de quince años al doblar una esquina situada a un tiro de piedra o a veinte mil kilómetros de jubilosa distancia.

Jubilosa, sí, porque para Dionisio —y también para Fernando, su mejor amigo, que en esta ocasión se había quedado en España, pero que siempre hacía las cosas y llegaba a los sitios inaccesibles y disparatados (como Kathmandú) un poco antes que él— el viaje, tal y como ambos lo definían y practicaban, era precisamente *la distancia más larga entre dos puntos*.

O también, diciéndolo de forma más castiza y con palabras que esta vez eran solo de Dionisio, *carretera, manta, un ejemplar del* Quijote, *y amén*.

> *Recupero el hilo, Cristina, y vuelvo de paso al poema de Kavafis: no se ganó Zamora en una hora… En mi «cuaderno de apuntes tomados en los cielos e infiernos que conozco» sostengo la teoría de que «el mejor camino para ir a la catedral de Compostela es el que pasa por el cabo de Hornos, el cabo Comorín y el cabo de las Tormentas. Lo contrario no es viajar ni —menos aún— peregrinar, sino desplazarse: tarea, al fin y al cabo, digna de funcionarios, carteros, transportistas y oficinistas, pero en la que jamás se hubieran embarcado Eneas, Ulises, Marco Polo o Phileas Fogg. Y en eso, como en todo, lo difícil es empezar. Traspasas el portalón del laberinto, oyes el chasquido de la cerradura a tus espaldas y ya todo consiste en resbalar, en permitir que los vientos te lleven, en dar bandazos, en olvidar a Ítaca y a Penélope, en hacer lo que vieres, en detenerse —como aconseja Kavafis— en los emporios de Fenicia y visitar las ciudades de Egipto, y también (esto lo añado yo) en hacer al trote amigos de los que por fuerza te separas, pero a los que nunca pierdes. Los italianos tienen un hermoso proverbio para decir lo mismo:* paese che vai, gente che trovi… [En todos los sitios te encontrarás con gente. (N. del e.)]. *Pero para eso, para hacer amigos y anudar amores, conviene recordar la más honda lección de cuantas lecciones (y son muchas) se nos brindan en las páginas del romancero:* yo no digo mi cantar / sino a quien conmigo va. *Y ojo, que el marinero no alude en ese romance a quien* conmigo está, *como lo hubiera hecho Cristo, sino a* quien conmigo va, *introduciendo así un explícito factor itinerante entre las condiciones de la amistad, de la lealtad y de la complicidad».*
>
> *(*Fragmento de la carta enviada por Fernando a Cristina el 15 de mayo de 1969 e incluida por esta en sus memorias con fecha de dos días más tarde*).*

Los dos miembros del *grupo latino* se llamaban, respectivamente, Alberto y Roberto.

—Tenéis nombre de conjunto musical cursi o de parejita de héroes de una serie de dibujos animados producida en Hollywood y doblada por actores portorriqueños —les dijo Dionisio, burlón, cuando se los presentaron.

Alberto era milanés, de buena familia, había cumplido ya los veinte años, iba a misa los domingos, quería matricularse en arquitectura al empezar el siguiente curso y —con la venia y la generosa ayuda en metálico de sus progenitores— se había permitido el lujo de tomarse unas vacaciones

sabáticas de seis meses antes de sentar la cabeza y de convertirse en todo un juicioso y circunspecto alumno universitario.

Pero los papás proponen y el viento dispone. Aquel *buen Juanita*, aquel delicado y ligeramente mustio retoño de la alta burguesía milanesa, ya no era ni de lejos —cuando Dionisio trabó amistad con él en Kathmandú— el insulso, sumiso y adocenado personaje al que los señores de Bandelli, pues tal era su apellido, habían visto salir de la casona palaciega y familiar a bordo de un Volkswagen modelo *escarabajo* en cuyo cuentakilómetros se leía a la sazón un exiguo número de tres modestas cifras.

Eso había sucedido a la del alba de un lluvioso día del mes de marzo.

Alberto y sus padres se habían puesto previamente de acuerdo en lo tocante a dos puntos conflictivos: la duración de la escapada y el radio de acción de la misma.

En ningún caso y bajo ninguna excusa —convinieron— se prolongaría el viaje más allá del hito cronológico del uno de septiembre ni se extendería más allá del hito geográfico del Cuerno de Oro.

—Aventurillas europeas, sí —comentaba Dionisio con inequívoca sorna de excombatiente del mayo francés—, pero asiáticas… ¡Ah, no! Hasta ahí podíamos llegar. En Asia nadie come ni bebe ni duerme y además, para colmo, cuelgan a todos los extranjeros por los pies sobre una fosa llena de reptiles, los obligan a blasfemar en sánscrito día y noche, y los sodomizan en público con hierros candentes y empapados en virus de leproso radiactivo.

Lo cierto es que el benjamín de los Bandelli, por razones de Perogrullo y Baedeker que sería inútil mencionar aquí, se había saltado a la torera al menos una de las capitulaciones pactadas con sus padres y había decidido cruzar en un transbordador el Cuerno de Oro —en compañía, por cierto, de un mozalbete argentino que quince días antes se le había arrimado en la frontera búlgara de Turquía— para explorar no solo la parte asiática de la ciudad de Estambul, sino todo el país y lo que después de recorrerlo pudieran depararles el destino, el camino, la casualidad y la necesidad.

Y así, de tumbo en tumbo y de lance en lance, habían llegado prácticamente sin un duro en el bolsillo —el señor Bandelli, como es natural, cerró a las primeras de cambio la espita de las transferencias bancarias y de los giros telegráficos destinados a financiar la aventura— a la tierra libre de Kathmandú, donde conocieron a Dionisio.

Sin un duro, efectivamente, pero con algo que allí, y entonces, valía mucho más que el dinero: tenían el Volkswagen.

Y el Volkswagen, a pesar de la distancia recorrida y de la penosa e indescriptible situación de las carreteras asiáticas, aún no había dejado de funcionar.

El argentino —cuyo nombre era, como cabe suponer, Roberto— aún no había cumplido los veinte años, vivía desde su infancia en Turín, no iba a misa los domingos ni nunca, quería estudiar nihilismo en cualquier centro docente donde se impartiera esa asignatura, y se había lanzado al caudaloso cauce de nomadismo abierto por los jipis en busca de las fuentes del Ganges y del elixir de la eterna libertad con veinte tristes dólares escondidos en el cinturón —y con lo puesto, estrictamente con lo puesto, que no era mucho— después de haberse peleado a muerte con su madre, que quería ponerle e imponerle a viva fuerza un traje azul marino de chaqueta cruzada, y más aún con su padre, que quería verle convertido —a su propia imagen y semejanza — en un monótono y mecánico ingeniero industrial sucesiva y progresivamente cargado de hijos, de nietos, de bisnietos, de corbatas, de responsabilidades y de obligaciones.

Alberto era alto, delgado, moreno y entusiasta.

Roberto coincidía con su protector y copiloto en lo relativo a la delgadez y a la altura, pero era rubio, desdeñoso e indolente.

Y quizá por eso, o por lo que fuera, se llevaban como el perro y el gato.

Dionisio se hizo amigo de los dos bajo la bandera de la neutralidad, puso orden entre ellos, los convenció de que el viaje era —y no solo en teoría— el arte del encuentro además de la distancia más larga entre dos puntos, les demostró que lo de ir o no ir a misa era una decisión de carácter personal y no una tentativa de agredir al prójimo, les enseñó a visitar de vez en cuando —solo de vez en cuando y sin olvidarse nunca de tomar las debidas precauciones— el palacio renacentista y florentino de los caballeros de la Tabla Redonda y por último, tras no pocos forcejeos y restregones de tira y afloja, y recurriendo sin rebozo a todos los trucos y fuegos artificiales de su habilidad diplomática, consiguió que le hicieran un encajonado y cordial hueco en el interior del Volkswagen —cargado ya hasta los topes de abalorios, perejiles y fruslerías orientales— para alejarse momentáneamente de la única ciudad del diablo mundo que dispensaba a manos llenas todo lo que Dionisio había encontrado en Kathmandú.

Momentáneamente… ¿Quién, en efecto, podía estar tan loco como para no tener la intención de regresar más tarde o más temprano al paraíso?

Y no era fácil, no.

No era fácil salir de Kathmandú como se abandona a una mujer amada.

Pero permanecer allí equivalía a caer entre las garras de un vicio, de una adicción, de una tentación y de una rutina.

Y Dionisio, después de treinta y dos años de vida exagerada y de cinco meses de viaje a pecho descubierto, sabía ya de sobra que detenerse equivale a perecer.

A perecer, al menos, en lo tocante a la circulación de la savia del espíritu.

Volvería, sí, volvería… Pero lo mejor, entretanto, era poner tierra por medio, regresar al camino y no interrumpir su fuga hacia delante en busca del vellocino de oro que espera siempre la llegada de un hombre de valor dispuesto a mirar por el ojo de la cerradura del horizonte y a forzar, si fuese necesario, la puerta de este.

No había, pues, elección posible. Dionisio cerró los ojos, apretó los puños, respiró abdominalmente en ocho tiempos y se puso en marcha.

—¿No podrías dejarte de chorradas y decirnos de una puñetera vez en qué carajo consiste *todo eso que únicamente se puede encontrar en Kathmandú*?

Roberto, que se había acostumbrado a apuntalar su lenguaje con expresiones de carretero (o de futuro universitario nihilista y progresista) solo para incordiar y hostigar a los autores de sus días, estaba ligeramente exasperado por los titubeos, la *empanada mental* —así la llamaba con cierto encono— y las filosofías de Dionisio.

Este, noche tras noche, se las arreglaba para convencer a los expedicionarios de que lo mejor era postergar la salida veinticuatro horas. Siempre encontraba, y aducía, algún sólido motivo para ello.

Los tres tripulantes del Volkswagen estaban en aquel peliagudo momento tomándose un enorme yogur tan mohoso y verdoso como sabroso en una de las mesitas con candil incorporado del Blue Tibetan.

Roberto, incorregible, hurgó en la herida:

—¿Has encontrado la verdad?

Y a renglón seguido, con una mueca que pretendía ser de amistoso escarnio, añadió:

—¡Oh!

Dionisio, arrinconado, llegó a la conclusión de que más valía ponerse relativamente serio.

Dijo:

—La verdad, Roberto, se confunde con la búsqueda de la verdad. Por eso no está en ninguna parte.

—¿Se lleva encima?

—Sí, se puede llevar encima. O, mejor dicho, dentro. Pero no te preocupes: tú no corres ese peligro.

—Pareces san Agustín.

Dionisio, instantáneamente, cogió la alfombra mágica y se trasladó por los aires a su salón de música. Cristina le había dicho lo mismo muchas veces.

Volvió de rebote —y echando humo— a Kathmandú y preguntó con retranca:

—¿El conocido filósofo nihilista?

El chicuelo inoportuno y faltón, que continuamente se subía a las barbas de quien —como mínimo— le llevaba doce años de ventaja en edad, saber y gobierno, cayó hasta el colodrillo en la trampa que hábilmente le tendían.

—San Agustín no era un nihilista, pedazo de alcornoque —dijo—. Nihilistas eran, como lo soy yo, Diógenes, Nietzsche…

—… y Bakunin —le interrumpieron a coro, y entre risas, sus dos interlocutores.

Roberto, imperturbable y farruco, insistió:

—¿Has encontrado, entonces, la felicidad?

—¿En Kathmandú? —Dionisio se rascó la cabeza—. Pues sí, en cierto modo, sí… Pero no absoluta, claro, y además no se trata de eso.

—¿Has encontrado la libertad?

—Naturalmente, pero no basta.

—¿Entonces?

—Entonces te doy la razón: ha llegado la hora de levantar el vuelo… ¿Nos vamos mañana por la mañana?

—¿A las seis en punto?

—A las seis en punto.

—Choca esos cinco.

Roberto y Dionisio se estrecharon vigorosamente la mano derecha mientras levantaban la izquierda para llamar al chiquillo que hacía las veces de camarero. Alberto, sin perder la calma ni la compostura, se limitó a decir:

—A ver si es verdad.

Y rebañó con su frágil cuchara de peltre la cazuela de yogur.

Dionisio, mientras regresaban tristes y oscuros al Traveller’s Hotel, pensó que él sí lo sabía, pero que —por inefable— la tentativa de explicarlo era inútil e incluso un poquito grotesca. Pensó que él conocía perfectamente (y sin ninguna necesidad de recurrir, para expresarlo y entenderlo, a palabrotas tales como *verdad, felicidad* y *libertad*) el contenido de *todo lo que había encontrado en Kathmandú*. Y pensó por último o, más bien, se dio cuenta de

que ese contenido —ese regalo casi nupcial y absolutamente personal que le había hecho sin pedir nada a cambio la Ciudad Más Bonita del Mundo— llevaba nombre propio.

O mejor en plural: nombres propios…

Nombres como el Gobierno Títere de las Diferentes Comunidades de Jipis en el Exilio, la Habitación de Paredes de Madera sin Desbastar del Traveller's Hotel, el Ventano por el que se veía el Everest, el rey Arturo y los Demacrados Caballeros de la Tabla Redonda del *Cabin*, el Patio (o, más exactamente, *Cortile*) Renacentista con un Surtidor de Agua del Arno y un Amorcillo de Verrocchio, la Noche Macbethiana compartida con la *Kumari Bahal*, el *Stupa* de las Trece Espirales, la Nivea y Celestial Dentadura de la Gran Cordillera, el Indómito Volkswagen y desde luego —*last but not least*— el Grupo Latino.

Estaban a punto de dar las doce de la noche del día en que Dionisio había organizado, escrutado y ganado la votación sobre la incomparable belleza de Kathmandú en el mismo momento en que el crepúsculo pintaba de rosa y oro las crestas y picachos del Himalaya.

Y era, naturalmente, jornada de plenilunio.

Dionisio, antes de entrar en el hotel, levantó la vista y la posó sobre la Gran Cordillera. El halo de luz que la envolvía ya no era opalescente y brillante, sino lívido, verdoso, casi amarillento.

El viajero, que era hombre supersticioso y crédulo, pensó que se trataba de un augurio de desventura, se despidió de sus acompañantes, subió desganadamente la escalera, entró en su habitación, puso el despertador a las cinco y media de la mañana, se metió en el saco de dormir, miró con recelo hacia el ventano, vio al dios Chomolugna sobre el lomo de su león de crin blanca y rezó antes de beber y de afrontar el duro trago de su última noche en Kathmandú.

V. Junio

> Si conserváis la calma mientras todos la cabeza perdieron y os censuran…
>
> Rudyard Kipling,
> *If*

DIONISIO, AL EMPEZAR EL SEXTO mes de su viaje, sabía ya cómo sobrevivir económicamente sin necesidad de recurrir al oprobio del trabajo ni de renunciar a los placeres de la pobreza. No en balde se había ganado a pulso el título de *primer jipi español de Asia* con el que chacotera y amistosamente se le conocía y acogía en todos los cotarros y madrigueras del *pueblo de las flores* desperdigados de norte a sur y de costa a costa por la superficie —y también, a veces, por las catacumbas y abismos— de la India y del Nepal.

Infinitos eran los trucos inventados para ello por la agudeza y finura espiritual de los nuevos nómadas e infinitamente divertida era asimismo, para colmo, su preparación y ejecución.

Cabía, por ejemplo, vender en el mercado negro la tarjeta del *liquor permit* que las empingorotadas autoridades aduaneras de la India entregaban con asombrosa ingenuidad (en el mejor sentido de esta palabra tan injustamente desacreditada entre los rostros pálidos por su incorregible tendencia a pasarse de listos) a todos los extranjeros que llegaban a sus fronteras.

A todos, sí, indiscriminadamente, sin establecer aún distinciones ni segregaciones de ningún tipo entre las churras y las merinas.

Y fue, en realidad, Dionisio —calurosamente apoyado y flanqueado por Alberto y por Roberto— quien poquito a poco, y sin proponérselo, fue sembrando la semilla de la duda entre los hindúes respecto a la posibilidad de que los occidentales que llegaban a sus fronteras no fuesen, en el fondo, tan espantosamente iguales entre sí como a flor de piel lo parecían.

Sabido es que un grano no hace granero, pero… Dionisio, durante su segunda expedición indostánica, tuvo un día la ocurrencia de protestar

enérgicamente —aunque sin perder la sonrisa ni el humor— en el rastrillo de acceso a la leprosería de un hospital, cuyo encargado le preguntó sin ánimo de ofender que si él y sus dos amigos eran turistas europeos, calificación esta que indignó a Dionisio y que le movió a puntualizar, con el dedo índice admonitoriamente levantado, que no, que de ninguna forma, que hasta ahí podíamos llegar, que qué se había creído y que —ante todo— *ellos* eran españoles e italianos, y no ingleses ni nada que se le pareciera, y que además, carajo, no querían ni podían ser *turistas*, cómo iban a serlo, no tenía ojos en la cara o qué, sino *travellers*, o sea, *viajeros*, y viajeros de los de verdad, de los de antes de la guerra, de los de zurrón, pan, chorizo, tabaco de picadura y manta, y que no volviera a…

Y en esa preposición fue cuando le quitó la palabra de la boca su embelesado interlocutor para decirle que perdonara, que no lo había hecho con mala intención, que entendiera su postura, que él era solo un mandado y que, además, nunca había salido de aquella provincia y por lo tanto ignoraba los usos y costumbres imperantes no solo en el resto del mundo, sino inclusive en el resto de su propio país, pero que pelillos a la mar, perdiendo se aprende y en todo caso, habida cuenta de su condición de *travellers* y no de *tourists*, tenía a bien comunicarles que no era en modo alguno necesario que depositaran su óbolo de una rupia por cabeza en el cepillo especialmente destinado a tal efecto, hubiera sido una descortesía por su parte, y por parte de la gerencia del hospital, y por parte del gobierno de la región, y…

Y así descubrió Dionisio que en la India —y, prácticamente, en toda Asia— cabía viajar casi de gorra escudándose en la sutil divergencia semántica y lexicológica que se le había venido a las mientes en broma y por casualidad.

¡Portentoso hallazgo! Hallazgo para ver y no creer… Llegaba el trío de la bencina (o, mejor, del Indómito Volkswagen) a la puerta de un museo, o a la taquilla de un cine, o a la cancela de un jardín zoológico, o a la humilde choza de un adinerado *gurú* que cobraba hasta las jaculatorias, o al pescante de un autobús, o al umbral de un templo famoso por lo que fuera, o a la plataforma de un tren, o incluso —aunque solo, como es natural, en contadas ocasiones— al postre en la mesa de un restaurante de medio pelo, y decía Dionisio con su carota de retoño de buena familia pasajeramente metido en berenjenales impropios de su condición social, cultural y moral:

—Mire usted… —e interrumpía el discurso para introducir hábilmente en él, con técnica y marrullería de cuña publicitaria, un carraspeo, un coqueteo y un titubeo—. La verdad es que…

Nueva interrupción y otra ronda de lo mismo.

—… en fin. No sé cómo explicárselo. A lo mejor no lo entiende.

Los *ejem*, las pausas, los fruncimientos de cejas y de labios, las torsiones laterales de la cabeza y otras mañas interferían una y otra vez el hilo de la exposición hasta que el responsable de esta, cogiendo carrerilla, se rascaba el occipucio y decía:

—¡Ea! Nada como la sinceridad… Se lo digo en confianza: nosotros, ¿sabe?, no somos *turistas*, a pesar de las apariencias, sino *viajeros*. Me comprende, ¿verdad?

Y no fallaba. El portero de turno, o la taquillera, o el vigilante uniformado, o el mayordomo del *gurú*, o el *guiri* del monipodio, o el cobrador, o el revisor, o el camarero —después de cuchichear con el encargado del restaurante—, le miraban boquiabiertos y con inequívocas señales de sentirse *muy, pero que muy honrados* decían:

—¡Ah, bueno! ¡Faltaría más! Claro que le comprendo… Si son ustedes *travellers* y no *tourists*, pues qué le vamos a hacer. Tienen todo el derecho del mundo a beneficiarse de nuestros servicios y, claro, la duda ofende y la cortesía obliga: no sería justo que se los cobráramos. Y conste, además, que les agradecemos vivamente el detalle de haber incluido la India en su itinerario. Eso sí: si tuvieran ustedes la amabilidad de enviarnos una postal, o una fotografía dedicada, o las dos cosas, cuando regresen a su país, pues…, ejem…

Todo se contagia. El panoli de servicio, rascándose la coronilla, carraspeaba, coqueteaba, titubeaba y, por fin, decía:

—En ese caso, como es natural, nos sentiríamos muchísimo más reconocidos. ¿Le doy mis señas?

Y los tres caraduras, después de agradecer la deferencia sin excesivo entusiasmo y con un deje de aristocrática altivez, entraban de bóbilis en el museo, o se colaban tan panchos en el cine, o compraban un cucurucho de cacahuetes para los monos, o se sentaban en la posición del loto delante del *gurú* y escuchaban sus prédicas y letanías, o abandonaban la trepidante plataforma del vagón trasero del ferrocarril y se instalaban más chulos que un ochocientos ochenta y ocho en las confortables butacas de un departamento de primera con aire acondicionado, o depositaban sus sandalias en el atrio del templo y se perdían por sus recovecos, o lanzaban un sonoro eructo de satisfacción tras dar por terminada la comilona sorbiendo polifónicamente un *milk shake* de papaya, lichis y mango.

Los únicos que se resistían a la sutil dialéctica de la distinción semántica entre *traveller* y *tourist* eran los propietarios de los sórdidos hoteluchos y

esplendorosos *bungalows* en los que habitualmente se alojaban, y —sobra decirlo— los taxistas, que son unos rácanos en todas partes.

—Afortunadamente —decía Dionisio—, porque si encima no tuviéramos que pagar los taxis, esto dejaría de ser Asia para convertirse en Jauja. Y lo que yo quiero es parecerme a Marco Polo, no a Pizarro.

Lo del alojamiento, en todo caso, tampoco planteaba problemas económicos de mayor cuantía, porque —en situaciones de emergencia (y ni Dionisio ni los miembros del *dúo latino* habían llegado a tal extremo)— siempre quedaba la posibilidad de pedir asilo en los templos de los *sikhs*, que automáticamente lo concedían sin formular una sola pregunta a quien con esa pretensión llegaba y llamaba a sus puertas.

Y, por supuesto, sin cobrar una rupia.

En la India —donde el amor entre las castas o, por lo menos, la disciplinada resignación y recíproca aceptación reinante entre ellas sustituían el salvajismo y el resentimiento de la lucha de clases inventada por los pescadores de río revuelto en Occidente— nadie discriminaba a los extranjeros, y este factor de tolerancia colectiva era sin duda uno de los secretos a voces por los que el país se había convertido en punto focal de las peregrinaciones de los jipis y de otros trotamundos y caballeros andantes.

No era necesario ser un indígena ni parecerlo por el color de la piel o la forma de vestir para aprovecharse de la caridad del prójimo, que en la India es costumbre social, norma ética y precepto religioso aceptado, predicado y practicado por casi todos.

Y hasta tal punto, y con tanta convicción, que cabía —de hecho (y también de derecho)— disfrazarse con dos o tres andrajos bien escogidos, que no en balde eran los jipis y sus acólitos personas de reconocido buen gusto, y echarse con ellos a las esquinas, a los vestíbulos de las estaciones, a las puertas de los hoteles o a los antuzanos de los templos para pedir limosna, tal y como hacían cientos de miles de tullidos, de ancianos, de enfermos, de madres de quince hijos y de robustos mocetones desparramados por toda la India y espoleados no solo por la necesidad, sino también —muy a menudo, subsidiaria y a veces exclusivamente— por la vocación de la mendicidad, que es allí oficio tan noble, tan útil y tan respetable como cualquier otro.

O *más* útil, porque ayuda a quien lo ejerce y a sus semejantes a ir equilibrando las columnas del debe y haber del *karma* o libro de contabilidad (por así decir) del peso de las buenas y malas acciones cometidas durante nuestro paso por el mundo, el demonio y la carne en esta vida y en las vidas anteriores.

La indigencia de Dionisio fue, en los momentos más duros, relativa y siempre llevadera, pero muchos jipis —hijos casi todos de acomodadas familias burguesas y occidentales— se acostumbraron al sabor de la sopa boba y a la fácil salida de convertirse en pordioseros y de recorrer gratuitamente el país extendiendo la mano, ya que no los muñones (por carecer de ellos), lo que en su caso no era uso, sino abuso, y de nada, por supuesto, les servía en lo tocante a cuadrar y exorcizar sus propias deudas kármicas.

Pero volvamos al *liquor permit…* De igual forma que la inmensa mayoría de los hindúes practicaba estrictamente el vegetarianismo, también eran prohibicionistas respecto al consumo de bebidas alcohólicas casi todos los gobiernos de los estados pertenecientes a la Unión India. De ahí —fantástico ejemplo y lección magistral de tolerancia— que los extranjeros, al llegar al país, recibieran una especie de curioso carné o salvoconducto etílico por el que se les autorizaba a adquirir un determinado cupo de botellas de güisqui —o de coñac, o de vino, o de cerveza… Imposible encontrar otras bebidas— en los establecimientos del ramo, cuya clientela estaba formada exclusivamente por turistas.

Y turistas eran —mientras la CIA o la KGB o las SS o la Brigada Político-social no demostrasen lo contrario— los jipis, que en seguida aprendieron a no rechazar con desdén (por ser cómplices e instigadoras del consumismo) las tarjetas del *liquor permit*, a renovarlas cuando vencían los plazos establecidos al efecto y, en cualquier caso y sobre todo, a vender de extranjis las botellas al mejor postor en los laberintos del mercado negro de las grandes ciudades.

Y con eso, solo con eso, y a condición de que el titular del permiso fuese hombre tan parsimonioso y ascético como solían serlo todos los ciudadanos (o, mejor, aldeanos) del *pueblo de las flores*, se podía sobrevivir sin pasar hambre, sed ni sueño.

Dionisio y el Dúo Latino no circunscribieron su eufórica actividad de contrabandistas a la compraventa de los artículos catalogados en el reverso de sus respectivas tarjetas, sino que paso a paso, hoy por ti y mañana por mí, en un *crescendo* quizá inevitable, pero tan arduo y peligroso como caminar sin balancín ni suelas de a palmo sobre el filo de una navaja, extendieron gradualmente su radio de acción y aprendieron a comprar en Goa, en Damao o en Pondichery exóticos y postineros licores de rompe y rasga que luego vendían en Ahmedabad, en Madrás o en Bombay. Los tres enclaves arriba citados gozaban de un *status* especial en lo referente al consumo de bebidas alcohólicas por haber sido hasta muy pocos años antes colonias extranjeras

gobernadas y habitadas por borrachines tan conspicuos y contumaces como desde la noche de los tiempos lo son los portugueses y los franceses. Y el método aplicado por los aprendices de contrabandistas para beneficiarse de ese *status* era siempre el mismo: se afeitaban, se vestían de estudiantes universitarios en viaje de paso del ecuador o de fin de carrera, fregaban y lustraban el Indómito Volkswagen, entraban con él en el puerto franco, metían en el maletero —pieza más, pieza menos— alrededor de veinticinco botellas, las escondían bajo mantas, libros, cachivaches y espantosos *souvenirs* de farfolla para turistas horteras, pasaban con expresión y sonrisa de repelente niño Vicente ante el adormilado cancerbero de la caseta de arbitrios y consumos, y estaba hecho.

En cada viaje cosechaban unas diez mil pesetas de beneficio neto. Cantidad, la mencionada, más que suficiente para zascandilear —respetando siempre el estilo de vida jipi— durante un par de meses, como mínimo, por la India y los países aledaños sin más preocupación ni obligación que la de rascarse la tripa, contemplar las nubes, secarse el sudor y espantar las moscas.

¿Los tres? Sí, los tres, que aquello —efectivamente— más se parecía a Jauja que a las novelas de Salgari.

Y así vivieron tranquilos y felices durante algún tiempo. Dionisio olvidaba poco a poco todo lo que le habían enseñado en Occidente y, mientras tanto, sus dos jóvenes compinches aprendían con voracidad de esponja todo lo que a su vez tendrían que olvidar cuando abandonasen Oriente y regresaran al seno de la familia, del orden, de los horarios, de los trajes azules con la chaqueta cruzada y del *taedium vitae*.

Pero el *crescendo* siguió, se convirtió en impetuoso e incontenible *allegro vivace* y culminó cuando —tras dos o tres semanas de prudente espera— decidieron acometer empresas más ímprobas y de mayor trapío vendiendo o intentando vender en Bombay los tres hermosos y olorosos kilos de hachís que, a razón de uno por barba, habían comprado setenta y dos horas antes de salir de Kathmandú en el chiribitil de un mayorista.

Algún viajero avispado y disoluto, de cuyo rostro ni siquiera se acordaban, les había confirmado allí —quizá en el *Cabin* y, desde luego, al arrimo y en el fragor de cualquier velada moderadamente alucinógena— lo mismo que los tantanes de radio macuto transmitían insistentemente desde hacía bastante tiempo. A saber: que en las ciudades más densamente pobladas de la India, y sobre todo en Bombay, se podía revender el *charas* de los altos valles nepaleses con extrema facilidad y a un precio cinco veces superior, calculando por lo bajo, al de su costo en origen.

Y la especie parecía —a decir poco— verosímil, considerando que la tolerancia del gobierno hindú respecto a la depravación alcohólica de los occidentales no corría paralela, ni mucho menos, a su actitud en lo relativo al esquinado mundo de las drogas.

Solo los santones errantes y los ermitaños de pie quieto podían fumar hachís o marihuana —más a menudo lo último— sin incurrir en delito, y aun eso únicamente en determinadas fechas, circunstancias y lugares.

Andaba en lo tocante a ello la India —heredera, para su desgracia, del puritanismo Victoriano de los ingleses— muy a la zaga de otros países de la misma zona. En Paquistán y en Nepal, por ejemplo, consideraban las autoridades que lo de fumar o no fumar hierbas sagradas era asunto que incumbía solo al libre albedrío de cada quisque y, consecuentes con esa postura, llegaban al extremo de vender la *ganja* y el *charas en* los estancos con el sello y la bendición del monopolio estatal.

En fin: que Dionisio, Alberto y Roberto —ofuscados por el éxito obtenido en sus operaciones de matute y cegados por la voz de la inexperiencia— decidieron pasar a la acción precisamente en Bombay.

¿Cómo?

Pues batiendo las calles de corro en corro, de mercadillo en mercadillo y de tabanco en tabanco para que por todo el centro de la ciudad se esparciera la hablilla de que dos jipis italianos y uno español andaban buscando compradores a tocateja para una partida de hachís *number one* procedente de Kathmandú.

Y así fue cómo los gozos de los tres viajeros se transformaron de repente en sinsabores, duelos y quebrantos.

Durante los tres primeros días no sucedió nada ni se movió una hoja.

—Veremos… —decían sonriendo con entonación e intención enigmáticas y ladeando la cabeza sus interlocutores y correveidiles.

Y eso era todo.

—¿Cómo que veremos? —preguntaba Dionisio sin acertar a contener su impaciencia.

—Sí, veremos —le respondían—. Lo que queréis no es fácil, y menos en estos tiempos, con tanto turista desharrapado como anda ahora por aquí.

—¿Entonces?

—Entonces volved mañana.

Y volvían. Volvían no *mañana,* sino esa misma tarde, y por la noche, y al día siguiente, y otra vez por la tarde, y otra vez por la noche, y el veredicto —inapelable— no sufría modificación alguna:

—Veremos… —les decían con aquella odiosa sonrisilla enigmática y la cabeza cayéndose de costadillo como la de un hemipléjico.

Así pasaron aproximadamente ochenta horas.

Y ya desesperaban, enfadándose entre sí y echándose recíprocamente en cara la responsabilidad del patinazo y de la considerable cantidad de dinero invertido y perdido en la aventura, cuando de repente, al recorrer por la tarde del tercer día con trote cansino y escéptico sus habituales puntos de conjura y contacto para saber si se había producido alguna novedad, se acercó a ellos con exageradas muestras de sigilo uno de sus más lacónicos intermediarios, los conminó a seguirle casi de puntillas hasta las honduras de un portal cercano y allí, después de mirar hacia la derecha, hacia la izquierda y hacia arriba, les dijo de un tirón, sin separar las palabras y bisbiseando:

—Esta noche, a las nueve, en la puerta del hotel.

Y desapareció tan rotunda y vertiginosamente como si nunca hubiera existido, para reaparecer del mismo modo a la hora establecida y en el lugar acordado.

—Seguidme —dijo.

Y no fue necesario ni el perfil de un instante para que se lo tragara la oscuridad.

Le siguieron, claro… Le siguieron en la medida de lo posible, hasta la náusea y con la lengua fuera. Le siguieron, perdiéndole de vista cada dos por tres y recuperando milagrosamente su sombra cuando ya no lo esperaban. Le siguieron doblando esquinas, rozando chaflanes, chocando con espectros, saltando sobre personas dormidas, sorteando escombros, socavones y bordillos. Le siguieron sin desfallecer, pero también sin esperanza, por el vientre húmedo y caluroso de la noche de Bombay hasta llegar a un rincón oscuro rodeado por poderosos y airados árboles que braceaban torvamente alrededor de un coche idéntico al que utilizaba el sombrío gángster de los años treinta interpretado por Paul Muni en la película *Scarface*.

—Subid —dijo el *gancho* con cara de malas pulgas y en un tono de voz que no admitía réplica.

Y abrió, invitándolos a entrar con un gesto perentorio de la barbilla, una de las puertas traseras del vehículo antes de desaparecer por enésima y última vez.

El motor de la antigualla rateó, encendido y espoleado por un individuo con inequívoca vitola de facineroso. Junto a él —todo oídos, pupilas, miradas de reojo y picaduras de viruela— montaba descaradamente guardia un heredero por línea directa del monstruo de Frankestein.

Ninguno de los dos matones abrió la boca para decir, por lo menos, *good evening*. Tampoco lo hicieron los aterrados contrabandistas.

El coche dio un salto hacia delante, frenó, se tranquilizó y reanudó la marcha hacia su ignoto punto de destino.

Volvieron a doblar bruscas esquinas, a rozar míseros chaflanes, a sortear espectros, personas dormidas, socavones y escombros. Dionisio y los miembros del Dúo Latino se miraron y se entendieron: era evidente que con tanto zigzag y tanta coña pretendían desorientarlos. Las moles arquitectónicas del centro de la ciudad se alzaban —monótonas, grises e idénticas a sí mismas — por todas partes y contribuían a aumentar la confusión y el agobio de los viajeros.

¿Dónde estaban? ¿Dónde no estaban?

La cuidadosa reproducción del automóvil de Al Capone se detuvo junto a la acera de una calle anónima y deshabitada. El chófer apagó el motor. Su compinche se apeó, se dirigió hacia un sórdido portal de descarnadas fauces, se adentró en él y regresó al cabo de unos minutos en compañía de dos granujas de corta edad. Tendrían —calculó Dionisio— alrededor de doce años. Por sus gestos, por el brillo de sus ojos, por la nobleza de su porte y por la inteligencia de su cara dedujo el jefe de los narcotraficantes en flor que pertenecían a la casta insumergible de lo que él mismo llamaba, con envidiosa admiración, los Kim de la India.

A Dionisio le habría gustado ser —haber sido— un niño así.

Haber nacido en el arroyo, haber crecido en la calle, haber aprendido la asignatura de la vida en la escuela de la intemperie.

El bisnieto del monstruo de Frankestein abrió la puerta trasera del coche, explicó con un gesto de sordomudo —¿tendría lengua?— a sus tres clientes que había llegado el feliz momento de echar pie a tierra, se instaló sin arriar su mirada aviesa en el asiento contiguo al del patibulario auriga y desapareció para siempre del campo visual de Dionisio y de la memoria del cronista de las andanzas de este.

Impenetrables misterios de la India: sórdido era, en efecto, el portal e igualmente sórdidas las escaleras, pero todo cambiaba de sopetón al entrar en los apartamentos.

Los dos golfillos, a quienes Dionisio —cuyo deber de eterno aspirante a escritor le obligaba a buscar siempre nombres nuevos y, en teoría, idóneos para los seres y para las cosas— llamaba ya Cástor y Pólux, se hicieron cargo de los atribulados contrabandistas en fase ascendente de agudo arrepentimiento, los guiaron hasta el ático del edificio, llamaron a la única

puerta existente en el descansillo, abrióse esta casi al instante y surgió, oh prodigio, ante los asombrados ojos de los tres intrusos un inmenso y bien aderezado salón que no hubiera hecho mal papel entre las infinitas y lujosas estancias del mismísimo palacio de Alí Babá.

En el marco de la puerta, tapizada en su cara interior de seda artificial con tachones y faralaes, se dibujaron la silueta y las refulgentes alhajas de una señora entrada en carnes y en años que inclinó la cabeza con un gracioso mohín y dijo con atiplada voz de cupletista:

—Bien venidos, caballeros. Les estábamos esperando. Pasen, por favor.

Y se hizo a un lado.

Todo, de repente, era distinto. Las cañas se habían vuelto lanzas y la sincera contrición de los contrabandistas empezó a esfumarse con la misma rapidez con la que se había adueñado de ellos.

Llegaba, vencido el susto, la hora de la avaricia.

—Mi esposo —dijo la opulenta dama— vendrá en seguida. Les dejo en manos de estas dos criaturas, que gozan de toda nuestra confianza.

Volvió a inclinar la cabeza, adornó el gesto con el mismo mohín de antes y desapareció por una puerta de laca, de doble hoja y de estilo chino que se abría entre dos enormes e historiados floreros de mayólica a unos veinticinco metros de distancia.

Cástor se dirigió hacia una escalerilla de madera de caoba disimulada tras unos cortinajes. Pólux, con un centelleo en los ojos, dijo imperativamente:

—Seguidle y esperad arriba.

No había ante ellos otro camino que el de la obediencia.

Y obedecieron.

El último peldaño de la escalera daba a un pequeño desván aguardillado con paredes de madera sin desbastar —Dionisio se transformó rápidamente en *Lunilla* para irse volando a su habitación en el Traveller’s Hotel de Kathmandú— y suelo de tosca tarima casi totalmente cubierta por colchoncillos, cojines y alfombras de Cachemira.

El único mueble visible en el camaranchón era una mesita de unos treinta centímetros de altura con superficie de cristal esmerilado y purpúreas gualdrapas laterales de caballo de maharajá.

Cástor se sentó en el suelo, ordenó a sus tres ovejas que le imitaran y comentó:

—El *pandit* vendrá dentro de unos minutos. Está ultimando una transacción difícil e importante en el almacén de uno de sus clientes.

Dionisio dijo en italiano:

—Este golferas habla como mi padrastro.

Pero había respeto y corazón en sus palabras.

Luego se volvió hacia Cástor, pasó al inglés y, con cautela, preguntó:

—¿Cuántos minutos?

—Diez, doce, quizá un cuarto de hora.

—¿Seguro?

—No. Seguro, no… El *pandit* nunca lleva reloj.

—¿Por qué? Parece un hombre rico…

—Y lo es. Mucho más rico, supongo, de lo que tú te imaginas. Pero dice que solo los esclavos y las personas abyectas se resignan a vivir pendientes del tictac de una máquina. Por eso odia los relojes.

Bastó esa explicación para que Dionisio simpatizara con el personaje. Tampoco él tenía reloj. Lo llevaba, sí, cuando salió seis meses antes de su salón de música en la pequeña ciudad provinciana, pero se quedó sin él en uno de los pasadizos del Gran Bazar de Estambul, y no porque nadie se lo robara, sino porque lo cambió a ciegas y de carrerilla por una piedra preciosa.

Preciosa y falsa.

Pero en el trueque no hubo, en realidad, engaño. Dionisio jugaba de poder a poder con el vendedor (que no era un joyero profesional, sino un simple feriante de los de manta al hombro y pies para qué os quiero): el reloj cambalacheado era casi tan fariseo y de pacotilla como la piedra supuestamente preciosa.

Lo había comprado un tío suyo dieciséis años atrás en el zoco libre de impuestos de Tánger y se lo había regalado con no poca prosopopeya y ceremonia a su sobrino mayor el mismo día en que este aprobó el bachillerato.

Con eso quedaba dicho todo.

Dionisio, además, había salido ganando en la permuta de pillo a pillo, y mucho, porque a partir de ese momento se sintió más libre, más feliz y más leal a sus intuiciones y convicciones, y dejó de ser —lo entendía ahora— una persona abyecta y resignada a vivir pendiente del tictac de una máquina.

Y fue, seguramente, esa toma de conciencia —o relámpago interior— la que lo movió, curioso, a preguntar:

—¿A qué casta pertenece el *pandit*?

Lo dijo pensando en posibles paralelismos con el Comerciante Sufí del campamento nómada de Erzurum, pero su interlocutor volvió a sorprenderle con uno de sus típicos regates en corto e imprevisibles.

—¿El *pandit*? —dijo—. ¡Qué pregunta más tonta! El *pandit*, naturalmente, es un brahmín.

—¿Un brahmín que se dedica al tráfico de drogas?

La pregunta de Dionisio restalló en el silencio alfombrado del desván como el chasquido de una fusta.

Cástor respondió con firmeza y ferocidad de tigre al acecho en la horquilla de un árbol:

—En primer lugar, amigo mío, el hachís no es una droga…

Se interrumpió, dejó que la atmósfera se cargara gradualmente de tensión —o, quizá, de misterio— y concluyó:

—En segundo lugar, extranjero, de poco o de nada te han servido tus viajes, y el viaje de la vida, si aún no te has enterado de que al hombre justo todo, absolutamente todo, le está permitido.

—¿*Todo*, dices? No sé en el tuyo, pero en mi país creen que no hay regla sin excepción.

—En la India también existe ese proverbio. Nos lo enseñan en la escuela.

—¿Vas tú a ella?

—Fui hasta hace un par de años.

—¿Y qué pasó entonces? ¿Por qué la abandonaste?

—El *pandit* me convenció de que allí no había aprendido ni iba a aprender nada y me sacó de ella.

—¿Lo permitieron tus padres?

—He tenido la suerte de nacer en el seno de una familia temerosa de Dios. Mis padres, mis hermanos mayores, mis abuelos y mis tíos nunca ponen en tela de juicio lo que dice un brahmín.

—¿Y qué dijo el brahmín para convencerte de que las escuelas son inútiles?

—No son inútiles, extranjero… Son dañinas.

Dionisio, al escuchar a Cástor, recordaba a la *Kumari*. ¿Seres paralelos, tan paralelos como los personajes de Plutarco, y consanguíneos, tan consanguíneos como las personas a las que aludía Proust al plantearse dónde está el secreto de la amistad y cuál es el camino más corto para que el hombre se una al hombre?

Y, en todo caso, ¿qué sucedía allí, en la península del Indostán, entre el Himalaya y el cabo Comorín, desde la costa del mar de Omán hasta la del golfo de Bengala, para que existieran y abundaran hasta tal punto galopines de ambos sexos —con o sin estirpe divina— capaces de conocer y de exponer

antes de la pubertad lo que solo conocen y exponen los sabios después de toda una vida dedicada al estudio?

La comparación era inevitable: el pensamiento de Dionisio se trasladó al pasaje evangélico que narra la discusión del niño Jesús con los doctores en el templo.

En cuanto a la *Kumari*, se preguntó el viajero, ¿por qué imaginársela incorporada a la realidad tangible a la que evidentemente pertenecía el chiquillo de carne y hueso que en aquel momento estaba sentado sobre una alfombra de Cachemira con las piernas cruzadas y entrelazadas ante él? ¿Acaso no había sido su encuentro nocturno con la joven diosa de Kathmandú una pasajera y trivial ensoñación provocada por el humo de una hierba alucinógena?

Sí, sí, lo había sido, pero la pregunta de siempre —la eterna cuestión que desde el último fulgor y punto final de la Edad de Oro acosa al hombre— le envolvía y enredaba: ¿dónde empiezan y dónde terminan lo real y lo aparente? ¿Quién, entre Sancho Panza y don Quijote, llevaba más razón? ¿Era por desventura la *Kumari* solo un sueño de Segismundo o pertenecía, por el contrario, a la raza de las criaturas que viven extramuros de la caverna de Platón?

Dionisio regresó al interior de esta, volvió a sentir el roce de las alfombras y cojines del desván en la tela blanca de su *dhoti* —porque ya vestía como los hindúes— y escuchó otra vez el sonido punzante y cantarín, como monedas de oro agitadas en una hucha de arcilla o hilos de agua del Arno cayendo sobre la taza de una fuente renacentista de Verrocchio, de la voz y las palabras de su amigo Cástor.

—El *pandit* —estaba diciendo el niño— opina que quienes van a la escuela y se la toman en serio acaban convirtiéndose en esclavos o en personas abyectas…

—¿Como quienes llevan reloj?

—Exacto. Y lo mismo les sucede, según él, a quienes leen la prensa y se la toman en serio.

Dionisio asintió. Había muchos periodistas entre los suyos y podía dar la razón a Cástor, o al *pandit*, con conocimiento de causa.

Pero de pronto, inexplicablemente (o quizá no), sintió irritación —casi cólera— hacia aquel muñeco descarado que le hablaba desde arriba y dándole lecciones.

Y no pudo reprimirse. Volvió la cabeza hacia Alberto y Roberto, que contemplaban el espectáculo tan absortos como si estuvieran en el cine viendo

una película del oeste, y a continuación clavó la mirada con talante y bravura de toro de lidia en los negros ojos pintados de *khôl* de aquel insolente arrapiezo de los suburbios de Bombay y, como si disparara con un rifle de repetición, le preguntó:

—¿Cuál es tu oficio, mocoso? ¿Cuánto te paga el *pandit*? ¿En qué consiste exactamente el trabajo sucio que ejecutas para él?

Cástor acusó el golpe, sonrió con tristeza, bajó los ojos, los levantó, tardó diez o doce segundos (que sonaron como si fueran las campanadas de la medianoche) en darse por aludido y —con la misma firmeza que había sacado a relucir unos minutos antes, pero sin huella alguna de ferocidad— dijo:

—El *pandit* no es mi jefe ni mi dueño, amigo, y por lo tanto no me paga nada ni trabajo para él.

Calló y esperó.

Dionisio, ciego aún y deseoso —como buen occidental— de seguir tropezando en la misma piedra, asestó con torpe furia su última estocada:

—¿Qué es, entonces, el *pandit* para ti? ¿Acaso un novio? ¿No será que te acuestas con él? ¿Eres marica? ¿Por qué te pintas los ojos con *khol*?

Y Cástor, sin recoger el guante, con suave firmeza y tierna ferocidad de gato —no de tigre— al acecho, dijo:

—Extranjero, no te pases de la raya ni permitas nunca que el sabor de lo desconocido te ofusque la conciencia. Aquí, en la India, muchos hombres y muchos niños tienen la saludable costumbre de pintarse los ojos con *khol*. Este es, entre otras cosas, un poderoso desinfectante. Me extraña que no lo sepas. Llevas, según tengo entendido, bastante tiempo entre nosotros.

Dionisio apretó los puños. Conocía, efectivamente, esa hermosa costumbre que no denotaba ni virilidad ni feminidad en el usuario.

Su interlocutor tragó saliva y remachó:

—En cuanto al *pandit*, viajero que vienes de frías y lejanas tierras, quizá te baste saber que es mi maestro.

Un cuchillo de nieve cortó aquel nudo gordiano y ya nadie se atrevió a añadir, en ninguna lengua, ni una sola palabra.

Pero Dionisio, a partir de aquel día, dejó de comprar el periódico.

El *pandit* llegó por fin con hora y media de retraso, saludó con mesura y señorío a sus huéspedes, y se disculpó por la tardanza.

Era un individuo corpulento y opulento: tanto lo uno como lo otro saltaban a la vista desde su noble y discreta papada, desde la redonda cumbre de su curva de la felicidad y desde el imponente y refulgente solitario que interrumpía la blancura de su mano gordezuela.

Representaba alrededor de cincuenta años gallardamente vividos, pero sus pupilas chispeaban aún como el pedernal de los ojos de los adolescentes.

Vestía como Nehru, sonreía como el Comerciante Sufí, hablaba tan gravemente —y tan cargado de razón— como el Tigre de Bengala y su pelo vigoroso, oscuro y untado de aceite brillaba en la penumbra del desván como el espinazo de una foca.

No tardó mucho en entrar por uvas.

—Son casi las doce —dijo—, de modo que al grano…

Dionisio miró de reojo a Cástor con socarronería y, simultáneamente, interrumpió al *pandit*:

—¿Cómo sabes qué hora es si no llevas reloj?

—¿Y cómo sabes tú que no llevo reloj?

—Me lo ha contado un pajarito.

—El mismo, seguramente, que antes de entrar aquí me ha dicho que eran las doce menos cuarto. Y ahora, si os parece, hablemos de lo que os ha traído hasta mí.

—Eres tú quien tiene que hablar, ¿no? Te escuchamos.

—La voz de la calle, que es tan chismosa y deslenguada como la de los monos de la selva, sostiene que queréis dar salida a un pequeño alijo de *charas* procedente de Kathmandú. ¿Es, efectivamente, así?

—Mis paisanos dicen que la voz del pueblo es como la de Dios.

—Tus paisanos se equivocan, europeo.

—En este caso, no. El alijo existe.

—¿Cuánto pesa?

—Tres kilos.

—¿Doscientos cincuenta *tolas*?

—Ni una más ni una menos. Calculas con rapidez.

—Aprendí en la escuela.

—¿En la escuela?

Dionisio volvió a mirar oblicuamente y con malicia a Cástor, que no perdía ripio.

—Sí, en la escuela. ¿Te sorprende?

—Un poco. ¿Fue, quizá, antes de dejarla?

—Nunca la dejé. Sin el bachillerato no se puede ingresar en la universidad.

—¿Y tú lo hiciste?

—¿A qué te refieres? No entiendo tu pregunta.

—¿Ingresaste en la universidad?

—La duda ofende. Estudié en Oxford y terminé allí dos carreras. ¿Quieres ver los títulos? Están colgados encima de mi escritorio.

—No, no… No hace falta. Y perdona mi exceso de curiosidad. No debería preguntarte nada. Es de mala educación. Soy, al fin y al cabo, un simple cliente.

—Mis clientes no entran en esta casa y menos aún en esta guardilla. Sois, tú y tus amigos, mis huéspedes.

—Gracias —tuvo que decir Dionisio mientras inclinaba ligeramente la cabeza en un gesto que pretendía, sin conseguirlo, fingir y transmitir amabilidad.

Y ya se volvía, radiante, y estirando y ahuecando el cuello como un gallo de pelea antes de lanzar su kikirikí, hacia la silueta acuclillada de Cástor, cuando le alcanzó y le paralizó —tan sedosa e incisiva como un puñal bien afilado— la voz del *pandit*.

—¿Existe, acaso, algún motivo —preguntaba— para que te sorprenda y te extrañe lo que acabo de decirte acerca de la feliz conclusión de mis estudios?

Dionisio, mudo, interrogó y pidió ayuda con la mirada a Alberto y Roberto.

El *pandit* remató la faena:

—Pues no te sorprendas ni te extrañes, europeo. Para entender las cosas, y para difundir luego esa enseñanza entre tus semejantes, hay que bajar a los infiernos y permitir que sus llamas te chamusquen el bigote. Es imposible derrotar a un enemigo si antes no te tomas la molestia de conocerle a fondo.

Calló, sonrió, se acarició taimadamente la barbilla, miró hacia el mundo de lo invisible traspasando los velos de lo visible, cambió el diapasón y dijo:

—Y ahora perdonadme si insisto en que hablemos de nuestra pequeña transacción mercantil. No nos queda mucho tiempo. Dentro de una hora, con o sin reloj, tengo que estar en otra parte.

—¿Duermes de día? —se aventuró a preguntar Dionisio solo por decir algo.

—Duermo cuando conviene a mi alma, europeo, no cuando lo exigen las convenciones sociales ni cuando me lo pide el cuerpo.

Dejó de dirigirse exclusivamente a Dionisio, abarcó con la mirada a Alberto y a Roberto, y se metió en harinas:

—Voy a hablaros con franqueza —dijo—. Para empezar, y eso en cierto modo zanja la cuestión, a los habitantes de Bombay no les gusta el *charas* nepalés. Son una partida de exquisitos. Solo fuman el de Cachemira, que es tan negro como el chocolate amargo y tan puro que se puede comer como si

fuera un bombón. Y eso significa, amigos míos, que vuestras informaciones eran falsas y que no vais a hacer negocio.

Abrió una pausa para encender un cigarrillo americano y siguió:

—En segundo lugar, criaturitas, lamento comunicaros que este servidor de nadie no se dedica al tráfico de estupefacientes. Las drogas, al menos en la India, apenas dejan margen para el beneficio y suelen ser, además, nocivas para el cuerpo y también, y sobre todo, para la salud del espíritu.

Dionisio recordó las palabras de Cástor: *al hombre justo todo, absolutamente todo, le está permitido*.

Pero no dijo nada. Había interrumpido ya a su anfitrión en muchas más ocasiones de las consentidas por la buena crianza.

El *pandit*, al ver cómo el desconcierto —casi estupor— se iba adueñando de los ojos y de las facciones de sus exclientes, creyó necesario y caritativo darles alguna explicación.

—Supongo —dijo— que os estáis preguntando el motivo de que, a pesar de no dedicarme al discutible negocio de las drogas, os haya hecho venir.

Dionisio, Alberto y Roberto lo admitieron tácitamente.

El *pandit* exhaló una voluptuosa columna de humo, sacudió la ceniza del cigarrillo, comprobó —escrutando las pupilas y la actitud de sus interlocutores— que estaba en lo cierto y, lacónicamente, explico:

—Por una parte, quería conoceros…

Lo dijo mirando con fijeza e intención a Dionisio, como dando a entender que excluía de la frase a los miembros del Dúo Latino.

—… y, por otra, también quería protegeros. Bombay es una ciudad llena de soplones dispuestos a vender al prójimo por un mísero puñado de rupias. Me avergüenzo de mis paisanos y os ruego que no los juzguéis con la severidad que merecen. La India, desde que la señora Gandhi subió al poder y se puso a imitar como una pintamonas las lamentables costumbres políticas de los anglosajones, ya no es lo que era. Temo que mi país esté a punto de perder su alma, amigos míos…

Guardó casi un minuto de reflexivo silencio que ninguno de los presentes se atrevió a interrumpir. Luego suspiró y regresó a la tierra.

—Pero no quiero aburriros y, menos aún, entristeceros con estas cosas. Pronto terminará el *kaliyuga* (o período oscuro al que vosotros, los cristianos, preferís llamar el *final de los tiempos*) y volveremos todos al venturoso mundo de los Orígenes.

—¿Pronto? —preguntó soñadoramente Dionisio.

—Pronto, sí, aunque nadie puede calcular el momento exacto.

—¿Lo veremos?

—Tú, y tus amigos, y mi ayudante —señaló con la cabeza a Cástor—, quizá sí. Yo… Bueno, será más difícil.

El *pandit* volvió a quedarse en silencio. Dionisio pensó en el Apocalipsis: *vendrá el llanto y el crujir de dientes…* Roberto, el italoargentino, que era a distancia el más tacaño del grupo, aprovechó la pausa para preguntar:

—¿Y el hachís?

Todos se rieron. El *pandit* miró a Cástor y este entendió al vuelo lo que su maestro esperaba de él, se desplazó a gatas hasta un rincón del desván, apartó una alfombra, puso al descubierto una trampilla disimulada entre los rastreles del suelo, la levantó, hurgó en sus profundidades y sacó de ellas una balanza de dos platillos con su correspondiente juego de pesas.

—Ese cacharro brilla como si fuese de oro —comentó descuidadamente Dionisio.

—Es de oro —apostilló con rapidez el *pandit*.

—¿De oro macizo? —preguntó, titubeando entre el asombro y la incredulidad, el roñica de Roberto.

—De oro macizo, sí.

—¿Toda la balanza?

—Toda la balanza y también las pesas.

Cástor, mientras tanto, había traído el botín de la trampilla y lo había depositado cuidadosamente sobre la superficie acristalada de la mesita.

—¿Sabéis por qué es de oro? —preguntó el *pandit*.

No, no lo sabían.

—Pues es de oro porque oro es lo único que suelo pesar con ella.

El asombro y la incredulidad de Roberto alcanzaron a los restantes miembros del consorcio de contrabandistas de hachís nepalés.

—¿Oro? —exclamaron, más que preguntaron, los tres al unísono.

El *pandit* soltó una carcajada tan estruendosa y descosida que incluso Cástor se tomó la libertad de sonreír delante de su maestro.

—Oro, sí, no os extrañéis —dijo por fin este—. Ese es mi único negocio verdadero. ¿Queréis conocer sus entretelas?

Sí, querían.

—Mis compatriotas —aclaró el *pandit*— se vuelven locos por este metal.

Y, mientras lo decía, sacó de su estuche una de las pesas, la sostuvo en vilo —como si calibrase su alma— y siguió hablando sin devolverla a su hueco:

—Y, además, hacen bien. Les alabo el gusto. El oro es el metal de los Orígenes, es el metal de los dioses y de sus intermediarios, es el metal de la eternidad y de la inmortalidad, es el metal del Espíritu. Por eso creen los hindúes temerosos de Dios, y yo también lo creo, que conviene llevar siempre encima, pegado a la piel, un objeto de oro. No importa su tamaño ni su peso, ni su forma, ni su función. Puede ser una sortija, un pendiente, un collar, una medalla, una cadena o una simple pepita. El oro, amigos, es una especie de sacramento, una eucaristía, una correa de transmisión entre la vida terrenal y el Reino de Brahma.

El *pandit* se había transfigurado. Alguien hablaba por su boca.

—… Y eso explica —lo añadió sonriendo y en un tono de voz diferente. Volvía a ser él y a estar en sus zapatos— que, entre todos los países de la tierra, sea la India el lugar en el que el oro alcanza su mayor cotización en el mercado.

—¿Y qué haces tú con él? —preguntó Dionisio—. ¿Lo compras a precio de mayorista y luego lo revendes troceado?

—No. ¿Me tomas por un vulgar joyero?

—¿Cuál es tu oficio?

—El de ser hombre.

—¿De qué vives? ¿De dónde sale el dinero necesario para mantener una casa como esta?

—Creí que a buen entendedor… Me dedico al contrabando.

—¿Al contrabando de oro?

—Evidentemente. Ninguna otra mercancía deja tanto beneficio sin ensuciarte la conciencia.

—¿Y tú la tienes limpia?

—Más que el sol, europeo… Más que tus ojos, más que los ojos de mi ayudante, más que los ojos de las águilas. Traer oro a la India y venderlo más barato que en las joyerías es una obra de misericordia.

Roberto, impaciente, dio unos golpecitos con la palma de la mano sobre la mesa y llamó a todos al orden.

—¿Vas a comprarnos el puñetero hachís, *pandit*? —preguntó—. ¿No crees que eso también sería una obra de misericordia?

La carcajada fue fastuosa y unánime.

—Una obra de misericordia y un gesto de hospitalidad —contestó el interpelado—. Ya he dicho antes que, si lo permitís, me gustaría protegeros. Lo más probable es que tengáis ya a la policía en los talones. No suelo juzgar a mis semejantes, pero la verdad es que os habéis comportado como unos

pardillos. ¡A quién se le ocurre! Ir de fonda en fonda, de tenderete en tenderete y de sinvergüenza en sinvergüenza ofreciendo *charas…* ¡Y, para colmo, *charas* de Kathmandú en una ciudad de sibaritas!

La situación debía de parecerle graciosísima, porque estalló una vez más en sonoras carcajadas de buda chino y feliz mientras descargaba golpes no menos sonoros con sus manos en los muslos elegantemente cubiertos por unos pantalones de lino crudo.

Roberto no soltaba la presa.

—¿Y vas a pesar nuestro putrefacto hachís nepalés con esa maravillosa balanza de alquimista? —preguntó—. ¿No se le caerán los anillos y los tornillos?

—¿Para qué crees que la ha sacado de su escondite mi asistente? ¿Para darme pote ante vosotros? Venga, a ver el material…

Alberto volcó sobre la mesa el contenido de la bolsa que le colgaba del hombro. Cástor cogió una por una las bolas y tabletas de hachís, las olisqueó, las fue poniendo sucesivamente en uno de los platillos de la balanza, anotó su peso en una agenda, comunicó la cantidad total a su maestro, volvió a guardar el alijo y, dirigiéndose a Roberto, preguntó:

—¿Podemos quedarnos con la bolsa?

—Desde luego.

El *pandit*, que al parecer tenía una calculadora en las meninges, dijo:

—No os han engañado en el peso. Son, efectivamente, doscientas cincuenta *tolas*. Os doy por ellas doscientas veinte rupias.

Los contrabandistas pardillos no encajaron el golpe sin pestañear… Pestañearon, y mucho, antes de tragar saliva y de atreverse a decir:

—Con esa cifra, *pandit*, perdemos dinero.

—Ya lo sé. Perdéis exactamente treinta rupias. O sea: un dólar por cabeza. Suponiendo, claro está, que no os hayan timado.

—No nos han timado.

—Me alegro. Y yo que vosotros no me quejaría. La chapuza os ha salido barata. Podríais estar ahora de patitas en la cárcel y os aseguro que no es el mejor sitio para pasar unas vacaciones en Bombay. ¿Hace el precio o no hace? Decidios, porque no me gusta despilfarrar el tiempo. Llevamos casi una hora de cháchara y dentro de veinte minutos tengo que estar en la otra punta de la ciudad.

Dionisio, Roberto y Alberto intercambiaron sendas miradas de resignación y de melancolía.

El italoargentino, tímidamente, insinuó:

—Pero tú vas a ganar dinero con esta operación…

—Sí, voy a ganar algo, pero mucho menos de lo que crees. ¿Te parece injusto?

Fue Dionisio quien respondió a la pregunta:

—No, no es injusto. Perdiendo se aprende y, por otra parte, las lecciones se cobran. Si no, no sirven para nada. Eso dicen los psicoanalistas. Por mí, hace, *pandit*. Coge el hachís y danos las rupias.

Los miembros del Dúo Latino se limitaron a asentir silenciosamente.

La transacción se llevó a efecto sin que mediase palabra. El *pandit* no intervino en ella. Fue Cástor quien pagó la cantidad convenida y quien volvió a esconder la balanza.

—Vamos —dijo.

Se pusieron en pie, estrecharon la mano de su anfitrión —que no se había movido— y se dirigieron hacia la escalerilla de madera de caoba. Cástor, Alberto y Roberto estaban ya en el piso inferior cuando el *pandit* chistó a Dionisio, que se había rezagado involuntariamente, y le hizo un gesto para que se arrimara.

—Muchacho… —dijo cuando le tuvo cerca.

Se interrumpió, colocó la mano sobre su hombro, clavó las pupilas en sus pupilas, dejó transcurrir unos segundos y volvió a hablar.

—Muchacho —repitió—, tú estás en el camino. Tus compañeros, por ahora, no. Son demasiado jóvenes y no se plantean aún cuál es el significado de la vida. No te descarríes. Van a sucederte muchas cosas y no todas agradables. Átate al timón y aprieta los dientes. Recuerda que el mundo es un laberinto y que nadie puede recorrerlo sin chocar una y otra vez con sus paredes. Pero no te desanimes nunca. Cada prueba es, si sales airoso de ella y no te desnucas en el intento, un salto hacia delante. Ahora ve con Dios y no te olvides de este encuentro ni de lo que acabo de decirte.

El *pandit* relajó los músculos, retiró la mano del hombro de Dionisio y, mientras este se encaminaba hacia la escalerilla sin dejar de mirarle, añadió:

—Por cierto, europeo… Si te ves en apuros económicos y no sabes cómo resolverlos, ve a Paquistán, compra allí oro, apáñate para meterlo en la India sin que te cojan y tráemelo. Es muy peligroso, pero merece la pena. Te lo pagaré bien. Toma…

Y le tendió una tarjeta de visita.

Dionisio la guardó sin mirarla, apoyó el pie en el primer peldaño de la escalera y dijo:

—Hasta siempre, *pandit*. No te olvidaré. Y confío en que, con oro o sin oro, volvamos a vernos algún día.

Aún flotaba el halo de su *dhoti* en la penumbra de la guardilla cuando el mundo de abajo devoró sus últimas palabras y su imagen…

Tardaron menos de un cuarto de hora en regresar a la habitación del tugurio típicamente urbano en el que se alojaban. No había mucho que decir y, sensatos por una vez, no lo dijeron. Se desnudaron, se ducharon, se acostaron y se durmieron inmediatamente. Faltaban unos minutos para que el reloj de la cercana estación central diera las dos de la alta noche. Una hora más tarde los despertaron sin miramientos. Recios puños, rodeados de voces y de gritos, aporreaban la puerta. Dionisio encendió la luz desde la cabecera de su cama. Alberto, que tenía vocación de marmota, se tapó con las sábanas y siguió durmiendo entre ronquidos. Roberto se levantó y fue a abrir. Seis desconocidos con fachendoso aspecto de matones, además del enclenque vigilante nocturno del hotel, se apelotonaban en el pasillo, que olía a *curry*, a *charas* de Cachemira y a incienso barato. Su porte, su mirada y su actitud no dejaban lugar a dudas. Era la policía.

Entraron tumultuosamente en la habitación, y uno de ellos —el que al parecer llevaba la voz cantante— berreó mientras reforzaba y dibujaba sus mugidos con un gesto perentorio del brazo:

—¡Todo bicho viviente en pelotas y con las manos apoyadas en la pared!

Dionisio y el Dúo Latino obedecieron precipitadamente. No era el momento de entablar negociaciones ni de enarbolar la bandera de los derechos humanos. Nadie se pone a discutir con alimañas.

Y, además, el comisario —o quienquiera que fuese— esgrimía una pistola.

Alberto, desnudo y encajonado entre sus dos compañeros, que también estaban ya en porreta, susurró:

—Nos han vendido.

E inmediatamente se llevó un guantazo en plena boca. Un hilo de sangre empezó a correr por la comisura de esta.

—¡Calla, cerdo! —aulló el responsable de la agresión.

Cachearon la ropa de los detenidos, hurgaron en sus mochilas y pertenencias, palparon cuidadosamente los colchones y las almohadas, registraron centímetro a centímetro la piojosa habitación, reventaron los tubos de pasta de dientes, desencuadernaron los libros —que afortunadamente no eran muchos—, vaciaron la cisterna del retrete y se asomaron a su interior,

golpearon una por una todas las baldosas del suelo e inspeccionaron las cornisas exteriores de las dos ventanas.

Y, naturalmente, encontraron lo que buscaban. Los contrabandistas —aprendices y pardillos hasta el final— no se habían desembarazado de todo el alijo. Alberto, en connivencia con sus cómplices, había guardado un trozo de aproximadamente ocho *tolas* de hachís —casi cien gramos— en uno de los bolsillos laterales de su mochila.

Los sabuesos cantaron victoria y ordenaron a sus víctimas que se vistieran. Media hora después, sin gafas ni cinturones, Alberto, Roberto y Dionisio tomaban posesión de una mazmorra de seis metros cuadrados situada en las catacumbas de una comisaría del centro de Bombay.

VI. Julio

Del mundo de los sentidos proceden el calor y el frío, el placer y el dolor: unos y otros son efímeros y accidentales, van y vienen… Sobreponte a ellos con valentía.

Baghavad Gita, II, 14

Todo el mes sin noticias de Dioni. Su última carta —o, mejor dicho, la penúltima a partir de este momento— llevaba estampilla de Pondichery y fecha del diecinueve de junio. Hoy, por fin, ha dado señales de vida. De vida y, en cierto modo, también de muerte y de resurrección. Al volver de la compra, literalmente abrumada por el agobio del peso de la bolsa, del barrigón de ocho meses de embarazo —¡ocho meses ya! Me siento como si fuese el globo terráqueo— y de la plomiza nube de veraneantes que se cierne sobre la ciudad, he encontrado en el buzón —perdido entre los mil sobres, que tanto detesto, de la propaganda comercial a domicilio— un escuchimizado y lacónico aerograma: quince líneas para soltar una bomba de hidrógeno, quince líneas para tranquilizarme y nada más que tranquilizarme, quince líneas para justificar su silencio, implorar paciencia y anunciar que dentro de poco —cuando se haya ido de la India, cosa que al parecer hará en seguida— me escribirá largo y tendido, pondrá sobre el tablero de ajedrez de su viaje (son sus propias palabras… No sé cómo se las arregla Dioni para transformarlo todo en literatura) las piezas que en estos momentos faltan y que por prudencia, solo por prudencia, no puede ahora colocar en sus casillas, y me pondrá al tanto de lo que siente por mí y de sus intenciones para el futuro próximo y lejano.

¿Y la bomba?, se preguntará el lector.

¡Vaya! Otra vez me pillo en un renuncio, otra vez caigo en las trampas y jugarretas del subconsciente. Se me ve el plumero: en el fondo, aunque me lo niegue (y se lo niegue también a Fernando), estoy convencida de que alguien exhumará después de mi muerte este ramplón dietario de ama de casa al borde de la neurastenia, llegará a la inevitable conclusión de que es —en su género— una obra maestra, lo publicará y mis despojos se harán tan célebres como los de Amiel, Anna Frank y (algún día) Anais Nin.

Bromeo…

¿Bromeo? Quizá, y confío en que sea así, pero me desconcierta el hecho de que todas estas absurdas cavilaciones y pretensiones literarias se me pasen por la cabeza precisamente ahora, cuando por fin he roto aguas —no, aún, las del parto, que se desbordarán dentro de tres semanas— y me he sentado a escribir una novela.

Y una novela que avanza a pasos de gigante. Anoche, después de mi frugal y habitual cena en solitario, terminé de corregir las cien primeras páginas.

¡Y eso en tan solo un mes! A este ritmo, si no se tuercen las cosas, calculo que hacia mediados de noviembre quedará vista para sentencia. Y cuando llegue Dioni

—me prometió al irse que pasaría conmigo, en el peor de los casos, la próxima nochebuena, pero también, conociéndole, podría volver sin aviso mucho antes— se encontrará con la morrocotuda sorpresa de que, después de tantos años de chufla y de recíprocos dimes y diretes, le he ganado por la mano en la partida de tute de la literatura.

Seguro que en el fondo y por lo bajinis le da rabia, aunque de dientes afuera me cubra de besos y de congratulaciones.

Y lo que, desde luego, por sí solo no se imaginaría nunca es que mi novela trata de sus correrías al este de Estambul en busca de los personajes de los cuentos de su infancia y del polvillo de las alas de las mariposas ni que él —no Dioni, sino Dionisio— es su protagonista, conmigo en la sombra y entre bastidores, ni que para redactarla, consciente de mi incapacidad para la invención (aunque confío en que no para la creación), he estado inspirándome en sus cartas y utilizándolas descaradamente como cañamazo de lo que escribo… En esas cartas «larguísimas, minuciosas, detalladas, contándome todo» que, tal y como me prometió el día de su gran desahogo en el salón de música ante los ojos mudos de sus ídolos y fetiches, me ha enviado puntualmente, a razón de una por mes, desde el quince de febrero.

Por eso, y no solo por mi crónica enfermedad de amor hacia él (y por el lacerante mal de ausencias que de ese amor se deriva), me ha inquietado tanto su silencio de las cinco últimas semanas.

Un silencio que secaba las fuentes de mi inspiración y me dejaba compuesta y sin novela.

Fernando, que viene desde Madrid casi todos los fines de semana y que poco a poco se ha ido convirtiendo en el báculo de mi soledad, me decía que no me preocupase, que los retrasos en la correspondencia son asuntos de ordinaria administración, que las oficinas de correos están llenas de diablillos enredadores y de duendes traviesos, que Oriente es así y Dioni también, que en la India —«de ahí su encanto», apostillaba— reinan los dioses caóticos y descacharrantes de la anarquía, y que…

Pero todos sus consejos, palmadas en el hombro y convincentes argumentaciones eran tan inútiles como las aspirinas en un terremoto. Yo seguía royéndome las entrañas y devanando no solo la madeja, sino también la insaciable angustia de Penélope. Las mujeres no tenemos arreglo. Somos los únicos seres vivos que tropezamos dos veces —y mil— en el mismo hombre.

Fernando, por cierto, anda detrás de mí para que le deje leer lo que llevo escrito. Curiosidad morbosa y, a lo peor, algo maligna. No he cedido a sus presiones ni, pase lo que pase entre nosotros, voy a hacerlo en el futuro. Dioni no me lo perdonaría nunca, y además con razón. Sería un golpe bajo de deslealtad probablemente irreversible.

¡Qué complicadas son las relaciones entre personas de distinto sexo y qué vulgaridad la de referirme a ello a estas alturas de mi vida! Pero ¿hay acaso alguna mujer que no se plantee si merece o no la pena seguir quemando combustible en un juego —el del amor— que rara vez conduce a alguna parte?

A veces, para enredar aún más las cosas, me pregunto si Fernando —el mejor amigo (y metafórico hermano de leche) de Dioni— juega limpio con este y, de rechazo, conmigo. Con los hombres, cuando el antagonismo sexual se mete por medio, nunca se sabe.

¿Y si perteneciera Fernando a la dudosa estirpe de aquellos nobles de Ítaca que pretendían convencer a Penélope de la muerte de Ulises para ocupar el puesto de este en el trono de la isla y en el tálamo de la viuda?

Pero no, imposible… Tienen demasiadas cosas en común y los dos han convertido la lealtad viril en un objeto de culto. No seré yo quien contribuya a envenenar su relación ni siquiera con el soplo del pensamiento.

Corto y paso.

Pero ¿y la bomba de hidrógeno?, seguirá preguntándose el lector.

Venga, voy a soltarla: Dioni, según se desprende de la lectura entre líneas de su aerograma, ha estado alrededor de un mes en la cárcel de Bombay.

Sin comentarios, ya que él tampoco se explaya sobre el asunto (y por cierto: ese capítulo de mi novela —el correspondiente al mes de julio— tendrá que ir prácticamente en blanco. ¿Cómo voy yo, pobrecita de mí, a sacarme de la manga las vicisitudes vividas por Dioni en lo que imagino espeluznantes celdas de una espantosa prisión inquisitorial de un mísero país del Tercer Mundo?).

Dioni se sulfuraría si escuchara en mi boca o leyera en mi pluma esta expresión —Tercer Mundo— y me la echaría en cara diciéndome que un escritor no debe utilizar nunca, ni siquiera para su coleto o en la más estricta intimidad, «la abominable jerigonza inventada por los funcionarios de los organismos internacionales y otros centros de idiotez, de esquizofrenia, de cursilería y de corrupción».

He leído quince veces, por lo menos, su aerograma —tan arrugado y estrujado ya como la carita de mi abuela— y sigo sin aclararme.

La culpa es de lo que él mismo llama sarcásticamente su «síndrome de la clandestinidad». Se acostumbró a ella, y a sus tragicómicos y esperpénticos usos y costumbres, durante los tiernos años de su sarampión antifranquista y desde entonces se cree la reencarnación varonil de la Matahari vigilada y acosada por los servicios secretos de todas las grandes potencias.

Niñerías.

Niñerías y narcisismo.

Pero, sea como fuere, aquí estoy, in albis *y a la defensiva, retorciéndome las manos como las actrices de los seriales radiofónicos y devorada por el comecome de la incertidumbre. Dioni, tan teatral y exagerado como siempre, ni siquiera alude en el dichoso aerograma al motivo de su detención. Se limita a mencionar escuetamente lo sucedido diciendo que «lo peor ya ha pasado» y a ponerse moños —¡qué megalomanía la suya!— anunciándome que «ya te lo contaré de viva voz, y a ser posible en tercetos toscanos y con el estilo de Dante, pero puedes estar segura de que por fin he vivido mi descenso a los infiernos, mi noche oscura del alma y también —desde que recuperé la libertad sin cargo alguno gracias a la intervención de un curioso y adinerado personaje que por su cuenta y riesgo, y a fondo perdido, pagó el multazo (y perdona si no soy o, por ahora, no puedo ser más explícito)— mi gloriosa subida al monte Carmelo».*

Y a renglón seguido, en el último párrafo de la carta, se va inesperadamente por los cerros perdidos (y rara vez reencontrados o, como mínimo, mencionados) del amor que nos une y nos desune, dice que mi recuerdo «de color castaño» flota siempre ante él y le baja —«aunque solo hasta cierto punto y en determinadas circunstancias», reconoce— la fiebre, los humos y el placer del viaje e incluso llega al extremo de insinuar que en varias ocasiones, y ahora más que nunca, ha estado a punto de tirar la toalla y de volver con el rabo entre piernas, «como un perrito faldero», al dulce hogar y a mi no menos dulce regazo.

«Porque —añade— mi casa está allí donde tú estés».

Agradezco sus palabras sospechosamente líricas y voluntariamente cursis, les quito la cáscara —su clásico mecanismo de defensa— de la ironía, las pongo por si las moscas en el congelador de la nevera y sonrío con ternura inevitable. ¡Cuántas sorpresas aguardan a Dioni en ese hogar con el que tanto sueña! Nada menos que un hijo de su sangre y una novela de mi pluma. ¿Cómo reaccionará ante lo primero y ante lo segundo? Puede ser que se desmorone, o que se enfade, o que se encierre torvamente en su salón de música, o que me levante en vilo y se ponga a dar saltos de alegría.

Todo en él y con él es posible, todo en él y con él es imposible.

Lo que me preocupa —lo que puede envenenar nuestro reencuentro— es su infantil obsesión por llegar siempre el primero a todas partes.

Y también, claro, que difícilmente se entendería lo uno sin lo otro, su empeño en abandonar el buque antes de que lo hagan las mujeres, los niños, Fernando, sus compañeros y las ratas.

Y no precisamente por cobardía, sino más bien por lo contrario.

En fin… Dejémoslo estar y que el tiempo se pronuncie.

Lo malo es que a lo mejor —a lo peor— se va a encontrar con otra sorpresa no prevista en el programa. Y conste de antemano que bromeo a medias, que escribo este párrafo con una sonrisilla de circunstancias y que —tan supersticiosa ya como Dioni— toco y retoco madera antes de poner en negro sobre blanco lo que ayer me dijo el ginecólogo.

Fui a verlo para un chequeo rutinario (aunque obligatorio en mis circunstancias), me miró por aquí y por allá, llegó a la sesuda conclusión de que el embarazo sigue tranquilamente su curso natural, me confirmó por enésima vez que daré a luz en la tercera semana de agosto o, a más tardar, en la última; me palpó las tetas, torció el gesto, comentó que me había salido un pequeño bulto junto al pezón izquierdo y que no me preocupase, porque era prácticamente seguro que la cosa carecía de importancia, pero que en casos así —muy frecuentes, al parecer, en las mujeres embarazadas— lo mejor era coger el toro por los cuernos y hacerse una mamografía, para lo cual me extendió en el acto la receta correspondiente.

¡Si Dioni, con lo aprensivo que es, se enterara! Pero no voy a decírselo, no voy a amargarle el postre de su aventura, suponiendo que efectivamente —tal y como da a entender en su aerograma— esté pensando en el regreso. Lo más probable es que se trate de uno de sus arrechuchos, de una de sus estampidas, de uno de sus saltos en el vacío. Me juego el próximo capítulo de mi novela a que en estos momentos se ha curado ya del mal de ausencias, ha metido sus propósitos hogareños en el baúl de los trastos inútiles y anda con todo el viento de los siete mares en las velas rumbo al corazón de las quimbambas.

Y no seré yo quien se lo eche en cara. Ese es el Dioni que me gusta, ese es el Dioni del que me enamoré hace más de cinco años, ese es el Dioni al que sin su consentimiento ni conocimiento he nombrado padre de mi hijo y ese es el Dioni del futuro.

Del futuro y de mi *futuro… ¿O no?*

*(*Fragmento de las memorias de Cristina.
Jornada del 28 de julio de 1969*).*

DOS DÍAS DESPUÉS DE SALIR de la cárcel, pero con ella metida aún en el alma, Dionisio buscó y encontró la dirección del *pandit*, le telefoneó, quedó con él en su guardilla de Alí Babá, le agradeció el gesto de haber pagado sin su autorización la multa, habló a fondo, escuchó con los cinco sentidos y solo al final, cuando ya llevaban casi tres horas de conversación, de enseñanza y de aprendizaje, el viajero dijo:

—*Pandit*, los españoles siempre hemos sido hombres de honor, aunque yo también temo (como lo temes tú en lo que atañe a la India) que mi país esté a punto de perder su alma por culpa de un grupo de traidores empeñados en

importar y en imitar como pintamonas las lamentables costumbres de los anglosajones, de los suecos y de los franceses…

—Tienes una excelente memoria, europeo —le interrumpió el *pandit*—. Has repetido lo que hace un mes te dije a cuento de la India casi palabra por palabra.

—La misma memoria que tú, *pandit*, si es que tan bien las recuerdas.

—¿Por qué me hablas del honor?

—Porque quiero devolverte hasta la última rupia de la cantidad que has pagado por mí.

—¿Para volver a ser libre?

—En cierto modo… No lo sería por completo si dejara aquí, al irme de la India, eso que vosotros llamáis una deuda *kármica*.

—En todo caso se trataría de una deuda *dhármica*. No te cargues con culpas que no te corresponden.

—Y tú, *pandit*, no me enredes con juegos de palabras que solo tus compatriotas o, mejor dicho, tus correligionarios pueden entender.

—Eres tú, y no yo, quien ha sacado a relucir el *karma* [Los hinduistas llaman *karma*, en sánscrito, a los efectos producidos en nuestra vida actual por el peso de las buenas o malas acciones cometidas en el pasado, y *dharma* a la ley, en líneas generales, y —en particular— al sentido del deber y al dócil y escrupuloso cumplimiento por parte de cada persona de la misión que se le asignó (o que ella misma eligió) en el momento de venir o de volver al mundo. (*N. del e.*)]… Pero olvidémoslo. ¿Cómo piensas pagarme si tienes, por lo que se me alcanza, los bolsillos llenos de pelusa y vueltos del revés?

—Trayendo oro de Paquistán.

Lo dijo como si buscara un golpe de efecto.

El *pandit*, divertido y complacido, sonrió. El solitario de su mano gordezuela lanzaba destellos. Sus ojos eran una fogata de noche de san Juan.

—No creas que me sorprendes, europeo —dijo—. Estaba seguro de que esa sería tu respuesta.

—Y yo, humildemente —esta vez fue Dionisio quien sonrió—, sabía que lo sabías.

—No puedes comprar oro sin dinero.

—Lo tengo.

—Ahora sí que me sorprendes… ¿Es verdad?

—Es verdad. Yo solo miento a la policía, *pandit*.

Dionisio titubeó, enrojeció y añadió:

—Bueno… A la policía y de vez en cuando, si no queda otro remedio, a las mujeres.

—Ya —comentó con un deje sarcástico el *pandit*—. ¿Y puede saberse cómo has conseguido ese dinero? ¿Algún negocio sucio? ¿Otra partida de *charas* nepalés? ¿O en esta ocasión es de Cachemira? No escarmientas, europeo. Y, por lo que se ve, no has perdido el tiempo en la cárcel.

—En lo último, solo en lo último, llevas razón. Efectivamente no he perdido el tiempo en la cárcel, pero puedes apostar doble contra sencillo a que tampoco lo he empleado, como sospechas e insinúas, en estudiar y aprobar con matrícula de honor cursillos acelerados de delincuencia.

—Me alegro de que sea así… Pero, en ese caso, razón de más para insistir en mi pregunta: ¿de dónde sale el dinero que al parecer posees? ¿Te lo ha dado una mujer halagada por tus mentiras o ha llegado a la *poste restante* un oportuno giro de papá?

—Me decepcionas, *pandit*. Mi dinero sale de tu bolsillo.

—¿De mi bolsillo?

—Sí, porque eres tú quien va a prestármelo. ¿No irás a decirme ahora que esto, precisamente esto, no lo sabías? Tú, que siempre lo sabes todo…

El *pandit* —tal y como había hecho cuatro semanas atrás al enterarse de que Dionisio y el Dúo Latino pretendían vender *charas* de Kathmandú en una ciudad tan sibarita como Bombay— se metamorfoseó en un mofletudo y barrigudo simulacro de buda chino, taoísta y feliz que se reía a mandíbula batiente con los ojos llenos de lágrimas festivas y descargando sonoros golpes sobre sus muslos.

Y cuando por fin, tras no pocos esfuerzos, consiguió aplacar el oleaje de las carcajadas, dijo:

—Tienes gracia, fortaleza y arrojo, europeo. Me gustas. Te he ayudado ya en un par de ocasiones y voy a seguir haciéndolo, aunque desde el punto de vista económico sea absurdo. Lo que me propones no es un préstamo, sino la financiación de un negocio en el que todos los gastos corren por mi cuenta.

—Y todos los peligros por la mía.

—Me siento cornudo y apaleado.

—No solo se vive de pan.

—Eres astuto, europeo. Sabes muy bien que no puedo infringir ese principio. Esgrimiéndolo, me entregas a ti atado de pies y manos.

—Y tú también sabes perfectamente que no te propongo un préstamo ni una financiación, sino un pacto entre dos guerreros.

—Tú eres aquí el único guerrero, muchacho. Yo solo soy un brahmín incapaz de matar una mosca.

Se acarició la barbilla, reflexionó y añadió:

—¿Sería un pacto de sangre?

—Si estás dispuesto a mezclar la tuya, que es casi azul, con la mía, que es plebeya…

—Nunca es plebeyo quien habla del honor y procura que este guíe sus pasos.

—¿Has leído el *Quijote, pandit*?

—Sí, lo he leído… Pero no perdamos más el tiempo. ¿Cuántos dólares necesitas?

—¿Dólares?

—El oro se paga en divisas fuertes, europeo. Me alegra comprobar que, tras casi un mes de cárcel, sigues siendo un pardillo.

Y, sin esperar la respuesta de su socio ni añadir una sola palabra, se encaminó calmosamente hacia la trampilla del rincón del desván en cuyo hueco —supuso Dionisio— escondía el *pandit* algo más que la balanza de oro macizo.

Los hechos no tardaron en darle la razón. Y de esa forma —gracias a un *conjurado,* a un gnóstico, a un alquimista, a un individuo tan anticonvencional como lo eran el Canciller de Estambul, el Caminador Manchego, el Troglodita de Luarca, el Comerciante Sufí, el Tigre de Bengala y el Motorista de Delhi— Dionisio salió de la suntuosa morada *kitsch* del *pandit*, aproximadamente tres horas y cuarenta y cinco minutos después de haber entrado en ella, con cuatro mil flamantes dólares americanos en los calzoncillos, la cabeza atiborrada de instrucciones, la sangre llena de adrenalina, y el nombre y la dirección de un traficante de oro de Karachi cuidadosamente anotados en el archivo de la memoria.

Dionisio llegó a Paquistán, vio, venció y regreso a Bombay con dos kilos del más noble de los metales taimada y escrupulosamente repartidos entre su cintura, sus partes pudendas, sus zapatos y la cara interior de sus pantorrillas. Todo, por una vez, salió como el viajero lo había previsto. La operación se saldó con un beneficio neto de dos mil ochocientos cincuenta dólares. Más, mucho más de lo que Dionisio necesitaba e, incluso, algo más de lo que tenía al empezar el viaje. Los panes y los peces se multiplicaban en el camino. Milagros de la aventura y de los dioses de Ulises.

El argonauta pagó su deuda con el *pandit*, se despidió de este, durmió como un gato de Angora en un hotel de cinco estrellas, alquiló una lancha con motor sueco y toldilla almohadillada para tomar el sol en la bahía y visitar por segunda vez las cuevas de Elephanta, invitó al Dúo Latino y a tres jipis que se les pegaron en las oficinas de la American Express a un opíparo banquete con

langosta y cerveza Guinness en el mejor restaurante de la ciudad, se compró unas sandalias nuevas, lio sus bártulos y a las cinco de la mañana del segundo día del mes de agosto cogió un avión de la Pan American procedente de Amsterdam que, ocho horas después, tras una breve escala en Singapur, le depositó sano, salvo, feliz, enflaquecido y dispuesto a todo en las humeantes pistas de asfalto ruso del aeropuerto de Yakarta.

Allí, después de dedicar unas horas a la visita de lo que el *Time* acababa de llamar en su *cover story* «el mayor retrete público del mundo» y de pasar platónicamente la noche en un pintoresco y abigarrado burdel mixto de putas, monstruos, efebos, travestidos, grumetes, ancianitas y militares sin graduación, Dionisio cambió la seda de la Panam por el percal de la Garuda, se encaramó a un Dakota caqui de dos hélices con inequívocas señales de haber participado activa y heroicamente en la segunda guerra mundial, y poquito a poco, a paso de saltamontes, con el alma en éxtasis y el corazón en vilo al rozar con el vientre del avión las cúpulas del templo de Borobudur, llegó a la isla de Bali.

Una vez en ella…

VII Agosto y setiembre

> Allí, en el cuerpo del Dios de dioses, Arjuna contempló reunido el Cosmos entero en su infinita variedad de seres. Sobrecogido de estupor y asombro, erizado el cabello, inclinó el héroe su cabeza y —juntando y elevando las manos— habló de este modo a la Divinidad: en ti, oh mi Dios, contemplo a los dioses todos y las innúmeras variedades de seres; veo asimismo a Brahma, en su trono de loto y a todos los *Rishis* y Serpientes divinas. Por doquiera contemplo tu infinitud: el poder de tus innumerables brazos, la visión de tus innumerables ojos, las palabras de tus innumerables bocas y el fuego vital de tus innumerables cuerpos. En parte alguna veo principio, ni medio, ni fin, oh Señor de forma infinita […] Hacia ti corren las legiones de dioses: los *Rudras* de la destrucción, los *Adytyas* solares, los *Vasus* del fuego, los *Sadhyas* de las plegarias, los *Vishwas dévicos*, los *Ashvins* o aurigas del cielo, los *Maruts* de los vientos y de las tempestades, y los *Ushmapas* o espíritus de los antepasados, así como las falanges de músicos celestes; los *Yakshas*, custodios de la riqueza; los *Asuras*, demonios del infierno, y los *Siddhas* o seres que alcanzaron su perfección en la Tierra. Todos, todos te contemplan maravillados y anonadados.
>
> *Baghavad Gita*, XI, 13 a 22

¿BALI?

No. No, por lo menos, así, a secas, como un nombre más perdido en la barahúnda de los topónimos y en el galimatías de las ciencias cartográficas.

¿La Edad de Oro? ¿El Paraíso Terrenal? ¿La Atlántida? ¿Las Fuentes del Nilo? ¿La Isla de Nunca Jamás? ¿El Elixir de la Eterna Juventud? ¿Los Oasis de Aguas Tibias de la Atlántida? ¿El Valle de Shangrilá? ¿La Región de Paso entre la Tierra y el Reino de los Cielos?

Pues sí, pensaba Dionisio, tumbado sobre el augusto lecho de la blanquísima arena de la playa de Kuta, mientras seguía y perseguía con la mirada el vuelo rasante de las gaviotas, el ritmo del vals bailado con el viento por las copas y las cinturas de adolescentes de las palmeras, y el chisporroteo de la filigrana de la espuma danzando sobre el filo de los rompientes de la

barrera coralífera… *Todo eso y, además, algo así como el eslabón perdido entre la divinidad y la humanidad, entre la naturaleza y la historia, entre el ego y el superego, entre la vida cotidiana a ras de tierra y la embriaguez del oficio y ejercicio de las bellas artes que convierten a los hombres en pilotos de altura*.

Pasó un vendedor de cocos frescos. Dionisio se incorporó, llamó la atención del intruso —no había ningún otro ser humano al alcance de la vista — agitando su pareo, entabló las negociaciones de ritual, llegó a un acuerdo, observó como el machete del indígena descabezaba el fruto con un certero tajo, acercó el coco a su boca y bebió con avidez y de un tirón su contenido.

Eran las ocho de la mañana, y sereno… Muy sereno: ni la hilacha de una nube rompía el rigor ático del cielo, su uniformidad, su elegancia, su transparencia, su tersura. *Así debió de ser*, pensó Dionisio, *el alba del mundo. Así, como yo me siento, debió de sentirse Adán cuando por decisión divina emergió de la noche de la Nada y se sumergió en la claridad del Todo*.

No volvió a tumbarse. Sonrió burlonamente, descargó un capón metafórico y taoísta sobre la pompa y la necia hojarasca de sus fatuos pensamientos, apoyó la tablilla de madera sobre sus muslos cruzados y se enfrascó nuevamente en la redacción de la carta que había empezado a escribir dos horas antes, después de un copioso desayuno vegetariano y edénico, en la soledad de su *bungalow* con techo de bálago, porche de suelo de arena, muebles de bambú, ventanas sin cristales, puerta sin cerradura y retrete turco a la intemperie.

El vendedor de cocos —¿dónde diablos estaría su clientela?— era ya solo una figura evanescente en la distancia. Dionisio mordisqueó el extremo del bolígrafo y reanudó la carta a Cristina, que había interrumpido en la mitad de una frase, al descubrir que un mono de avanzada edad y pupilas impertinentes se había acuclillado frente a él y le miraba con la misma curiosidad científica con la que Darwin había mirado a sus congéneres —los del mono, no los de Dionisio— ciento treinta y siete años antes en otra isla del Pacífico.

> *Ni tótem ni tabú —escribió el viajero tras un instante de reflexión—, ni azar ni necesidad, ni consciente ni subconsciente, Cristina. Aquí se amalgaman o reconcilian los opuestos, aquí se borran las lindes, aquí desaparece la fragmentación de mirada de ojo de mosca que falsea toda la visión del mundo de nuestros hermanitos occidentales y sume a estos —y a ti y a mí— en un estado crónico de insoportable angustia, temor, inseguridad, ansiedad y zozobra. No voy a ponerme moños, Cristina. No voy a presumir de proezas irrealizables, como lo sería la torpe intentona de despojarme primaveralmente de mi camisa de reptil latino para renacer transformado en monje budista, en* pandit *de Bombay, en diosa impúber de Kathmandú o en buen salvaje de estos pagos. Madrileño nací —en el barrio de Salamanca, para más* inri— *y supongo que madrileño, por desgracia, moriré. Pero sí*

me atrevo a asegurar, con la misma certidumbre con la que sé que ahora es de día, que en Bali he encontrado la serenidad y la plenitud de mis orígenes, el útero de mi madre, su placenta, el cordón umbilical y mi posición fetal. Nunca me había sentido tan a gusto, tan dentro de mis cabales, tan cómodo en mis zapatos, tan íntegro frente al espejo. ¿Transcurrió, acaso, en esta isla alguna de mis reencarnaciones anteriores? ¿Nací alguna vez en estos jardines colgados fuera del tiempo? ¿He sido balinés antes que fraile? Imposible averiguarlo, por el momento, pero —en todo caso— hago votos para que así sea en el futuro.

Y tú conmigo, Cristina, que no solo está mi casa allí donde tú estés (te lo decía en mi última carta…, ¿recuerdas?), sino también mi felicidad, mi porvenir y mi sosiego.

Me sorprenden, en mi boca, estas consideraciones. ¿Será que envejezco o habrá sonado la hora de convertirnos en adultos y de tener un hijo?

Tú hace ya mucho que dejaste de ser Wendy. ¿Tendré que renunciar yo al sueño de Peter Pan? ¿Tendré que resignarme a crecer y a llevar corbata?

Pase lo primero, si es estrictamente necesario, pero lo segundo, Cristina, nunca… Prohíbemelo por tu bien y en defensa propia. Si lo hiciese, dejarías de quererme. En la India y en el Nepal me han enseñado la lección —tan reñida con nuestras mustias convicciones revolucionarias— de que los símbolos son importantes. Muy importantes.

Ve pensando en estas cosas, y en lo del hijo, que ya lo discutiremos todo en el salón de música o en la terraza del bar del embarcadero del río cuando vuelva, y déjame ahora seguir hablándote de Bali como si aquí estuviese (que lo estoy) rodeado de gnomos, de hadas, de sirenas, de unicornios, de tesoros escondidos, de piratas, de heroínas de Rider Haggard y de tigres de Mompracem.

¿Y qué es Bali, con qué se come, en qué consiste? Ya lo he insinuado, Cristina: es un modo de vivir y de sentir, y de entender, y de interpretar el mundo. Es la música de las esferas. Es la armonía con mayúscula, el Supremo Equilibrio. Es el matrimonio indisoluble entre el yin y el yang o punto de fusión y de simbiosis entre tu persona y la mía, entre lo soleado y lo umbrío, entre lo húmedo y lo seco, entre lo luminoso y lo oscuro, entre lo silencioso y lo ruidoso, entre lo convexo y lo cóncavo.

Dirás —lo sé— que llevo aquí cinco días escasos y que, como en tantas otras ocasiones, me estoy dejando arrastrar juguetonamente por la subida de la marea de un entusiasmo que en cuanto cambie la luna o gire el eje de mi carta astral dejará paso a la indiferencia, al tedio, a la desilusión o incluso al desdén.

Quizá, pero permíteme que lo dude y borra ya de tu cara esa sonrisa de escepticismo. ¿Por qué? Porque Bali es, Cristina, el fruto de un milagro irrepetible.

¿Te lo cuento?

Sí, pero en dos palabras. Solo un redomado masoquista emplearía más privándose de lo que en estos momentos me rodea y me aguarda. Estoy, oh dioses de los muelles de Levante, en el centro del arco de una playa como las que imaginábamos juntos al leer a Stevenson o al evocar con admiración y envidia la sublime peripecia de Gauguin. Son —minuto más, minuto menos— las nueve de la mañana. A las diez vendrá a buscarme un bemo [Así se llaman en Bali los pintorescos vehículos que recogen y amontonan en su plataforma trasera a cualquier peatón en cualquier parte y lo llevan por cuatro perras hasta cualquier sitio. (N. del e.)] *que media hora más tarde me dejará en Sangeh, junto al Bosque Sagrado de los Monos. Jugaré con estos, me morderán la mano, treparán por mi cuerpo y se mearán en mi hombro. Lo hacen siempre. Luego me robarán algo —un bolígrafo, una caja de pastillas contra la diarrea, una foto, una estampa de la diosa Kali, un trozo de coral calcinado por el sol y abandonado en la playa o un fósil recogido en cualquier cuneta— y me iré pian pianito, siguiendo a pie las veredas de la jungla y perdiéndome por entre los latidos y dibujos de su verde corazón, hacia el reino*

fantástico de Ubud, que es a Bali lo mismo que la Toscana a Italia y que Castilla a España, y una vez en él dejaré que la vida y el azar me arrastren, y me descalzaré para visitar los templos, y vagabundearé por la calle principal, y entraré en alguno de los infinitos talleres de pintura nai'f, *y miraré embobado la esgrima de los lienzos y los pinceles, y charlaré de las cosas del mundo y de la vida con los artistas cachorros, y husmearé en los baratillos y bazares de los anticuarios, y rendiré visita de justificada admiración y pleitesía al extravagante pintor catalán que vive en lo alto de la más alta de las colinas, y comeré o comistrajearé mangos, papayas y pinchos de carne anónima con sabor a salsa de coco y cacahuete en los carritos del mercado, y disolveré el atarugamiento y la densa modorra de las digestiones tropicales con un enorme vaso de café puro (tan puro que nunca, por más esfuerzos que hagas, podrás imaginarte su sabor), y me adentraré de nuevo en el palpitante laberinto de la selva, y me ladrarán los desheredados y humillados perros de los villorrios, y procuraré que mi cabeza no tropiece con el escurrido y culebreante cuerpo de los venenosísimos reptiles de color verde doncella colgados como trapecistas de las ramas de los árboles, y me perderé, y recuperaré el norte, y volveré a perderme, y un indígena risueño y mudo me sacará del atolladero, y me sentaré a descansar junto a un arroyo, y llegarán hasta mis oídos metálicos alborotos e impetuosas cadencias de címbalos, campanas, tambores, timbales y xilófonos, y me dirigiré hacia ellos, y al doblar una de las arbóreas esquinas del bosque estallarán ante mí el fragor y los destellos —*lluvia de oro *los llaman— de un* gamelán *u orquestilla de aborígenes ensayando músicas de intención, alcance y profundidad genesiacas y cosmogónicas, y caerá el crepúsculo, y buscaré una aldea, y encontraré en sus vísceras o en sus inmediaciones un* losmen *o fonda de estilo pompeyano (las hay por todas partes), y lavaré mi cuerpo con el agua fría almacenada en la curiosa alberca del cuartucho trasero de cada habitación, y me sentaré en el porche de la mía con un cigarrillo de hierba local entre los labios, y charlaré de las cosas del mundo y de la vida con mi vecino, y saldré a cenar, y haré buenas migas con algún jipi recién llegado, y se nos pegará un golfillo, y nos propondrá ir a una gallera para jugarnos las pestañas, o a una representación de un fragmento escenificado del* Ramayana, *o a una sesión de sombras chinescas, o a una función de antiquísimas y sacratísimas danzas surgidas del inconsciente colectivo, y…*

Es tal como lo cuento, Cristina. Te lo juro: no existe, no puede existir en ningún punto de la superficie de la tierra otro lugar como este. Todas las noches, antes de dormirme, y todas las mañanas, antes de espabilarme, el pensamiento se me escapa rumbo a la antigua Grecia, porque solo allí se respiró —supongo… ¿Quién lo sabe?— en algún momento de la historia un ambiente similar al que hoy, fuera del tiempo (ya lo he dicho), se respira aún en este enclave.

Sí, es un milagro, Cristina… Un milagro de la geografía, un milagro de la demografía, un milagro de la meteorología, un milagro de los dioses y, por supuesto, un milagro del azar histórico.

Aquí, en Bali, sobreviven —rodeados por un piélago y un archipiélago abrumadoramente musulmanes— cinco millones de hinduistas de sangre azul que nada tienen que ver, ni por sus costumbres, ni por su carácter, ni por sus creencias, con los otros pueblos o grupos humanos de la zona.

Son los descendientes de los javaneses que allá por el siglo XIV, cuando los alfanjes y el monoteísmo del Islam se apoderaron de lo que hoy llamamos Indonesia, consiguieron huir de la chamusquina, y buscaron un puerto de asilo, y llegaron a Bali, y allí —aquí, Cristina— se hicieron fuertes, y plantaron verdísimos arrozales en forma de terrazas encharcadas y escalonadas hasta las cumbres de los montes, y se adueñaron inofensiva y delicadamente de una naturaleza que lo da todo sin necesidad de pedírselo y menos aún de arrancárselo, y se sumergieron en la

benignidad y cordialidad de un clima que es para los hombres abrazo de madre, y levantaron miles —miles he dicho, Cristina— de gallardos templos de piedra soberana, y predicaron únicamente con el ejemplo su modo de vivir y de pensar, y respetaron el modo de pensar y de vivir de las tribus indígenas, y poco a poco —sin prisa y sin pausa, sin apego y sin pereza— crearon un imponente corpus de religión y de folklore, y aprendieron el arte de recibir a los amigos (o «travellers»*) con los brazos abiertos y el duro oficio de espantar sin violencia a los intrusos (o* «tourists»*), y siempre, en todo momento (y hay muchos momentos en el almanaque y en los cangilones de la noria de cinco siglos), atinaron a mantener intacta su identidad, y se mantuvieron escrupulosamente fieles a sí mismos, y no cejaron nunca en el empeño de tratar de tú a tú y de mirar de frente a los dioses más estimulantes y fecundos del panteón hinduista, y no malgastaron sus talentos ni arrojaron semillas fuera de los surcos, y supieron dedicar (o, más bien,* consagrar *sus vidas al cumplimiento de tareas primordiales como lo son labrar la madera, y trabajar el marfil, y recitar en sánscrito los versículos de las antiguas epopeyas, y bailar de día y de noche en los patios de los templos, y mover con soltura y elegancia los hilos de las marionetas, y transcribir inescrutables códices en libros de hoja de palma, y percutir xilófonos y címbalos, y adorar los volcanes, y narrar historias juglarescas, y emborronar lienzos con exuberantes figuras de plantas exóticas y fastuosos animales de bestiario medieval, y fumar* ganja*), y criar gallos de lidia, y masticar nuez de coca, y limar el borde de los dientes —instrumento y símbolo de la animalidad humana— para resistirá la tentación del vicio, y cultivar la magia, y preparar y deglutir tortillas de hongos alucinógenos, y organizar y dirigir charangas —casi orquestas— de pájaros cantores, y organizar y celebrar indescriptibles e indisolubles ceremonias nupciales de larga duración, e incinerar a los muertos embaulados en el interior de una efigie de toro negro de cartón piedra con fe inapelable e invulnerable alegría, y sobre todo —como una túnica transparente, como la banda sonora de una película, como un telón de fondo, como el azul del cielo, como el arcano de la noche, como el oxígeno de la atmósfera— sonreír… Sonreír, Cristina, sonreír en cualquier momento, por cualquier motivo, con cualquier excusa y en cualquier lugar.*

¿Y qué otra cosa puedo decirte, oh pacientísima Penélope, si no hay en el diccionario —para aludir a este paraíso— palabras que no se me queden cortas?

¿Añadir, quizá, que existen ocho reinos mayores en la isla y, en consecuencia, otros tantos reyes y reinas de verdad, no de mentirijillas ni de novela de Salgari, y cientos de favoritas, y —calculadas a ojo… Nunca mejor dicho— miles de princesas legítimas o bastardas a cuál más hermosa, más grácil, más inocente, más rozagante, más inaccesible y mejor plantada?

¿Mencionar que todas las mujeres jóvenes (y algunas que no lo son tanto) llevan el pecho al aire sin descaro, sin orgullo, sin malicia y sin molicie, y que ante ese divino espectáculo —el de la naturalidad, el de la espontaneidad, el de la virginidad — es inevitable establecer comparaciones con la figura y el mito de Eva, y llegar a la lógica y apabullante conclusión de que las balinesas no charlaron en mala hora con la Serpiente ni mordieron nunca con sus boquitas locas el fruto del Árbol del Bien y del Mal?

¿Describir el amok *o sagrado delirio vertical y horizontal que de vez en cuando, porque sí o por insondable decisión de las Alturas, se apodera de los varones, y les borra la sonrisa, y les inyecta lumbre en el alma, y pólvora en las venas, y hierro colado en los músculos, y tizones en las pupilas, y pimienta en las plantas de los pies, y los obliga a enloquecer, y a desmandarse, y a gritar, y a espumarajear y a emprender una carrera desalada, y a embestir a sus semejantes con voluntad y acometividad de toro bravo, y a darse de calabazadas contra las paredes del mundo, y a poner los ojos en blanco, y a morderse la abultada lengua, y a herirse con*

puñales de sinuoso filo, y a caer por fin desplomados y agotados entre sudores, escalofríos, jadeos, sollozos, sacudidas y aullidos de licántropo epiléptico?

¿O simplemente, Cristina, basta con insistir en la evidencia de que Bali me ha enseñado el camino (o uno de los caminos, si es que hay varios) de la felicidad?

Dejémoslo así… A unos veinte metros de distancia, emboscado en la línea de sombra de los árboles, me espera ya el bemo. *Llega hasta mí, a contraviento, el sonido ronco de su bocina. Son las diez de la mañana y los monos del Bosque Sagrado de Sangeh se agrupan, impacientes y díscolos, en el Gran Calvero para darme la bienvenida y desvalijar mi zurrón. Tengo que recoger las cosas y que ponerme en marcha. Escríbeme pronto, acuérdate de mí, quiéreme y cuídate. Yo, en contrapartida, me cuidaré, me acordaré de ti, te querré como si estuvieses cerca —¿no lo estás?— y te escribiré lo antes posible.*

¿Desde dónde? Eso es ya mucho pedir y mucho decir. ¿Desde Saigón, desde Manila, desde Pnom Penh, desde Borneo?

Desde cualquier lugar, pero siempre con amor, con inquietud, con nostalgia, con rabos de lagartija en los talones y con la contradictoria esperanza de que la fiesta de mi viaje dure y de que tú y yo nos veamos pronto.

Un beso, Cristina, dos besos, un millón de besos…

Repártelos por donde más te gusten y deja algunos para los amigos, si es que dan señales de vida.

Chau.

Dionisio conoció al Barón Siciliano en circunstancias más bien insólitas o, por lo menos, ligeramente surrealistas y tirando a absurdas.

Se produjo el encuentro un jueves por la mañana, vencido ya el mediodía y poco antes de la hora del almuerzo, cuando estaba a punto de cumplirse el primer mes de felicidad del viajero en Bali.

Aquel día, como tantos otros, Dionisio salió de la playa de Kuta —donde había establecido su cuartel general y su celda de ermitaño— a bordo de un *bemo* cuyo conductor se le había acercado doce horas antes en el vestíbulo de un *losmen* de Denpasar para proponerle que hicieran juntos una excursión al lago de Batur, famoso por sus aguas termales y por la cerrilidad e indomabilidad de las tribus neolíticas que triscaban y vegetaban en sus alrededores.

El lago se extendía a los pies de un volcán momentáneamente dormido, pero cuyo último zambombazo se remontaba a treinta y siete años atrás (lo que geológicamente hablando no era mucho), y ocupaba un antiguo cráter situado a mil trescientos metros de altitud sobre el nivel del mar.

La zona servía de trono, de altar, de vivienda y de rampa de lanzamiento a dioses y ángeles oscuros que revoloteaban sobre las bocas de fuego y los pedregales de basalto, alimentaban lóbregas leyendas que ningún nativo se atrevía a poner en duda y ahuyentaban a las trémulas y asustadizas gentes de a pie, a los escasos y ridículos turistas yanquis —otros no había— refugiados como conejos con mixomatosis en las habitaciones y dependencias

refrigeradas del lúgubre hotel de estilo cuartelero levantado por la barbarie de los rostros pálidos en la playa de Sanur, y a los balineses temerosos de Dios.

Gracias a Este, al primitivismo, a la precaria economía de Indonesia, a la ineptitud del presidente Sukarno —depuesto por el furor militar y popular dos años antes— y a la feliz coincidencia de que Bali estuviese en la última punta de la madre Tierra, no existían en la sinuosa y abrupta red viaria de la isla más de cincuenta o sesenta kilómetros asfaltados. El resto era polvo, sudor y lágrimas. La gente —y, entre ella, Dionisio y los pocos jipis que por el momento se habían aventurado a llegar hasta allí— se desplazaba normalmente a pie salvando baches, charcos, pedruscos y yermos de lava, aunque también —aparte de la posibilidad de recurrir a los servicios de un *bemo*, de un carricoche arrastrado por un burro y de algún que otro pintoresco autobús con más mataduras que *Rocinante*— cabía practicar el autostop encaramándose, tras las negociaciones de ritual, a la abarrotada y trepidante plataforma de volquete de los camiones que transportaban plátanos, café, arroz y cascote entre la capital, los puertos y abrigaderos de la costa, y las aldeas del interior.

La carretera de légamo y escoria —o, más propiamente, camino de cabras, saltamontes y gnomos del volcán— que conducía, rodeándolo y sobrepasándolo, hasta el lago de Batur era abrupta, resbaladiza, brava, breve, angosta y angustiosa.

Y fue en ella, al salir chirriando y patinando de una de sus infinitas curvas ciegas con el *bemo* peligrosamente ladeado hacia las fauces del abismo, cuando surgió de pronto —envuelta en la neblina fuliginosa que flotaba permanentemente sobre aquellos desapacibles andurriales— la figura de un individuo alto, esbelto, rubio, cuarentón, de ojos azules, pelo ensortijado, mandíbula imperiosa, manos robustas, dedos de escultor y aristocrático perfil que se arropaba sin descomponer la figura ni la nobleza de su porte, pero con comicidad no exenta de elegancia y de arrogancia, en una de esas llamativas túnicas de color azafranado que llevan a todas horas los monjes budistas y que Dionisio había aprendido a distinguir y a respetar en Kathmandú.

Era aquel hombre, físicamente, una curiosa y, en teoría, imposible mezcla de tres arquetipos anatómicos: el de Nijinski, el de un navegante vikingo y el de Umbopa, el príncipe y guerrero *masai* de *Las minas del rey Salomón*.

El desconocido levantó majestuosamente la mano, pero no extendió el pulgar ni cerró el puño, y Dionisio —solidario siempre con los *travellers* o viajeros de verdad (y este, a todas luces, lo era)— apreció el detalle, que revelaba señorío, y ordenó al conductor del *bemo* que se detuviera para

recoger a aquel bicho raro que pedía la limosna del autostop sin por ello perder la dignidad.

—Supongo que vas al lago —dijo en inglés Dionisio cuando el príncipe *masai* de raza blanca y patente de corso vikinga se acercó a la furgoneta como si interpretara un *pas-á-deux* en el escenario del Bolshoi y se inclinó discretamente hacia la ventanilla.

—Pues sí, voy al lago —respondió el espectro—, pero no es ese mi objetivo. Lo que verdaderamente pretendo es subir hasta el cráter del volcán.

—¿Se puede?

—Se puede, pero hace falta una linterna, ropa de montañista, provisiones, ocho litros de agua por cabeza, un sombrero de ala ancha, un guía y varios porteadores.

—¿Existe todo eso?

—Existe.

—¿Lo tienes apalabrado?

—¿Por quién me tomas? ¿Por un turista, por un bebé, por un chicarrón australiano? En Bali todo es posible. Basta con chascar los dedos e inmediatamente te rodean dos o tres hacedores de milagros. No vas a creerme, pero una noche tuve un antojo de mujer embarazada en el mercadillo de Denpasar…

Se interrumpió con una chispa de desconfianza en los ojos y preguntó:

—¿Lo conoces?

—¿El mercadillo? Esta vez soy yo el que te pregunta por quién me tomas… Pero anda, sube, y me lo terminas de contar por el camino. Con o sin ascensión al cráter del volcán tienes que llegar al lago, ¿no?

—Eso parece.

Dionisio abrió la puerta del *bemo*, se corrió hacia el chófer e invitó al desconocido, que ya no lo era tanto, a que se instalara en el asiento de la ventanilla izquierda. Los indonesios conducían como los ingleses y no —lo que hubiera sido mucho más lógico— como los holandeses, que los habían colonizado sin dejar huella.

El *bemo* arrancó mientras Dionisio comentaba:

—Estábamos en el mercadillo nocturno de Denpasar…

—… y en mi antojo de mujer embarazada —remachó el desconocido—. Bueno, pues a eso de las dos de la mañana se me ocurrió pedir en el mostrador del infecto aguaducho de un chino rodeado de perolas y de guisotes por todas partes una langosta regada por una botella de Blanc de Blancs frío. Lo dije en broma, claro, y ni siquiera me fijé en el barullo que se organizó

alrededor de mis palabras, pero lo cierto es que hora y media más tarde, cuando ya me levantaba para irme, el chino colocó triunfalmente ante mí todo lo que le había encargado.

—¿También el vino?

—También el vino. Luego supe que lo habían conseguido en el restaurante del Bali Beach Hotel. Milagros de esta isla.

—¿Solo de esta isla? No. Milagros, mejor, de Asia. Milagros de Estambul, milagros de Erzurum, milagros de Bombay, milagros de Benarés y milagros, sobre todo, de Kathmandú.

—¿Lo dices por presumir?

—Lo digo porque es verdad.

—¿Hablas de oídas o has estado en todos esos lugares?

—Los he recorrido palmo a palmo, piedra a piedra, templo a templo, zoco a zoco. ¿Y tú?

—Yo soy un caso perdido: llevo la friolera de siete años pateándome el mundo.

—Entonces eres un maestro frente a un aprendiz.

Y le tendió la mano.

El desconocido la aceptó, la estrechó y preguntó:

—¿Cómo te llamas?

—Dionisio.

—Yo soy Bruno.

—¿Bruno? —repitió el arrendatario del *bemo* sin disimular su asombro.

—Bruno, sí… ¿Te extraña? Es un nombre casi del montón. Al menos en mi país.

—¿En los Estados Unidos?

—¡Qué disparate! Mírame.

Dionisio obedeció mientras decía:

—Si lo ordena mi maestro…

—¿Tengo cara de americano?

—No. La verdad es que no… Tienes cara de bailarín ruso, de pirata vikingo y de guerrero *masai* con la piel despintada.

—Creí que ibas a confundirme, como casi todo el mundo, con un monje budista.

—En mi tierra dicen que el hábito no hace al monje y que la mona, aunque se vista de seda, mona se queda.

—Eso significa que eres español.

—De Madrid —corroboró Dionisio cada vez más desbordado y confundido—. ¿Cómo lo sabes? ¿Por lo mal que pronuncio el inglés?

Bruno se echó a reír.

—No —dijo—, aunque se ve a la legua que no te has doctorado en Oxford ni en Harvard.

—¿Entonces? —preguntó el viajero sin darse por aludido—. La adivinanza sigue en pie…

—Siete años con la mochila al hombro dan mucho de sí. He vivido en Ibiza, en Formentera, en Maracaibo y en Cuernavaca.

—¿Durante cuánto tiempo?

—El suficiente para aprender vuestros refranes.

—¿Y nuestro idioma?

—También —dijo Bruno en español.

—¿Como si te hubieras doctorado en Salamanca?

Era una salida chinchorrera e impropia de un aprendiz, pero el maestro tampoco recogió el guante.

—Soy siciliano —dijo—, siciliano de Catania. Estudié arquitectura, ejercí esa espantosa profesión en Roma durante una pila de años, me casé, me descasé y un buen día, harto de esclavitud, de cemento y del mal gusto de los ricos, junté los ahorros, compré un billete de avión (solo de ida) para Ciudad de México y pegué el portazo.

—Y nosotros —comentó jocosamente Dionisio— hablando en inglés como dos idiotas.

Faltaban dos kilómetros para llegar al lago. Jirones de bruma salpicaban y rasgaban el paisaje.

—¿Y tú? —preguntó Bruno con gesto de águila—. ¿Puede saberse qué diablos haces aquí? ¿Qué pinta un madrileño en Bali? ¿Cómo has llegado desde los talones de Europa hasta las antípodas? Eres el segundo español con el que me encuentro en más de tres años de correrías por Asia. Os vendéis caros.

—¿Quién fue el primero?

—El primero se llama Pepe, es andaluz, tiene treinta y cinco años y, que yo sepa, está pudriéndose desde hace un montón de meses en la cárcel de Bangkok.

—¿Por drogas?

—Por drogas. Lo conocí en Vientian. Supongo que sabes que el opio es allí de venta libre. El pobre Pepe, que andaba sin un chavo, compró un kilo por cien dólares y…

—Déjalo estar —cortó Dionisio antes de que Bruno empezara a dar fechas y le arrebatase involuntariamente el honroso título de *primer jipi español de Asia*—. Conozco el paño y me imagino el resto de la historia como si la hubiera visto. Yo también terminé en la trena de Bombay, que no es manca, por culpa de un estúpido kilo de hachís comprado en Kathmandú.

—¿Fumas?

—A salto de mata. ¿Y tú?

—Todos los días.

—¿Por qué?

—¿Cómo que por qué? Porque me gusta, y punto. No hay ningún otro motivo.

El siciliano parecía sorprendido por la pregunta y, quizá, molesto. Calló durante unos segundos, mientras el chófer del *bemo* estacionaba el vehículo junto a la puerta de una choza en la que, al parecer, servían refrescos y platos de arroz frito, y añadió:

—Perdona la petulancia, Dionisio, pero estás hablando con alguien que tiene todo el derecho del mundo a considerarse un veterano y un francotirador. Viajo solo, a solas voy por la vida, nadie me espera en Italia ni en ninguna otra parte y jamás me integro en grupos. Procuro hacer amigos, pero no tengo ni quiero tener correligionarios. Y estoy hasta la coronilla de que me confundan con un jipi, con un apóstol de la psicodelia o con uno de esos filósofos baratos que después de hacer el ridículo en las barricadas de París están invadiendo el territorio libre y fantástico de Oriente con túnicas de lino cortadas a medida, babuchas de Christian Dior, escapularios de la diosa Kali y más ínfulas que Sócrates en la Atenas del siglo de Pericles.

Se habían apeado del *bemo* y entraban ya en el ventorro. Bruno seguía barbotando:

—Y todos dale que te pego con el hachís… ¡Hay que ver la manía que han cogido! ¡Ni que fuera la piedra filosofal o la varita mágica de Merlín!

Se sentaron junto a la única ventana del refugio. A través de sus cristales se veía el lago. Pidieron dos raciones de arroz frito. El chófer se había acodado en el mostrador y cotorreaba sigilosamente con el propietario del local. Bruno volvió a la carga.

—El hachís —dijo— es una chuchería, una tempestad en un vaso de agua, un espejismo que solo sirve para prolongar un poco la percepción del tiempo, para escuchar a los Pink Floyd, para dar una mano de pintura brillante a las cosas que nos rodean, para dilatar las pupilas, para hacer el amor a rienda suelta y para reírse a gusto con los amigos. Todo lo demás es pura vaina,

como dicen en el Caribe los descendientes de tus compatriotas. Pura vaina y poemas truculentos de Allen Ginsberg. No te dejes guindar, Dionisio. El *Village* para los neoyorquinos y sus imitadores. Los españoles y los sicilianos descendemos de los moros.

—¿Y no es también filosofía barata todo lo que estás diciendo?

No era una pregunta que esperase respuesta, sino un engranaje defensivo y ligeramente patético. Dionisio se sentía acorralado, sin que Bruno lo supiera, y se acordaba con pesadumbre de la *Kumari*, del *cortile* toscano de Kathmandú, de los Caballeros de la Tabla Redonda del *Cabin*, de la guardilla del *pandit* y de los dientes sagrados de la cordillera del Himalaya.

Su interlocutor, ajeno a todo ello, siguió zurrándole la badana.

—*Turn on, tune in, drop out* —dijo en inglés— y luego, si te apetece, seguimos hablando del asunto.

—Explícame antes, si no es molestia, a cuento de qué viene la ristra de latinajos que acabas de escupir.

—¿Nunca los habías oído?

—No. No, por lo menos, así: en fila india.

—¿Te dice algo el nombre de Timothy Leary?

—Me dice poco. Sé que es un profesor del Departamento de Psicología de la Universidad de Harvard que se ha dedicado al estudio de los efectos del LSD.

—Ponte al día.

—Llevo casi ocho meses sin leer el periódico.

—Me parece una medida muy saludable.

—A mí también. No te puedes imaginar la cantidad de toxinas que he eliminado.

—Sí que puedo. Yo dejé de comprar la prensa el día en que fumé mi primer canuto.

—¿Ves cómo el hachís sirve para algo?

—Al principio, solo al principio… Luego se convierte en una rutina.

—Como todo.

—Como *casi* todo —puntualizó Bruno—. ¿Volvemos a Timothy Leary?

—Volvamos. ¿Hay algún capítulo nuevo en su hoja de servicios?

—Lo hay. ¿Timothy Leary es, además de lo que has dicho, el fundador y el sumo sacerdote del Movimiento Psicodélico en los Estados Unidos?

—¿Otra religión, otra iglesia, otro de esos apóstoles que tan poco te gustan?

—Pues sí, la verdad es que sí… Y la ristra de latinajos que te ha sacado de tus casillas es su lema.

—Tradúcelo, *please*. Habíamos quedado en que ni soy Shakespeare ni tengo el título de doctor en filología inglesa por la Universidad de Oxford.

—Lo intentaré, aunque no es fácil. *Turn on* podría significar algo así como *mete los dedos en el enchufe, acóplate, embraga, conecta…*

—Segundo latinajo.

—*Tune in…* O sea: *sintoniza, muévete al compás del universo, vibra por resonancia, fluye, ponte en onda*. ¿Vale?

—Vale. Y ya solo nos queda el tercer mandamiento de la ley de Timothy Leary y sus acólitos.

—Sí… *Drop out*.

—¿*Cae, desengancha, vuela, deslízate, déjate ir*?

—Y no pises nunca el freno, porque entonces te la pegas… Lo has entendido muy bien. A ver si ahora resulta que estudiaste en Cambridge.

—Una traducción no es una explicación. Repito mi pregunta: ¿a cuento de qué venían los latinajos?

—A cuento de la diferencia entre los alucinógenos con mayúscula y los alucinógenos de cartón pintado. Y conste que yo no aconsejo ni los unos ni los otros. El éxtasis se gana a pulso y desde dentro. Con paciencia, claro… No lo venden los farmacéuticos ni las estanqueras, ni los profesores de Harvard, ni los minoristas del mercado negro. Pero si de verdad quieres saber lo que es un *trip*, una excursión galáctica, un *viaje* a la intemperie para hombres de pelo en pecho y no para hijos de papá, olvídate del hachís y prueba sustancias con más meollo.

—¿A qué precio?

—Al precio de la aventura entendida como búsqueda del conocimiento en el fondo de lo desconocido: el que pagó Ulises, el que pagó Orfeo, el que pagó Eneas, el que pagó Dante…

—¿Bajar a los infiernos pasando por el purgatorio?

—Tú lo has dicho: bajar a los infiernos o simplemente (cuando los dioses achuchan, pero no ahogan) asomarse al borde de las calderas de Pedro Botero, olfatear el olor de la chamusquina, dejar que los pelos se te pongan de punta y mirar de frente a los monstruos de tus abismos interiores.

—¿Servirían como sucedáneo de tente mientras cobro, solo de momento y para abrir boca, las laderas de ceniza y el horrible cráter azufroso de un volcán en llamas habitado por todos los espíritus diabólicos de esta isla de arcángeles?

Bruno miró con socarronería a Dionisio, chistó al camarero y pidió café. Los dos platos de arroz estaban vacíos.

—¿Con que esas tenemos? —preguntó—. ¿Quieres hacer un poco de montañismo?

—Si tú lo consientes…

—Lo consiento, pero tendrás que levantarte a las dos y media de la mañana. El que avisa no es traidor.

—¿Nos darán a esa hora chocolate caliente, churros y una copita de cazalla?

—¿No habíamos llegado a la conclusión de que en Bali todo es posible?

—Entonces, trato hecho.

Y así fue cómo el Barón Siciliano —Bruno, efectivamente, lo era— entró de poder a poder y pisando fuerte en la denodada y huracanada vida de Dionisio.

Búsqueda, juventud, egocentrismo, gozos y sombras de la amistad correspondida.

Levantarse con el cielo a oscuras y todos los luceros encendidos, ducharse con agua gélida en el gélido patio de un *losmen*, pisar lava, pisar lava, pisar lava, ponerse un volcán por montera, asomarse a su horrible cráter azufroso, emprender el camino de regreso, pisar lava, pisar lava, pisar lava, reponer las fuerzas con un plato de arroz frito y un enorme vaso de café, perder el tiempo y ganar el alma zascandileando sin prisa ni propósitos alrededor de un lago, observar discretamente las costumbres y la forma de vivir y de morir de las últimas tribus neolíticas, pasear por el bosque y charlar, visitar los templos y charlar, sentarse en la *veranda* de un *losmen* y charlar, contemplar el crepúsculo y charlar, desplazarse en *bemo* y charlar, tomar el sol a la orilla de un río y charlar, quemar las jornadas juntos y charlar, dirigirse poco a poco hacia el norte de la isla y charlar, encontrar allí una playa de ensueño y charlar, alquilar un *bungalow* de dos pisos con techo de bálago y charlar, perderse por el monte y charlar, bañarse como Nerón o Mesalina en las piletas de unas fuentes de aguas termales y charlar, comer langostinos a discreción y charlar, levantarse a las cinco de la mañana para presenciar el desayuno de los delfines frente al sol naciente y charlar, tumbarse bajo un mosquitero y charlar, dormirse y…

¿Charlar?

No, no, nada de eso: gozos y sombras de la amistad correspondida.

O sea: filosofar, filosofar, filosofar.

Bruno y Dionisio convirtieron la playa de Lovina en algo muy parecido a un santuario interior sin más atributos exteriores que los de la madre naturaleza.

Cierto día, alrededor de las diez de la mañana, apareció en el porche del *bungalow* un arrapiezo al que jamás habían visto entre la chiquillería que tesonera y cotidianamente los rodeaba e importunaba.

Bruno, imperturbable, siguió fumando con la mirada fija en el mar. Dionisio interrumpió la lectura de la *Baghavad Gita* —el Barón Siciliano llevaba siempre en su equipaje ese evangelio mayor del hinduismo—, levantó los ojos y preguntó:

—¿Qué quieres?

—Buenos días —dijo el recién llegado—. Vengo para saber si os gustaría tomar una tortilla de hongos…

—¿Qué clase de hongos?

—Hongos alucinógenos, Dionisio.

Era Bruno quien lo decía. Y añadió:

—Son los *magic mushrooms* de los que ya te había hablado. ¿Recuerdas?

El Barón Siciliano empuñó el timón de los acontecimientos, se volvió hacia el intruso y le dijo:

—¿Tienes aquí los hongos?

—No —fue la respuesta—. Pero puedo conseguirlos en un par de horas.

—¿Por qué tanto?

—El tiempo de ir al monte para recogerlos. Tienen que estar recién arrancados. Si no, no vuelas…

Y el mocoso llenó los puntos suspensivos con un gráfico (y grávido) gesto de la mano.

Bruno miró a Dionisio:

—¿Te decides?

—Me parece que no tengo escapatoria.

—Pues adelante… Solo se muere una vez.

—En cada vida —puntualizó Dionisio.

—¿Cuánto queréis que dure el viaje?

Era el vendedor de hongos quien lo preguntaba.

—¿Seis horas? —propuso cautelosamente el Barón Siciliano.

—Tú eres el capitán de este buque —admitió Dionisio— y, por lo tanto, tú mandas.

—Ya lo has oído, chaval. Echa a correr y a las doce en punto nos vemos aquí. ¿Cuánto va a costarnos?

—Quince rupias.

—Ocho —regateó Bruno.

—Diez.

—De acuerdo.

—La mitad por adelantado.

Se la dieron. El diablillo tentador desapareció tan rápida y silenciosamente como había aparecido. Empezaba la cuenta atrás.

Un ventilador blanco colgado del techo. Una cama de matrimonio. Dos butacones de bambú con cojines de *batik*. Un amplio ventanal y, colándose por él en la habitación, un prado de color pajizo con seis vacas, una hilera de árboles, chozas, acequias, el verde telón de fondo de las montañas y el dosel del cielo rasgado por las nubes. Una pared frente a la cama y, en uno de sus paneles, un mapa de Europa clavado con chinchetas. Dos mesillas de noche y, sobre ellas, libros, ceniceros, unas gafas de sol, una botella de gaseosa, recado de escribir, un paquete de cigarrillos, un despertador y un frasco de pastillas contra la malaria. Un magnetófono japonés de bolsillo sobre el alféizar de la ventana y, a través de su minúsculo altavoz, la letra y la música de *Yellow submarine*. Bruno tumbado en la cama con su eterno cigarrillo entre los labios y la mirada perdida en el techo de color cremoso. Dionisio desplomado sobre uno de los sillones con su eterno bolígrafo entre los dedos y la imaginación perdida en la distancia de color brumoso.

Y, por último, dos platos con restos de tortilla, un par de tenedores, unas migajas y un trozo de papel de periódico olvidados sobre una triste bandeja de latón.

Eso era todo o, por lo menos, eso era todo lo que un observador imparcial hubiera distinguido a simple vista. El resto de la procesión iba por dentro.

Habían tomado la tortilla de hongos mágicos alrededor de una hora antes. Dionisio, desde entonces, interpelaba cada dos o tres minutos a Bruno diciéndole:

—Maestro, sigo sin notar nada.

Y el Barón Siciliano, burlonamente, le respondía:

—Paciencia, aprendiz, paciencia… No se ganó Zamora en una hora.

Era pasmoso. Conocía, incluso, ese refrán simultáneamente castizo e ilustrado.

Y en eso empezó la zambra, el alboroto y el tiroteo. Dionisio acababa de mirar el despertador y de comprobar que era la una y veintinueve y que, por lo tanto, solo habían transcurrido dos minutos desde la última vez que lo había hecho. Suspiró y fue entonces cuando distraída y descuidadamente tuvo

la impresión —capturada al vuelo con el rabillo del ojo— de que algo se movía en el mapa de Europa. Se sobresaltó, detuvo la mirada en él, aguzó las pupilas e inmediatamente se las dilató el asombro: los colores, los nombres propios, los entrantes y salientes del litoral, las manchas de la orografía, los puntos y estrellas señalizadores de las ciudades y las sinuosas líneas de los ríos y las fronteras bailaban entre sí, se acercaban y se separaban, se deformaban y se reformaban, se rompían y se recomponían, se estiraban como un tiragomas para comprimirse y apelmazarse luego hasta configurar nódulos de dimensiones casi microscópicas, se convertían en amebas, pedúnculos y protozoos salidos de la noche de los tiempos de la biología, estallaban como burbujas de lodo procedente de otros planetas y, en líneas generales, armaban en las dos Europas e islas adyacentes —uno contra uno y todos contra todos— un zafarrancho de combate que hubiera puesto las corbatas de punta y los trajes grises o azules con las solapas gachas a los funcionarios, embajadores y chupópteros del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas.

Y Dionisio, sin apartar ni un instante los *embercocados* ojos de la pared, hacía todo lo posible para *meter los dedos en el enchufe, moverse al compás del universo* (o al endiablado ritmo, por lo menos, del mapa del Viejo continente) y *dejarse ir* a donde los *magic mushrooms* le llevaran.

Turn on, tune in, drop out.

Y, además, se divertía.

Así transcurrieron mil años de tiempo interior rigurosamente medidos por la conciencia del viajero, aunque las manecillas del despertador —Dionisio tuvo la presencia de ánimo necesaria para mirar de reojo su esfera por enésima vez— marcaba la una y treinta siete minutos de la tarde del día 12 de setiembre de 1969.

Y el mapa no dejó en ningún momento de taconear, cimbrearse y mover frenéticamente el esqueleto a impulsos de la música de *Yellow submarine*.

El viajero —que en esta ocasión lo era por partida doble— desvió al fin los ojos, sacudió la cabeza, respiró abdominalmente en ocho tiempos, miró alrededor, pensó que la butaca de bambú era un cohete espacial, se agarró con fuerza a sus brazos, regresó momentáneamente al dormitorio del segundo piso de un *bungalow* alquilado a un chino de Denpasar en la playa balinesa de Lovina y se miró el ombligo.

Nunca lo hubiese hecho.

¿Por qué?

Porque una gigantesca y peluda araña de quince arrobas distribuidas sobre el precario soporte de cientos de kilométricas patas articuladas subía

balanceándose pesadamente por sus rodillas y sus muslos, mientras una mosca tsé-tsé con trapío de toro de cinco hierbas bajaba oscura y torvamente por su esternón.

Saltaba a la vista que se habían citado —sabe Dios con qué propósitos— en el ombligo del viajero.

La fascinación de este, convertida ya en hipnosis generalizada, subió de punto hasta tal extremo que la realidad entera se diluyó y todo, absolutamente todo, menos él mismo, desapareció de su memoria, de su entendimiento, de su voluntad, de sus sentidos e, incluso, de su desbordante y desbordada imaginación.

Siguió despierto y en pie, aunque malherido, el subconsciente.

Porque solo del subconsciente —supuso Dionisio— podían venir la hermana mosca y la hermana araña de descomunales dimensiones que en aquel momento, tan cachazudamente, se paseaban por su anatomía.

—¿Todo va bien? —sondeó el Barón Siciliano.

Parecía ajeno al yo y a la circunstancia de su compañero de *trip*, pero evidentemente —como lo demostraba la pregunta— no había olvidado su condición de hilo de Ariadna.

—Todo va mal —contestó Dionisio sin perder el humor, pero con gesto atribulado—. Una araña y una mosca del tamaño de Moby Dick se dirigen en este instante hacia mi ombligo con la desfachatada intención de acampar en él. ¿Qué hago? ¿Espantarlas o mantenerme al margen de los acontecimientos?

—Mejor lo segundo. Son inofensivas criaturas de tus abismos y monstruos de papel inventados por el miedo. Acuérdate de lo que dice Freud, tranquilízate y, sobre todo, no frenes.

—Preferiría acordarme de lo que dice Jung —insinuó Dionisio con un hilo de voz y una frágil sonrisa—, pero si no queda más remedio…

—Jung llegará más tarde —dijo Bruno—. Ahora estás aún a flor de agua. Ya sabes: *drop out*.

—Húndete —tradujo sin demasiada convicción el zarandeado y apaleado astronauta.

—Exactamente… Húndete, tantea el fondo del estanque y ya verás cómo encuentras en él los túneles que desembocan en los pucheros del inconsciente colectivo.

—¿Ahí termina el viaje?

—No.

—¿Hay, aún, otras estaciones?

—Eso parece.

—¿Muchas o pocas?

Lo preguntaba como quien abre el resquicio de una puerta a la esperanza. Bruno se echó a reír.

—Una por lo menos, Dionisio. Agarra bien el timón, átate al mástil y no te desmoralices.

Las cazaba al vuelo. Sabía estar siempre en su sitio, alerta al quite, al adorno y al desplante. Era —pensó el novillero— un magistral director de lidia.

—¿Cómo se llama?

—¿Cómo se llama qué?

—La última estación —susurró el aprendiz de buzo.

Su interlocutor titubeó y por fin, sin mucho entusiasmo, dijo:

—Tiene, en casi todas partes, un nombre de cuatro letras. Adivínalo.

—No estoy para esos trotes. Me rindo.

—Se llama Dios.

Golpe de efecto, impacto del mismo, sorpresa y pausa.

—¿Has llegado tú a esa estación?

Lo preguntó Dionisio.

—¿Cuándo? ¿Ahora?

—Alguna vez.

—No.

Nueva pausa para conseguir otro golpe de efecto.

El Barón Siciliano, tras ella, añadió:

—No, no he llegado nunca, Dionisio, y mejor sería que no te hicieses ilusiones al respecto. Tú tampoco vas a llegar.

—¿Estás seguro?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque los alucinógenos no cubren ese trayecto.

—¿Para qué sirven entonces?

—Para entreabrir las puertas de la percepción.

—¿De la percepción de qué?

—Simplemente de la percepción… De la percepción en sí misma y con mayúscula.

—Eso me suena.

—Lo dijo Huxley… Pero no te pongas irónico ni me perdones la vida. No es el momento adecuado. Podrías pegártela.

—¿Conoces algún tren que llegue a esa estación?

—Sí, lo conozco, pero no puedes tomarlo. Será él quien te tome a ti, Dionisio, y no cuando tú lo quieras, sino cuando su conductor lo decida.

—Has dicho *quien* en lugar de *que*.

—Efectivamente.

—Entonces es una persona y no una máquina.

—En cierto modo. Hay quienes la consideran así.

—¿También tiene nombre?

—Sí, lo tiene, pero vuelvo a lo de antes: quizá no sea este el momento más adecuado para revelártelo.

—Dilo.

—Allá tú. Si te empeñas…

El Barón se encogió de hombros, sonrió, tomó carrerilla y anunció:

—Se llama muerte.

—¿*Muerte*?

—Sí, Dionisio, *muerte…* No sé de ninguna otra droga que conduzca a Dios.

—¡Cuán largo me lo fiais!

—¿Volvemos a las andadas? No seas bravucón, españolito. En Oriente no existe la ironía. Por algo será.

—¿Ni el sarcasmo?

—Ni el sarcasmo. Los sabes mejor que yo.

—El *pandit* me dijo que la muerte es el momento más importante de la vida. ¿No te parece una paradoja?

—No, no me lo parece. El *pandit* es un hombre sabio y tiene razón. Por una vez, y sin que sirva de precedente, voy a recurrir al refranero italiano y no al español. Mis compatriotas dicen, y también llevan razón, que *un bel morir tutta la vita onora*.

—Eso no es un refrán, Bruno. Es un verso.

—Puede… Pero un verso convertido en refrán.

—¿No existen alucinógenos capaces de provocar en quien los toma la ilusión de la muerte?

—La muerte es ya, en sí, una ilusión: el disfraz de un rito de paso a otras dimensiones… ¿Has leído el *Bardo Todol*?

—No. ¿Qué es eso?

—El verdadero nombre de lo que la cultura occidental llama *Libro tibetano de los muertos*.

—No has respondido a mi pregunta.

—Tienes razón… La contesto ahora: *todos* los alucinógenos pueden crear en el usuario la ilusión de que está muriéndose o, incluso, de que ya se ha muerto.

—¿Y después resucitan?

—Sí, después resucitan.

Dionisio guardó un minuto de silencio y a continuación, rascándose el cogote, ladeando la cabeza y frunciendo los músculos faciales, dijo:

—San Bruno…

—¿Sí?

—*Morir habemus*.

—Hermano…

—Te escucho.

—Ya lo sabemos.

Tras la conversación vino el silencio. Eran las dos menos diez. Dionisio optó por seguir los consejos del Barón Siciliano, se acordó de Freud, se tranquilizó, se enfrascó en la plácida y resignada contemplación de los movimientos de la Hermana Mosca y de la Hermana Araña —inofensivas criaturas, al fin y al cabo, de sus propios abismos— y permitió que los monstruos de papel inventados por el miedo anidaran en la cavidad de su ombligo, se le subieran a las barbas y campasen por sus respetos.

O sea: no frenó.

Y casi en el acto, tal y como Bruno había dado a entender entre líneas, las emanaciones de su subconsciente se evaporaron mientras los símbolos zoológicos de su inseguridad dejaban de pasearse por su abdomen y desaparecían de la superficie de este como si solo hubieran sido efectos ópticos proyectados sobre pompas de jabón.

O pajaritas, efectivamente, de papel.

Terminó *Yellow submarine*, enmudeció el magnetófono, empezó a escucharse el tictac del despertador y Bruno, bostezando y desperezándose, se levantó, fue hasta la ventana y cambió la cinta por otra canción de los Beatles: *Abbey Road*.

La hilera de árboles estaba en su sitio, las vacas no se habían movido del prado y el sol seguía su curso.

Como si allí —pensó el aristócrata italiano— *no estuviera sucediendo nada*.

Dionisio aprovechó la ocasión y la distracción de su amigo para burlar la vigilancia de este y trasladarse de puntillas a la planta baja del *bungalow*. No la reconoció, pero qué importaba. Baudelaire decía (y Bruno se lo había

recordado) que la tarea del héroe consiste en buscar lo nuevo braceando en las profundidades de lo desconocido. Más difícil y, por lo tanto, aún más fecundo sería encontrar lo nuevo en el fondo de lo conocido.

Este luminoso razonamiento —¿y si en realidad fuese un sofisma?, pensó con angustia el viajero— tonificó a Dionisio y lo animó a extender el radio de acción de sus exploraciones.

Abandonó el saloncito de la planta baja de la puerta trasera —la delantera daba al porche— y salió al minúsculo patio que acogía entre sus cuatro paredes encaladas y machacadas por el sol un retrete de estilo turco, una ducha de agua fría, un lavabo, un espejo de deteriorada superficie y dos o tres cuerdas para colgar la ropa.

Miles de insectos zumbaban en el recinto y se apelotonaban sobre sus baldosas. Dionisio, que tenía ganas de orinar, se acercó a la letrina, separó los bordes del pareo, hurgó en la bragueta de los calzoncillos, miró hacia abajo para calcular la trayectoria y se petrificó en el aire.

Lo que se abría entre sus pies no era un vulgar sumidero de retrete turco fabricado en Yakarta, sino el *big bang*, la explosión de los orígenes, el agujero negro de las galaxias, el pozo del fin del mundo, las escaleras del infierno.

No pudo ni en realidad intentó hacer aguas. Las funciones fisiológicas perdieron de repente su significado. Se olvidaba de respirar, se olvidaba de pensar, se olvidaba de comer y de beber, se olvidaba de vivir.

Pero sudaba… Sudaba copiosamente, y jadeaba, y temblaba, y se maravillaba, y se acobardaba, y se quedaba paralizado.

Aquello —aquel fragor, aquel vórtice, aquel seísmo, aquella zarabanda— duró miles de años en el pecho de Dionisio (y tres o cuatro minutos en el del dios Cronos), pero terminó.

Terminó porque el viajero, en un fugitivo instante de lucidez, atinó a respirar abdominalmente en ocho tiempos y consiguió separar los ojos del abismo y las plantas de los pies del borde del retrete.

¿Lucidez o lo contrario? ¿No hubiera sido más noble engallar el alma, templar, mandar y permanecer en la brecha?

Se encogió de hombros, porque la suerte —para bien o para mal— estaba echada, se enjugó el sudor y buscó con avidez otro objetivo.

Acababa de presenciar la creación del mundo y, simultáneamente, su destrucción. ¿Existía acaso, después de eso, bajo la bóveda celeste y sobre la piel rugosa de la tierra algún otro espectáculo, ensueño, delirio o fantasmagoría capaz de emocionarle o, por lo menos, de interesarle?

Dionisio entró en el *bungalow*, cogió la *Baghavad Gita* y salió al porche. El sol era una banderilla de fuego puesta en todo lo alto. Los insectos voladores y zumbadores seguían desplegando en el vientre del aire su estrategia de pilotos *kamikazis*. El universo vibraba y humeaba. La música y la letra de *Abbey Road* le envolvían y bailaban con él. Era como si estuviese a punto de empezar el Sermón de la Montaña.

El viajero hojeó afanosamente el libro, encontró lo que buscaba, se sentó en el suelo con las piernas en la posición del loto, se dirigió mentalmente al dios Krishna y recitó:

> *¡Oh, Rey! Los mundos, al igual que yo, se amedrentan ante tu monstruosa forma, con tal profusión de bocas y ojos, de brazos, piernas y pies, de pechos y amenazadores colmillos.*
>
> *Pues al verte alcanzando el cielo y resplandeciendo con tal variedad de matices, al contemplar tus bocas desmesuradamente abiertas y tus enormes ojos fulgurantes, se estremece mi alma, pierdo el sosiego y me siento desfallecer.*
>
> *Ante tus enormes mandíbulas armadas de dientes amenazadores y abrasadores como el fuego devorador del fin del mundo mi ánimo se conturba y la alegría me abandona. ¡Apiádate de mí, Señor de los dioses, columna del universo!*
>
> *Los príncipes y señores de la Tierra, juntamente con los adalides de nuestro ejército, corren atropelladamente a precipitarse en tus horrendas bocas erizadas. Algunos de estos infelices, con la cabeza triturada, se ven cogidos entre sus agudos colmillos.*
>
> *Como caudalosos ríos que en arrebatada corriente se lanzaran en derechura al Océano, así todos los héroes y poderosos de la Tierra corren en tropel a abismarse en tus bocas ígneas.*
>
> *De igual modo que en raudo vuelo se arrojan a una hoguera enjambres de mariposillas para encontrar allí segura muerte, así también con ímpetu creciente láncense los mortales a tus mil bocas para su propia destrucción.*
>
> *Atrayendo de todas partes con tus lenguas flamígeras generaciones enteras, nada hay que no devoren tus ardientes fauces. Llénase el universo de tu esplendor y con el fuego de tus rayos se abrasa.*
>
> *Dime, dime quién eres Tú, que tan aterradora forma presentas. ¡Salve, Dios excelso! ¡Ten piedad! Yo ansío conocerte, Ser Primordial, y no acierto a comprender tu manifestación ni a adivinar tus intenciones.*

Dionisio alzó los ojos, buscó con ellos la línea de la costa, dejó el libro en el suelo, salió otra vez al patio del *bungalow*, se desnudó, se duchó sin enjabonarse, se acercó al lavabo, se apoyó en su borde, hundió la mirada en el espejo y escrutó con avidez y morbosa complacencia la imagen que el azogue le devolvía.

Aún resonaban en su cabeza —y, sobre todo, en su corazón— los últimos versos leídos:*… dime, dime quién eres Tú, que tan aterradora forma presentas*.

Dionisio repitió mentalmente la invocación y esperó la respuesta del oráculo del espejo. El rostro que se reflejaba en este dijo:

—Yo soy el Tiempo y soy la Muerte destructora del mundo. Llegado a la plenitud me manifiesto para exterminio del linaje humano. Ninguno entre los guerreros que militan en las tropas del enemigo…

La voz, que al principio era firme y tonante, casi jupiterina, fue cayendo en picado hasta convertirse en un runrún, en un soplo del vacío lindante con el silencio.

Y fue entonces cuando la imagen de Dionisio —su cara, su pecho, su vientre, sus brazos— se desfiguró, se descompuso, se deshizo.

Fue entonces cuando su piel yerta se transformó en un hervidero de gusanos, cuando la calavera se le transparentó a través de la carne, cuando se derritieron sus pómulos, cuando se desplomó de golpe su esternón y entre flatulencias y resoplidos se desinfló su abdomen, cuando sus párpados se convirtieron en polvo de ala de mariposa nocturna y sus ojos —desorbitados, estrangulados— descendieron lentamente por sus mejillas como un glaciar de lava blancuzca, como una babosa gigante, como una ameba del pleistoceno, como un reptil de gélidas escamas y tentáculos gelatinosos.

Dionisio —desconcertado, pero no derrotado— mantuvo el tipo, siguió frente al espejo, entró en su trastienda, hurgó en sus rincones, se demoró en los detalles, miró su muerte cara a cara.

Y no frenó.

Bruno, desde la ventana, le guiñó un ojo.

—¿Me vigilas? —preguntó Dionisio.

—Moderadamente —admitió el Barón Siciliano y Cicerone del Más Allá —. ¿Cómo va eso?

—Bajo control —dijo el cadáver—. Pero me parece que he llegado ya a la penúltima estación y que me han arrinconado en una vía muerta.

—No lo toleres. Haz valer tus derechos. Avisa inmediatamente al interventor, al ministro de obras públicas o a la guardia civil.

—De acuerdo… ¿Qué hora es?

—Ni idea. El despertador se ha parado.

—Lo que faltaba —gruñó Dionisio.

Y se metió de estampida en la habitación de la planta baja.

Quería cambiar el tercio, descansar un poco, respirar abdominalmente, digerir la experiencia y olvidarse del tenebroso mundo del espejo. Se tumbó en una de las dos camas disponibles, encendió desde la cabecera el ventilador del techo, apoyó la nuca en la almohada, cerró los ojos, inspiró, espiró y volvió a morirse.

Así, literalmente: volvió a morirse… Conocía bien el camino. Hay lecciones que se aprenden al primer intento.

Solo que esta vez se murió del todo.

Fue tierra en la tierra, átomo en el átomo, humo en el humo, aire en el aire, nada en la nada.

Y luego, muy lentamente, a lo largo de un proceso de resurrección y metamorfosis que duró cientos de miles de años interiores, Dionisio —o lo que quedaba de Dionisio— cobró sucesivamente forma de canto rodado y abandonado en el fondo de un estanque, forma de burbuja en fase de ascensión, forma de corriente y de círculo concéntrico de agua, forma de nenúfar al garete sobre la superficie de esta, forma de río manriqueño que va a dar en la mar, forma de estuario, forma de vapor, forma de nube, forma de lluvia, forma de helecho, forma de tronco caído y varado en una playa primordial, forma de cocodrilo hambriento y soñoliento junto a la orilla de una charca de la jungla, forma de…

Todas las formas, todos los seres, todos los sonidos, todos los colores, todas las sustancias, todos los objetos reales e irreales, venturosos y desdichados, posibles e imposibles.

Y luego, *in extremis*, en el penúltimo minuto, después de cientos de miles de años enloquecidos y enloquecedores, Dionisio volvió a ser Dionisio.

Volvió a serlo para su desgracia y rechinar de dientes, porque solo en ese momento —al reencontrarse sin aviso con su persona y con su identidad— apretó bruscamente el pedal del freno, operación esta que en el transcurso de un viaje psicodélico equivalía (según san Bruno) a morder el fruto del Árbol del Bien y del Mal, a pecar contra el Espíritu y a granjearse la expulsión de los jardines del Edén.

Y resultó que san Bruno, como todos los santos, estaba en lo cierto, porque Dionisio derrapó, patinó, dio mil vueltas de campana y se la pegó.

El terror, por fin, se había adueñado de su cuerpo y de su alma, de sus sentidos, de sus pensamientos, de sus junturas, de sus intersticios y de sus entretelas.

Luchar hubiese sido un gesto de estupidez, de arrogancia o de demencia. Lo más prudente era poner cuanto antes pies en polvorosa.

Y Dionisio los puso, vaya si los puso… Se incorporó, saltó de la cama, subió de tres en tres los peldaños de la escalera que conducía al dormitorio del segundo piso e irrumpió en él jadeando —casi sollozando— con la cara descompuesta por la angustia.

Y allí, a puerta gayola, sentado sobre el colchón con las piernas cruzadas, lo recibió sin despeinarse el director de lidia.

—¿Algún problema? —preguntó con afabilidad y un deje de recochineo.

Dionisio asintió e imploró ayuda con los ojos secos. No sentía vergüenza ni estaba el horno para tales bollos. Había bajado la guardia por completo.

Bruno, sin moverse de su sitio ni descruzar las piernas, lo embarcó en el vuelo y en el viaje de su capote. Habló, explicó, preguntó, indagó y escuchó alternativamente. Conocía el terreno que pisaba. Dominaba la técnica del rescate psicológico. Fue tierno, firme, duro, perseverante, inteligente, intuitivo, paternal y piadoso. Bordó su papel de hilo de Ariadna. Metió al Minotauro en toriles. Vendó con palabras iluminadoras y consoladoras los espantados ojos de Dionisio, acalló el fragor que anegaba su pecho, amansó el oleaje de sus venas, atemperó los latidos de su corazón. Y por último, cogiéndole con suavidad de la mano, le enseñó algunos de los secretos del Laberinto —el laberinto de la vida, el laberinto del amor, el laberinto de la muerte— y le sacó de sus recodos, de sus vueltas y revueltas, de sus trampas, de sus pozos, de sus barrizales.

Y, mientras lo hacía, se fue transformando a los ojos de Dionisio en una enorme rana verdosa, triangular y panzuda. En una rana, sí. En la ranita bondadosa y sabia que tan a menudo aparece en los cuentos infantiles para ayudar a salir del bosque a los niños que se han perdido en él.

¿Era una alucinación o una transfiguración? *Imposible averiguarlo*, pensó Dionisio, *hasta que estos puñeteros hongos dejen de incordiar*. Bruno, en cualquier caso, hablaba como una rana, se movía como una rana, escuchaba como una rana y parecía cómodamente instalado en su papel de rana.

La sesión de psicoanálisis se prolongó durante doscientos o trescientos mil años.

—Ahora ya estás bien —diagnosticó de repente el Barón, con voz de batracio—. ¿Y si nos fuéramos a chapotear un poco en otros cazaderos?

—¿Has dicho *chapotear*? —preguntó, fascinado, Dionisio.

—Pues sí: eso parece… He dicho *chapotear* —admitió Bruno—. ¿Por qué? ¿Qué tiene de raro?

—Por nada, por nada… Cosas de los *magic mushrooms* y de la madre que los parió. Déjalo correr.

—Entonces, ¿nos movemos?

—No hablarás en serio…

—Por supuesto que hablo en serio. No sé si te das cuenta de que llevamos un montón de horas metidos entre estas cuatro paredes.

—¿Horas?

El Barón se echó a reír.

—Bueno —dijo—, pongamos milenios.

—Milenios, no… Eras geológicas.

—Razón de más para que demos una vuelta.

—¿Por dónde? ¿Por la playa?

—Por la playa o por donde tú quieras.

—Bruno…

—Dime.

—¿Crees que estoy en condiciones de salir y de enfrentarme con el mundo a pecho descubierto?

—No dramatices. Sí, Dionisio, lo creo.

—Pues yo no.

—Bobadas. Estás perfectamente. Tienes una sonrisa de oreja a oreja y una cara de felicidad que da gloria verla.

—Mentira. Estoy hecho puré. Me siento como si hubiera servido de alfombra a todos los soldados del ejército nazi con sus botas claveteadas.

—No sabes lo que dices. Has tenido un pequeño ataque de paranoia, y punto. La gente suele pasarlas canutas en su primer viaje. Mucho más canutas que tú. Hazme caso.

—No, Bruno. No he tenido un pequeño ataque de paranoia. Me he muerto, he resucitado, me he vuelto a morir y he vuelto a resucitar… Entre otras cosas.

—Muy bien. ¿Dónde está, entonces, el problema? Te has muerto, has resucitado, vuelves a ser tú, te llamas Dionisio, tienes treinta y dos años, tu novia se llama Cristina y estás en Bali. Anda, vístete.

—No.

—¿No pensarás salir en pelotas?

—Ni en pelotas ni con abrigo de astracán.

—Venga, no seas pelmazo.

—No soy pelmazo. Me limito a tener instinto de conservación y a pensar en mi madre.

—¿Algo más?

—Sí.

—¿Qué?

—Tampoco quiero que me vean los chicos de la recepción en este penoso estado.

—No seas idiota. Nadie se va a dar cuenta de que te has zampado una tortilla de hongos.

—Yo me doy cuenta. Y, además, mientes. Es imposible que no me lo noten.

—Te propongo una cosa.

—Contra el vicio de pedir…

—Baja al patio y mírate al espejo. Verás cómo te tranquilizas.

—¿Al espejo? ¿Quieres que me mire al *espejo*?

—Sí, quiero que te mires al espejo. ¿Te sorprende? Hay uno encima del lavabo, ¿sabes? A lo mejor no lo has visto.

—Ya. Seguro que es eso, seguro que no lo he visto. ¡Qué cabeza la mía! Siempre en Babia.

—¿No me dijiste que en el colegio te llamaban *Lunilla*?

—Pues sí, me lo llamaban… Y al parecer con razón.

—No es mal apodo.

—No, no lo es. Lo llevo con orgullo. Y a propósito: ¿podrías aclararme por qué tienes tanto interés en que me mire al espejo?

—Para que veas lo requeteguapísimo que estás.

Rezumas salud por todos los poros. Nadie diría que dentro de un mes escaso vas a cumplir treinta y tres castañas.

—No creo que llegue a cumplirlas. Seguro que esta misma noche o, a más tardar, mañana por la mañana vuelvo a morirme.

—Por lo menos no has perdido el humor.

—Debe de ser lo único que me queda.

—¿Te pones de una vez el pareo y nos largamos?

—¿Solo el pareo? Me van a detener por desnudismo en la vía pública.

—Seguro. Y la policía, al interrogarte y torturarte, descubrirá que te has tomado una ración doble de *magic mushrooms* y te condenará a cadena perpetua.

—Exacto.

—Pues vístete de tul ilusión con yelmo de Mambrino, fajín de felpa y coraza de monja de clausura. ¿Vamos?

—No, Bruno, no vamos. Y aprovecho la pregunta para poner en tu conocimiento que no abrigo la más mínima intención de ponerme el pareo ni ninguna otra prenda de vestir. Soy hombre de costumbres caseras. En el hogar, con los niños encima y los pies arrimados al fuego, se está mejor que en cualquier otra parte. Te confieso, además, que me gusta este *bungalow*. Me recuerda a Cristina.

—¿Por qué?

—Todo me recuerda a Cristina. Estoy tocado de ala.

—¿Y a tus hermanitos? ¿No te recuerda a tus hermanitos?

—Pues sí… ¿Cómo te has dado cuenta? Eres un lince, Bruno. ¿No te lo había dicho nunca?

—Déjate de chorradas y vístete. Ahí tienes las sandalias. Se nos va a hacer de noche.

—Es lo natural a estas horas.

—¿Te decides?

—No.

—¿Llamo al grumete para que avise a la tripulación de que tenemos rebelión a bordo?

—¿Cómo piensas sofocarla?

—Dionisio…

—A sus órdenes.

—Solo una pregunta, y conste que estoy hablando en serio.

—¿Muy en serio?

—Muy en serio.

—Dispara entonces cuanto antes y acabemos de una vez.

—¿Quién es el guía?

El tono de voz había cambiado. Dionisio calló, parpadeó, encajó el rapapolvo y por fin, con gravedad y nobleza, reconoció:

—Tú, Bruno. Tú eres el guía.

—Entonces aplícate el cuento, agacha la cabeza y obedece sin rechistar. ¿No era eso lo que habíamos convenido?

—El que la sigue, la mata —rezongó el viajero, que se había acostumbrado a los refranes por influencia de su amigo y recurría a ellos casi tan a menudo como lo hacía este—. De acuerdo. Tú mandas y, por consiguiente, tú ganas, pero con una condición.

—¿Cuál?

—Que no me obligues a mirarme al espejo.

—Si eso es todo…

Salieron del *bungalow*, pasaron sin contratiempos por delante de los chicos de la recepción, llegaron al batiburrillo de tenderetes, cafetines y aguaduchos del cruce, contrataron los servicios de dos motocicletas para que sus aguerridos jinetes los condujeran monte arriba hasta las aguas termales de Banjar y doce minutos después estaban en ellas.

Era un lugar encantado. Ni Dionisio ni Bruno conocían muchos sitios así. Boscosa soledad, silencio habitado por los sonidos casi sinfónicos de la selva, orquídeas silvestres, monos haciendo de las suyas, pájaros cantores, amistosos insectos, ofidios invisibles, estanques escalonados y llenos hasta los bordes de agua tibia y sulfurosa, y —para colmo— las lentas, suaves y multicolores ascuas del crepúsculo.

La marea de los hongos mágicos empezaba a decrecer. Las cosas, poco a poco, volvían a estar en su sitio y recuperaban sus dimensiones normales. El sentido común, después del desbarajuste, volvía por sus fueros. El corazón de los astronautas psicodélicos ya no era un pura sangre desbocado. Los monstruos del subconsciente individual se desvanecían en el éter de la conciencia. Los dioses, ángeles, demonios y espíritus elementales del inconsciente colectivo regresaban a sus guaridas y escondrijos en el magma y sagrado fuego de los Orígenes. El mundo dejaba de humear y de vibrar. Los meridianos de energía cósmica se ocultaban bajo la corteza de la realidad convencional. Don Quijote volvía cabizbajo a casa mientras el pollino de Sancho caracoleaba gozoso al sentir el tirón de la querencia. Los seres vivos bostezaban dispuestos ya a arrebujarse en los pliegues de la oscuridad y a acogerse al derecho de asilo de la noche. Y en medio de esta desbandada y toque de retreta general, como demostración y recordatorio de que algo, efectivamente, había sucedido, Bruno seguía transformado en rana —en rana absoluta, en rana perfecta, en rana arquetípica y platónica— a los ojos de Dionisio.

Y el hecho de estar ambos metidos hasta la cintura, primero, y hasta la barbilla, después, en uno de los estanques de agua turbia y azufrosa contribuía a acentuar esa impresión simultáneamente consoladora, desconcertante y divertida.

—Solo nos falta la compañía de un par de emperatrices romanas para sentirnos como Nabucodonosor en las termas —croó Bruno.

—Y, ya puestos —convino Dionisio—, tampoco estarían de más dos o tres docenitas de esclavas nubias abanicándonos con paipais de vello de melocotón traído a lomos de porteador negro desde los verdes oasis del desierto arábigo.

Los dos motoristas aguardaban el regreso de los césares en la minúscula explanada de tierra roja que se abría al pie de los jardines colgantes de Banjar.

—¿Dónde vamos ahora? —preguntó el más joven de los indígenas, que milagrosamente chapurreaba algo de inglés, al encontrarse de nuevo en presencia de sus estrafalarios clientes—. ¿Al cruce de la playa de Lovina?

—¿Crees que estará abierto aún el templo budista? —preguntó el Barón Siciliano.

—Probablemente. Los bonzos no lo cierran hasta que se hace de noche. Pero tendríamos que darnos prisa.

Cinco minutos después estaban en su atrio. El sol era ya una enorme moneda cobriza a punto de colarse por la ranura de la lucha del horizonte. Las ramas de los altos y poderosos árboles se cernían como enlutadas aves de ultratumba sobre las tejas rojas y los barrocos remates de las dependencias del templo, que era el único lugar de culto y de meditación budista existente en el océano unánime del hinduismo balinés. En algún remoto y secreto rincón del santuario nacían, y llegaban hasta los oídos de los intrusos, los círculos concéntricos, solemnes y sonoros de las vibraciones del *auuummmmmmm* lanzado desde la mezquindad de este valle de lágrimas hacia la plenitud del cosmos por la serenidad de quienes habían elegido el sendero de la renuncia a los ásperos, efímeros y ruinosos placeres del mundo para pagar su deuda con el Espíritu y regresar suavemente al seno de la divinidad y al regazo del nirvana después de su desencarnación.

Bruno se fue hacia la derecha y Dionisio hacia la izquierda mientras los motoristas se sentaban en el peldaño superior de la humilde escalinata que servía de acceso al templo y pegaban la hebra con el monje guardián, deseoso —como todos los asiáticos— de saber quiénes eran, de dónde venían, adónde iban y qué diantre pintaban allí aquellos dos rostros pálidos vestidos como los aborígenes.

Dionisio vagabundeó, ya casi a tientas, entre los bien cuidados parterres y arriates de azucenas y de asfódelos, llegó hasta la puerta del edificio principal, la encontró entornada, la empujó con delicadeza, entró, se acercó a la estatua amarilla de Buda que ocupaba el altar, se sentó ante ella en la postura del loto, respiró abdominalmente en ocho tiempos, vació todas y cada una de las venillas y circunvoluciones del cerebro, estrujó y lijó los lóbulos de este hasta convertirlos en una lámina de papel en blanco, cerró los ojos para ver mejor y se puso a meditar.

Los *magic mushrooms* aún descargaban coletazos. La percepción del tiempo seguía estirándose interminablemente. El espacio era una vasta llanura sin fondo. Los objetos parecían relojes blandos y otras invenciones de Dalí. La estatua de Buda sonreía mientras su tercer ojo miraba sincrónicamente hacia todas las direcciones. En su ombligo nacía la respiración abdominal del cosmos y en su ombligo moría —para renacer inmediatamente— esa misma respiración. Dionisio se sentía como un agujero oscuro palpitando en el vacío.

De repente, ajeno a todo —o quizá no—, entró en el recinto —rasgando su silencio, su intemporalidad y su penumbra— un pajarillo de larga cola y de muchos y muy brillantes colores que, sin titubear, como una gota de lluvia, como un rayo de Iahvé, como un aerolito sagrado, fue a posarse sobre el hombro de Buda.

Dionisio encontró entonces a regañadientes el camino de regreso a la realidad cotidiana y poco a poco volvió a sus cabales. Se levantó, saludó al príncipe Gautama inclinando la cabeza y juntando las manos a la altura del *chakra* del pecho, y salió de la capilla.

—Bruno… —dijo en voz baja.

—Estoy aquí.

El Barón Siciliano le miraba sonriente desde el pedestal de una columna. Se había sentado en él, bajo el parpadeo de las estrellas, y esperaba a su amigo.

—¿Qué hora es? —preguntó este.

—Ni la más remota idea, pero supongo que la de ir volviendo a casa. Nuestros centauros se quejan. Ya han venido dos veces. Y el monje de la portería también. Dice que tiene que cerrar el templo.

Dionisio se acercó a la columna. Bruno seguía hablando.

—¿Has digerido ya los hongos?

—Casi por completo, pero con algún que otro eructo.

—¿Por el rabillo del ojo?

—Por el rabillo del ojo.

—¿Conclusiones?

—Muchas, casi infinitas, pero dejémoslas para mañana. Estoy cansado, Bruno, tan cansado como Matusalén en el instante de su muerte.

—¿Sigues creyendo en ella?

—¿En quién? ¿En la muerte?

—Sí.

Dionisio calló y sonrió. Bruno no se dio por vencido.

—Y eso que antes —añadió—, cuando estabas en el patio del *bungalow* y yo en la ventana, te referiste a ella diciendo que habías llegado a la penúltima estación.

—¿Por qué sabes que hablaba de la muerte? Yo no la mencioné. ¿Eres un viejo o eres un diablo?

—Ni lo uno ni lo otro, Dionisio. Pura lógica sin mezcla de magia alguna. La muerte es, en efecto, la penúltima estación.

—¿Y la última? ¿Cómo se llama, dónde está, para qué sirve, quiénes se apean en sus andenes?

Esta vez fue Bruno el que calló y sonrió antes de reanudar la contemplación de las estrellas.

En el fuste de la columna había una inscripción. Dionisio la vio precisamente *por el rabillo del ojo* y, antes de leerla aprovechando la circunstancia de que estaba escrita en inglés, miró la firma. Era una frase de Buda y decía: *cada cosa, en este mundo de abajo, tiene su propio e inconfundible aroma. El aroma del océano, por ejemplo, es el de la sal. También la doctrina que yo predico tiene su aroma. Y ese aroma se llama libertad*.

Fue un fogonazo. Dionisio dejó de sentirse *como un agujero oscuro palpitando en el vacío*. La luz lo inundó, lo colmó, lo desbordó.

Y entonces dijo:

—No, Bruno. No creo en la muerte. E incluso sé ya cuál es la última estación, no solo la penúltima.

—¿Te atreverías a ponerle nombre?

—¿Por qué no? Tiene muchos y todos bastante comunes.

—¿Cómo la llamarías?

—*Vida eterna*, por ejemplo. ¿Vale ese?

—Vale —respondió, visiblemente satisfecho, el Barón Siciliano.

Y Dionisio, olvidándose de los motoristas y del monje portero, se sentó junto a la ranita sabia y amistosa, apoyó la cabeza en la columna, cruzó las manos sobre el ombligo, respiró abdominalmente en ocho tiempos, alzó la mirada, vio una estrella fugaz, pensó en Cristina, formuló tres deseos, percibió la música de las esferas, voló hacia lo invisible, admiró la gloria del universo, regresó a su infancia y, una vez en ella, volvió a amar a Dios sobre todas las cosas.

VIII. Octubre

Cuatro insaciables cosas tiene el mundo: la boca del caimán es lo primero; el buche del milano, lo segundo; las manos de los monos, lo tercero; y, como nunca logra verse harto, el ojo humano siempre fue lo cuarto.

Rudyard Kipling,
El libro de la selva

Y, DE REPENTE, todo se disparó: el viaje, los acontecimientos, la danza de la conciencia de Dionisio, el ritmo de su vida, los vaivenes de su contradictoria voluntad y las etapas del camino de retorno.

De retorno, sí, pero ¿adónde exactamente?

Dos frases —y los respectivos conceptos encerrados en ellas— martilleaban de día y de noche las sienes y los sueños del viajero.

La primera había salido de la pluma de Hölderlin y decía: *al final del camino todo seguirá como al comienzo*.

Y la segunda, que era un proverbio hindú, rezaba: *la vida es un puente que hay que cruzar, pero sobre el que no se debe construir casa alguna*.

Dionisio creía que Hölderlin se equivocaba, aunque desde luego no se habría atrevido a jurarlo, y pensaba que los indios —como de costumbre— tenían razón.

Pero, en ese caso y desde esa perspectiva, ¿por qué y para qué renunciar al paraíso y volver a casa?

Dio mil vueltas al asunto, no encontró —ni nadie le entregó— la clave de la respuesta y optó por hacer lo que el sentido común le aconsejaba: encogerse de hombros y atenerse a su promesa de reaparecer entre los cachivaches del *salón de música* antes de la medianoche del veinticuatro de diciembre de mil novecientos sesenta y nueve.

Al fin y al cabo, ¿no era Cristina el fiel de la balanza, el fulcro de la decisión, el quicio de la puerta de regreso y la única voz con voto en el debate?

Dionisio, pues, se resignó, imitó a Ulises y emprendió el viaje de vuelta a Ítaca, pero lo hizo —mínima concesión a la zozobra de su pecho— zigzagueando todo lo que las circunstancias y la premura le permitieron.

Tenía aún algo más de dos meses y medio por delante.

Cogió un avión en el aeropuerto de Denpasar, aterrizó en Yakarta, siguió en barco hasta Singapur y desde allí, como pudo, a trancas y barrancas, de junco en junco y de puerto en puerto, como un pirata de novela de Salgari capaz de caminar sobre las olas, se las apañó para llegar ileso no tanto a la ciudad mítica —casi imaginaria— de Saigón cuanto a la indiscutible capital de la guerra del Vietnam.

Y allí, por enésima vez desde el comienzo de su viaje, se cayó del caballo como un muñeco de plomo y sufrió una de las mayores costaladas ideológicas de su existencia.

Eso sí: sin perder el humor, a pesar de lo aparatoso del batacazo, de las muchas costillas del alma que se rompió en él y de la gravedad del pronóstico.

Fue una purga, pero no una mutilación. El viajero salió fortalecido y regenerado de la prueba. Algo así —pensaba— debió de sentir el niño Aquiles cuando su madre lo sacó de las aguas de la laguna Estigia.

Dionisio, como la mayor parte de los retoños de su generación, creía que la infantería de marina del ejército de los Estados Unidos era una especie de jardín zoológico o de jungla sin ley poblada por bestias feroces que habían invadido voluntaria, voluntariosa y voluptuosamente Vietnam para asesinar y devorar a los buenos salvajes de Rousseau, Marx y Lenin que lo poblaban.

Y no. La realidad —tal y como tercamente se manifestaba en los hechos, en las cosas, en los seres y en la urdimbre y al trasluz de la vida en la calle— no coincidía ni poco ni mucho ni nada con la visión e interpretación de la guerra transmitida al mundo por los periodistas enviados a la zona.

Dionisio, además, era aún demasiado joven para rendirse a la evidencia de que los medios de información nunca dicen la verdad y de que la libertad de prensa es una utopía lanzada por los ilusos y un señuelo hábilmente manejado por la hipocresía democrática para lavar los cerebros de sus súbditos.

Pero en Saigón tuvo que doblar el espinazo ante los molinos de Sancho Panza, tuvo que renunciar a la creencia diabólica y estúpida de que la información es necesaria para el progreso del espíritu, tuvo que incluir a los alegres y achampanados chicos de la prensa entre los siniestros protagonistas de la historia universal de la infamia.

El primer zarpazo se lo descargó en la frente un argentino alto, moreno, huesudo y cincuentón que trabajaba entre güisqui y güisqui para una agencia

de noticias falsas con pedigrí castrista y sede en algún oscuro lugar de Iberoamérica de cuyo nombre, por la razón que fuese, el sabueso de marras y pícaro con carné no quería acordarse.

Dionisio le conoció una noche, después del toque de queda, en un taburete de la barra de la cafetería del hotel Continental. Estaba, lo que no era raro entre los extranjeros residentes en Saigón, rodeado de putas por todas partes. Y fue el sagrado vínculo del idioma —que vuelve consanguíneos a los seres humanos— la coartada a la que recurrieron para trabar conversación, ahuyentar al mujerío e instalarse en una mesa frente a un plato de sopa china y una mustia botella de vino marroquí envasado en Francia.

—No se te ocurra quedarte en esta ciudad de mierda —dijo el bonaerense (pues bonaerense era) a modo de aperitivo—. O no te quedes, por lo menos, más de lo estrictamente necesario. Márchate, como todo el mundo, a Pnom Penh o a Vientian. Aquello es Jauja, *bambino*, mientras aquí solo hay pulgas. Pulgas, mosquitos, sífilis, purgaciones, ladronzuelos, turistas yanquis, restaurantes pringosos, millonarios chinos y policías corruptos…

—Entonces me quedo —le cortó Dionisio—. Eso es justamente lo que estoy buscando. Me gusta el panorama.

El argentino se echó a reír y dijo:

—Te entiendo, compadre, te entiendo… Eres uno de esos tipos que necesitan emociones fuertes en la boca del estómago.

Y se calló para ver si su interlocutor daba gozosas muestras de asentimiento.

Pero no las hubo. Dionisio, que a flor de piel no congeniaba con aquel charlatán y pájaro de cuenta, se escudó tras una distante sonrisa de esfinge sin secreto. El argentino, al cabo de unos segundos, dio por cerrado el paréntesis y reanudó las hostilidades.

—En ese caso —dijo— no tienes por qué preocuparte. Tanto en Pnom Penh como en Vientian abundan las mercancías que he mencionado. Así que sigue mi consejo, empaqueta tus cosas y lárgate.

—Si allí hay lo mismo que aquí, ¿por qué tendría que marcharme? Francamente: no le veo el chiste… ¿Cuáles son las ventajas?

—¿Te lleno el vaso?

—Llénalo.

—En primer lugar, mi querido representante de la madre patria, allí (en Camboya, en Laos y también, por cierto, en Thailandia) vas a encontrar efectivamente lo mismo que aquí, solo que más barato y de mejor calidad. ¿Te convence el argumento?

—No, mi querido indígena aherrojado y explotado por la barbarie colonial de mis compatriotas… No, por lo menos, en la medida necesaria para irme de este país cuarenta y ocho horas después de haber llegado. ¡Qué carape! Al fin y al cabo estoy en la guerra del Vietnam, ¿no? Sería absurdo que desaprovechase la ocasión de chapotear un poco en el mayor mito romántico de nuestra época. Mis amigos no me lo perdonarían.

—Iba a darte más argumentos.

—Pues dámelos, si es que los tienes… Y a propósito: no metas en danza el vil metal. Yo vivo sin dinero en cualquier parte.

—A costa de las mujeres, supongo… Te alabo la costumbre y el gusto, *bambino*.

El viajero pasó por alto la observación.

—En segundo lugar —siguió el periodista— no creo que le hagas ascos a un buen *filet mignon avec des frittes* servido como Dios manda.

—¿Con todo lo que ello implica?

—Con todo lo que ello implica, *bambino*. Vas a sentirte como si estuvieras en el mejor barrio de París. Hoteles con sábanas limpias, cruasanes recién hechos, pan crujiente, mucamas vestidas de domingo, películas dobladas al francés, periódicos de dos días antes, campos de golf, piscinas desinfectadas, vida social, señoras de lujo dispuestas a todo, partidas de póker hasta el amanecer, contrabando de pieles de tigre y de drogas, fumaderos de opio abiertos veinticuatro horas al día, espionaje internacional y grandes negocios, *bambino*, grandes negocios.

—Ni en los mejores ni en los peores barrios de París, que yo sepa, hay fumaderos de opio.

—Pues más a mi favor… Hazme caso: vete a Vientian. Allí es donde estamos todos.

—¿Quiénes sois todos?

—Los representantes de la canallesca, como decís en España.

—¿Te refieres a los corresponsales de guerra?

Había asombro, incredulidad, recelo y rabia en la pregunta. Dionisio se resistía a admitir y a digerir lo que estaba oyendo.

—Sí, claro —contestó el argentino—. Me refiero a los corresponsales de guerra. ¿A quiénes, si no?

—¿No irás a decirme que vivís en Vientian?

—Pues sí: te lo digo… Vivimos en Vientian.

—¿Todos?

—Muchos, aunque también hay masoquistas que se toman en serio el oficio y aguantan aquí.

—¡Pero Vientian está a dos mil kilómetros de distancia! —estalló Dionisio.

—No tanto, no tanto… Déjalo en mil quinientos. Un par de horas de avión, tres o cuatro güisquis de etiqueta negra servidos por un pimpollo con perfume de Chanel, y *voilá*.

—Parece ser que ahora estás en Saigón.

—¿Cómo lo adivinaste? Eres una persona inteligente, *bambino*. Llegarás lejos, pero conste que me has pillado en esta cloaca por casualidad. Vengo una o dos veces al mes y me quedo lo justo. Nunca más de tres días. El patrón se conforma con eso. Hay que disimular un poco, ¿no crees?

—¿Cuántas crónicas envías a la semana?

—Cuatro como mínimo.

—¿Y noticias?

—Sí, también noticias. Prácticamente a diario.

—¿De dónde sacas la información?

—¿Qué información?

—La información necesaria para escribir esas crónicas y recoger esas noticias.

—Bueno… La verdad es que hay muchos sistemas.

—¿Cuál es el tuyo?

—Pongo la radio y después hablo un ratito por teléfono con mi ayudante.

—¿Tienes un ayudante?

—Todos lo tenemos.

—¿Aquí? ¿En Saigón?

—Naturalmente.

—¿Una especie de corresponsal del corresponsal de guerra?

—Algo así. Resulta muy cómodo. Son muchachitos de diecinueve o veinte años que quieren aprender el oficio.

—Pues van dados.

Esta vez fue el argentino quien pasó por alto la observación.

—Les haces un favor —dijo—, ellos nos lo hacen a nosotros y todos contentos. Cobran, además, muy poco y son más listos que el hambre.

—¿Quieres decir que tú y tus compañeros contáis a los lectores de los periódicos cosas que no habéis visto ni verificado?

—¿Qué necesidad hay de eso? Créeme, *bambino*: basta y sobra con un toque personal y un poco de ingenio y de inventiva. El periodismo es un arte.

¿A quién le importa si cuentas o no cuentas la verdad? Recuerda que el lector tampoco ha visto esas cosas.

—¿Entonces tengo que llegar a la conclusión de que os estáis sacando limpiamente de la manga todo lo que en Europa sabemos o creemos saber a propósito de esta guerra?

—¿A qué guerra te refieres?

Dionisio miró, estupefacto, a aquel soberbio ejemplar de impostor cosmopolita y optó por no abrir la boca.

—Mira, *bambino* —oyó que le decían—: llevas muchos meses viajando por Asia y tienes, según tu propia confesión, treinta y tres años recién cumplidos; así que déjate de monsergas y de moralinas. Este mundo es una caca, yo voy a lo mío, mis colegas también y al lector, que lo zurzan. Nadie le obliga a comprar periódicos. ¿Por qué no lee el *Quijote*? Y, para colmo, esta guerra no existe, *bambino*, es una farsa. Te lo juro: nunca ha existido. Nos la hemos inventado nosotros, los representantes de la canallesca, y por lo tanto nos pertenece, nos pertenece, nos pertenece… Métetelo bien en la cabeza, atorníllalo, no busques líos, vive y deja beber.

El argentino subrayó la palabra con la acción y se echó al coleto un vigoroso trago de vino. Después chasqueó la lengua, se limpió los labios con la remendada servilleta y siguió:

—Indochina no viene en el mapa de la realidad, *bambino*. Es solo un cubo de la basura para que los rusos y los americanos viertan en él sus miserias, sus fantasmas y sus contradicciones. ¿No dicen que los periodistas somos el cuarto poder? Anda, sal a la calle, echa un vistazo, vuelve y cuéntame lo que has visto. No ahora, claro, porque te detendrían o te matarían, sino mañana por la mañana, cuando levanten este jodido toque de queda. Verás soldados yanquis con los faldones de la camisa fuera del pantalón y una puta colgada de cada brazo. Parecen jipis, *bambino*, verdaderos jipis desharrapados, drogados y degenerados. Verás señoras americanas con sombreros de floripondios y culo fondón fotografiándolo todo con su *instamatic* entre grititos histéricos de entusiasmo menopáusico. Verás a los últimos diplodocus con arteriosclerosis de la edad de oro del colonialismo francés borrachos como cubas de vinagre en las trastiendas de los antiguos tugurios de la Legión. Verás a los generales del ejército vietnamita pisoteando mendigos y armando bronca por las calles del centro de la ciudad. Verás restaurantes de cocina regional francesa con manteles de cuadros y luz de velas llenos hasta los topes de turistas venidos desde Illinois, Connecticut y Cincinnati en busca de patriotismo mezclado con exotismo. Verás corrupción por todas partes. Y

de vez en cuando, si tienes suerte, oirás (pero no verás) algún que otro disparo al aire salido del fusil de un francotirador del barrio chino o, por la noche, mientras te pudres en el hotel durante las mil horas (lo que se dice una eternidad, *bambino*, una piojosa e interminable eternidad) del toque de queda, a lo mejor consigues escuchar entre ronquidos y pesadillas el eco de los castañazos que descargan los B-52 sobre las copas de los árboles de una jungla que se lo traga todo como si fuera leche de biberón.

El presidente de Yanquilandia debía de estar escuchándole, porque en ese momento llegó hasta los oídos de la clientela de la cafetería del hotel Continental el fragor de un bombardeo lejano.

El periodista calló, sonrió con aires de superioridad, se esponjó como una gallina clueca y, mientras volvía a llenar su vaso, dijo:

—¿Ves?

—Veo, veo —comentó lacónicamente Dionisio.

Y luego, enarcando las cejas, añadió:

—¿Eso es todo?

—Eso es todo, *bambino*. No busques héroes ni heroínas ni heroicidades, porque no los encontrarás. Cuando los franceses guerreaban aquí a punta de bayoneta y mataban como matan los hombres y no los muñecos, mirando de frente los ojos del enemigo, no había en Vietnam ni una sola carretera cerrada al tránsito de la población civil. Ahora, a pesar del despilfarro de dólares y del apabullante despliegue tecnológico de los americanos, lo están todas. Platita y máquinas, *bambino*, máquinas de novelas de ciencia ficción y de películas de Hollywood contra pobres labriegos camuflados en las horquillas de los árboles y atontados por la desnutrición y el *betel*. ¿Para qué demonios sirven los botones de los tableros de mandos, los números digitales, las lucecillas fosforescentes, el famoso napalm, los proyectiles teledirigidos y los ingenieros disfrazados de militares? No te dejes engañar, *bambino*. Aquí no hay guerra, porque las guerras tienen alma. Aquí hay solo economía y tecnología. ¿Y sabes lo que te digo? Te digo que, por mí, pueden meterse todo eso donde más daño les haga. Y no te escandalices, *bambino* democrático, no te escandalices. Nadie puede recoger información veraz sobre la mierda. La mierda es un desecho, un fantasma, una sombra, una nuez vacía. La mierda no existe y, por si fuera poco, huele mal. ¿Qué quieres que hagamos? ¿Qué pensarían nuestros lectores si les enviáramos crónicas y noticias con olor a mierda? ¿Eh? ¿Qué pensarían los lectores? ¿Y qué haría el director de la agencia para la que trabajo? ¿Eh? ¿Qué haría ese hijo de la gran puta? Te digo yo lo que haría, *bambino*, te lo digo yo: me pondría inmediatamente en la

calle con una buena patada en el culo. Y además estaría en su derecho. No seré yo quien se lo discuta. Ya conoces mi filosofía: vive y deja beber… Por cierto: ¿quieres un trago?

No hubo respuesta ni falta que hacía. El argentino, embalado, llamó al camarero.

—Una botella de Johnny Walker —dijo.

Su compañero de mesa y de sobremesa se creyó en la obligación de aclarar:

—Conmigo no cuentes. Detesto el güisqui. Sabe a barbarie, a zafiedad y a ratón disecado.

—No importa, *bambino,* no importa… Me basto y me sobro para verme las caras con esta botella sin tu inestimable colaboración. Llevo un cuarto de siglo bebiendo a solas.

Se sirvió una dosis capaz de frenar en seco la embestida de un rinoceronte y añadió:

—Bebiendo a solas, pero dejando beber en paz al prójimo, ¿eh?… Eso sí, eso sobre todo, eso que no me lo quiten ni me lo discutan. Recuerda mi filosofía.

El argentino, turbio y estropajoso, tartajeaba, farfullaba y espurreaba.

—Pero me he desviado, *bambino*, me he desviado…

Tenía la costumbre, el deje y el compás de remachar los conceptos y de repetir las frases. Cosas del alcohol y, quizá, de la arteriosclerosis.

—Estaba explicándote —siguió— que los lectores no digieren las noticias crudas, se aburren cuando algún tonto con diploma de Harvard les cuenta las cosas como son y exigen romanticismo…

Apuró el vaso, lo llenó de nuevo hasta el borde, lo vació y volvió a colocarlo ruidosamente sobre la mesa. Tenía la mirada vidriosa y la lengua pastosa.

—… romanticismo, romanticismo, romanticismo —repitió como un autómata mientras descargaba furiosos golpes sobre el brazo derecho de su sillón de bambú con el puño cerrado y crispado—. Y eso, solo eso, *bambino* de corazón puro y gallego de mierda, es precisamente lo que les damos.

Terminó a duras penas la frase, eructó, contuvo una arcada, tragó saliva, puso los ojos en blanco, los cerró, cayó de bruces sobre los restos de una macedonia de frutas tropicales salpicada de lichis frescos, se durmió en el acto, empezó a roncar y eso fue todo.

El segundo zarpazo vietnamita alcanzó y derribó a Dionisio catorce horas más tarde, mientras almorzaba sudorosa y opíparamente bajo la petulante

marquesina sin ventiladores de un restaurantillo de tres al cuarto.

Acababa de encargar el postre cuando se le acercó un chico muy joven, casi un adolescente, y le pidió permiso para sentarse a su mesa. El viajero, entre divertido y desconcertado, trazó en el aire un leve gesto de aquiescencia y el intruso, que por su forma de hablar, sus exquisitos modales, su evidente timidez y su palpable discreción parecía persona culta y de buena familia, se instaló frente a Dionisio, detuvo con un movimiento perentorio de la palma de la mano al solícito camarero que ya se le echaba encima, disolvió con autoridad y sin perder los estribos la nube de pordioseros que rodeaba la mesa y explicó:

—Me llamo Ngong Dien Mae, tengo veintiún años, nací en el norte, mi familia vive exiliada en Saigón y dentro de nueve meses, si todo va bien y los comunistas no se llevan el gato al agua, terminaré mis estudios en la Facultad de Derecho.

—¿Aquí?

—Aquí —confirmó el vietnamita—. La universidad, por extraño que parezca, sigue funcionando. Mis compatriotas no pierden la moral fácilmente. Están acostumbrados a sobrevivir contra viento y marea.

Hablaba en correctísimo francés adornado y espoleado por el inconfundible acento juvenil y urbano, o parisiense a secas, y por la no menos inconfundible semántica progresista vigentes en las tertulias de los sótanos, salones y terrazas de los cafés del Barrio Latino.

Dionisio, que según el horóscopo de la China anterior a Mao Tse Tung había nacido en el Año de la Rata Curiosa y Entrometida, hizo honor a ese rasgo de su personalidad.

—Tú has vivido en París —comentó—. Se te nota a la legua.

—¿Cómo lo sabes?

—Yo también estuve allí.

—¿Qué hacías?

—Perder el tiempo. ¿Y tú?

—Ganarlo. Conseguí una beca del gobierno francés para ampliar estudios durante un año en la Sorbona. Volví hace poco, a mediados de junio.

—¿Por qué no te quedaste en la dulce Francia? Supongo que tus antiguos colonizadores, afligidos por lo que está pasando aquí, no habrían tenido la caradura de repatriarte.

—No, no la habrían tenido. Y, efectivamente, me brindaron la posibilidad de prolongar la beca. Pero dije que no.

—¿Por qué? ¿No te gustaba aquello?

El Espontáneo de Saigón, sorprendido (y, quizá, ofendido), contestó con otra pregunta:

—¿No crees que el lugar de todos los vietnamitas está ahora, precisamente ahora, aquí, en el ojo del tifón? ¿No harías tú lo mismo si en tu patria estallase una guerra? ¿De dónde eres?

—Soy español, español de Madrid —aclaró Dionisio.

Y en seguida, después de titubear un poco, añadió:

—Y te confieso que no estoy nada seguro de lo que haría si en mi país estallase una guerra…

Se interrumpió, cogió el único vaso que estaba sobre la mesa, agitó los dos dedos de agua que contenía, contempló su fondo, reflexionó y remató la frase.

—Sí, decididamente es imposible saber lo que haría —dijo—. ¿Has oído hablar de lo que sucedió en España entre mil novecientos treinta y seis y mil novecientos treinta y nueve?

—Algo me contaron en la escuela —contestó el Espontáneo de Saigón—, aunque no mucho. Parece ser que os enzarzasteis en una guerra civil que sirvió de laboratorio, de quirófano y de ensayo general a los demócratas, a los nazis y a los fascistas.

—Eres un chico culto —dijo en voz baja el viajero, con una sonrisa triste —. Y a propósito: supongo que te gustará saber que no representas ni de lejos la edad que tienes. Hace unos minutos, cuando te acercaste a mí, pensé que aún no habías cumplido los dieciséis años.

—Los occidentales siempre se equivocan con la edad de los orientales. Es por culpa de la piel. Nos salen muy pocas arrugas. Por eso parecemos más jóvenes que vosotros.

—Y, sin embargo, sois más viejos. Más viejos y, en consecuencia, más sabios.

—Ya… —apostilló, con los ojos perdidos en alguna parte de su alma, el Espontáneo—. Eso dice todo el mundo, pero seguramente es solo un tópico.

Y, tras una breve pausa y un suspiro, recuperó el cabo suelto de la conversación interrumpida:

—¿Por qué aludiste antes a la guerra del treinta y seis?

—Porque nací cuando acababa de empezar y porque perdí a mi padre y a otros miembros de mi familia en ella. ¿Entiendes ahora mis dudas?

—Las entiendo, pero no me afectan. Tu caso no es el mío. Aquí no hay ninguna guerra civil.

—¿Cómo que no?

—Como lo oyes. No la hay.

—¿Estás hablando en broma?

—Ni por asomo.

—Mira entonces a tu alrededor y explícame lo que significan todas estas alambradas, y estas patrullas de policías militares, y estos mendigos, y el toque de queda que os confina en vuestras casas desde las nueve de la noche hasta que sale el sol, y los mutilados que se ven por las calles, y los francotiradores escondidos en los tejados, y el napalm, y los bombardeos nocturnos, y la batalla de Hue, y la ofensiva del Año Nuevo budista, y…

El Espontáneo le interrumpió:

—No te dispares, europeo.

—Mi nombre es Dionisio.

—Así te llamaré.

—Y entérate, por si no lo sabes, de que África empieza en los Pirineos. Yo no he nacido en Europa.

La aclaración no venía muy a cuento y el vietnamita la recibió con un gesto de extrañeza, pero optó por ignorarla y por regresar al origen de la querella.

—¿Por qué te enfadas tanto? —preguntó—. ¡Qué vehementes sois los españoles! Conocí a algunos en París. Y por cierto: casi todos odiaban a Franco o quizá fingían que lo odiaban, pero eso es otra historia… ¿Acaso he dicho yo, Dionisio, que aquí no estamos en guerra?

—Sí, lo has dicho. Has dicho que en Vietnam no hay guerra. Y ya ves lo que son las cosas: llueve sobre mojado, porque anoche me vino con el mismo cuento un periodista completamente alcoholizado que me invitó a una fantástica cena china con guarnición de cinismo en la cafetería del Continental. Aclárame, por favor, el secreto de tan curiosa coincidencia. ¿Lavado de cerebro? ¿Cortocircuito ideológico? ¿Maniobra estratégica? ¿Intereses creados? ¿Consignas convergentes? ¿Defensa propia? ¿Precaución? ¿Discurso de valores dominantes? ¿Azar? ¿Necesidad? Explícamelo tú, que por haber nacido aquí, en Oriente, y por haber vivido allí, en Occidente, deberías de estar en el secreto de los dos cabos de la madeja. Te escucho, vietnamita.

—Mi nombre es Ngong Dien Mae.

—Demasiado difícil. No puedo llamarte así.

—Ponme un apodo.

—Ya lo he hecho. Eres el Espontáneo de Saigón.

Y Dionisio, en aquel momento, permitió tácitamente que su interlocutor se incorporase a la sociedad secreta y Orden de Caballería Gnóstica formada por el Canciller de Estambul, el Caminador Manchego, el Troglodita de Luarca, el Comerciante Sufí, el Tigre de Bengala, el Motorista de Delhi, los Caballeros de la Tabla Redonda del Cabin, la *Kumari* de Kathmandú, el Dúo Latino, Cástor y Pólux, el *Pandit* de Bombay y el Barón Siciliano del Volcán de Bali.

—¿Espontáneo? —preguntó con el entrecejo fruncido el vietnamita—. Me parece que no entiendo el significado de ese apodo…

Dionisio se echó a reír.

—Seguro que no —dijo—, pero no te preocupes, porque no es nada insultante. Guarda relación con nuestras famosas corridas de toros. ¿Has visto alguna?

—No.

—¿Conoces un libro de Hemingway que se titula *Muerte en la tarde*?

—Tampoco.

—Entonces déjalo correr. ¿Nos centramos en la peliaguda cuestión de si existe o no existe la guerra del Vietnam?

—Yo no he dicho en ningún momento que no exista esa guerra, Dionisio. Eres tú, únicamente tú, quien se ha empeñado en entenderlo así.

Pausa de tanteo. El aludido no abrió la boca. Se colocó en actitud de muestra y permaneció a la escucha.

Hacía calor. La terraza del restaurante estaba casi vacía. Volaban moscardones. Poco a poco, con astucia y tesón de hormigas amenazadas por el invierno, se había ido formando otra vez alrededor de la mesa la nube de mendigos. Todos llevaban una bolsa de plástico transparente y la esgrimían con los ojos bajos para que los comensales, ahítos, vaciaran en ella los restos de la comida.

—Lo único que yo he dicho —prosiguió el Espontáneo— es que en Vietnam no hay guerra civil.

—¿Qué hay entonces, mi querido y aventajado alumno de la Sorbona? ¿No son tan vietnamitas los guerrilleros del Vietcong como los soldaditos del ejército gubernamental? ¿Y no luchan, acaso, los unos contra los otros?

—No, Dionisio. Estás, como todos los de tu raza, completamente equivocado. Será por culpa de la prensa y de los servicios de propaganda comunista y capitalista, pero lo cierto es que los occidentales no entendéis una papa de lo que está sucediendo aquí. Ni los asesinos a sueldo que militan en el

Vietcong ni los apalominados reclutas de nuestro glorioso ejército son, en realidad, vietnamitas.

—No te entiendo. ¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que no son significativos, que no nos representan, que no actúan en nombre del pueblo.

—¿Aunque hayan nacido aquí?

—Aunque hayan nacido aquí. La guerra del Vietnam es una guerra de invasión y, por supuesto, de abierta colonización.

—Empezamos a entendernos.

—Estoy casi seguro de que no.

—¿Quiénes son los invasores y los colonizadores? ¿Acaso no piensas, al referirte a ellos, en los dichosos yanquis?

—No, Dionisio, no pienso *solo* en los dichosos yanquis y en sus tristemente célebres *marines*. Pienso también en los comunistas del Vietcong y en las fieras del ejército de Hó Chi Minh.

—¿Todos iguales?

—Todos iguales.

—¿Tampoco consideras vietnamita a Hó Chi Minh?

—Hó Chi Minh es un traidor, Dionisio. Se ha vendido a los rusos por treinta monedas devaluadas. A los rusos y a Mao Tse Tung.

—Creí que los americanos acaparaban toda vuestra capacidad de odio.

—Los vietnamitas…

El viajero, cada vez más interesado por la conversación, interrumpió a su nuevo amigo y cofrade.

—¿Te refieres a los vietnamitas *de verdad*? —preguntó.

—Sí, claro… ¿A quiénes si no?

—¿Qué ocurre con ellos?

—Que son budistas, Dionisio, como lo soy yo. Y en el budismo no cabe el odio.

Pero sí la libertad, pensó el viajero acordándose con reverencia, vértigo y nostalgia de los *magic mushrooms*, del Barón Siciliano, de la playa de Lovina, de las estrellas del cielo de Bali y de la frase de Buda inscrita en el fuste de la columna del jardín del templo de Banjar.

—Y en cualquier caso —aclaró el vietnamita—, ten por seguro que si odiáramos a alguien, y confío en que los dioses no nos condenen a ello, odiaríamos por igual a los rusos y a los americanos, a los guerrilleros del Vietcong y a quienes mandan en nuestras tropas regulares, a los chinos y a los bárbaros de Hanoi.

—¿Ni comunistas ni capitalistas? ¿Es eso lo que quieres decir, Espontáneo?

—Exactamente. Ni comunistas ni capitalistas. Unos y otros son anverso y reverso inseparables de una misma moneda: la moneda de la invasión y, por consiguiente, también de la opresión. Tan ajenos a nosotros (a nuestra forma de pensar, de creer, de sentir y de vivir) son los comunistas del Vietcong como los capitalistas yanquis. Que se vayan todos, que nos dejen en paz, que nos permitan ser lo que hemos sido siempre: budistas, orientales, indochinos y, naturalmente, vietnamitas.

—¿Hablas en nombre propio o en el de tus compatriotas?

—Hablo en nombre de los patriotas y solo de los patriotas. Yo lo soy, pero ya te dije antes que en Vietnam (como en cualquier otro país) abundan los traidores, los despistados, los codiciosos, los frívolos y los indiferentes.

—¿Qué piensa el pueblo llano a propósito de lo que acabas de decirme?

—Sal a la calle, coge la linterna de Diógenes o el báculo de Laotsú y pregunta. El ochenta por ciento de los habitantes de Saigón, y seguramente me quedo corto, te dirán lo mismo que yo, aunque con otras palabras.

—¿No os convencen las promesas de justicia y de igualdad esgrimidas por el comunismo?

—No, no nos convencen y, además, no responden a nuestra visión de la convivencia y de la vida. Buda explicó que el mundo está gobernado por la ley del *karma*. La igualdad, desde ese punto de vista, no solo no es posible, sino que tampoco es deseable. Y en cuanto a la justicia… Mírame a los ojos, apoya la mano en el corazón y dime si crees que puede ser justa una sociedad igualitaria.

—¿Tampoco os atraen los ideales de libertad y prosperidad de los países capitalistas?

—Tampoco. La libertad es una conquista interior de cada individuo. Los gobiernos no pueden darla ni quitarla.

—¿Y la prosperidad?

—Si quieres ser feliz, huye de ella.

—¿Palabra de Dios?

—Palabra de Dios y de todos los maestros.

—¿No os gusta la democracia?

—No, no nos gusta, Dionisio. No la entendemos. Es algo que nació en el horrible mundo de los anglosajones y que allí, por el bien de todos, debe permanecer.

—¿Bajo siete llaves?

—Y otros tantos sellos.

—Hablas de la democracia como lo harías de la caja de Pandora.

—No puedo decirte ni que sí ni que no, porque no sé lo que es eso.

—Imagínate una especie de depósito de todos los males.

—¡Brrrr! Me lo imagino perfectamente. La caja de Pandora es la revolución francesa.

Dionisio no pudo reprimir un gesto de asombro.

—¿Te sorprende? —dijo el Espontáneo.

Y tarareó los primeros compases de La *Marsellesa* antes de añadir burlonamente:

—Libertad, igualdad y maldad.

—¿Sabes —preguntó el viajero— que eres un tipo culto, excéntrico, inteligente y desconcertante?

—Me confundes. Soy solo un budista como tantos otros.

—¿Y qué son los budistas?

—Hombres libres.

—Volvamos atrás. ¿Por qué no te gusta la democracia? Casi nadie se atreve a decir eso en el mundo en que vivimos.

—Ya lo sé. Es el mayor tabú de los occidentales… Más fuerte, incluso, que el de su fe suicida en la ciencia y en el progreso. Tuve muchos problemas en París. ¿Por qué os empeñáis en modificar el mundo? Vano intento.

—¿Qué deberíamos hacer con él?

—¿Con el mundo?

—Sí.

—Nada. El mundo no existe. Es pura ilusión, un espejismo, una trampa. Dejadlo en paz, tal y como en cada momento de la historia y en cada punto de la geografía se os presenta, y volved los ojos hacia arriba y hacia dentro.

—No has respondido a mi pregunta sobre la democracia.

—Lo hago ahora. La democracia, Dionisio, ni me gusta ni me disgusta. Solo digo que no es lo nuestro, que no reza con nosotros, que aquí no pinta nada. ¿Conoces alguna forma de colonialismo peor que la tentativa de exportar a la fuerza o con halagos, qué más da, los usos y costumbres de cualquier país a otro que los tiene diferentes? El vodka y la tiranía, para los soviéticos; las hamburguesas y la democracia, para los yanquis. Que cada pueblo busque y encuentre la solución a sus problemas dentro de su propia alma y entre sus propias raíces. Los budistas, los hinduistas, los taoístas, los confucianos y los musulmanes no se sienten más libres ni tampoco más

felices depositando una papeleta en una urna, sino acatando voluntariamente las decisiones de las personas que tienen autoridad moral.

—¿Y quién otorga esa autoridad? ¿De dónde procede?

—De arriba.

Y el Espontáneo de Saigón levantó perpendicularmente su dedo índice.

Parecía —pensó Dionisio con pasmo, afecto y ternura— el filósofo Platón enfrentándose a Aristóteles en el marco de *La escuela de Atenas* pintada por Rafael.

—¿Del Reino de los Cielos?

—Si quieres llamarlo así… Nosotros, a diferencia de los anglosajones, creemos de verdad en Dios. *De verdad*, Dionisio. Y yo te pregunto: ¿puede un creyente ser demócrata?

El viajero se sentía cada vez más azorado y descoyuntado. Treinta y tres años de historia personal y quince, por lo menos, de progresismo y antifranquismo se le sublevaban en las venas, pero comprendía que aquel mozalbete sabio —aquel feliz imitador del Niño Jesús ante los doctores de la ley— tiraba a dar.

El pensamiento se le fue —era inevitable— hacia sus amigos y compinches del mayo de París y de otras conjuras o revoluciones frustradas y, con una sonrisa, preguntó:

—¿Decías estas cosas en los cafés del Barrio Latino y en las aulas de la Sorbona?

—A veces.

—¿Con qué resultado?

—Quienes me oían, que no eran muchos, se escandalizaban.

—¿Simplemente?

—Se escandalizaban, se indignaban, se desesperaban y me llamaban fascista.

—Lo suponía… Y una pregunta aún, Espontáneo, si me la permites.

—Házmela.

—¿Por qué te has acercado a mí? ¿Por qué me has elegido a bulto como depositario de tu filosofía y de tus confidencias?

—Porque me gusta cambiar impresiones con los extranjeros, a condición de que no sean americanos. Y tú no lo parecías.

—¿Qué parecía yo?

—Un jipi.

—Los jipis suelen ser americanos.

—Te equivocas. No lo son nunca.

—¿Por las mismas razones por las que no son vietnamitas, aunque hayan nacido aquí, los asesinos a sueldo del Vietcong ni los apalominados reclutas de vuestro glorioso ejército gubernamental?

—Tú lo has dicho. Por las mismas razones, solo que en sentido contrario. Los buenos de la película son esta vez los jipis y no sus presuntos compatriotas.

—¿Los *marines*?

—Por ejemplo… Y quienes los jalean.

—Estoy de acuerdo en que los jipis son los buenos de la película, pero lo malo es que los protagonistas de esta son sus presuntos compatriotas, Espontáneo.

—A la larga, no. Ya lo verás.

—Que Buda te escuche.

—Buda no es Dios.

—En Oriente me han dicho que todos lo somos.

—No es el momento adecuado para discutir de teología. Están a punto de cerrar el restaurante, Dionisio. Saigón es una ciudad muy calurosa. Nos gusta dormir la siesta.

—Una costumbre latina. ¿Os enseñaron los franceses?

—No. Aprendimos solos.

—Espontáneo…

—Dime.

—¿Y si al acercarte a mí hubieras descubierto que soy un ruso?

—Imposible. No hay rusos en Saigón.

—Pero sí hay chivatos del gobierno y agentes comunistas disfrazados de otras cosas.

—En ese caso, amigo mío, la duda ofende. No te habría dirigido la palabra.

—Corriste un riesgo.

—No lo corrí. La cara es el espejo del alma y por el alma, solo por el alma, se conoce a las personas. —¿Lo demás es ilusión?

—Efectivamente.

—¿Nunca te has equivocado al juzgar al prójimo? —Muy a menudo. Miles de veces.

—Exageras.

—Quizá.

—¿Nos vamos?

—Dicho y hecho. Me esperan en la universidad. —Antes, si no te importa, mírame.

—Te estoy mirando.

—¿Tengo cara de quintacolumnista del Vietcong o de esbirro de Hó Chi Minh?

—No. ¿Cómo vas a tenerla si no lo eres?

—¿Y de agente secreto de la CIA?

—Tampoco.

—¿Y de soplón del gobierno?

—Menos aún.

—¿Cómo estás tan seguro de que no ejerzo ninguno de esos oficios?

—Lo sabes de sobra. Ya te dije antes que pareces un jipi.

—Sí. Y diste a entender que los jipis te inspiran confianza.

—Cierto.

—¿Solo confianza?

—Confianza y complicidad. Son mis hermanos.

—¿Has leído *El libro de la selva*?

—Claro que lo he leído. Lo gané en un premio de la escuela. No tendría yo entonces más de diez años.

—¿Recuerdas lo que Mowgli silbaba a sus amigos?

—¿Al oso, a la pantera, al Hermano Gris y a la serpiente? Sí, lo recuerdo.

—¿Qué les decía?

—*Tú y yo somos de la misma sangre*.

—Muy bien, Espontáneo… Matrícula de honor. Y a propósito: aplícate el cuento.

—Gracias. Y tú, viajero de Madrid, también.

Se estrecharon la mano. El vietnamita se fue hacia la izquierda y Dionisio hacia la derecha. Estaban a dos o tres metros de distancia el uno del otro cuando el viajero se detuvo, giró sobre sus talones, llamó al Espontáneo y dijo:

—Pero antes también reconociste implícitamente que las apariencias engañan y afirmaste explícitamente que te habías equivocado miles de veces al juzgar al prójimo. ¿Y si hubieras cometido en mi caso una de esas equivocaciones? ¿Y si yo no hubiera sido un jipi? ¿Y si no hubiese corrido la misma sangre por nuestras venas?

Una sonrisa maliciosa y enigmática rasgó e iluminó el rostro del vietnamita.

—Hace un rato —dijo— te llamé europeo. ¿Lo recuerdas?

—Sí. Y yo te devolví en el acto la pelota llamándote vietnamita.

—¿Sabes por qué lo hice?

—No, no lo sé. Me chocó e incluso pensé de pasada que no venía a cuento, pero eso fue todo. Llevo casi un año en Asia y estoy acostumbrado a vuestra forma de hablar. Muchas veces decís cosas que solo dicen los personajes de las novelas de aventuras. ¿Existía algún motivo especial para que me llamases europeo?

—Sí, Dionisio, existía. Tenemos un amigo común que casi siempre te llamaba así. Haz memoria.

—No la necesito. Sé de quién hablas. Esa persona está de vigilancia permanente en mi corazón. Nunca se borra de él.

—Tú también dices cosas que solo se dicen en las novelas.

—Mis compañeros de clase me llamaban, cuando era niño, la *Rata literata*.

—¿En son de burla?

—Claro. Pero no sabían que el apodo me gustaba. Siempre he querido ser escritor.

—Algún día lo serás. No lo dudes.

—No lo dudo.

—¿Te imaginas, entonces, quién me enseñó a llamarte europeo?

—El *Pandit* de Bombay.

—En persona.

—¿Cómo y dónde le conociste?

—Eso es lo de menos. Pasó por aquí hace un par de semanas y me dijo que antes o después llegarías a Saigón y nos haríamos amigos.

—¿Así, por las buenas? ¿Sin datos que te permitieran identificarme?

—Recuerda el silbido de Mowgli. La consanguinidad obra milagros.

—¿Por eso no corrías el riesgo de equivocarte conmigo?

—Por eso.

—¿Debo, en consecuencia, llegar a la inverosímil conclusión de que nuestro encuentro estaba planeado y de que me abordaste adrede, con premeditación, alevosía, escalo, fractura y allanamiento de morada?

—Pero sin nocturnidad —dijo, riéndose, el vietnamita.

—Es la única circunstancia agravante que te falta.

—Soy yo, y no tú, quien estudia derecho.

—No me gustan las leyes y, en la medida de lo posible, procuro no respetarlas.

—A mí tampoco me gustan. Alguna carrera había que escoger. Yo lo hice encogiéndome de hombros. Solo creo en la ley de la conciencia.

—Nunca serás un buen picapleitos, Espontáneo. ¿Te contó el *pandit* lo de mi encarcelamiento en Bombay?

—Sí. Fue un episodio verdaderamente chusco. Te ruego que perdones a los hindúes por la parte oriental que me toca. No se trata así a un viajero.

—¿A un *traveller*?

Otra sonrisa de corazón, y abierta de par en par, ensanchó las facciones del vietnamita.

—A un *traveller* —dijo.

Y los dos estallaron en carcajadas de amistad y de complicidad. Aquel muchacho de presencia frágil parecía saberlo todo.

—¿Volveremos a vernos? —preguntó Dionisio.

—¿En esta vida?

—Por ejemplo.

—No lo sé. Quizá no. Ese encuentro, en todo caso, no depende de nosotros. Pero en la otra vida, seguro que sí.

—¿Te pidió el *pandit* que me dijeras algo?

—Me pidió que te recordara una cosa, una sola cosa, y que lo hiciera precisamente a propósito de nuestro encuentro.

—¿Que la casualidad no existe y que todo es fruto de la causalidad?

—Exactamente.

—Pues dile de mi parte, si le ves, que en ello estoy y que ciertas cosas no se olvidan.

—Él ya lo sabe.

—¿Qué es para ti el *pandit*, Espontáneo?

—¿Y tú me lo preguntas? Lo mismo que para ti.

Ya se iba. Dionisio, desde lejos, le gritó:

—¿Un amigo?

—Y algo más.

—¿Un protector? ¿Un cómplice? ¿Un patriarca? ¿Un capitán? ¿Un maestro?

El semáforo pasó del rojo al verde. El bulevar se puso en marcha. El fragor de las bicis, de las motos y de los Mercedes envolvió y se llevó la respuesta del Espontáneo, que acababa de subirse a un *ricsó*. Alguien, detrás de Dionisio, echó el cierre metálico del restaurante. Las jovencitas revoloteaban por las aceras. Los gorriones, aplastados por el calor, jadeaban y dormitaban en sus nidos. Pasó un leproso. El disparo de un francotirador

turbó la magia y el sosiego de la siesta. El semáforo volvió a cerrarse y el bulevar se detuvo. El viajero se encaminó sin prisa hacia la agencia de viajes del hotel Continental y, una vez en ella, pidió un billete de avión para Camboya. Sabía, por boca del farsante argentino, que era imposible salir de Vietnam por carretera.

—¿Pnom Penh? —preguntó la empleada.

—Pnom Penh —contestó Dionisio acogiéndose al consejo del periodista—. Y cuanto antes, mejor.

—¿Mañana por la mañana?

—Hecho.

Y así fue. Dieciocho horas más tarde —con la nariz pegada a la superficie de plástico de la ventanilla de un *caravelle* de la Air Vietnam— el viajero contemplaba la fugitiva imagen de la ciudad de Saigón —alegre, a pesar de todo, y desconfiada— deslizándose bajo sus pies y, con el entrecejo fruncido y el corazón prieto, se preguntaba dónde diantre había estado y hacia qué parte del mundo exterior e interior se dirigía ahora.

IX. Noviembre

Sabe esperar, aguarda que la marea fluya —así en la costa un barco— sin que el partir te inquiete.
Todo el que aguarda sabe que la victoria es suya, porque la vida es larga y el arte es un juguete.
Y si la vida es corta y no llega la mar a tu galera, aguarda sin partir y siempre espera, que el arte es largo y, además, no importa.

Antonio Machado,
Consejos

Reanudo hoy la redacción de mis memorias después de haberlas tenido en dique seco durante más de dos meses. No estaba mi horno para esos bollos. La última anotación es del veintiocho de julio por la noche. Al día siguiente, con un nudo en la garganta y una bola negra en el estómago, me hice la mamografía y el mundo se me vino abajo: el diagnóstico era positivo… Positivo según la jerga de los médicos y negativo, en cristiano, para mi persona. Tenía un tumor al lado del pezón izquierdo, casi bajo la aréola. Encajé como pude la noticia, intenté poner al mal tiempo buena cara, pensé con melancólica amargura que ya nada volvería a ser lo mismo y me resigné a pasar por el quirófano —«sin pérdida de tiempo», dijo el médico— para tenderme como una sacerdotisa azteca sobre la losa de los sacrificios y exponer mi cuerpo, y quizá mi vida, a la hoja justiciera de un bisturí de obsidiana teñido de sangre.

Dioni hubiese dicho: ¡qué zafarrancho! Y con razón, porque todo, efectivamente, se precipitaba. ¿De qué sirve hacer planes? Lecciones de la edad que siempre aprendemos fuera de plazo. Tenían, entre otras cosas urgentes, que provocar y anticipar el parto —di felizmente a luz una niña preciosa cuarenta y ocho horas más tarde— porque al cirujano le asustaba la idea de que la nascitura sufriese daños irreversibles, sin excluir el pisotón de la muerte, originados por el veneno de la anestesia o por el trauma físico y psíquico de la mutilación.

Mutilación, sí, que no solamente operación: llamemos a las cosas por su nombre… ¿Y qué otro nombre puedo ponerle a algo que a la hora de la verdad se tradujo, por lo que a mí respecta, en la amputación de los dos pechos y en la salvaje poda y desmoche de cuanto contienen (o contenían) mis sufridas partes pudendas? No estaba previsto, claro, o —si lo estaba— no me lo dijeron. El bestia del cirujano jura y perjura que fue una decisión tomada sobre la marcha para cortar de raíz el riesgo de la metástasis. Y yo, desde luego, no soy quién para poner en tela de juicio su opinión ni para dudar de sus palabras, pero lo cierto es que de la noche a la mañana y prácticamente sin aviso dejé de ser aquel día una persona completa y

perdí todos, absolutamente todos, los atributos fisiológicos (y parte de los anatómicos) de mi feminidad.

Ahora soy un monstruito, un efebo sin pene y con nombre de mujer, el cliché de un hermafrodita, la raíz cuadrada de una machorra, la enésima potencia del vacío, la radiografía del espectro de la nada y, por supuesto y sobre todo, un ser dudosamente humano y angustiosamente terminal.

Terminal tanto si me voy al hoyo, aunque el médico me asegura que no será así, como si sobrevivo chapoteando en la cloaca y callejón sin salida de la esterilidad.

Y punto en boca. No quiero volver a mencionar este asunto. No quiero derrumbarme. Mi hija me absorbe, me ayuda, me consuela y me obliga a sonreír. Es moderadamente rubia y tiene los ojos castaños. ¿Cómo su padre? Pues sí, qué le vamos a hacer si caigo en el tópico, pero al final todos estaremos calvos, avisaremos a un cura y nos llamaremos Pérez. Así es la vida. La tomas o la dejas y pelillos a la mar.

Por cierto: la niña, que nació el treinta y uno de julio, todavía no tiene nombre. ¿Cómo iba a ponérselo sin consultar con su padre, que por ser o querer ser o jugar a ser escritor concede una importancia enorme —seguramente excesiva— a esas cosas?

Dioni tampoco sabe nada del tumor ni de mi triunfal travesía del quirófano. Y, naturalmente, no voy a decir ni mu hasta que le vea entrar por esa puerta. Falta, como mucho, mes y medio para que regrese. ¿Tendría algún sentido amargarle lo poco que le queda de escapada?

¡Pobre compañero de mis entretelas! Ya son tres, y no dos, las sorpresas que le aguardan.

En primer lugar, la niña; en segundo, el cáncer y la intervención quirúrgica; y en tercero, y último por ahora, mi novela sobre sus andanzas, que crece a pesar de todo. Anoche doblé la esquina de las trescientas páginas. Se dice pronto…

Estoy a punto de terminarla. Me faltan solo dos capítulos, contando con este, y —como es lógico— la corrección general, que despacharé en un par de semanas.

Y luego, corriendito, a buscar un editor que sepa lo que se trae entre manos y lo que yo le llevo en las mías.

¿O no?

Fernando, que sigue viniendo a verme casi todos los fines de semana y que no se apartó de mi cabecera durante los días que pasé en el hospital, dice que espere, que las prisas son las peores consejeras de la literatura, que esta mejora siempre —como los vinos— cuando se guarda en carpetas de roble, que tome ejemplo de él y de su inexpugnable (aunque momentánea) voluntad de silencio, que mire las solapas de los libros y compruebe que nadie escribe novelas dignas de ser publicadas antes de cumplir los cuarenta años y que relea el prólogo de El negro del Narciso *para enterarme de una puñetera vez, como se enteró Conrad, de que «el arte es largo, la vida corta y la verdad lejana».*

*Ya veremos… He tenido que retocar un poco el segundo capítulo de la novela para incluir de refilón al menos dos personajes femeninos —una jipi holandesa y una chica de túnica de lino y ojos espiritados— en la historia de las correrías de Dioni. Nada importante, pero lo contrario hubiera sido, en mi opinión, absolutamente inverosímil para el lector y negativo para la credibilidad de la novela. La «*Kumari *de Kathmandú» no me servía. Es una diosa, un sueño y una princesa. Las putas que de vez en cuando menciona Dioni en sus cartas, tampoco. La lógica del relato y la personalidad de su protagonista exigen mujeres normales y tangibles. Fernando, por una vez, y desde las alturas de su incuestionable autoridad literaria, está de acuerdo. Menos mal.*

Y, sin embargo, Dioni sigue jurándome que me ha sido fiel y que no se ha enamorado —y, ni siquiera, enamoriscado— de ningún ser de carne y hueso a lo

largo de los diez últimos meses.

¡Mira que si fuese verdad…!

Cuesta trabajo creerlo.

Cuesta trabajo, sí, y de hecho todavía no me lo he creído, pero reconozco que alguna esperanza tengo, porque sería verdaderamente estúpido por mi parte —y rayaría en la obcecación y en el masoquismo— negar la evidencia de que Dioni, por fin, ha cambiado.

Y todo lleva a suponer que no para empeorar.

¿Se está convirtiendo en un hombre con mayúscula, en un adulto, en un escritor de cuerpo entero, en un padre de familia? ¿Ha dejado de ser Peter Pan, Nils Holggerson, Tom Sawyer y Guillermo Brown?

Eso sí: cambiado o no cambiado, sigue siendo un perro verde, una pera en el olmo, un bicho raro, un artista de la extravagancia.

Véase, si no, la terquedad de su actitud en lo tocante al episodio balinés de los hongos mágicos. Salta a la vista que no puedo pasar por alto ese lance en mi novela, pero Dioni —por más que le tiro de la lengua epistolarmente justificando mi interés con la socorrida coartada de la curiosidad y del ansia de conocimiento (y yo, en trances así, soy lo que se dice un perro de presa)— no responde, se va por las ramas, resopla, disimula, tuerce el morro, cambia el tercio y se limita a repetir una y mil veces que «imposible, no insistas, no me des la lata, solo puedo contarte lo que te he contado y ya va siendo hora de que te acostumbres a la idea mucho más oriental que occidental de que ciertas cosas son, sencillamente, inefables. ¿Te enteras, Cristina? He dicho i-ne-fa-bles».

Y punto final.

Fernando, en vista de ello, y aprovechándose de la circunstancia de que él también tuvo hace aproximadamente año y medio (y no en Bali, sino en Kathmandú) una feroz experiencia psicotrópica, ha escrito una especie de cuento protagonizado por Dioni e inspirado en una parábola budista con el exclusivo objeto —asegura— de ayudarme a entender el alcance y significado de la peripecia vivida por Dioni en el mundo de los hongos psicodélicos para que así pueda rellenar, al menos en parte, esa laguna de mi novela.

Por cierto: Fernando la ha leído. Se lo permití en un momento de debilidad, disculpable —supongo— por mi estado de salud.

¿Tendré que reescribir también el séptimo capítulo?

¡Horror! La verdad es que no me apetece y que no me siento con fuerzas para ello. La riada de medicinas que estoy tomando me dejan para el arrastre.

Pero nunca falta un truco para un descosido. De momento, y con la autorización expresa del autor, voy a incautarme de lo que ha escrito Fernando. Son seis o siete páginas altamente reveladoras para quien no tenga los oídos llenos de cerumen ni los ojos cubiertos de telarañas. Hay en ellas un tono y un toque de atención casi evangélicos. Fernando dice que algún día, sabe Dios cuál, utilizará ese texto como parte de una novela, pero añade que no ve inconveniente alguno en que ahora —si tal es mi deseo (y sobra añadir que a título provisional)— las incorpore a la mía.

Lo haré inmediatamente… Solo unas líneas, aún, para dejar constancia de que Dioni —si todo ha ido bien— estará ya en Calcuta. Su última carta, escrita en Bangkok con matasellos del veintiocho de octubre, recoge muy de pasada las rocambolescas aventuras vividas en Pnom Penh, en las llanuras de Camboya, en las ruinas de Angkor, en la frontera de Laos, a lo largo del río Mekong y en la paradisíaca e inimitable Vientian. Los dos últimos adjetivos son de la pluma de Dioni, que esta vez —ya lo he insinuado— no se demora en detalles. Tampoco yo lo haré. Imposible inventarlos. No estoy para esos trotes ni, por otra parte, el desarrollo de mi novela los exige. He dicho ya casi todo. Es la sagrada hora del

regreso. Del regreso y del desenlace. Las ansias crecen, las esperanzas menguan… ¡Señor, aparta de mí este cáliz!

Dioni tiene una cita en la American Express de Calcuta con los miembros del Dúo Latino. Parece ser que se proponen regresar a Europa todos juntos a través de Afganistán, donde los rusos y los americanos han construido al alimón una soberbia autopista, y a bordo del Indómito Volkswagen, que por lo visto, y milagrosamente, todavía colea, aunque a punto ya de exhalar el último suspiro.

Y yo, enferma e inerme, pero amarrada con la energía, la firmeza y la esperanza de Penélope al timón de la cuna de mi hija, solo puedo entornar los ojos, cruzarme de brazos, aguardar y confiar en que Dios nos proteja. A ellos y a mí.

*(*Fragmento de las memorias de Cristina.
Jornada del 5 de noviembre de 1969*).*

«Y como el propio Dionisio nunca atinó a relatar el suceso, aunque a veces lo evocaba sin excesiva precisión, difícil, muy difícil sería explicarlo ahora aquí.

»—Fue una de esas cosas —acostumbraba a decir cuando alguien le pedía aclaraciones— que las vives y, zas, las sabes ya para siempre, puedes recordarlas y recobrarlas, incluso vivirlas de nuevo como y cuando quieras, pero por mucho que busques no das con imágenes que sirvan para contarlo.

»Lo que resultó ser solo una verdad a medias, porque unas semanas más tarde, en Kathmandú, escuchó por casualidad esas mismas palabras en boca de un excéntrico escocés avecindado en Hong Kong, quizá el único forastero de la campestre ciudad que no había llegado hasta allí atraído por el humo de la ganja *y del* charas *(nombres locales de la hierba y el hachís) ni por la locura del montañismo ni por el zaragatero tráfico de gráciles, afiligranadas y selectas prostitutas impúberes de sangre azul alquiladas o vendidas a precios irrisorios, sino por algo tan evidente e imponente —y a la vez tan sencillo— como la arquitectura, la religión, las costumbres y el paisaje.*

»Se llamaba Charlie, o algo parecido, e interrumpió momentáneamente una partida de ajedrez entablada con Dionisio en el minúsculo bar del hotel donde a la sazón anidaban los jipis y su séquito para contarle en su chapurreado espanglish *de litera de buque el apólogo budista —oído o leído poco antes en algún lugar de aquellas tierras— del pez y la tortuga que vivían en el fondo del mar y eran muy amigos, tanto que todas las tardes, al caer el sol, se reunían en la concavidad de una enorme concha de mejillón antediluviano abandonada y medio devorada por el neptunismo de la geología submarina para comentar allí plácidamente los hechos más curiosos e importantes de la jornada.*

»—No te olvides —advirtió Charlie, o como rayos se llamase, sin soltar la torre blanca que su alférez acababa de capturar— de que todo esto sucedía al principio de la creación ex nihilo *y mucho antes de que el hombre apareciese sobre la tierra.*

»Dejó el alfil, encendió un bilis*, tomó un sorbo de* cha*, invitó a Dionisio a mover una pieza, repitió melancólicamente las palabras relativas a la aparición del hombre y añadió:*

»—Para incordiar, claro…

»Abrió otra pausa —era hombre (o, quizá, tortuga paleozoica) pachón y despacioso—, reflexionó unos instantes, expulsó la segunda bocanada de bilis *y siguió con la historia.*

»—Un día —dijo—, el pez, después de charlar de sus cosas y de las cosas del prójimo con la tortuga, se puso a nadar al buen tuntún y en eso tropezó con una rampa de inclinación muy suave y para él desconocida. Como era un animal bastante curioso y no desprovisto de audacia…

»Charlie se interrumpió, movió el índice en gesto de exhortación y dijo:

»—Recuerda que todo esto sucedía mucho antes de la aparición del hombre sobre la tierra y que, por lo tanto, aún no se conocía el miedo.

»Dionisio asintió, acordándose de Kipling, de Mowgli, de la gran tregua del agua que observamos *y del viejo elefante* Hathi.

»—Te decía que, siendo el pez persona *—cargó todo su molesto énfasis de angloparlante sobre la palabra— amiga de indagar y notablemente intrépida, decidió apretarle los tornillos al talud y allá que se fue cuesta arriba, moviendo la cola entre una nube de burbujas, hasta que de repente el hidrógeno del agua se transformó en oxígeno y el pez se encontró al aire libre con las vejigas natatorias varadas sobre la blanquísima y húmeda arena de una playa.*

»Dionisio sacó de toriles su segunda torre. El escocés sacudió al mismo tiempo la cabeza y la ceniza del bilis, *enrocó, tomó otro chupito de té de Darjeeling y reanudó la conversación sin perder su flema.*

»—La playa era un sueño, un paraíso, un papel en blanco y una tentación. Se parecía, para que te hagas una idea, a la de Calangute, en Goa, que seguramente conoces…

»Dionisio, en efecto, la conocía, como la conocían —cada quien a su aire— todos los huéspedes del hotel en cuyo bar se encontraban. La antigua colonia portuguesa se había convertido, o se estaba convirtiendo, en el segundo gran apeadero asiático —el otro era Kathmandú— y primer y principal paño de lágrimas del pueblo de las flores, *urgentemente necesitado de tranquilidad y reposo al sol en el contexto de un paisaje —trópico, tambores, palmeras y palafitos— aplastantemente edénico y, por muchas razones naturales y artificiales, irrepetible.*

»—… un arco de arena inmaculada, un mar cegador arrimándose y desarrimándose, chillidos de gaviotas, el cielo en todo lo alto y la barrera infranqueable de la vegetación. Así que el pez, lógicamente deslumbrado por aquel mundo inédito, se puso a caminar y a zascandilear de un lado para otro ayudándose con las aletas y las branquias, que movía a modo de remos y zancos. Metió la nariz en todas partes.

»Zigzagueó como si llevara unas copas de más, hundió el hocico en la arena, notó en su vientre y en sus escamas (con placer y con dolor) la rugosidad de las partículas de sílice, olisqueó los moluscos calcinados por la sal y el sol, admiró la moteada concha de las cipreas, topó con insectos que tenían alas (no aletas) y pies, escuchó el ruido de los dientes de los roedores, vadeó charcos y cristalinos cursos de agua, escaló dunas, sorteó simas, vadeó terraplenes, rodó por suaves declives, dejó que la brisa (al amanecer cambió el rumbo y no soplaba ya de tierra a mar, como por la noche, sino al revés) le orease las agallas y barbillas, se abrió paso a través de roquedales cubiertos de musgo, tropezó con ramas caídas, holló hojas secas y senderos vírgenes (todo constituía para él una novedad), mordisqueó bayas, se aturdió con el perfume de las amapolas y los hibiscos, llegó a la línea de palmeras, la cruzó, se adentró por honduras y opacidades, y al cabo, después de muchas horas de asombro, de excitación y de vagabundeo, volvió al mar oscurecido por el crepúsculo y —agotado, pero feliz— corrió hacia el mejillón gigante en el que ya, un poco inquieta por el retraso, le esperaba la tortuga.

»El narrador se detuvo para tomar aliento y unos sorbos de té, aspiró lo que quedaba de la colilla del bilis, *se ajustó el puente de las gafas, observó el tablero, empujó con desgana una torre y dijo:*

»—Jaque.

»Dionisio volvió a la tierra, bajó los ojos y estudió la situación.

»—Es mate, ¿no?

»—Eso parece.

»Tiró el rey, encogiéndose de hombros.

»—¿Y entonces?

»—Pues nada… El pez, excitadísimo, se abalanzó sobre la tortuga y, sin dejarla hablar, le explicó atropelladamente todo lo que le había sucedido desde la víspera. O mejor dicho: quiso *explicárselo…*

»—¿Cómo que quiso? ¿No era aquello una tertulia? ¿No se reunían precisamente para hablar?

»—Sí, pero en esa ocasión no fue posible ni ya nunca volvió a serlo a partir de entonces. Verás. El pez dijo: ¡Oh, amiga tortuga! Anoche, después de irme de aquí, me entraron ganas de estirar las aletas y nadé un buen rato sin fijarme en la dirección. De repente encontré un talud que no conocía, subí por él entre dos aguas, llegué a la superficie del mar, saqué la cabeza, vi una playa, salí, me puse a caminar y… *Entonces la tortuga, que parecía muy enfadada, le interrumpió:* ¿Caminar? Querrás decir nadar, supongo. *Y abrió una pausa impaciente para que su interlocutor se corrigiera. Este la miró sorprendido, movió tristemente las agallas, jugueteó con la arenilla del fondo y dijo:* Sí, claro… Perdona. *Y se fue».*

*(*Fragmento del *Cuaderno de apuntes tomados en los cielos e infiernos que conozco,* de Fernando Sánchez Dragó, incluido en las memorias de Cristina. Jornada del 5 de noviembre de 1969*).*

Dionisio interrumpió de un manotazo el sonido del timbre del despertador y, tambaleándose, saltó de la cama y apoyó los pies descalzos en las tibias y húmedas baldosas del suelo de la habitación del Tourist Bungalow de Kornarak en la que había dormido. Eran las cuatro de la mañana del día dieciséis de noviembre. El viajero bostezó, se desperezó concienzudamente siguiendo las instrucciones que le habían impartido los yoguines de la ribera del Ganges a su paso por Benarés y de puntillas, para no despertar a los miembros del Dúo Latino, que seguían plácidamente dormidos en sus jergones, atravesó la alcoba colectiva e interminable, llegó al inmenso cuarto de baño, pasó revista a las decenas de picaduras de mosquitos que acribillaban su cuerpo, se colocó bajo la gigantesca alcachofa oxidada de la ducha y abrió el grifo.

El agua, casi fría, le sacó a empujones de su estado de sonambulismo y le obligó a regresar al mundo de las cosas tangibles, cotidianas y perecederas.

Se vistió sin secarse —¿para qué hacerlo si en seguida, a la vuelta de unos minutos, el impecable sudor del trópico empaparía toda la superficie de su piel?— y salió al porche del *bungalow* respirando abdominalmente en ocho tiempos. Levantó la vista, comprobó que las estrellas estaban en su sitio, pasó junto al Indómito Volkswagen —que, inasequible al desaliento, dormitaba frente a la puerta del hotel— y se adentró en la oscuridad del camino serpenteante que desembocaba en la plataforma de arena de la no menos oscura mole del templo de Kornarak.

Describir este era casi imposible: tanto, por lo menos, como explicar a Cristina en una carta el intríngulis de los arcanos y recovecos de la experiencia de muerte y resurrección vivida bajo el influjo de los hongos mágicos de la playa de Lovina y de los montes de Banjar.

El templo —que brotaba como un géiser de agua negra y macrocósmica encajonado entre las sombras del bosque y las luces de la playa y del mar abierto— era en lo tocante al tantrismo algo muy similar a lo que, hoy como ayer y como antes de ayer, representa La Meca para los musulmanes, el Potala para los budistas del Tibet y el Vaticano para los católicos.

Un cortocircuito, una encrucijada, un ónfalo, un *lugar de poder*, una rampa de lanzamiento iniciático, un embajador de las Alturas enviado por los dioses a las Bajuras de este valle de lágrimas y el epicentro de un vasto, potente y subversivo terremoto espiritual.

Su tamaño era apabullante, y negruzco —como la piel de los hombres de raza dravídica que lo habían construido— su aspecto. Tenía forma de carro de fuego del profeta Elias arrastrado por cuadrúpedos que simbolizaban todos los signos del Zodíaco y su trayectoria aquí abajo era la del sol allá arriba: un viaje que comenzaba en oriente al amanecer y terminaba en occidente al anochecer. Así día tras día, año tras año, siglo tras siglo. Y siglo tras siglo, año tras año, día tras día —remontándose con él y con su Divino Auriga hasta el *érase una vez* de los Orígenes— acudían a la explanada de Kornarak los devotos del Tantra (y de todo lo que en la India se agrupa bajo el inquietante rótulo de *Senderos de la Mano Izquierda*) para aprender a descifrar y a manejar los secretos de la vida y de la muerte abismándose en la contemplación de las figuras y de las escenas reproducidas en las paredes exteriores del templo y en la superficie de todos los elementos de su barroca y extravagante arquitectura.

Era aquel edificio algo más que una de las maravillas de la historia del arte religioso en este mundo.

¿*Algo* más? No. *Mucho* más. Era una teogonia. Era el Génesis. Era una biblioteca de libros sagrados contada en imágenes. Era el *Tao Te King*, y la *Biblia*, y el *Corán*, y el *I Ching*, y la *Baghavad Gita*, y el *Popol-Vuh*, y las *Rubaiyatas*, y el *Zohar*, y la *Tabula Smeragdina*, y los *Evangelios Gnósticos*.

Era también la *Odisea*, los *Diálogos* de Platón, el *Quijote* y la *Divina Comedia*.

Y era sobre todo, muy por encima de cualquier otra cosa, el mapa grabado en piedra del itinerario de los *caminos del corazón*.

Nadie, entre los cientos de personas que diariamente llegaban allí con o sin báculo de peregrinos, podía saber a ciencia cierta dónde terminaba el Templo y empezaba la Vida ni dónde terminaba esta y empezaba aquel. Y ello porque, según el Tantra, la vida es el templo y el templo es la vida.

Dionisio surcaba como un velero blanco la negra superficie de la noche, escrutaba el cielo buscando los signos de la lechosidad que anuncia e impregna el amanecer y corría desaladamente hacia el ensanche de Kornarak aguijoneado por el febril impulso de lo que los miembros del Dúo Latino habían decidido llamar, entre bromas y veras, el *síndrome eucarístico de la madrugada de Benarés*.

Era inevitable: tanto Alberto como Roberto habían leído con lógica fruición los ciento diecisiete folios de la carta escrita por Dionisio ocho meses antes en el porche de la Guest House de las cuevas de Ajanta y Ellora, después de la primera y casual cita de amor del viajero con el divino caos de la península del Indostán, y petulante e inocentemente enviada por su autor a más de cien amigos —aunque algunos dejaran de serlo a partir del instante en que la recibieron— desperdigados tras la desbandada del mayo francés por todos los rincones y escondrijos del mapamundi.

Y es que el templo de Kornarak, como las escalinatas de la orilla del Ganges a su paso por Benarés, debe visitarse y contemplarse en el momento en que la aurora toca, tiñe e ilumina la atezada piedra del edificio con sus rosados dedos.

Así, quijotescamente, a la del alba y después de salir de la venta del Tourist Bungalow, llegó por fin Dionisio a la explanada del templo, lo rodeó, lo adoró, lo miró y remiró con hambruna mística —casi con codicia— por enésima vez y se sentó luego a descansar, y a recibir el *prana* o soplo de energía cósmica de los primeros rayos del sol, en el mullido y arenoso asiento del copete de una duna.

Y fue entonces, en la frontera de la luz del día y en el preciso instante en que los gatos dejaban de ser pardos y las cosas recuperaban la nitidez de sus perfiles, cuando salió del bosque y se encaminó hacia el viajero un individuo de porte estrafalario y pintoresca fachada.

Dionisio lo clasificó inmediatamente en la categoría de los faquires y lo contempló con abierta curiosidad mientras se le acercaba.

Iba vestido de blanco con una especie de estola de color azafranado. Su barba era canosa, hirsutas sus greñas agitadas por el viento, febriles sus ojos, cetrina su piel, silvestres sus cejas, saledizos sus pómulos, escuálidas sus carnes, huesudas y callosas sus articulaciones, descoyuntados sus

movimientos y firme, aunque indolente, su manera de caminar. Llevaba, como todos los santones de la India, los pies descalzos.

Pasó y chilló una gaviota. El aire se tensó como la cuerda de un arco. Los cuervos graznaban. Zumbó un abejorro.

Algo, inminente, iba a suceder. Dionisio lo supo en el acto.

El desconocido llegó hasta él y, yéndose derecho al grano, sin darle ni tan siquiera los buenos días, preguntó:

—¿Tienes tabaco?

El viajero hurgó en su bolsa de correcaminos, encontró y sacó una cajetilla arrugada y aplastada, y con gesto esquivo —como si quisiera zanjar el asunto lo antes posible— se la tendió al faquir.

—Puedes quedártela —dijo.

—No. Yo no fumo —fue la respuesta—. Lo preguntaba pensando en ti.

—¿En mí?

—¿Tanto te extraña?

Dionisio se encogió de hombros. El santón, en tono que no admitía réplica, añadió:

—Enciende un cigarrillo.

El viajero obedeció.

—Ahora da tres o cuatro caladas.

El viajero las dio.

—Abre la palma de la mano izquierda.

¿De la mano izquierda? ¿Precisamente de la *mano izquierda*, pensó Dionisio, y eso en las mismísimas fauces tántricas del templo de Kornarak?

Y la abrió.

—Echa la ceniza del cigarrillo en esa mano.

La echó.

—Ciérrala.

La cerró.

—Abre otra vez la mano.

Dionisio, tenso y mudo, acató la orden. Un instante después, *como del rayo*, los ojos casi se le salieron de las órbitas al comprobar que en la palma de la mano no quedaba huella alguna de ceniza. Esta, o lo que bajo su superficie y en su vientre se escondiera, había sido reemplazada por una flor amarilla.

Vibró de nuevo el aire y, de repente, se aflojaron sus cuerdas. La gaviota regresó en silencio y voló, como un brochazo de plata, hacia la línea del horizonte. Los cuervos callaron. El abejorro había desaparecido.

Y el faquir, que en ningún momento había tocado a Dionisio ni le había pedido nada, también. Su silueta metafísica y cimbreante era ya un caprichoso garabato junto a la orilla del mar.

El viajero lo siguió con la mirada y luego dirigió esta hacia la flor. Existía. No era un espejismo ni un sucedáneo ni una impostura. La olió, la tocó, verificó su identidad, la guardó con esmero entre las páginas del ejemplar del *I Ching* que siempre llevaba a cuestas, buscó algo en sus tripas, lo encontró, lo sacó —era una hoja de papel impreso cuidadosamente doblada—, la desplegó, la leyó, se acordó del marinero del romance del conde Arnaldo —*yo no digo mi cantar / sino a quien conmigo va*—, y sonrió con el pensamiento y el sentimiento puestos en un lugar lejano.

Luego se levantó, cerró los ojos, respiró abdominalmente en ocho tiempos, se inundó de *prana*, hizo todo lo posible para dejar la inteligencia en blanco y para suspender la actividad de los sentidos, meditó un instante, volvió a sonreír y emprendió el camino de regreso a la *veranda* del Tourist Bungalow, al calor humano de sus dos amigos, al fuego del hogar del Indómito Volkswagen, a la carretera de Delhi, al Templo de Oro de los *sikhs* en Amritsar, a la frontera paquistaní, a Erzurum, a Estambul, a Europa y, en definitiva, a casa.

Unos años antes, en el mes de diciembre de mil novecientos sesenta y dos, Dionisio se había tropezado por casualidad —en el curso de una noche pasada a bordo de un transatlántico que venía de Buenos Aires, hacía escala en Barcelona y rendía viaje en Génova— con un texto que había llamado poderosamente su atención de cachorro de artista distraído por las voluptuosas tentaciones del diabólico (que no divino) tesoro de la juventud y paralizado en su titubeante actividad literaria por el hastío, la claustrofobia y el desconcierto propios del callejón sin salida en el que por culpa del absurdo y demagógico debate abierto sobre la necesidad del *compromiso* político se habían encerrado muchos escritores occidentales —casi todos— a raíz de la terminación de la segunda guerra mundial.

El texto, que era muy breve (tanto que ni siquiera llegaba a ocupar una página), había sido escrito por un autor que ni Dionisio ni prácticamente nadie —excepto sus compatriotas— conocían por aquel entonces.

Se llamaba Jorge Luis Borges.

Dionisio —asustado, emocionado y deslumbrado por lo que acababa de leer— consiguió que le fotocopiasen aquella página áurea en la oficina del capitán del barco, la dobló meticulosamente, la escondió en un bolsillo

secreto de la cartera de piel de cocodrilo que había heredado de su padre y a partir de aquel momento procuró llevarla siempre consigo.

Y esa era, naturalmente, la desgastada hoja de papel impreso que Dionisio había sacado de entre las páginas del ejemplar del *I Ching* y había releído por enésima vez frente a la Gran Basílica del Tantrismo después de su extraño encuentro con el Faquir de Kornarak.

El texto en cuestión decía así…

UNA ROSA AMARILLA

> «Ni aquella tarde ni la otra murió el ilustre Giambattista Marino, que las bocas unánimes de la Fama (para usar una imagen que le fue cara) proclamaron el nuevo Homero y el nuevo Dante, pero el hecho inmóvil y silencioso que entonces ocurrió fue en verdad el último de su vida. Colmado de años y de gloria, el hombre se moría en un vasto lecho español de columnas labradas. Nada cuesta imaginar a unos pasos un sereno balcón que mira al poniente y, más abajo, mármoles y laureles y un jardín que duplica sus graderías en un agua rectangular. Una mujer ha puesto en una copa una rosa amarilla; el hombre murmura los versos inevitables que a él mismo, para hablar con sinceridad, ya lo hastían un poco:
>
> *Púrpura del jardín, pompa del prado, gema de primavera, ojo de abril…*
>
> »Entonces ocurrió la revelación. Marino vio la rosa como Adán pudo verla en el paraíso y sintió que ella estaba en su eternidad y no en sus palabras, y que podemos mencionar o aludir, pero no expresar, y que los altos y soberbios volúmenes que formaban en un ángulo de la sala una penumbra de oro no eran (como su vanidad soñó) un espejo del mundo, sino una cosa más agregada al mundo.
>
> »Esta iluminación alcanzó Marino en la víspera de su muerte, y Homero y Dante acaso la alcanzaron también».
>
> Jorge Luis Borges,
> *Antología personal*

¿Era (o podía llegar a ser) la flor amarilla del Faquir de Kornarak —agreste, franciscana, mínima y dulce— la misma *rosa eterna, absoluta e infinita* —«púrpura del jardín, pompa del prado»— que una mujer sin nombre colocó junto al vasto lecho español de columnas salomónicas en el que agonizaba el poeta Giambattista Marino?

Quizá sí, quizá no… Pero de esa forma interpretó Dionisio el episodio y su posible mensaje: los miles de dioses mayores y menores representados en las paredes de piedra oscura del templo de Kornarak acababan de entregarle el símbolo, la prenda, el *nihil obstat* y la garantía de origen de la vocación y del *talento* (en el sentido evangélico de la palabra) que otro Dios —el de su país, el de su entorno espiritual, el de su propia conciencia y el del inconsciente colectivo de su pueblo— le había entregado en el instante de nacer con la expresa (que no solo implícita) intención de que el depositario de esos dones se comprometiera a hacerlos fructificar antes de que la muerte lo alcanzase.

De que se comprometiera y —sobra decirlo— de que cumpliese su palabra.

No había, pues, dilación posible. ¿*Aguarda sin partir y siempre espera*, porque la vida es larga y el arte es un juguete, o —mejor— lo contrario? Todo, de hecho, tendía a confabularse alrededor de Dionisio, escritor en agraz con la quilla permanentemente en dique seco, como si los seres superiores quisieran convencerle de que esa etapa —la de la paciencia hipócrita, la del nihilismo fácil, la de la petulancia y el desdén, la del desorden moral y existencial, la de *la carne que tienta con sus frescos racimos*, la del *mañana empezaré*— había terminado. El polen de la flor amarilla del Faquir de Kornarak, arrastrado y transportado por el viento de la pasión creadora, tenía que caer al fin en tierra fértil y en el surco y en la estación del año adecuada para que la semilla germinase en forma de novela.

Y así supo el viajero —inescrutables son los caminos del Señor— que la hora del recreo en el patio de la escuela de la vida tocaba a su fin y que de un momento a otro, con la grave y dura responsabilidad de la madurez tapándole las vergüenzas como una hoja de parra, tendría que abandonar la cuna vestidita de azul del *dolce far niente* para ponerse de largo, incorporarse a la fila y entrar en clase.

O diciéndolo en cristiano, como lo hubieran dicho sus mayores: supo que había sonado la hora de plantar un árbol, de escribir un libro, de tener un hijo, de delimitar un territorio, de levantar un campamento, de amueblar una casa, de fundar una familia, de madrugar, de ganar el pan con el sudor de la frente, de amar al prójimo, de cuidar de los suyos, de pagar la deuda de los errores cometidos y de volver a vivir con Cristina.

Dionisio, aquella noche, se instaló en la *veranda* del Tourist Bungalow, pidió un servicio completo de té de Darjeeling con aroma de clavo y cardamomo, miró la luna (que estaba en cuarto menguante), mordisqueó el extremo del bolígrafo y anotó en su cuaderno de bitácora lo que sigue:

> *Entre los indios aztecas y toltecas, más allá del ir y venir de la historia, sobreviven dos sistemas lingüísticos anteriores a los tatarabuelos de los trastarabuelos de Colón: el* nagual *y el* tonal. *Sirve este último para aludir a todo lo que puede mencionarse con palabras, a lo tangible y mensurable, a lo sometido a orden, a la esfera de la razón, en una palabra… Y se utiliza aquel, el nagual, no tanto para* describir *cuanto para simultáneamente* ver, entender, alcanzar, contar y construir *los innumerables mundos invisibles para los ojos de la razón. No hay alternativa posible. Sancho vive en el* tonal, *mientras don Quijote lo hace en el* nagual. *Antes o después, tarde o temprano, no hay escritor que no se vea constreñido a elegir entre esos dos mundos y, consecuentemente, entre esos dos lenguajes: el de los molinos y el de los miramamolínes, el de los rebaños y el de los gigantes.*

Pues bien: juro sobre la Baghavad Gita, sobre el Tao Te King y sobre el Evangelio que a partir de ahora voy a vivir y a escribir en nagual. *No se me oculta lo incierto de la empresa y soy consciente de los peligros que entraña, pero acepto de antemano lo uno y lo otro. Que Shiva y la Virgen de los Nómadas me protejan, porque lo más probable es que termine despanzurrado por el aspa de un molino o por la cornamenta de un carnero. Y si esta previsión se cumple, paciencia: barajaré de nuevo mis cartas en este o en el otro mundo y encogeré los hombros, que el arte es largo y además no importa.*

Sea como fuere, y pase lo que pase, quiero dejar constancia de que la vida y la literatura —esos hermanos siameses con las cabezas trocadas— nunca volverán en lo que a mí respecta al territorio roturado del tonal. *Voy a seguir viviendo y escribiendo en y desde las regiones luminosas del* nagual. *Se trata de una decisión absoluta y de un camino sin retomo, porque todo lo demás ha dejado de interesarme.*

Por los siglos de los siglos.

Amén y, naturalmente, auuuummmmm…

Cuarenta y ocho horas después de los sucesos descritos, entonando a coro hosannas y aleluyas en latín y en sánscrito, Dionisio, Alberto y Roberto —los tres en inmejorable forma y de excelente humor— zarpaban de Kornarak a bordo del Indómito Volkswagen.

Tardaron tres días en llegar a Delhi, otros tantos en alcanzar y traspasar la frontera paquistaní, menos de dos en cubrir el tramo que los separaba de Afganistán y del legendario desfiladero del Khyber, y apenas un suspiro en recorrer la abrupta carretera asfaltada que desde ese punto descendía hacia Kabul, donde los expedicionarios hicieron noche y se concedieron un corto descanso al calor de la conciencia del deber casi cumplido. Iban a matacaballo, turnándose en el volante y manejándolo entre catorce y dieciocho horas al día, pero el esfuerzo era rentable: en cosa de una semana, si el viento racheado de la buena suerte no les volvía la espalda y el Indómito Volkswagen seguía rayando a la altura de la confianza que los viajeros habían depositado en él, la imagen fastuosa (pero familiar) del Cuerno de Oro se dibujaría en el parabrisas del coche y sus ocupantes empezarían a sentirse prácticamente en casa.

Y así fue, pero solo hasta cierto punto.

El Volkswagen aguantó. La suerte, en cambio…

Alberto, Roberto y Dionisio salieron de Kabul a las diez de la mañana del día doce de diciembre y ocho horas más tarde, después de recorrer de punta a punta y pisando el acelerador a fondo la confortable y absurda autopista —lo que se dice un Cristo con dos pistolas— plantada por la megalomanía tecnológica y por la esquizofrenia estratégica de los capitalistas americanos y de los comunistas rusos en el rojizo y palpitante corazón del maravilloso desierto afgano, entraban en el antiguo oasis y relativamente moderna ciudad de Kandahar.

Lo primero (y lo único) que hicieron allí fue buscar una habitación con tres camas en un hotel barato —lo eran todos— y ovillarse en ellas. Al día siguiente, de buena mañana, Dionisio se levantó sin despertar a sus compañeros, se metió alegremente entre pecho y espalda —a modo de rural y frugal desayuno— un puñado de dátiles y salió canturreando pasodobles en busca del edificio de correos, tal y como hacía siempre que llegaba huérfano y ansioso de noticias hogareñas o amistosas a un enclave urbano de importancia, para ver si en el casillero del mostrador de la *poste restante* le esperaba alguna carta de Cristina, de su madre o de Fernando.

—¿Cómo ha dicho usted que se llama? —le preguntó desde las honduras de un guardapolvos antediluviano el chupatintas que estaba al frente del departamento—. Deletréeme su nombre, por favor.

Dionisio, que era ya toro resabiado y más que experto en tales lides y lidias, zanjó el asunto escribiendo cuidadosamente su apellido con letras de molde en el reverso de un formulario.

—¿Ra-mí-rez? —tanteó estropajosamente el responsable de los servicios de Lista de Correos mientras tropezaba y peleaba con la reciedumbre fonética de dos de las tres consonantes del exótico trisílabo.

—Ra-mí-rez —confirmó el viajero desde lo alto de la fragosidad granítica de la lengua castellana.

El funcionario se dirigió hacia la casilla de la erre y hurgó en su trastienda.

—No —dijo—, no ha llegado ninguna carta para usted, pero sí dos telegramas.

—¿Dos telegramas? —preguntó, extrañado y alarmado, Dionisio.

—Dos telegramas —repitió y sentenció con inapelable aplomo de burócrata impenitente el covachuelista—. Y los dos, por cierto, se recibieron anoche. Le felicito por su puntualidad. ¡Si todos los usuarios de los servicios postales fuesen como usted!

El viajero agradeció el cumplido con una débil sonrisa de circunstancias y extendió la mano para apoderarse de lo que su interlocutor llevaba en la suya, pero el moro encogió el brazo y desbarató la iniciativa.

—El pasaporte, por favor —dijo—. Tengo que comprobar su identidad.

Medio minuto después, con el corazón en la garganta y los nervios en estado de alerta roja, Dionisio rasgaba chapuceramente los sobres de los telegramas y devoraba el contenido de estos. Uno iba firmado por su madre y el otro por Fernando, pero los dos decían sustancialmente lo mismo: *Telefonea. Stop. Cristina ha muerto. Stop. Abrazos*.

El mundo dejó de moverse. Nada ni nadie respiraba. Dionisio —fulminado, congelado, petrificado— seguía junto al mostrador de la *poste restante*. El funcionario adscrito a ella le observaba.

—Firme aquí —dijo.

El viajero se inclinó maquinalmente sobre el acuse de recibo, cogió la rancia pluma de plumilla que le tendía el empleado, la mojó en el tintero de loza blanca con ribetes azules e hizo lo que le pedían. Luego, distraídamente, miró la fecha de la hoja del almanaque colocado sobre la mesa del Caronte que le atendía. Era el trece de diciembre de mil novecientos sesenta y nueve.

Salió a la calle, donde todo seguía igual, y se sentó en un banco. Oía el ruido sordo de la sangre, del dolor y de los remordimientos galopando por sus venas. El corazón, enloquecido, no latía diciendo *tic-tac, tic-tac, tic-tac*, sino *es-top, es-top, es-top*.

Y el viajero, al escucharlo, pensó que se trataba de un aviso o de una señal premonitoria, creyó que iba a morir y deseó que así fuera.

Luego se levantó, respiró abdominalmente en ocho tiempos y regresó al hotel.

X. Diciembre

Se puede conocer el mundo sin salir de casa.
Sin mirar por la ventana puede conocerse el sentido del cielo.
Cuanto más se recorre, tanto menos se sabe.

Laotsü,
Tao Te King, XLVII

Y así tus ojos, adentro tornados, te mostrarán tu tesoro escondido bajo la tierra de tus propios campos, junto a tu hogar, en tu umbral, en el polvo de los caminos que trillas a diario.
¡Y de esa suerte sabrás que eres hombre y que, por hombre, eres rey soberano!

Rudyard Kipling,
Rewards and fairies

LLAMARON AL TIMBRE. Dionisio, que estaba inclinado sobre el moisés de su hija, levantó los ojos, se enderezó y fue a abrir. Era Fernando.

Recorrieron el largo pasillo de tarima vieja y entraron en el salón de música. Ya no era el mismo. En sus paredes, en su suelo, en su mobiliario y en su atmósfera, Oriente había sustituido a Occidente. La única huella del pasado, además de las dos camas turcas, era un cartel taurino: el de la corrida en la que murió Manolete.

—¿Lo has cambiado todo? —preguntó, incrédulo, Fernando.

—Casi todo. Año nuevo, vida nueva, ¿no?

—¿Intentas huir del recuerdo de Cristina?

—Estaba seguro de que ibas a interpretarlo así. Y te equivocas, hermanito de leche. Me gustan los fantasmas. Nunca he huido de ellos. Al contrario: son el reverso de nuestras vidas, la trama oculta de las cosas.

—¿Entonces?

—Entonces, nada… No juegues al psicoanálisis ni te pases de listo. Pura lógica. Si un hombre cambia, y yo he cambiado, también tiene que cambiar su casa.

—O, por lo menos, su salón de música.

—Exacto. Este refugio es mi segunda piel o, mejor dicho, la piel de mi piel. Y ya sabes lo que los reptiles hacen con la suya al llegar la primavera.

—Estamos en invierno.

—Ya. Y, para colmo, no soy un reptil. ¿Vamos a pasarnos el resto de la velada diciendo tonterías?

—Lo que tú mandes, Dionisio. Esta es tu casa.

—Y mi salón de música.

—¿Sabes que Cristina no volvió a entrar en él desde el día en que te fuiste?

—Sí, lo sé. Lo he leído en sus memorias. Podría recitarte el párrafo de un tirón. No se me va de la cabeza: jornada del doce de diciembre de mil novecientos sesenta y ocho…

—Y un año más en las alforjas. ¿Qué vas a hacer mañana?

—Pasar la Nochevieja vigilando el sueño de mi hija. Y conste, porque te veo venir, que no lo hago ni por mala conciencia ni por masoquismo, sino por hedonismo. No se me ocurre ninguna fórmula mejor para cambiar de década. ¿Y a ti?

—Yo no tengo hijos, pero tengo madre. Me iré a tomar las uvas a Madrid.

—¿Ponemos música balinesa?

—Ponía.

El sonido de la playa de Kuta invadió y transformó el ambiente. Fernando se sirvió la segunda copa de ginebra, se quitó los zapatos, se repantigó en la cama turca y preguntó:

—¿Has pasado ya por el registro civil?

—Estuve ayer. Ningún problema. Cristina había engatusado a una de las empleadas y había conseguido que no inscribiera el nombre de pila de la niña hasta mi regreso.

—Cosas de España.

—Pues sí: cosas de España y de la India. —Dionisio pensó en el aeropuerto de Bombay y en el Tigre de Bengala—. Y que duren.

—¿De modo que tu hija ya se llama Kandahar?

—Sí y no.

—Explícate. Oriente te ha convertido en un ser lacónico, ambiguo y enigmático.

—Se llama María de Kandahar.

—¿Te han obligado a poner por delante el nombre de la Virgen?

—Cosas de España. Váyase la una por la otra.

—¿Entendieron tus motivos? Ya sabes que en este país de catetos y de meapilas quien no responde a Pepe, responde a José.

—Sobra el comentario. Oriente me ha convertido en un ser ligeramente meapilas y moderadamente cateto.

—Allá tú… Pero no has respondido a mi pregunta.

—Lo hago ahora. Sí, Fernando, entendieron mis motivos. ¿Cómo no iban a entender que un padre quisiera ponerle a su hija el nombre de la ciudad en la que se había enterado de la muerte de la madre de la niña? Es una secuencia lógica, ¿no? El paso del testigo en una carrera de relevos. Cristina se llama ahora Kandahar. Eso es todo. La vida sigue.

—Tú no la viste morir.

—Pero tú sí y mi madre también… Los dos me lo habéis contado con pelos y señales. Me fío de vosotros.

—¿Amistad y familia?

—Templo, familia y amistad. Por ese orden. No conozco ni deseo conocer otros refugios.

—¿Y la soledad?

—Sí. También la soledad.

—¿Has tomado ya alguna decisión sobre tu vida?

—Llegué hace una semana, Fernando. En Oriente he aprendido a contar hasta mil antes de mover el dedo meñique. Ya veremos. Lo único urgente es cuidar de mi hija.

—¿Solo eso?

—Solo eso.

—¿Y la rosa de Borges? ¿Y la flor amarilla del Faquir de Kornarak?

Dionisio sonrió y preguntó:

—¿Llegó a escribir Cristina el penúltimo capítulo de su novela?

—No… ¡Pobrecilla! ¿Crees que se puede lidiar el toro de la literatura con una metástasis generalizada a cuestas? ¡Si al final no tenía fuerzas ni para mover el brazo!

—¿Cómo sabes, entonces, lo de la rosa de Borges y lo del Faquir de Kornarak?

—Leí tu última carta, Dionisio. O mejor dicho: se la leí a Cristina en el hospital. Llegó cuarenta y ocho horas antes de que muriese.

—¿Le gustó?

—Se puso muy contenta.

—¿Comentó algo?

—Sí. Dijo que el hombre viene al mundo con la misión de cultivar su huerto y añadió que el grano iba por fin a dar fruto.

—¿Crees que la historia de la flor amarilla pudo influir sobre su decisión de quemar la novela?

—No, Dionisio. No influyó ni poco ni mucho ni nada.

—¿Cómo lo sabes? ¿Por qué estás tan seguro?

—Porque Cristina quemó la novela casi quince días antes de que llegase tu última carta.

—¿Lo hizo cuando le dijeron que iba a morir?

—Más o menos. Al enterarse del veredicto volvió a casa, me llamó por teléfono y comentó, bromeando que todos los animales se esconden cuando el instinto de conservación les comunica que ha sonado su hora. Yo me quedé grogui, sin saber por dónde salir, y Cristina aprovechó mi silencio para explicar que la literatura es, como todo lo de aquí abajo, sueño, vanidad de vanidades y apariencia, y que por ello solo sirve y solo incumbe a los seres de carne y hueso. Después, con la voz quebrada y como si estuviese hablando con otra persona, añadió que la posteridad no existe.

—¿Eso fue todo?

—No. También dijo que, en su opinión, eras tú, únicamente tú, quien debía escribir o reescribir ahora esa novela.

—Cristina, de todos modos, no hubiera podido terminarla.

—Efectivamente. Alguien habría tenido que encargarse de la redacción del último capítulo. Grave responsabilidad.

—Estamos en él, ¿no?

—En él estamos.

—¿Y tú? ¿Qué dijiste tú?

—Dije que estaba de acuerdo, que solo existía una persona en el mundo capaz de reconstruir, a su modo, lo que ella, en un arrebato digno de Gogol y de Kafka, había destruido.

—¿Sigues pensándolo?

—Naturalmente.

—¿Y no podrías equivocarte? ¿No podrías ser tú el escritor más indicado para pagar esa deuda?

—¿Yo? ¿Por qué?

—Porque leíste lo que escribió Cristina.

—Y tú lo *viviste*, Dionisio. ¿O ya te has olvidado de ello?

No. No se había olvidado. Lo recordaba todo con pelos y señales, con devoción, con emoción, con meticulosidad.

Recordaba al Canciller de Estambul, y al Caminador Manchego, y al Troglodita de Luarca, y al Comerciante Sufí, y al Tigre de Bengala, y al Motorista de Delhi, y a los Caballeros de la Tabla Redonda del Cabin, y a la *Kumari* de Kathmandú, y al Dúo Latino, y al Indómito Volkswagen, y a Cástor y Pólux, y al *Pandit* de Bombay, y al Barón Siciliano, y al Periodista Argentino, y al Espontáneo de Saigón, y al Faquir de Kornarak.

Y recordaba, sobre todo, la flor amarilla que este le había entregado.

Eran, casi, las doce de la noche. Estaba a punto de empezar el último día del año de mil novecientos sesenta y nueve. La criada se había acostado. La madre del viajero, también. Kandahar dormía y sonreía en su cuna. Fernando, seguramente, andaba ya cerca de Madrid.

El reloj de péndulo del comedor dio la hora.

Dionisio salió de su ensimismamiento, se puso en pie, apagó las luces del salón de música, lo cerró cuidadosamente, recorrió el largo pasillo de tarima vieja, entró en el despacho, cogió su ejemplar del *I Ching*, sacó de entre sus páginas la flor amarilla, la dejó sobre la mesa, se instaló frente a la máquina de escribir, metió un folio en ella, respiró abdominalmente en ocho tiempos, exhaló un silencioso y prolongado *auuuummmm*, recitó en sordina —como si rezara— la frase de Buda inscrita en el fuste de la columna del jardín del templo de Banjar, cogió carrerilla y empezó a escribir una novela de amor, de desamor, de viajes y de aventuras. Su primer párrafo decía:

> *Sigo viéndole. No se va de mis pupilas. Está sentado, casi a ras del suelo, en la cama turca del cuartucho que él mismo ha bautizado con el nombre de* salón de música*. Son, apenas, diez metros cuadrados y dignificados por los cachivaches recogidos en el curso de nuestras andanzas. Pinturas, vasijas, fotos, botellas de licores extraños, máscaras, monedas, ídolos de rostro desencajado, talismanes, cojines, espejos, carteles taurinos, revistas de otras épocas: todo el ajuar, la cacharrería y la quincalla de los restos de un naufragio…*

Madrid, Soria, Fuerteventura e Ibiza, 1990.



FERNANDO SÁNCHEZ DRAGÓ nació en Madrid en 1936, aunque es hijo adoptivo de Soria desde 1992. Hombre de cultura y formación multidisciplinar que se ha ido formando una larga y respetada carrera a lo largo de su vida. Se considera, con palabras de Baroja, hombre humilde y errante, escritor y viajero. Pretende ser un hombre sin etiquetas, que no tiene ni dios ni ley ni patria ni rey ni frontera ni bandera, que va a pecho descubierto y desnudo por el mundo.

De pequeño ya apuntaba maneras, pues a los cinco años fundó, dirigió y redactó un periódico autógrafo: «La nueva España». Licenciado en Filología Románica y Lenguas Modernas (Sección de italiano), ha sido profesor de Lengua, Literatura e Historia de España en universidades de diversos países como Japón, Senegal, Marruecos y Kenia, además de dirigir Cursos de Verano en El Escorial, Almería, Sevilla, Cuenca y Ávila. Como escritor ha cultivado la narración, la reseña literaria, el ensayo y la colaboración en prensa y revistas. Desde mayo de 2001 dirige el Colegio de España en París.

A lo largo de su vida ha sido una persona comprometida con diversas causas, como su intervención en las algaradas antifranquistas de finales de los cincuenta y comienzos de los sesenta, lo que le valió cinco procesos, diecisiete meses de cárcel y siete años de exilio. En su juventud fue un *hippy* izquierdista de los que se apuntaban a mayo del 68 y se dedicaban a correr

mundo con la mochila cargada a sus hombros. Hoy, él mismo se define como anarcoindividualista. Como los años no pasan en balde, Sánchez Dragó ha sabido adaptarse a la evolución de la sociedad, hecho que no sido bien visto por todos. Sin embargo, desde su izquierdismo antifranquista de la juventud hasta su condición liberal —en el sentido amplio de la palabra— de estos últimos tiempos, ha recorrido un camino que le ha conducido hasta llegar al orientalismo espiritual.

Viajero infatigable, ha recorrido cien países. Ha sido enviado especial en numerosos destinos de Asia, África y América como colaborador de prensa. Su vida literaria ha estado frecuentemente ligada con su quehacer en medios de comunicación, tanto visuales como escritos, habiendo trabajado en televisión también en el extranjero, como en la Radiotelevisión Italiana y en la Japanese Broadcasting Corporation (NHK). Ha sido colaborador habitual de *El Mundo, Época*, Onda Cero, la COPE, y otros medios de información. En 1955 fundó la Revista *Aldebarán*; de 1963 a 1967, y de 1969 a 1971 fue colaborador de la RAI (Radiotelevisión italiana); trabajó en la televisión japonesa desde 1967 hasta 1971; fue columnista de las revistas en las publicaciones del Grupo 16, donde fundó el suplemento de libros *Disidencias*, en la SER, en Radiocadena (donde obtuvo el premio Ondas 1988 por su programa «El mundo por montera») y en Televisión Española (con programas como «Encuentros con las Letras, Tauromagia, Biblioteca Nacional, La Noche-El Mundo por Montera, La Tabla Redonda, Negro sobre Blanco»). Actualmente, dirige y presenta en Telemadrid el programa literario «Las Noches Blancas».